



#quieromemucho

#curvygirl

#lovexl

#gordaperofeliz

#lovemycurves

DIARIO DE UNA FATGIRL

MELANIE ALEXANDER

Datos legales

Melanie Alexander
Diario de una Fatgirl
© Melanie Alexander
Todos los derechos reservados

Khabox editorial
CODIGO: KE-017-0002p

© Diseño de portada, Fabián Vázquez
© Edición: Khabox editorial
© Corrección: Noni García
Primera Edición, octubre 2018

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal).

Agradecimientos

Siempre quiero ser breve con los agradecimientos y nunca lo consigo, así que esta vez voy a intentarlo.

Primero de todo, quiero dar las gracias a Fabián Vázquez por darme la oportunidad de estar en su fantástica editorial. Me dio la oportunidad con *La Mansión Burton* y ahora con *Diario de una Fat Girl*, dos historias muy distintas y hechas con todo mi cariño. Gracias, jefe, por confiar en mí.

A mis Barbies preciosas, Melody y Alicia, que siempre están a mi lado y nunca me abandonan. Os quiero, locas.

A mi Aura, otra persona imprescindible en mi vida. Te quiero.

A mi Noni García, por ser una gran escritora, una profesional y enamorarse de esta historia y de mi Patrick. Te quiero, mi Unicornia.

A todo el equipo de Khabox y mis compañeros de editorial.

A mis niñas guerreras, Susana, Olga y Alexandra. Os quiero mucho, luchadoras.

A mi madre, que, desde allí arriba, solo deseo que estés orgullosa de mí. Te quiero, mamá.

Y a ti, lector, que le estás dando la oportunidad a esta loca novela. Solo deseo que disfrutes de la locura de Beth.

Capítulo 1

La vida me ha hecho ser una mujer bastante agraciada a ojos de los demás, pero también a lo ancho. No me quejo, me gusta mucho mi cuerpazo serrano y a pesar de lo que piense la gente: las gordas también follamos. Y mucho. Por lo menos yo.

Os preguntaréis quién es esta que va de sobrada por la vida. Que sí, sobrarme me sobran también kilos —no tantos como intentan hacerme creer—, pero soy de esa clase de personas a las que no les gusta perder nada, ni siquiera peso, aunque sea lo que quiera que haga la sociedad.

Me llamo Elisabeth Ortega, Beth para los amigos, y la gorda, la morsa, la foca y todas esas variantes tan originales para mis enemigos. Vivo en el centro de Madrid, en un pisito de menos de cuarenta metros cuadrados que comparto con mi culo, mis tetas y vivimos cómodamente y en armonía. Además de tener una vecina *porculera* llamada Tanya, que resulta que es mi mejor amiga y hermana de pegatina.

—Beth, ¿dónde tienes el gel ese que huele tan bien?

Y también es una gorróna de cuidado.

—Lo llevo en el culo para que no lo cojas —contesto con sarcasmo. Obviamente, está dentro de la ducha, en su puñetero sitio, lugar en el cual está ella en estos instantes.

A veces pienso que solo me quiere para no pagar los gastos extras de su piso. Incluso se ducha en mi casa, y no es porque sea más grande que la suya, simplemente lo ha cogido por costumbre. No puede vivir sin mi compañía y aunque me halaga, a veces también necesito mis ratos de soledad.

—Tan agradable como siempre —ironiza y hace un aspaviento.

—Es mi mayor encanto —le guiño burlona un ojo y me giro, haciendo un movimiento exagerado de cadera. Tanya se ríe.

La muy cabrona es preciosa, tiene un cuerpo estilizado, con las curvas justas y necesarias para ser sexy a rabiar, ojos azules muy llamativos que adornan un fino rostro con piel como la porcelana y un pelazo rubio natural que envidia demasiado.

Yo soy todo lo contrario. Al mirarme al espejo veo a alguien con el doble de envergadura que ella, pero con unas proporciones correctas para ser alguien sexy y sacarme mucho partido. Tengo un buen culo, una cien de pecho bien puesta y unas curvas de infarto en las que a muchos les gusta perderse. Utilizo una talla 44-46-48 —todo depende del hijo puta que lo fabrique—, porque ya se sabe cómo es la moda: no hay ninguno que acierte con las tallas. Así que esa es la aproximación de mi cuerpo. Muchos me llaman gorda, otros dicen que estoy bien y yo pienso: ¡Que se aclaren de una jodida vez! Yo me veo estupenda con mis lorzas y mi flotador alrededor de las caderas, a veces. Y aunque no lo creáis, hay hombres a los que les gustan las gordas como yo. Así pues, señoras y señores, dejasos de prejuicios gordofóbicos y admitid que cualquier persona puede mojar, ser sexy y agradar al resto. Donde hay carne hay vida, yo de eso tengo mucho y soy un cielo de persona.

Bah, mentira. Lo cierto es que soy bastante sarcástica, borde y le doy muchas vueltas a las cosas, pero no puedo evitarlo. Llevo puesta una barrera autodefensiva para que no me toquen los ovarios demasiado. Soy de esas personas que o caigo bien o me odian. Y en el fondo me encanta.

Tanya acapara la totalidad de mi baño y yo entro mientras se ducha. Tenemos confianza hasta para eso, ya son seis años en los que vivimos prácticamente juntas y veinte desde que somos amigas. Sí, también fuimos juntas al colegio, por lo que nos conocemos de toda la vida.

—¿Sabes el tío con el que salí el otro día? —musita Tanya desde la ducha.

—¿El pelo escoba? —pregunto y escucho el gruñido de mi amiga.

Es que el tío tenía un pelo que servía para barrer las calles de Madrid y dejarlas como una patena.

Cojo el pintalabios rojo que guardo en mi neceser y repaso el color de mis labios. Amo ese tono y adoro con todo mi corazón hacerme un delineado gatuno que enmarca todavía más mis ojos azules. A pesar de tener el cuerpo bastante redondo, mi cara es ovalada y tener el pelo largo, castaño y con las puntas decoloradas y teñidas de azul, consigue que todavía se me afine más.

Al menos tengo algo fino.

—Sí, ese es, y se llama Víctor —me riñe—. Pues hemos quedado esta noche en el BarCo, irá con varios amigos suyos y nos ha invitado.

—¿A mí también? —pregunto con sorpresa. El BarCo es una discoteca del barrio de Malasaña, bastante famosilla y esas cosas. Las veces que he ido, creo que me lo he pasado muy bien.

Digo creo, porque, normalmente, cuando salgo, acabo por los suelos.

Literalmente.

—Aunque le tiraras la botella a la cabeza por mirarte, sí, a ti también. En el fondo le caíste bien. Pero debes ser agradable.

—Sí, mamá —me burlo—. ¿Qué le ves? Solo os habéis enrollado una vez.

—Hemos estado hablando, es simpático, me quiere conocer. Ya sabes, estoy abierta al amor.

—¡*Puaj!* —exclamo.

Yo rehúyo del amor. Lo repelo y él tiene el mismo sentimiento conmigo. No somos compatibles. Además, me gusta disfrutar de mi soltería y centro mi amor en mi trabajo: la fotografía.

Sí, soy de esas frikis a las que les gusta hasta sacarle fotos a una mosca que se está limpiando sus pequeñas patitas. Es entretenido y me encanta encontrar belleza en todos los rincones. Porque, aunque haya gente que piense que la belleza es lo que para la sociedad resulta bonito, en cada rincón hay cosas bellas que enamoran y no tienen por qué ser hombres o mujeres. El amor está sobrevalorado y para mí es un arma de doble filo, capaz de destruir hasta el corazón más resistente.

El mío es de hielo y está revestido con acero valyrio. Ese acero de Juego de Tronos que es prácticamente imposible de destruir. Soy un poco friki, lo reconozco. Tengo aficiones de lo más variopintas, y además de la fotografía, ver series y jugar a la consola entra dentro de la ecuación.

Tanya sale de la ducha con *mi* toalla alrededor de su cuerpo y me mira con seriedad.

—Algún día bajarás ese muro, amiga mía, y encontrarás a la persona que te robe el alma.

—¿Has leído últimamente a Pablo Coelho? —pregunto con ironía.

—No. simplemente yo sí creo en el amor y hasta tú, siendo una borde redomada, podrás encontrarlo.

—Será el día en que la Doble Whooper sea un alimento dietético —me burlo y ella suelta una carcajada.

Sé que ha sido una comparación un tanto imposible. Todos sabemos que Burger King nunca hará nada para intentar mantener nuestra línea, y lo cierto es que me la resbala. La comida basura está bastante buena. Esto no quiere decir que me hinche a ella, no os confundáis, pero está claro que de vez en cuando hay que pecar. Si no, ¿cómo iba a mantener mi irresistible figura?

—Te escondes bajo esa fachada de «me lo paso todo por el forro», pero algún día caerás.

—Sí, me caeré de culo y me romperé la rabadilla. Ahí sí que estaré bien jodida.

Tanya niega con la cabeza y yo salgo del baño. Tengo que dejarle un poco de intimidad en mi propia casa para que se arregle y robe mis cosméticos. Mientras tanto recojo el comedor.

Lo bueno de vivir en un piso pequeño es que se hace rápido. El salón es muy diáfano y está decorado a mi gusto. Tengo un televisor bastante grande en el que puedo pasarme días enteros viendo Netflix. ¡Menudo invento para alguien como yo! El sofá es de dos plazas, suficiente para mí culo y el de Tanya, la gorrana. Allí paso la mayor parte de mi tiempo libre. Las paredes son de color blanco impoluto. Hace que todo parezca que tiene más luz de la que en realidad entra por la ventana. Porque solo hay una, al fondo, y si hubiera un incendio, dudo que pudiera escapar por ahí y tirarme para salvarme.

Además, vivo en el ático.

Todo son complicaciones.

Preparo mi chaqueta. Es una fina cazadora de cuero negro que queda a la perfección con el vestido que he escogido para este día. Tiene un estampado de flores y se ata al cuello, con un escote que deja a la vista el canal de mis pechos y se aprieta en la cintura hasta caer de forma ancha por encima de las rodillas.

Espero hasta que Tanya sale preparada para marcharnos y bajamos juntas a la calle para disfrutar de un buen *frappuccino* de vainilla en el Starbucks de la Gran vía de Madrid.

—¡Madre mía, qué pinta más buena! —murmuro mirando la Red Velvet expuesta en el aparador. Veo que tiene mi nombre, me llama a gritos y no voy a ser la que se resista a darle el placer de entrar en mi boca para llenar mi estómago.

Cuando me toca pedir, la camarera anota mi nombre en el vaso y coge el pedazo de tarta, y Tanya elige una de esas galletas tan grandes con virutas de chocolate. Cuando nos sirven, salimos a la terraza y con una enorme sonrisa cojo el primer pedazo de mi delicioso bocado.

—¡Oh, Dios!, creo que me voy a correr de lo buena que está —exclamo más alto de lo que debería. La gente me mira y yo les desafío con la mirada—. ¿Algo que decir?

Escucho risas a mis espaldas y Tanya me obliga a que las ignore. Me quedo con ganas de hacerles una peineta como la torre Eiffel de grande.

—Va a venir Sheila —dice mi amiga mientras mira el móvil.

—¿En serio? —pongo una mueca malhumorada.

A pesar de que Sheila pertenece a mi exclusivo grupo de amigas, no la soporto demasiado y ella a mí tampoco. Antes nos llevábamos bien y no sé qué pasó exactamente para que nuestra relación se enfriara de este modo. Al parecer le duele que yo sea sincera y siempre sale con que debo cuidarme más y esas cosas que llevo escuchando toda mi vida.

Aquí voy a hacer un apunte especial: tengo espejo, no hace falta que nadie me diga cómo soy.

Gracias.

Fin del comunicado.

—Sí, ya viene por allí. Portaos bien, las dos —me señala con el ceño fruncido y finjo una sonrisa que acaba pareciendo una mueca de asco.

—Hola, chiquis —nos saluda y da dos besos.

Esperamos a que pida su desayuno, todo light y bajo en calorías, por supuesto —algo complicado en un sitio donde un café engorda más que el pastel—, y se sienta a nuestro lado mientras observa cómo Tanya y yo disfrutamos de las calorías de nuestro desayuno.

—¿De dónde vienes? —le pregunta Tanya. Ella sabe que normalmente desayunamos ahí, pero pocas son las veces en las que se presenta.

Es de esas amigas que tienes, pero a las que no acabas de tragar.

En el fondo, todos tenemos cierto grado de falsedad en nuestro interior.

—Del médico, me daban los resultados de una analítica y al parecer tengo un poco de colesterol. —Veo que me echa una mirada que parece decirme «seguro que no tanto como el que tú debes tener» y se la devuelvo con un comentario de los míos.

—Pues ya sabes, a cuidarse tomando Danacol.

—Pero no lo entiendo, apenas como grasas. Ahora tendrán que controlarme —dice con esa voz aguda que a veces me pone de los nervios.

Por si os lo estabais preguntando, Sheila está tan delgada como el palo de mi escoba. Bueno, no tanto, pero tiene un cuerpo bastante «Fit» y está obsesionada con las calorías. Tanto las suyas como las que el resto de personas se mete en el cuerpo.

¿Cómo se puede vivir contando calorías? ¡Qué agonía, *parfavar!*

—Quizá deberías hacer tú lo mismo. Esa tarta que te comes no creo que sea muy saludable.

—Oh, sí que lo es. Me da lo más valioso en la vida: felicidad —exclamo con una falsa sonrisa dedicada solo a ella. De reojo veo la cara de Tanya indicando que me relaje.

—Pero eso produce colesterol. Al igual que el sobrepeso también lo provoca —dice como indirecta.

—Pues, querida, soy una gorda con suerte. Ni colesterol, ni diabetes, ni dolores de rodillas. Estoy más estupenda que tú y si no, pregúntaselo a mi entrenador —digo con recochineo y exagero un movimiento de cabeza para que mi pelo roce su cara. Tanya no puede evitar reír. Ahí he estado rápida, porque Sheila me mira con cara rara, incapaz de decir nada.

—Por cierto —corta Tanya para que dejemos las puyas—, esta noche vamos al BarCo, ¿te apuntas?

Tengo ganas de apuñalarla con la mirada, pero me contengo justo en el

momento en que Sheila nos da su negativa.

¡Menos mal! No os podéis imaginar lo que es salir con ella de fiesta. Entre lo borracha que se pone y lo sueltecita de lengua que ya es de por sí, algún día le arrancaré los pelos.

Pero en el fondo la quiero... bien lejos de mí.

¡Lo que hacemos algunas mujeres por no defraudar a las amigas!

—He quedado con las chicas de la revista, vamos a ir al Back. Una de ellas conoce al dueño y nos van a meter en la sala *vip*. Hay muchas reuniones de gente famosa en el lugar.

—¡Vaya, amiga! Ya podrías habernos dicho algo —dramatizo de forma exagerada.

—No creo que sea tu ambiente. Es para gente...

—¿Pija?

—Más recatada y *vip*.

—Oh, *vip* —exagero y Tanya ríe por lo bajo.

En el fondo, sé que está pensando exactamente lo mismo que yo: Sheila es gilipollas. Aunque su apariencia parezca de modelo, en realidad es periodista en una revista de moda. Antes era más afable, incluso conmigo, pero desde que entró allí a trabajar se ha vuelto bastante superficial y, como diría ella, *cool*. Yo soy demasiado vulgar para alguien como ella.

Como si me importara.

—Pues sí. —Mira a su alrededor y baja la voz cual cotilla de pueblo—. Dicen que estarán los jugadores del Madrid. ¿Os imagináis que conozco a Cristiano? —espeta con emoción.

No puedo más que rodar los ojos.

—Ahora está soltero y ya se sabe, incluso en reuniones serias puede aparecer el amor.

—Claro, todos vamos a la discoteca a liarnos con un futbolista —me burlo. Esta mujer tiene demasiados pajaritos en la cabeza.

—A lo mejor lo consigue —añade Tanya—. Ya nos contarás qué tal te va.

Aparcamos ese tema a un lado y terminamos nuestro desayuno. Al finalizar mi pedazo de tarta, he estado tentada de entrar de nuevo a por otro trozo, pero, sinceramente, aunque me guste fastidiarla, no me apetece escuchar de nuevo el desglose de calorías por parte de Sheila.

Tanya y yo nos despedimos de ella. Tenemos ambas el día libre y pensamos aprovecharlo para no hacer nada hasta que llegue la noche y salgamos a mover el esqueleto.

Porque sí, porque me encanta bailar y, como siempre que salgo a divertirme, pienso demostrárselo a todo el mundo.

Esta chica con curvas viene para dar guerra.

Capítulo 2

La noche se acerca y yo estoy metida en la ducha, aseándome para después volver a ensuciarme la cara con maquillaje y salir con mi amiga y su rollete, con la esperanza de no convertirme en un candelabro, cosa que ocurre en algunas ocasiones y no es divertido.

En cuanto a ligues, no voy nada mal. Los tengo cuando yo quiero y, contra todo pronóstico, incluso me puedo permitir mandar a paseo a unos cuantos. También tengo derecho a hacerlo y debo decir que se libera mucha serotonina. Es una sensación que me llena, mucho, casi tanto como echar un buen polvo.

Salgo de la ducha desnuda y, tras secarme, me paro delante del espejo. Es casi un ritual para mí, la forma de mirarme como realmente soy y aceptar y querer cada una de mis curvas e imperfecciones.

Debo reconocer que no siempre fue así. Las carnes me han acompañado durante toda la vida y con ellas una ristra de insultos que, durante un gran lapso de tiempo, me afectaron en todo lo que hacía.

No tuve una infancia y adolescencia muy idílicas que digamos y conseguí salir adelante, aceptarme y ser feliz con mis kilos de más. Logré, después de mucho tiempo, encontrar la forma de verme sexy. Mi cara es bastante bonita, creo que es lo mejor de mí, y mi cuerpo me gusta. Tengo mi barriga, por supuesto, pero no es una barriga fea, más bien un vientre plano con una curvita resultona que la adorna. Por suerte no tengo demasiadas estrías — alguna hija de puta hay—, y la forma de mi cuerpo es proporcionada, estilo a la Venus de Milo —un icono sexual de toda la vida del señor—. Y mis tetas y mi culo están en el sitio que tienen que estar.

Lo jodido sería que mi pie fuera una teta.

Problemas del primer mundo.

Me ha costado mucho tiempo aceptarme y, aún, a veces no lo hago, pero mi filosofía de vida se rige por ser quien soy, simple y llanamente. Y a quien no le guste, puede dejarse los dientes en la pared después de que yo lo estampe.

—¿Te queda mucho? Tengo que maquillarme —oigo que grita Tanya al otro lado de la puerta.

—Cariño mío, tu casa está un piso más abajo, creo que allí nadie te molestará —contesto. Lleva todo el día en mi casa. Incluso me da la sensación de que el vestido que se va a poner esta noche estaba escondido en algún lugar recóndito del armario.

A veces me pregunto por qué decidimos mudarnos al mismo sitio. Una cosa es quererse y la otra tenerla pegada en el culo veinticuatro horas al día.

—Lo sé, pero me da pereza. Así que, ya que estoy aquí, acaparo todas tus cosas —se burla.

—Gorróna.

—La mejor.

Puedo imaginarla al otro lado de la puerta con la lengua fuera.

Hago caso de sus exigencias y me visto. Suerte que he cogido todo lo necesario, a pesar de la confianza, no es de mi agrado salir en pelota picada delante de mi amiga. Me pongo un sostén sin tirantes de color morado y las braguitas a conjunto.

Debo añadir que solo conjunto la ropa interior cuando salgo, por eso de si pillo cacho, claro. Que luego no digan que no hay estilo.

Suelto mi pelo y, tras ponerme unas finas medias opacas de color negro —que espero que no acaben enrollándose hacia abajo, haciendo de mi noche una tortura—, me enfundo en un vestido del mismo tono que el sostén que se ata al cuello, y, al igual que el que llevaba en la mañana, el canal de mis

pechos queda muy a la vista. Este es de los pocos que tengo que se pegan a mi cuerpo y mis curvas. No suelo usarlos demasiado, pero este en especial creo que me queda bien. Por lo menos, a mí me gusta, que eso es lo importante. Terminó mi acicalamiento atusando mis rizos y maquillándome de forma sutil.

Al salir veo a Tanya en la puerta y me mira de arriba abajo con aprobación.

—Estás que rompes.

—Claro que sí, *guapi* —respondo. Sé que cuando ella salga vestida y toda mona, su *look* meterá mil patadas al mío, pero no está de más recibir halagos, aunque vengan de tu mejor amiga que siempre te mira con buenos ojos.

Creo que por eso la adoro. A pesar de nuestras diferencias, Tanya jamás me ha juzgado como otras muchas personas. Incluso mi propia familia, en múltiples ocasiones, ha tenido algo que opinar sobre mi apariencia, y eso, a la larga, enfría las relaciones.

No quiero decir que me lleve mal con mis padres, en realidad con quien me llevo mal es con uno de mis hermanos, Sergio. Es un idiota de casi dieciocho años que se pasó toda su adolescencia metiéndose con mi aspecto y nunca se ha preocupado en cambiar. Mi hermana Lidia es todo lo contrario, una ricura a la que quiero con todo mi corazón, y que ha sido un pilar importante para superar ciertos traumas.

Tanya sale a los pocos minutos, arreglada como si fuera la invitada principal en una alfombra roja, con un vestido negro escotado, estrecho y de manga corta, con el que como se agache mucho, enseñará hasta sus pensamientos. Su pelo rubio lo ha dejado suelto. Lo tiene liso y precioso. La envidia. Se ha maquillado de forma muy sutil y en los pies se ha calzado unos zapatos de tacón de vértigo, que sé de antemano que van a acabar en su bolso. Por eso yo llevo unos botines con un tacón de unos cinco centímetros, muy cómodos.

—Qué asco das. Víctor te va a comer enterita —musito con una sonrisa y da una vuelta para lucir palmito.

—Eso espero, porque si vieras los *wasaps* que me envía, arderías por combustión espontánea —bromea y yo la creo, aunque me da asquito.

Somos amigas íntimas, pero no me apetece leer cómo se ponen cachondos el uno al otro a través de mensajitos.

—Anda, vamos antes de que me arrepienta.



Llegamos al BarCo después de haber hecho una parada para cenar. Son las once de la noche de un sábado bastante caluroso a pesar de estar en mayo y la gente ya espera para entrar. Tanya ha dicho que hemos quedado en la puerta, supuestamente nos esperan en la cola. Veo que mueve la mano, sonrío y me indica que la siga. Víctor, dos chicos y una chica, saludan a mi amiga.

Tanya se lanza a darle un morreo.

Así, sin paños calientes.

—Hola, Beth —me saluda y sonrío. El tío me cae bien, a pesar de su pelo escoba. Me recuerda al del anuncio de los Pelochos, pero prefiero no decirlo para no ganarme una riña de mi amiga.

Víctor me presenta a sus dos amigos, Ismael y Sebastián. El último es el novio de la chica, que se llama María.

—Encantada.

Al parecer Ismael y yo somos los únicos solteros. Me mira encogiéndose de hombros mientras los tortolitos se morrean delante de nuestras narices.

Ahí, comiendo delante de los muertos de hambre.

¡Qué falta de consideración!

—Creo que nos va a tocar aguantar las velas —murmuro.

—O a lo mejor no —me guiña un ojo y finjo sonrojarme.

Demasiado fácil para ser verdad.

Ismael es un chico guapetón. Alto, fortachón... Pero no fortachón de machacarse en el gimnasio, más bien de hincharse a cervezas, aunque no está gordo ni nada por el estilo.

Es un tío del montón, como yo.

Follable.

Entramos en el *pub* y la música llega a mis oídos. Ahí ponen una gran variedad de canciones antes de que comience la música en directo, y justo han puesto una de mi estilo favorito. Suena *Sweet child of mine* de Guns N' Roses y la canto como si no hubiera un mañana. Por suerte, nadie me escucha demasiado, mi voz queda ahogada por el sonido, así que tienen suerte. Podrían morir con mis berridos.

Nos acercamos a la barra y cada uno pide lo suyo. A mí me apetece empezar fuerte con un chupito de tequila y un vodka con limón. Así, algo ligerito para comenzar.

El local mantiene un toque entre clásico y moderno. He ido algunas veces y nunca me he fijado demasiado. Consta de dos salas en las que prácticamente todas las noches se ofrece música en riguroso directo y se acercan toda clase de personas.

Poco a poco, comienza a llenarse de gente, tanta que parecemos sardinas enlatadas, y los codazos vuelan por los rincones. Nos situamos a un lado que todavía no ha quedado absorbido por la marabunta y disfrutamos de la música entre bailoteos.

Como Ismael está tan solo como yo, se une a mí en el baile. Muevo mis caderas con sensualidad y me acerco demasiado. Él solo hace como que baila. Es obvio que el ritmo no está dentro de sus venas.

Tanya está a su rollo. Da la sensación de que baila, pero en el fondo

aprovecha la oscuridad para meterle mano a Víctor y en un momento muy lúcido por mi parte, me acerco sin ser vista y alargó mi mano por debajo de su falda para posarla en su nalga.

Parece que algo no le cuadra a mi amiga. Víctor la tiene cogida de las caderas y mi mano está en su trasero. Mira a su pareja extrañada y gira el cuello como la niña del exorcista.

—Idiota —me gruñe y comienzo a carcajearme.

Saco la mano de su culo y vuelvo a la barra. Hace varios minutos que me he quedado sin bebida. Ismael, muy solícito el chico, quiere acompañarme, pero lo rechazo y me voy a solas a pedir.

—Un vodka con limón —pido y espero a que me lo traigan.

—¿Beth?

Una voz muy conocida me llama. Me giro y veo a Javi. Un chico muy guapetón con el que estuve enrollándome durante un par de meses y con el que todavía sigo en contacto por mensajes. Somos muy amigos, pero el roce terminó.

Follaba de miedo. Lo que no recuerdo es por qué dejamos de vernos para aquello.

—¡Hombre, Javiii! —lo saludo alargando la i. Comienzo a estar tocada.

Me abraza con fuerza y deja un beso en mi mejilla.

—¡Te veo muy bien! —Me mira con una sonrisa socarrona y me guiña un ojo. Es evidente que observa mi escote y, por si acaso, yo también lo hago. No vaya a ser que, con tanto bailoteo, un pezón juguetón haya querido ver mundo.

Por suerte, sigue escondido en su madriguera.

—¿Qué pasa? ¿Las echabas de menos? —bromeo y las muevo.

Ríe y entonces me fijo en que va acompañado. A su lado hay dos tíos que no tienen nada que envidiarle. Javi está muy bien, es moreno, alto, corpulento y con apenas grasa en su cuerpo, con una creciente barba que lo hace completamente masculino.

—Sigues en tu línea —me contesta con una sonrisa—. Chicos, esta es Beth —me presenta.

—¿Beth, Beth? —oigo que pregunta uno con un toque de incredulidad mientras el otro se mantiene en silencio. Javi asiente con una sonrisa.

—Este es Izan —le doy dos besos al tal Izan, el que se ha quedado callado mirándome, y luego me presenta al otro—. Y Patrick.

Patrick me regala un frío saludo con la mano que respondo con una falsa sonrisa. No puedo evitar perder mi mirada en él, es un hombre pero que muy atractivo. Es corpulento y musculoso. Dudo que en su cuerpo haya un ápice de grasa. Lleva el cabello castaño, muy corto, y tiene los ojos grisáceos. Va bien afeitado y tiene un pequeño hoyuelo en la barbilla de esos que hacen babear.

No puedo negar que la *chocheta* me hace palmas. Es un HQMF (hombre que me follaría).

Pero hay un problema. No me hace ni puñetera gracia la forma en que me mira, con aires de superioridad que solo hacen que saque mi lado más antipático.

—¿Has venido sola? —pregunta Javi.

—Con Tanya, pero está en estado de ebullición con su rollete —contesto.

Veo que el tal Patrick le susurra algo al oído al otro chico y ambos ríen. No puedo evitar taladrarlo con la mirada porque imagino a la perfección lo que le ha dicho. Seguro que piensan en qué hace Javi con la gorda. No sería la primera vez que me pasa.

—Su vodka —oigo que me dice la camarera.

Cojo mi copa y le meto un largo trago.

¿Cómo algo tan perjudicial para la salud puede estar tan bueno?

No soy una alcohólica, pero de vez en cuando a una le apetece darse alegría para el cuerpo.

La conversación con Javi parece haber llegado a su fin. Estoy un poco incómoda bajo la atenta mirada de sus amigos. No me gusta ser el centro de atención y con una última mirada me despiden de ellos para volver con Tanya y nuestro pequeño grupo.

Me fijo en que Ismael está mirándome todo el rato. Me siento halagada y, quizá, si hubiera sido otro día en el que mi carácter esquivo no hubiera salido a flote, me lo hubiera llevado a un rincón para hacerle travesuras. Pero esta noche no. No me apetece.

Cojo el ritmo de la música de nuevo y me contoneo mientras continúo con mi copa. En algún punto de la noche he perdido de vista a Tanya, quien probablemente se ha escaqueado a un rincón oscuro con Víctor para hacer a saber qué. Ismael no deja de rondarme. Es un poco pesadito el chico, pero yo estoy demasiado tocada como para prestar atención.

—Voy al baño —digo con voz pastosa, pero no sé si alguien me ha escuchado.

Me abro paso al ritmo de *Aceitunero* del grupo Marea y por un momento olvido a dónde iba.

Me paro y oteo confusa a mi alrededor, hasta que mi vejiga es la encargada de recordarme que me meo viva. La cola es interminable. Aunque parezca increíble la de los hombres está exactamente igual.

Hago el baile de San Vito, aprieto mis piernas e intento que no se me escape nada. Mi vista se va hasta la cola de los hombres y veo a uno que parece mirarme divertido.

Es Patrick, el capullo amigo de Javi que estaba de risitas con el otro.

Arqueo una ceja y lo miro. Creo que tengo cara retadora, pero quizás es solo en mi imaginación, porque suelta una carcajada. Lo más probable es que esté ridícula.

—Parece que has bebido más de la cuenta —me susurra en el oído.

Qué envalentonado, ¿no?

—Sí, por eso me meo viva y esta cola no avanza —contesto sin saber por qué—. Patricio, ¿verdad? —digo a sabiendas de que lo he dicho mal.

—Patrick.

—Mola más Patricio, como el de Bob Esponja.

Me mira no sé si divertido o enfadado, pero lo ignoro en el mismo instante en que veo que me toca entrar por fin.

¡Por el amor de Jaime Lannister, cuánto lo necesitaba!

Me lavo las manos y me adecento un poco el vestido. Suerte que no me he maquillado demasiado, porque al mirarme al espejo veo como la línea de agua que he pintado de negro comienza a correrse de tanto bailoteo. Me retoco cual damisela y salgo de allí más digna que la reina Letizia con La Corona de los chinos.

Una vez fuera, vuelvo a toparme con Patricio, el amigo del que vive en la piña debajo del mar.

—¿Me estás siguiendo? —digo justo cuando pasa por mi lado.

—Más quisieras, bonita —se burla y me entran ganas de gruñir al observar esa sonrisa de capullo.

Sigo mi camino que es el mismo que el suyo. Noto su mirada puesta en mí, pero ninguno dice nada y me reúno con el resto del grupo.

—Adiós, Beth —oigo la voz de Patrick, susurrando mi nombre en mi oído, y al girarme ya no está.

No puedo negar que oírlo pronunciar mi nombre ha hecho algo en mi cuerpo y sé a la perfección lo que es.

Empieza por *ex* y acaba por *citado*.

Ismael sigue sin dejar de mirarme y veo que ha sido tan atento que me ha guardado la copa que he dejado a medias antes de ir al baño. La cojo y me la bebo de un trago para paliar la sed que me ha entrado de repente.

Ese susurro resuena en mi oído con un aire celestial.

—¿Cuántas llevas ya? —me pregunta sonriente.

—Ni idea, pero quiero más —contesto y rápidamente se encarga de ir a por otra.

Durante toda la noche el chico se ha querido acercar a mí. Puede que piense que estoy desesperada o algo por el estilo —es un pensamiento muy común en los hombres—, pero no, no lo estoy. Vale que hace unos segundos que he dicho que estoy excitada, no obstante Ismael no me excita. Me cae bien, sin embargo, le falta algo para hacer que me enrolle con él, como conocer algo más su personalidad y esas cosas. Intento no ser una facilona, aunque a veces...

Pero esta noche no. Esta noche solo quiero disfrutar, bailar y patear cada rincón del BarCo en busca de mi amiga para no volver sola a casa.

Capítulo 3

Me despierto por culpa del sol que me pega en la cara con saña y alevosía. Gruño como un perro rabioso y meto la cabeza entre la almohada y el colchón. Me duele la cabeza y tengo unas agujetas de órdago. Ayer bebí demasiado y ahora mi cuerpo está resentido, con una resaca que golpetea con fiereza en mi sesera y ningunas ganas de mover el culo de mi cama. Además, es domingo, el día de la semana oficial para tocarse el higo sin remordimientos.

Pero no voy a tener esa suerte.

Oigo la puerta de mi casa abrirse y a los pocos segundos aparece Tanya en la puerta de mi habitación.

Fue una mala idea darle la llave. Aunque yo también tengo la suya, creo que en seis años no la he utilizado.

—Vamos, despierta, Bella Durmiente.

—No quiero —lloriqueo—. Estoy esperando a que llegue el Príncipe Azul, me bese y me ponga mirando para Cuenca.

Tanya ríe y su risa se me antoja como una puñalada directa a mi cerebro.

—Te he traído un trozo de Red Velvet y un *frappuccino* de vainilla.

Abro los ojos y me levanto impulsada por la emoción.

Ha traído a mi príncipe y estoy tentada de besarla en los morros, pero el ansia por pegarle un bocado a mi tarta favorita quita esa tontería de mi cabeza.

Busco en la mesita del salón, en la cocina y no la encuentro. Así que me giro y veo a Tanya desternillarse de la risa.

—No se juegan con las cosas del comer, mala pécora —gruño.

—Era la única forma que se me ha ocurrido para levantarte. —Se encoge de hombros.

La miro con una ceja arqueada y me fijo en que está como una rosa. No tengo ni idea de si ella bebió como yo, no la encontré hasta las cinco de la madrugada, cuando decidí que mis caderas no querían seguir haciendo movimientos sexis y nos marchamos a casa. Probablemente, estuvo demasiado ocupada dándose el *filetazo* con Víctor. Me quedé dormida en el taxi y lo cierto es que no recuerdo cómo llegué hasta mi cama.

—Tienes una pinta horrible —me dice.

Giro la mirada hacia un espejo que tengo al fondo del salón y debo darle la razón. Al llegar, no tuve ganas de desmaquillarme y mis ojos son como los de un oso panda. El pintalabios rojo se ha esparcido hasta mi mejilla y parece que me haya pasado la noche chupando... algo.

—¿Por qué me dejaste beber? —pregunto—. Ah, sí, porque estabas demasiado ocupada con Víctor.

—Me lo pasé tan bien —canturrea soñadora—. Esta noche me va a llevar a cenar.

—Espero que no sea a un McDonald's, porque, con esos pelos, se pone un sombrero de payaso y es Ronald McDonald en persona —me burlo.

—Eres muy mala.

—*Nah*, solo tocapelotas. Me alegro por ti, me cae bien el chico.

Niega con la cabeza y se va a la cocina. La dejo que manibre a su antojo porque sé que me va a preparar el desayuno. Me roba la comida, aunque si me cocina se lo perdono. Prepara dos sándwiches y lo devoro acompañado de un ibuprofeno para el dolor de cabeza. Charlamos sobre la noche y, cómo no, tiene que sacar el tema de Ismael.

—¿Por qué no te enrollaste con él? —me pregunta.

—Porque no me apetecía. Es un poquito pesado el chico.

—Y muy mono.

—No te lo niego, pero es de esos tíos pegajosos y me conozco, Tanya, acabaría abriendo la boca y le soltaría una de las mías, dándole pie a que me odie.

—Pues controla tu carácter, chica.

No puedo evitar reír. Como si eso fuera posible. Bueno, lo es, pero no me da la gana. Me gusta ser así.

—Me encontré a Javi —le digo para cambiar de tema. Es capaz de llevarme a su cena romántica de esta noche e invitar a Ismael para que me enrolle con él.

Y no, no me apetece.

—¿El *empotrador*? —Asiento—. ¿Te lo vas a volver a tirar?

—No creo. Lo nuestro duró demasiado y solo somos amigos. Nos lo pasábamos bien y ya está. Somos colegas —respondo.

Y es totalmente cierto. En ningún momento tuve otro tipo de pensamiento cuando me veía con él.

—Pues estaba muy bueno.

—Pues tendrías que haber visto a sus dos amigos. Hay uno que no recuerdo su nombre y creo que no escuché ni su voz, pero el otro, Patrick... —digo y hago una pausa porque su imagen aparece en mi mente tan nítida como si lo tuviera enfrente—. Me lo encontré varias veces durante la noche y puedo decir que es un capullo.

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición femenina. Eso sí, el tío está como un tren. Y no un tren

cualquiera, un tren de lujo con todas las comodidades.

Ambas reímos por mi comparación y no puedo evitar que la imagen de Patrick, que todavía continua en mi cabeza, me sonría burlona de la misma forma que cuando esperaba para entrar al baño.

De forma inconsciente, consigue que me muerda el labio. A pesar de mi puntillo ebrio, recuerdo a la perfección sus ojos grisáceos. No los tiene demasiado grandes y parecen un poco achinados. Su pelo tan corto le da un toque de militar y su cuerpo... ¡Oh, Dios! Es un maldito pecado. Un hermoso monumento para la vista. Pero sé, sin ni siquiera conocerlo, que es un capullo.

Como he dicho, es intuición femenina.

—Pues para ser un capullo, estás pensando un poquito en él.

—¿Qué?

—Te has mordido el labio y tienes una sonrisa de idiota en la cara que no te la aguantas. Sé que es porque te lo estás imaginando. Espero que no sea desnudo, no me apetece que te dé el calentón conmigo en casa. —La miro con la ceja arqueada y ella me sonrío burlona.

—No digas tonterías. Tampoco era para tanto —miento.

Tanya me hace la burla y se levanta para recoger lo que hemos ensuciado. Al menos, tengo asistenta del hogar gratuita.



A mitad de la tarde me doy cuenta de que me he quedado dormida en el sofá mientras veía *Los Vengadores* en Netflix. Despierto cuando la canción *About The bass* de Megan Thrainor suena avisando que tengo una llamada. Veo en la pantalla que es Javi.

—Buenas tardes, cuerpo serrano —me saluda y lo imagino sonriendo—. ¿Cómo va tu resaca?

—Hola, feo. Iba bien hasta que me has despertado.

—Lo siento, lo siento, pero quería hablar contigo.

—¿Qué pasa? —pregunto curiosa.

—Quería disculparme por la actitud de mis colegas. No creas que no me di cuenta cuando comenzaron a cuchichear como abuelas. Son un poco imbéciles.

Recordé entonces el momento en el que Javi hizo las presentaciones y cómo Patrick decía algo al oído al otro chico y ambos reían. En ese instante, deduje que decían algo sobre mí que en otra época me hubiera herido, pero al igual que intento hacer la mayor parte del tiempo, lo ignoro para no hacerme mala sangre.

—No te preocupes. Es lógico que alucinen con que un tío como tú se enrolle con alguien como yo. Estoy acostumbrada.

—Beth, no te menosprecies, eres una tía genial, ellos no te conocen y la gente juzga sin pensar, pero si te conocieran, alguno caería. Eres una persona normal.

—¡Qué zalamero! —me río, pero en el fondo estoy agradecida con sus palabras—. Pero de verdad, me preocupa lo mismo que el corte de pelo de Rihanna: una mierda.

—Eres la hostia.

—Lo sé.

Pasamos un rato más hablando de banalidades y también coqueteando de forma descarada. Ambos sabemos que lo nuestro ya fue. Sé que tengo un amigo con el que poder contar cuando lo necesite. A pesar de mi carácter, Javi me soporta y le resulto entrañable.

¿A quién le resulta entrañable alguien tan impertinente como yo?

A él y por eso me cae bien.

Cuando cuelga decido levantarme del sofá y me voy a mi pequeño lugar de trabajo. Ahí tengo mi preciado Mac y todos los artilugios que utilizo en mis sesiones fotográficas. Tengo el despacho decorado con algunas de las fotos que he hecho a lo largo de estos años, la mayoría son de mascotas, paisajes y flores llenas de color que hacen del pequeño cuarto un lugar más vivo.

Lo cierto es que amo mi trabajo. Me llena y, encima, puedo vivir de él cómodamente. He ganado varios premios de fotografía y, gracias a ellos, he conseguido abrirme paso en un mundo en el que hay mucho intrusismo. Gente *amateur* que se hace pasar por profesional y nos quita el trabajo a los que verdaderamente tenemos todos los estudios y hemos hecho una carrera en audiovisuales. Normalmente, hago sesiones a modelos para catálogos de ropa, sesiones fantasía, cosas para algunas marcas y, de vez en cuando, lo que en la jerga denominamos BBC: Bodas, Bautizos y Comuniones.

Sí, esto último es muy típico y es de lo que menos me encargo, aunque, algunas veces, me gusta ser partícipe del día más feliz de la vida de alguien. Es bonito y suelen salir fotos maravillosas.

Reviso mi correo y encuentro uno de mi asistente personal, Silvia. Ella se encarga de buscar nuevos clientes y de avisarme cuando tenemos sesiones nuevas con los habituales. Resulta que durante las próximas dos semanas tengo que desplazarme al hotel Eurostars para fotografiar a modelos masculinos para un extenso catálogo de moda de una marca que vende online. A veces, este tipo de trabajos se llevan a cabo en estudios más preparados a los alrededores de los platós de televisión, y en otras se decantan por sitios más públicos y accesibles con los costes. Leo las condiciones y, como siempre que he trabajado con la marca, me llevaré una buena suma.

Ser fotógrafa y, encima, autónoma no es un trabajo sencillo, me ha costado mucho encontrar la estabilidad económica, años de ahorrar cada céntimo para poder vivir mi propia vida y, por fin, tras dos años difíciles, he conseguido hacerme un hueco y ganar lo suficiente para no tener que vivir ahogada por las facturas. Y lo mejor de todo, hago lo que me apasiona.

Imprimo el contrato y lo escaneo para mandarlo de vuelta. La primera

sesión es el martes, así que tengo todo el lunes para hacerme un *planning* y preparar los focos, los filtros, los objetivos y las tarjetas de memoria que utilizaré. Sé que serán dos semanas agotadoras, porque después tocará el retoque y elegir, de ocho millones de fotografías, las mejores.



La noche llega y aprovecho para bajar a casa de Tanya y que me prepare la cena. Por un día, voy a ser yo la gorróna. Tengo suerte de que ha cocinado algo que me encanta: pizza.

—¿Quién es la gorróna ahora?, ¿eh? —dice mientras le doy un mordisco a un pedazo.

—Algún día me tocaba.

Le hablo sobre mi nuevo trabajo y se alegra mucho por mí.

Tanya se sacó la carrera de magisterio y se especializó en la lengua inglesa. Trabaja en un colegio de primaria, rodeada de niños a los que inspira para que, cuando crezcan, hagan lo que les apetezca en la vida. Me hubiera gustado tenerla de profesora en mi época, pero claro, teníamos la misma edad, así que ciertamente era algo imposible.

—Espero tener tiempo para ir al gimnasio —digo, y no hay ninguna clase de arrepentimiento por mi parte al decir gimnasio y comer pizza carbonara.

Aunque no lo creáis, suelo hacer deporte de forma habitual. No estoy así porque me pase el día comiendo y tumbada en el sofá. Me muevo y mucho. Me encanta hacer ejercicio y por eso digo que tengo una barriga bonita, porque, a pesar de tener un poco de sobrepeso, también tengo mi músculo. Así, en singular. Uno solo.

Lo que quiero decir es que estoy ágil, no tengo problemas de nada y me muevo mejor que muchos. Y no es porque lo diga yo, pero es así. ¡Palabrita!

—Yo hace casi un mes que no voy —me dice.

—Porque eres una perra.

A la cabrona no es que le haga mucha falta, sin embargo, lleva tres años apuntada, y de doce meses, como mucho va uno. Siempre encuentra algo mejor que hacer.

La ayudo a recoger las sobras de la cena y nos sentamos en el sofá.

Comenzamos a hablar de nuestras cosas y de nuevo saca el tema de Víctor. Había quedado para cenar con él, pero le han llamado del trabajo de forma urgente y le ha tocado comerse el turno de noche. La jodida está obsesionada y, por los mensajes que me enseña, es mutuo. Al final, va a haber tomate y esos dos van a congeniar de verdad.

Lo conoció una noche en la que salimos de fiesta junto al resto de nuestro grupo de cotorras, incluida Sheila, y, desde que se enrollaron, ha surgido algo entre ellos. Me alegro mucho por mi amiga. No es de las que ha tenido suerte en el amor, algo que compartimos, y ya va siendo hora de que lo tenga. Así que le doy un abrazo y me alegro por ella.

Porque para eso están las amigas, para apoyarse.

Miro la hora y me fijo en que han tocado las doce. Decido subir a mi piso porque no quiero ser la culpable que haga que Tanya llegue tarde al trabajo mañana, además, yo también debo madrugar para dejarlo todo listo para la sesión del martes.

Me pongo mi pijama de dos piezas de Harry Potter —obviamente es de Primark, porque todo lo que busques de ropa de Harry Potter se esconde en esa tienda—, y me meto en la cama a descansar.

Sin saber por qué, sueño con un hombre que se parece sospechosamente a Patrick, y parece que ha llegado el verano a mi cuerpo.

Soy lo peor.

Capítulo 4

En martes ni te cases ni te embarques. Suena el despertador a las ocho de la mañana y le gruño como si fuera capaz de escucharme.

Por si todavía no lo he comentado, hay algo que me gusta más que la *pizza* Carbonara: dormir. Pero me toca ir al hotel y comenzar a hacer fotos a tíos que lo más probable es que estén para mojar pan.

Os da envidia, ¿verdad?

Con razón. A pesar de que es trabajo, también me da tiempo a recrearme la vista. Además, luego paso horas viendo las fotos para mejorarlas, e incluso babeo como una colegiala salida.

Salgo de casa cargada con todo el equipo, suerte que mi edificio consta de *parking* y el hotel también. En Madrid hay mucha zona peatonal, y cuesta encontrar aparcamiento gratuito. Lo cargo todo en mi pequeño Mini Cooper y me encamino hacia mi destino. Tras identificarme y que me lleven al lugar donde se van a hacer las fotos, monto todo el equipo. El croma, los focos... Me paso una hora dejándolo todo listo y a las nueve llega la chica que se encarga de supervisar la sesión. Se llama Miriam y ya la conozco de otras ocasiones. Tiene el cuerpo típico de chica de *Play Boy*, con los pechos casi igual de grandes que los míos. La diferencia: los míos son naturales.

No es una mujer muy accesible con la que se pueda hablar de todo, aun así, no acaba de caerme mal del todo. En ocasiones tomamos algo juntas al salir. Eso, cuando ella no se va en mitad de la sesión a supervisar otro de sus trabajos.

—Los chicos ya están en el vestuario. No necesito que hagan demasiadas poses, simplemente que muestren las prendas de frente, de lado y espaldas. Solo en la ropa interior tienes que centrarte en la parte de abajo. —Asiento conforme a sus directrices y espero a que salga el primero.

¡Madre de *Dior*! El primer monumento se acerca.

Preparo la cámara en mis manos y le indico al guapo chico, vestido con un chándal que en él parece un traje, que se ponga de frente.

—Mira a la cámara y curva los labios en una sonrisa que muestre un poco tus dientes. Relaja los hombros y separa un poco las piernas. —Miriam asiente conforme a mis directrices. Normalmente, es ella la que se encarga de decirles cómo ponerse, pero me conoce lo bastante bien para saber cómo trabajo, y mis consejos suelen ser los acertados.

El chico obedece sin rechistar y me quedo contenta con el resultado. A pesar de que al final lo más probable sea que solo se utilicen dos fotos, he hecho más de cincuenta. El siguiente modelo no me deslumbra tanto, aunque, al igual que el primero, tiene la suficiente experiencia como para obedecer y hacerme conseguir que la cámara capte exactamente todo lo que quiero.

—Muy bien, ahora ponte de espaldas —le indico y tomo una serie de fotos. Cambio el ángulo de la luz varias veces para conseguir distintos toques y continúo.

El chico se marcha tras terminar para cambiarse y, tras varios más, a cada cual más guapetón, entra alguien en la sala con unas prisas inusuales.

—Llegas tarde —dice Miriam, pero no parece enfadada, solo mira al chico que acaba de entrar con los brazos en jarras.

—Lo siento, Miriam. No volverá a pasar.

—Eso espero. —Rueda los ojos y hace un gesto cansado.

Me giro presa de la curiosidad por saber quién es el tardón. Su voz me ha resultado familiar y, al fijarme, estoy a punto de abrir la boca de la impresión.

¡Es Patrick!

Patrick, el capullo.

Patrick, el buenorro.

Patrick, ese que me miró como si fuera una mierda pinchada en un palo en el BarCo.

Lo pillo mirándome y él también se ha quedado con la boca abierta.

Miriam le mete prisa para que vaya a cambiarse y yo espero hasta que sale vestido con otro de los conjuntos de la marca.

No puedo evitar escrutarle de forma descarada. Lleva unos tejanos de pitillo que se aprietan por completo a sus piernas y una camisa negra lisa con dos botones abiertos en la zona del pecho. Ese pequeño hueco deja a la vista sus pectorales. Y no voy a ser yo la que diga que no son perfectos, porque lo son. Y me da ganas de gruñir.

Subo hasta su rostro y me encuentro con su ceja arqueada y una mirada burlona.

¡Me ha pillado de pleno! El problema es que no puedo soltar ningún comentario mordaz, tengo a Miriam justo al lado supervisando la sesión.

Decirle capullo no sería profesional.

—Comencemos —digo y carraspeo para centrarme en el trabajo.

Reconozco que a veces olvido de que hacer fotos es mi trabajo.

Le doy las indicaciones pertinentes a Patrick y se mueve tal y como ordeno. La cámara le quiere, con su mirada la seduce y con ello también a mí.

«¡Mierda!».

Cuando toca el turno de fotografiarle de espaldas me pierdo en su trasero.

Malditos sean esos tejanos que le hacen un culo de infarto. Sus glúteos están prietos y se marcan bajo la tela. Me entran ganas de ir allí y darle un azote cual abuelita salida. Vuelvo a centrarme y hago más fotos de las normales, incluso hago trampas y meto *zoom* para tener un plano perfecto de semejante trasero.

¡Lo que voy a disfrutar con eso en mi tarjeta!

Soy una perversa, lo sé.

Su turno termina demasiado deprisa y llega el siguiente modelo.

Durante las siguientes dos horas continúo dándole al botón, cambio la batería de la cámara un par de veces, pongo una nueva tarjeta y, a eso de la una del mediodía, Miriam me indica que hemos terminado por hoy.

Hay tanta ropa por fotografiar que serán unos días largos, y más cuando de los cinco modelos, uno de ellos es Patrick.

Mientras todos recogen sus cosas, yo me centro en volver a guardar parte de mi material en los maletines. El hotel nos permite dejar ahí el croma y las luces, así que no volveré tan cargada como he ido. Me levanto del suelo tras guardarlo todo y al girarme pego un grito.

—¡Joder, me has asustado! —exclamo. Patrick sonrío burlón.

Creo que comienzo a odiar la burla que siempre hay en su sonrisa.

—Era mi intención.

—¿Qué quieres? ¿Reírte un poco más con tu amigo cuando os volváis a encontrar? —le lanzo al recordar lo del BarCo.

Ni siquiera quiero saber qué le susurró, solo conseguiría cabrearme. Me mira con el ceño fruncido y parece recordar a qué me refiero.

—Te diste cuenta —asume—. Lo siento. Cuando Javi nos hablaba de ti, no te imaginábamos así —me señala.

—Así, ¿cómo? ¿Con imperfecciones? ¿Gorda?

—No me malinterpretes...

—Oh, tranquilo, estoy acostumbrada. Lo que opines tú o tu amigo me importa lo mismo que la subida del gasoil.

Bueno, la subida del combustible de mi coche me importa, pero al tenerlo delante se ha ido cualquier resquicio de imaginación por mi parte. Veo que se arrepiente de inmediato de lo que ha dicho. Lo veo en su mirada, pero no estoy dispuesta a bajarme del burro y ser simpática con él. No se ha ganado mi simpatía.

—Vaya, veo que Javi no exageraba con que tu carácter es...

—¿Maravilloso? —le corto y me cruzo de brazos. Mis pechos se juntan en el escote del vestido que llevo puesto y veo que sus ojos van directos hasta ahí.

Es una táctica infalible y la uso mucho, sobre todo, para contestar mal.

—Deja de mirarme las tetas. Ya sé que gozo de una buena delantera, pero no te he invitado a que seas espectador de su esplendor.

Oigo que suelta una carcajada y arquea una ceja.

—Bueno, Beth, nos vemos mañana.

—Por desgracia. Adiós, Patricio.

Al instante siguiente, sale otro de los modelos y no me da tiempo a ver si le ha molestado que volviera a cambiar su nombre. Se presenta como Christian. Es el segundo de los modelos que he fotografiado, el que no me ha impresionado tanto como el primero, y me invita a ir a comer con el resto del elenco. Acepto, a pesar de que sé que Patrick también estará.

Vamos al bar de la esquina y cada uno pide un menú. Noto que Patrick tiene la mirada puesta en mí, pero lo ignoro de forma descarada mientras Christian me cuenta cosas de las que no me estoy enterando. Intento estar más centrada en comer, aunque tengo la mente tan perdida que ni siquiera sé qué estoy masticando.

Bajo la vista y veo una ensalada que estoy comiendo como un pajarito.

¿Cuándo he pedido una ensalada? ¿Por qué demonios actúo de esta forma? Mi actitud es como si de repente me hubiera vuelto tímida. Lo cierto

es que estar rodeada de cinco modelos impone, sobre todo, cuando las mujeres que me rodean no dejan de mirar a mi mesa. Quizás imaginan que nos vamos a montar una orgia, o algo...

—Mañana te traeré el CD —oigo que me dice Christian.

—¿Eh? —No sé de qué me está hablando.

—Sí, el *CD* de Épica que te acabo de decir.

—Ah, sí, de Épica. Me encanta ese grupo —respondo por fin, entendiendo el tema. Acepto por compromiso, porque desde que existe Spotify, los *CDs* han quedado en el olvido de los inventos.

¿Quién los usa?

—Ahora vuelvo —digo de forma amable, porque decir voy al baño a mear rodeada de tíos buenos quita todo el glamur.

Llego al aseo y noto que alguien me agarra y en el fondo no me sorprende descubrir quién es.

—Lo tuyo con seguirme se pasa de castaño oscuro, Patricio.

—Patrick, si eres tan amable.

—Oh, sí, soy muy amable. Gracias —respondo.

Suelta un bufido y sonrío.

—Ten cuidado con Christian, es un capullo —me advierte. Pero no entiendo por qué.

—¿Como tú?

—Te aseguro que es peor. Además, tiene novia —me lanza como si me importara.

—Bueno, ese es su problema. ¿Es que tengo pinta de buscar una relación?

Y, es más, ¿acaso crees que quiero algo con él? —pregunto con incredulidad. Él no responde—. No lo conozco, no sé nada de él y no pretendo nada más que llevarme bien con los modelos a los que tengo que fotografiar durante estas dos semanas. ¿Tan desesperada crees que estoy?

—Bueno, estabas tonteando —añade con total seguridad.

Creo que mi ceja se ha unido al nacimiento de mi cabello, porque noto un dolor en el ojo del esfuerzo sobrehumano al que la someto.

—No me conoces, Patricio.

—Patrick —me corrige.

—Así que no opines sobre cosas sobre las que no tienes ni idea.

Entro en el baño dejándolo con dos palmos de narices y, mientras hago lo necesario, me pregunto a qué ha venido tal temperamento neandertal.

¿Qué pretende conmigo?

Ni siquiera creo caerle bien, al igual que él a mí tampoco. No hemos intercambiado demasiadas palabras, pero esas pocas me han hecho ver que es un poco imbécil, un creído y cree tener el poder supremo.

Y no, no me gusta la gente así. Aborrezco a las personas que te miran por encima del hombro, que creen que estás desprotegida ante una sociedad machista y con demasiados prejuicios.

Sé cuidarme a la perfección, lo he aprendido a lo largo de los años.

La comida ya no es tan amena como al principio. Hablo con la mayoría de los chicos y, al terminar, nos despedimos hasta el día siguiente.

Al llegar a casa, veo que Tanya ha vuelto a invadirme.

—¡Ya estoy en casa, cariño! —digo como si fuera su esposa.

Me recibe con el delantal y no puedo evitar soltar una carcajada. Está

hecha una maruja.

—¿Qué tal ha ido el día? —me responde, siguiéndome el juego. En realidad, ella hace poco que ha llegado; son las cuatro de la tarde, sale a las tres y se planta en mi casa como si fuera la suya.

No tiene remedio.

—Bien —digo no muy convencida—. He comido con los modelos y la mayoría son muy majos, pero hay uno que no. ¡Y no te vas a creer quién es!

Me mira con la esperanza de que lo suelte cuanto antes y la hago sufrir durante varios segundos hasta terminar mi relato.

Soy una *drama queen*, esos toques de tensión me ponen.

—Te acuerdas del amigo de Javi.

—¿Patrick? —pregunta. Está claro que lo recuerda. Tiene la ridícula idea de que me fijé en él por habérmelo imaginado mientras le explicaba cómo era.

—El mismo. Pues es uno de los tíos a los que me toca fotografiar.

—Pues ya estás tardando en enseñarme una foto.

Me obliga a que saque una de las tarjetas de memoria, encienda mi ordenador y ponga las fotografías en pantalla. Hay unas seiscientas fotos, pero no me cuesta nada llegar a las de Patrick. Es de quien más he hecho.

—Es este —le indicó.

Me roba el sitio en el ordenador y veo que amplía la imagen para verle bien la cara, luego desciende por su cuerpo, en el que se ve un resquicio de su pecho y cambia de foto justo a la que he hecho de su culo.

No recordaba esa.

—¡Jo-der! —exclama—. En estos momentos te envidio más que a Elsa

Pataky. Este tío está buenísimo.

—Pero es un gilipollas.

—Ahora no me digas que no te lo tirarías, porque mentirías como una bellaca.

—Lo reconozco, le daría un buen meneo, pero su actitud le quita todo el atractivo —comento—. Va y se acerca a mí para advertirme sobre otro de los modelos, diciendo que tiene novia, porque, según él, he estado tonteando.

—¿Y lo has hecho? —pregunta.

—¡Qué va! Solo estaba hablando, y ni siquiera eso, me he quedado embobada sin escucharle hablar.

—Patrick ocupa toda tu mente —se burla.

—Ni la ocupa, ni me importa.

—Mentirosa. Ese culo va a hacerte tener un sueño erótico esta noche.

—Ya está bien. —Cierro la ventana y quito la tarjeta. No me apetece continuar mirándolo. Bastante de él voy a tener durante las próximas dos semanas.

Oigo que Tanya se ríe y yo no le encuentro la gracia. No sé qué es lo que estará pensando, pero, sea lo que sea, está equivocada.

Lo sé en mi interior.

Patrick es un imbécil y esa idea no hay nadie que pueda sacármela de la cabeza.

Por el momento, podéis decir que soy idiota. Lo acepto.

Capítulo 5

Me tomo un café todavía con los ojos pegados y salgo de inmediato en dirección al hotel. En la puerta veo a los modelos y los saludo con una sonrisa antes de entrar. Subo a la sala donde hago las fotografías y creo que ya hay alguien. Todas las luces están encendidas y mis pensamientos se confirman cuando de frente me encuentro a Patrick.

—Buenos días, Patricio —saludo con una falsa sonrisa.

—¿Algún día pronunciarás bien mi nombre? —pregunta de brazos cruzados. Me mira con una ceja arqueada y ese gesto consigue que me muerda el labio. Es sexy a rabiar.

¡Qué hombre!

—Mmm... No. Patricio es más bonito.

—Para una estrella de mar.

—Bien bonitas que son, aunque, pensándolo bien, tu simpatía te resta belleza, así que mejor te llamo imbécil y ya está arreglado —contesto con una sardónica sonrisa.

No puedo evitar ser una tocapelotas con él. Es algo que me sale por naturaleza, me divierte.

Niega con la cabeza y se esconde en el lugar en que se cambian. Estoy tentada de entrar y pillarle medio desnudo. En el fondo siento curiosidad por verlo desvestido. Porque si vestido ya es un lujo para los ojos, sin nada puesto debe ser para ir directa al infierno por pecadora.

Miriam llega a los pocos minutos para darme las directrices del día que

me espera y me indica que no estará para supervisarlo todo, tiene otro asunto pendiente, pero confía lo suficientemente en mí como para captar lo que ella quiere. Cuando se marcha, todavía no ha entrado nadie. Preparo el equipo y me sobra tiempo para tomarme otro café. Frente a la máquina me encuentro a Patrick. Supongo que está ahí para tocar las narices.

—¿No te cansas de seguirme?

—Eres tú la que se ha acercado a la máquina del café. Quizás eres tú la que me sigue a mí —contesta, burlón.

—Te lo tienes demasiado creído.

—¿Acaso no debería? —pregunta con un tinte de arrogancia que provoca que salga un gruñido de mi garganta.

Sí. Tiene para creérselo, pero no hace falta que lo pregone a los cuatro vientos. Lo más probable es que no sea el tío más guapo del mundo, y cuando se lo encuentre, le bajará ese ego que parece estar por las nubes.

—Estás bueno, pero con la boca cerradita mucho más. La cagas cada vez que hablas.

—Eso ha dolido.

—Las verdades duelen.

Cojo mi café de la máquina y soplo para que se enfríe un poco. Patrick sigue a mi lado y ambos miramos nuestro café.

Si tuviéramos una cámara enfrente, esto parecería un capítulo de una serie que daban hace años en televisión, en la que un grupo de trabajadores se reunía cada vez que les era posible para cotillear sobre el resto.

Le doy un sorbo y me quemo la lengua.

—Cuidado, está muy caliente —me dice en un tono que no logro reconocer. La piel se me ha puesto de gallina.

—Gracias por el aviso, pero creo que mi lengua me ha dado la pista —
ironizo.

Nos quedamos otros cuantos segundos en silencio y no puedo evitar soltar una carcajada ante la absurda conversación que hemos tenido.

Creo que en toda mi vida no había actuado con nadie así. Y sigo sin encontrar una respuesta que lo explique. Intento ser esquiva, pero siento como si un imán me atrajera hasta a él y mi cerebro quisiera decir cualquier idiotez para llamar su atención.

Una actitud completamente adolescente.

—¿De qué te ríes? —le miro y hago una pedorreta.

—De lo idiotas que parecemos.

Veo que sonrío y estoy a punto de babear. No es la sonrisa burlona que ya me ha echado otras veces, sino una sincera que hace que aparezcan dos tiernos hoyuelos en sus mejillas. Va perfectamente afeitado y su piel parece tan suave que me entran ganas de acariciarlo.

—Pues sí. No hemos empezado con muy buen pie que digamos —me dice y asiento conforme a su afirmación—. Así que formatea la tarjeta. Soy Patrick.

Se acerca a mí y deja dos besos en mis mejillas.

Debo reconocer que ese gesto me ha dejado parada. Sobre todo, por lo cerca que han estado sus labios de la comisura de los míos. Se instala un incómodo silencio entre ambos que se ve interrumpido por la intrusión de otro de los modelos.

Y menos mal, con las cosas que están pasando por mi mente en este instante, necesitaba a alguien oportuno que me distrajera.

Termino mi café y llega la hora de fotografiar. No todo es conversar, que para algo me pagan.

Cuando ya se conoce a los modelos, todo es más sencillo. Cada día están estipuladas una serie de prendas y cuando finalizamos con todas, mi jornada termina. Este día todo va mucho más ágil, pero, al igual que el día anterior, me recreo demasiado con Patrick y su irresistible porte. Es tan fotogénico que estoy tentada de llevármelo para hacerle una sesión privada. Y lo que surja...

—¿Qué haces con las fotos que descartas? —me pregunta mientras lo fotografío de cara con un traje negro que le queda como un guante.

Quito el ojo del objetivo y le miro.

—Normalmente se eliminan y otras veces se las entrego a la compañía por si ellos encuentran una mejor de la que yo misma he escogido — respondo.

Pocas veces me preguntan sobre mi trabajo y es algo de lo que me gusta hablar. Hacer fotos resulta un pasatiempo para muchos, pero a mí me da de comer y, además, me apasiona.

—¿Podrías pasármelas?

—Por contrato, no se me permite.

—¿Y no puedes hacer una excepción? —me mira con ojitos de corderito degollado y niego, aunque me cuesta.

—Hay un contrato de por medio. Y no hace falta que pongas esa cara, no me vas a convencer.

Veo que sale de su pose para la foto y da unos pasos hasta llegar a mi posición. Me pongo un poco nerviosa, está demasiado cerca de mí y no puedo obviar lo que eso provoca en mi cuerpo. Me mira a los ojos y murmura:

—Podrías hacerme una sesión... privada —me susurra y siento que voy a arder. Parece que me haya leído el pensamiento.

Durante un segundo no sé qué contestar. Me pregunto qué pretende con ese tonto después de mostrar indiferencia por mí, e incluso burla.

Este tío me confunde y no sé si eso es bueno o malo. Lo más probable es que sea lo segundo. Su actitud conmigo cambia a cada instante y eso consigue que no pueda fiarme del todo. Quiero llevarme bien con él a pesar de las reticencias, pero lo que no quiero es que este tonto se convierta en un juego que luego me perjudique.

Dudo que tenga algún tipo de interés en mí. No lo veo un chico capaz de interesarse en alguien como yo..., con carnes.

Es duro pensar en ello, pero más cierto es que los Borbones no hacen más que chupar del bote gracias a los ciudadanos. La gente, y sobre todo aquella que tiene un físico que según los cánones se considera perfecto, suele ser superficial.

Con esto no quiero decir que todos sean igual, pero Patrick parece encajar a la perfección en ese cliché. Todos tenemos una parte superficial, incluso yo.

—¿Qué te has fumado? —le pregunto—. Si intentas ponerme cachonda para que te haga fotos, lo llevas *clarinete*, querido. —Arqueo una ceja y se larga a su posición, de nuevo con una sonrisa burlona.

—Al menos lo he intentado.

El resto del rato en el que estoy haciéndole fotos, se me hace eterno. Y no porque conversemos, sino porque el muy cabrón se está encargando de ponérmelo difícil. Pone muecas seductoras que consiguen distraerme y que obligo a hacerle cambiar, hace poses que enmarcan todavía más sus atributos. Se palpa en el ambiente tensión sexual y no logro encontrar la respuesta que me diga por qué. Me provoca, lo sé. No quiero sonar presuntuosa, pero es exactamente lo que hace y no sé qué es lo que pretende conseguir con ello. Le digo que hemos terminado y se despide de mí con otra sonrisa de esas que son capaces de destruir barreras.

Por suerte, las mías siguen en su posición.

Christian aparece a los pocos minutos y, al fin, consigo distraerme. Mantenemos una charla mientras le hago unas fotos y vuelve a invitarme a tomar algo cuando terminemos.

—Me parece perfecto, ayer lo pase muy bien con todos.

—Hoy solo estaré yo —me guiña un ojo y me sonrojo como una colegiala.

Acepto a pesar de que sé que no debería. Según Patrick, tiene novia, pero mis intenciones no tienen nada de malas. Tomar algo con un tía no significa que la esté engañando, y con esa información tengo claro que no va a pasar nada. No quiero ser la causante de una ruptura para después ser perseguida por una exnovia loca.

No. Sin duda, no me apetece en absoluto.

—Muy bien. Pues deja que recoja todo esto y nos vemos fuera.

Asiente y sale de la sala.

Recojo la cámara y la guardo en su funda junto a las tarjetas utilizadas en ese día. No creo que pase mucho rato con Christian, comienzan a acumularse muchas fotografías y cuanto antes empiece a descartar, antes terminaré de entregarlas.

En la puerta me espera Christian y, una vez he dejado las cosas en mi coche, me lleva a una cafetería. Nos sentamos apartados de la muchedumbre que se congrega y tomamos un tentempié. Ninguno de los dos hemos comido, pero yo no tengo hambre por el momento y me limito a tomar una Coca-Cola y una tapa que el camarero nos ha servido.

—Tengo intriga por saber de ti —me dice—. ¿Estás soltera?

Ahí, directo al grano.

—Soltera y entera —contesto—. ¿Y tú?

Asiente con la cabeza y me pregunto si estará mintiendo. Patrick parecía muy seguro de lo que decía, así que no termino de fiarme de su respuesta, pero tampoco de lo que me ha dicho la estrella de mar.

Mantenemos una conversación cordial. Veo que intenta flirtear conmigo,

pero soy lo suficientemente esquiva como para hacerle ver de forma sutil que no me interesa más que una amistad con él. Al fin y al cabo, lo más probable es que en cuanto termine con este trabajo, no lo vuelva a ver.

Cualquiera diría que cómo tengo valor de mandar a un modelo a la *friendzone*. Pues lo tengo y siento muy bien. Es una persona como otra cualquiera.

Tengo ojos en la cara, como todo el mundo y, aunque intentemos dejar a un lado la superficialidad, siempre miramos el envoltorio, pero dicen que lo que de verdad enamora es el interior. Y yo estoy de acuerdo con la afirmación, sin embargo, en los veintiséis años que tengo, no he tenido la oportunidad de corroborarlo. La única vez que creí haberme enamorado, acabé muy mal. Desde ese día, construí una barrera invisible que intento no dejar traspasar a nadie.

¿Miedo? Quizá, pero no soy capaz de regalar mi confianza y solo busco divertirme por el momento.

A los pocos minutos me fijo en quien acaba de entrar en la cafetería. Patrick va acompañado de una morena guapísima. Veo que me echa una ojeada y arquea una ceja. Desde ese instante he dejado de prestar atención a Christian para centrar una discreta mirada hacia él. Tontea con la morena de forma descarada. Veo cómo le acaricia el pelo y ella parece sonreír a lo que le haya dicho.

Suelto un bufido.

—¿Estás bien? —me pregunta Christian.

—Sí —sonrío.

Vuelvo a perder la mirada en Patrick mientras Christian continúa contándome su vida. Parece que tiene predilección por ser el centro de atención, y solo logro captar cosas como que tiene un cochazo, ha estado en desfiles y varias cosas más que no me interesan.

Veo que Patrick desvía la vista de la morena y nuestras miradas se

encuentran. Inmediatamente, me fijo en Christian, pero soy capaz de captar cómo me sonrío burlón, orgulloso por haberme pillado con los ojos en la masa.

«Capullo».

Se levanta de su sitio y se va con ella, agarrándola de la cintura. Ya no tengo más remedio que volver a centrar mi escasa atención en Christian, que ahora está hablando sobre lo mucho que va al gimnasio para mantenerse en forma.

Empiezo a estar cansada. Pensaba que iba a ser una charla amena, pero entre que estoy distraída y que él es tan egocéntrico que solo habla de sí mismo, es todo un infierno. Nos despedimos pasado un rato y vuelvo al *parking* del hotel a por mi coche, con un pensamiento que no deja de rondarme la mente.

¿A qué juega Patrick? ¿Y por qué despierta tanta atención en mí?

Capítulo 6

Son las ocho de la mañana y me ha costado la vida entera levantarme. Si no fuera porque Tanya ha aparecido para despertarme, quizá no lo hubiera conseguido. En ocasiones, sus inesperadas intromisiones en mi guarida tienen su utilidad.

—Va, cariño, es hora de ver a tu Patrick.

La miro como si le hubiera salido un cuerno de unicornio en la frente y suelto un gruñido.

—No sé por qué demonios te lo contaría —murmuro.

El día en que noté la tensión entre ambos, se lo conté y ella comenzó con sus conjeturas fantasiosas que nada tienen que ver con la realidad. Desde ese día, no ha dejado de darme la vara con el tema. Dice que me gusta y que me lance, que no pierdo nada.

¡Ja! Como si no tuviera otra cosa que hacer que perder mi dignidad por un tío.

Estamos en la segunda semana de las sesiones de fotos y lo que ocurrió aquel día no ha hecho más que aumentar. Las miradas vuelan, las sonrisas socarronas hacen que mi estómago vibre, y su voz consigue inquietarme de una forma que me quita el sueño por las noches.

Bueno, más bien me da sueños un tanto... sensuales, con él...

«¡Estoy enferma!».

—Pero vamos a ver, ¿cómo no ibas a contármelo? No sabes guardarte nada para ti —me dice burlona y vuelvo a gruñir.

En el fondo, tiene razón, con ella soy un libro abierto. Siempre me he

sincerado sin reservas y conoce más sobre mí que, incluso, yo misma. Llevamos tanto tiempo juntas que para mí es como una hermana. Aunque no sea de sangre, siempre ha estado a mi lado en las buenas y en las malas. He pasado muchas cosas junto a ella y cuando toqué fondo, estuvo a mi lado para sacarme a flote. Siempre sin juzgarme. Es la única persona que de verdad me acepta tal y como soy y es capaz de soportar mi carácter.

Y os juro que eso no es sencillo.

—No me gusta. Y aquí termina nuestra conversación. Me voy a trabajar.

La dejo en mi casa, porque para variar la ha invadido, y cojo el coche para ir al hotel. Como todas las mañanas, la sala está vacía, hasta que los chicos comienzan a llegar.

Miriam no ha vuelto a pasarse, me limito a enviarle todas las noches un informe con los avances y a decirle que todo va viento en popa. Las sesiones dan mucho de sí, en esta última semana la cosa está más calmada y mis jornadas de trabajo suelen ser más cortas, por lo que tengo más tiempo para editar las fotografías antes del plazo estipulado por la compañía.

Mi mañana comienza como todas las demás: preparo todo, compruebo que la cámara funciona a la perfección, los modelos llegan y nos pasamos el rato charlando mientras los fotografío. Ya empiezo a coger confianza con ellos y eso hace de mi trabajo algo más sencillo. Patrick continúa con su tonto. Estoy confusa porque no entiendo qué es lo que quiere. Sale por segunda vez en lo que va de día en ropa interior y sé que me va a resultar complicado centrarme. Al menos, tengo la ventaja de que es el último al que me toca retratar casi en bolas.

Va con el pecho al descubierto y puedo, por primera vez, deleitarme con la forma de sus músculos. Efectivamente, no tiene un ápice de grasa. No es delgado como el resto de los chicos, es corpulento gracias a un torso y unos brazos bien trabajados en el gimnasio. Tiene un sexteto de abdominales que me entran ganas de lamer de arriba abajo, de acariciar y comprobar si son tan suaves como se ven. No tiene un ápice de vello, y dudo que se rasure con cuchilla. Eso está depilado con cera de la buena.

Sacudo la cabeza para quitarme tales pensamientos y espero hasta que se coloque. Le hago varias fotos de cuerpo entero y cuando termino, saco la cámara del trípode y me acerco. Miriam quiere las fotos de ropa interior de cintura para abajo.

«¡Genial!».

—Tan cerca, me pones nervioso —susurra cuando me arrodillo a la altura de sus partes.

Lo cierto es que parece que vaya a hacerle una felación, pero nada más lejos de la realidad.

—No eres el único —digo sin pensar. Oigo que suelta una carcajada y creo que me he sonrojado.

Para hacer fotografías de tíos en ropa interior, normalmente suelen ponerle un añadido en su paquete para que quede lo más estético posible en la imagen. Un truco que pocas personas mundanas conocen, ya que le quitaría magia a fotografías de revistas con hombres con poca ropa en las portadas. Sin embargo, a esa altura y con la mirada fija en su bragueta, comprendo que a él no le han puesto nada. Lo que hay bajo el calzoncillo es todo natural.

¡Y madre mía!

Enfoco bien el objetivo, compruebo que la luz incida de forma que quede perfecto y le indico que se quede bien quieto. Hago una ráfaga de fotos, me muevo de un lado a otro para pillar bien el ángulo y disfruto con ello.

Mire por donde mire, lo que veo le encanta a mis ojos.

—Si sigues mirándome así, no respondo —me dice y salgo del papel de fotógrafa compulsiva que no puede soltar el botón.

Creo que me estoy pasando. En realidad, tampoco hacen falta tantas, pero no puedo parar.

—¿Qué? —preguntó confusa y alzo la mirada. Me está mirando con los labios apretados e intenta mantener una postura seria, pero se nota que no

puede.

—Me provocas.

—¿Perdona? —entono del mismo modo que los Minions.

¿En qué momento lo he provocado?

—Beth, estás haciendo fotos de mi polla.

—No, de tus calzoncillos —lo corrijo.

—Y estás de cuclillas en el suelo, enseñándome todo tu escote, y te aseguro que desde arriba se ve mucho más que de costumbre, que ya es decir mucho.

Me caigo de culo para atrás con su comentario y con la cámara en mano. Toco mi trasero dolorido y miro mi escote con el ceño fruncido.

Es cierto que enseñó bastante, pero tampoco es para tanto. No puedo esconder lo que cuelga de mi pecho.

—Pues no mires y santas pascuas. Con ese comentario eres tú el que provocas.

Se agacha a mi altura y sus ojos grisáceos me miran con fijeza.

Estoy en una posición un tanto estrambótica, con las piernas medio abiertas y la falda de mi vestido se ha subido bastante. En el lugar en el que está Patrick, estoy segura de que le da una pequeña vista de las braguitas y encima hoy llevo unas de unicornios.

Cuando quiero soy muy *cool*.

—Es difícil no hacerlo.

—Lo mismo digo —contesto volviendo la vista a sus calzoncillos—. Además, lo mío es por trabajo, lo tuyo es puro vicio.

Suelta una carcajada, pero el capullo sigue sin ayudarme a levantar. En este momento, es algo que me resulta completamente imposible, lo tengo casi encima, y si tiro mi cuerpo hacia adelante, chocaría con su torso desnudo.

Voy a convulsionar.

Se acerca todavía más. Por pura inercia cada vez me echo más hacia atrás. He dejado la cámara a un lado sobre el suelo y estoy casi tumbada mientras él no deja de mirarme... ¿hambriento?

No. Lo dudo. Soy sexy cuando quiero, pero no creo que lo sea para un tío como él.

¿Está la calefacción puesta y no me he enterado? Porque en mayo ya nadie la pone, yo tengo tanto calor que creo que me voy a derretir.

—Vale, Patrick, me estás poniendo nerviosa. ¿Qué quieres? —pregunto. Mi cabeza toca el suelo y noto un poco el peso de Patrick. Y también otra cosa, una a la que me he pasado un buen rato fotografiando y que en estos momentos parece estar inquieta.

—Nada —dice socarrón. Noto su aliento azotar mi mejilla. Su rostro está muy cerca del mío. Sus labios se mueven conforme habla y me tienen hipnotizada.

«¡Por Loki, que alguien me salve!».

Cada vez me pongo más nerviosa. No logro identificar la serie de sentimientos que cruza por mi mente. Son una amalgama confusa y hay dos intrusas en mis hombros, que cada una me dice una cosa distinta.

«¡Bésale!».

«¡Dale una patada en los huevos!».

Y yo no sé a cuál hacer caso, porque en el fondo quiero hacer las dos cosas.

Escuchamos un ruido de puerta cerrarse en la lejanía y Patrick se quita de

encima de mí con una sonrisa pícaro, para después ayudarme a levantar y volver a su posición, como si ahí no hubiera pasado nada.

«¡Como si no hubiera pasado nada!», tengo que repetírmelo porque me da la sensación de que lo que acaba de ocurrir solo ha pasado en mi sucia mente pervertida.

Cojo la cámara del suelo y me coloco de nuevo en posición para continuar. Ya casi hemos terminado.

—Idiota, ponte de espaldas.

Lo oigo reír. Me hace caso y me centro para continuar. Pero pedirle eso es una mala idea.

Si lo de delante ya estaba volviéndome loca, ese culo me tiene para que me encierren en un psiquiátrico.

«¡Esto es una tortura!».

Hago unas cuantas fotos más y le digo que hemos terminado después de deleitarme con la forma redondeada de su trasero.

Tengo la boca seca.

He estado tan centrada en Patrick que ni siquiera me he dado cuenta de que tenemos un espectador en la puerta de los camerinos: Christian.

Sí, el pesado egocéntrico.

—Beth, ¿te vienes a tomar algo hoy?

Cuando estoy dispuesta a rechazar su oferta, Patrick habla antes que yo.

—Ha quedado conmigo, Chris. —Sonríe y yo le miró con la boca semiabierta.

¿Qué está pasando aquí?

Veo que se desafían con la mirada y me siento como una superfamosa de esas con cuerpazo diez, que tiene que soportar a diario a los hombres peleándose por ella. Me siento poderosa, como Danaerys Targaryen con sus tres dragones.

Esta sensación mola.

—Pasadlo bien —contesta Christian al fin, cansado del duelo de miradas, y desaparece por la puerta de salida de la sala. Patrick era al último al que debía fotografiar, así que ya hemos terminado.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunto con los brazos colocados en jarras.

—Solo te quitaba a un moscón de encima. No hace falta que me lo agradezcas.

Me guiña un ojo y entra en su vestuario. En el fondo, tiene razón. Desde el día que fui con él a solas a tomar algo, Christian está muy pesado y ha empezado a caerme bastante mal, y no encuentro una forma sutil de hacérselo saber. De alguna manera, cree que me interesa su vida al completo, creo que incluso me ha contado cosas de su familia de las que no me he enterado porque he aprendido a ignorar el tono de su voz. Siempre me limito a asentir como una tonta. No me gustan los tíos que solo se centran en ellos mismos. Suelo ser bastante críptica y, aunque me entren por los ojos, si su personalidad es una mierda, los mando a freír espárragos.

Por eso digo que la belleza no lo es todo. Es mejor enamorarse de un cerebro.

Yo no sé qué hacer, así que me pongo a recoger las cosas y Patrick sale a los pocos minutos.

—¿Nos vamos?

—Ah, que lo decías en serio —respondo. Mi cara debe ser todo un poema ininteligible.

—Por supuesto.

—¿Por qué?

—Me apetece conocer a la chica que me fotografía en paños menores.

Me adelanta y yo le sigo todavía incrédula por lo que ocurre. Me entran ganas de coger mi teléfono móvil y llamar a Tanya para contárselo, pero sería demasiado descarado.

Como digo siempre, lo mejor es disfrutar de los momentos, aunque estos me resulten de lo más inusuales.

Capítulo 7

Hemos ido al mismo bar al que fuimos todo el equipo el primer día. Nos ha tocado una mesa alejada de la muchedumbre. Estamos a martes y apenas está lleno a las doce de la mañana. Estoy más callada de lo habitual, pero eso es porque no entiendo qué hago aquí a solas con Patrick.

—Creo que en este tiempo no te había visto tan callada como ahora.

—Es que estoy sorprendida, nada más.

—¿Cohibida por tomar algo con un modelo? —pregunta con arrogancia y yo frunzo el ceño.

—Idiota —gruño—. Llevo bastante tiempo en el mundillo, he salido con unos cuantos a tomar algo —me regodeo.

Y no es ninguna mentira.

La camarera trae lo que hemos pedido. Como todavía no es la hora de comer, hemos pedido un segundo desayuno. No estamos en un Starbucks y no hay tarta Red Velvet, pero he pedido una de nata y chocolate con una pinta estupenda, acompañada por un *cappuccino*. Mi acompañante solo toma café.

—¿Quieres? —le preguntó al ver cómo se fija en el pedazo de tarta.

—Está bien, pero dámelo tú. —Arqueo una ceja pero obedezco. Corto un pedazo con el tenedor y lo alzo hasta llegar a su boca entreabierta. Recibe el dulce con una sonrisa burlona y se relame los labios de forma sensual.

¿Soy yo o este tío está más caliente que yo?

—Y dime, Beth, ¿cuánto hace que te dedicas a la fotografía?

—Profesionalmente, unos cinco años, pero amo hacer fotos desde niña. Es el trabajo de mi vida y disfruto cada día de poder ser partícipe de enseñar arte en mis fotografías —respondo con emoción—. No siempre me dedico a fotografiar a tíos como tú para catálogos, también hago sesiones con temática fantástica y, sin duda, esas son las que más me gustan. Crear escenarios fantásticos, con elfos, brujas... Convertir un lugar tan simple como un parque en un frondoso bosque con pinta de estar embrujado, es un privilegio. ¡Me apasiona!

Sonrío y veo que me mira con una sonrisa. Sus ojos no me pierden de vista, brillan mientras me escucha relatarle lo que me hace sentir la fotografía, y la sensación me gusta. No suelo hablar de ello más que con Tanya, que es la que soporta todo lo que me pasa, y compartirlo con alguien siempre es satisfactorio, aunque sea con él.

En el fondo, la conversación me recuerda a la típica de cuando ligas con alguien en la discoteca.

—¿Y tú? ¿Qué te llevó a ser modelo? —le pregunto antes de aburrirlo con tanta palabrería sobre fotografía.

Siento curiosidad por saber de él. Ha dicho que quiere conocerme y yo también a él.

—En realidad, soy informático —dice y abro la boca—. Lo sé, no tengo pinta de serlo, pero es lo que me gusta. Lo de ser modelo es pasajero. Lo hago para sacarme un extra y poder independizarme de mis compañeros de piso.

—Nunca lo habría dicho —respondo sorprendida y le doy un trago a mi *cappuccino*—. He conocido a muchos modelos en estos años y tú eres exactamente como el resto. Quiero decir, que parecéis todos cortados por el mismo patrón.

—Vamos, que me estás llamando creído y arrogante —responde sin dejar de sonreír.

—Y lo eres, no lo niegues —lo señalo.

—Un poco, pero no tanto como tu amigo Christian.

Lo dice con un poco de retintín y suelto una carcajada. Noto que le da demasiada importancia a mi inexistente relación amistosa con su compañero. En ningún momento, le he dado pie a ello. Además, tampoco debería de importarle.

—Christian es el tío más egocéntrico con el que he tenido la mala suerte de toparme. En realidad, te agradezco que me hayas evitado mandarlo a paseo, porque si lo hubiera hecho, me hubiera comido unos cuantos insultos de machito por su parte.

—¿Insultos? —frunce el ceño.

—Si una chica como yo, o cualquier chica, daña el ego de un hombre que se cree perfecto, siempre utiliza la misma táctica. La del insulto gratuito que ataca donde cree que más duele a la otra persona. —Doy otro bocado a mi tarta y me mira.

—¿Una chica como tú?

—No me hagas decirlo, Patrick. No me apetece darte pistas para que cuando te ofenda, tú hagas lo mismo. Aunque bueno, si mi memoria no me falla, ya lo hiciste con tu amiguito el día en que te conocí.

No me gusta echar cosas en cara porque en realidad he olvidado ese episodio, pero ya que nos estamos conociendo, es mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—Tienes razón —admite y no sé por qué, pero me duele saberlo—. Cuando Javi nos hablaba de ti, no te imaginábamos así —me señala—. Reconozco que estuve desacertado y fui un idiota superficial.

—No te preocupes, casi todos lo sois, hombres y mujeres. Me he acostumbrado. Y mira por donde, aun así, atraigo a tíos buenos —sonrío y él me la devuelve.

Se queda mirándome con atención, embrujado por algo que no logro

captar. Su atención puesta en mí me provoca un cúmulo de nervios en el estómago.

—Ahora entiendo a Javi... —dice al fin y deja la frase sin acabar. Nos rodea un halo de misterio que no hace más que acrecentar las ganas de saber a qué se refiere.

—¿Que sea incapaz de resistirse a este cuerpo serrano? —bromeo.

—Con esas tetas es difícil no caer en la tentación, te lo aseguro.

—Así que tu atención solo se centra en mis pechos. —Me cruzo de brazos a posta y consigo que se alcen y junten todavía más. Patrick vuelve a reír.

Mi táctica de distraer su atención funciona a la perfección.

—No es eso, te describió como una chica diferente, con un carácter muy especial y tiene toda la razón. —Apoya la cara entre sus manos y me mira—. Eres muy intrigante.

Nuestra conversación se ve interrumpida por el sonido de su teléfono móvil. Se disculpa y se levanta para apartarse unos metros. Espero durante más de cinco minutos ahí sentada mientras le veo reír con quien sea que esté hablando. Y antes de que vuelva, saco mi teléfono y le envié un mensaje a Javi.

—¿Qué pretende Patrick?

Él está enterado de que hemos coincidido en el trabajo, e incluso le he contado cómo actúa su amigo. Veo que se pone en línea y me contesta con otra pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Pues no lo sé. Estoy con él en una cafetería hablando de nuestras vidas y me parece muy sospechoso.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que me pareció sospechoso que tú te acercaras a mí.

—Beth, al final eres tú la que tiene prejuicios, y no el resto.

—Yo no tengo prejuicios, acepto que estoy gorda y a mucha gente no le gusta. Punto y final.

—Lo que tú digas.

Dejo el móvil a un lado cuando vuelve y veo que mira la hora. Eso tiene pinta de que nuestra charla se ha terminado por hoy.

—No lo digas, tienes un compromiso y vas a tener que prescindir de mi compañía.

—Eres muy observadora —contesta con una sonrisa en la que hay cierto grado de disculpa—. Pero sí, debo irme. No te preocupes por la cuenta, invito yo.

Nos despedimos en la puerta de la cafetería y cada uno se marcha por su lado.

Vuelvo a casa con la mente confusa y decido darme una ducha, fresquita. Porque sí, la cosa me ha puesto bastante caliente y no tengo ningún ligue disponible por el momento.

Al terminar, recojo la casa, me preparo algo para comer y, después, me pongo frente al ordenador a seguir seleccionando imágenes.

Ya he editado algunas y se las he enviado a Miriam, quien está conforme con todas ellas. No es por darme méritos, porque que los chicos sean guapos hace mucho, pero he acertado con las luces en todo momento y apenas hace falta hacer retoques en ellas, simplemente arreglar impurezas del croma para adaptarlas mejor a lo que será el fondo final. Me paso varias horas frente a la pantalla y decido parar cuando los ojos me duelen. Casi por la noche, aparece Tanya por la puerta con esa cara de «suéltalo todo por esa boquita».

—He ido a tomar algo con él.

—¡Ay, que me da! —suelta un gritito de forma dramática y no puedo evitar reír por su entusiasmo.

—Te juro que no entiendo qué pretende, Tanya. Mientras le hacía fotos en ropa interior, me ha parecido que conectábamos. Bueno, más bien que podríamos ser capaces de arder juntos. Mi cuerpo ha subido de temperatura y mi cabeza no sabía si besarle o patearle en los huevos por estar encima de mí. He estado a punto de perder el norte y después, en el bar, ha estado muy majo hasta que le han llamado y se ha ido.

No puedo evitar pensar que su huida se ha debido a que le ha llamado alguna tía para acostarse. Y no, no son celos. Pero tiene toda la pinta de mujeriego y eso es lo que hacen los hombres como él. Tirar de agenda.

—¡Aquí hay tema!

—No digas tonterías. —Zarandeo los brazos como si matara moscas y la miro—. En tres días, termino las sesiones. Lo más probable es que no vuelva a saber de él.

—Y te vas a quedar con las ganas de darle un buen meneo.

—Es lo más probable —admito.

—Pues lánzate.

Niego con la cabeza y la ignoro para ir a preparar la cena.

¿Lanzarme? ¿Con qué propósito? Si lo hago, es probable que quede como una idiota que intenta lanzarse a por un tío que debe tener el listón por las nubes. Además, no lo conozco lo suficiente, todavía sigo pensando que es un capullo superficial. Una charla insustancial no va a hacer que cambie de opinión tan deprisa.

La noche ha caído y cenamos de forma animada hasta que Tanya se marcha a su casa a descansar. Me tumbo en la cama e intento dormir. Sin embargo, no dejo de darle vueltas a cosas sin sentido. No puedo negar que cuando estoy cerca de Patrick, mi cuerpo reacciona. No sé si será por mis

hormonas femeninas que están alteradas o porque voy más salada que el pico de una mesa. Lo que sí sé, es que me tiene loca y eso es decir mucho, porque ya suficiente loca estoy por mí misma como para que aparezca un tío a empeorarlo.



Llega el último día de las sesiones y al terminar me despido de los chicos.

—Esto es para ti. —Christian me ha dado su número de teléfono en un último intento de llamar mi atención, pero no creo que me ponga en contacto con él. Ya debería haber captado que lo ignoro, aunque parece no darse por vencido.

—Gracias —sonríó por compromiso y se marcha por la puerta.

En cambio, Patrick se limita a despedirse de forma amable, sin mencionar nada más que ha sido un placer estar conmigo estas dos semanas. Y lo cierto es que no tener su número me cabrea. Mucho.

Después de tanto tira y afloja, me enfurece ver que solo he sido un mero entretenimiento en su lugar de trabajo. Estoy muy segura de que no voy a volver a saber nada de él. Debo reconocer que he disfrutado mucho con nuestro tonto, la tensión, las miradas... Con todo.

Al volver a casa, continúo con mi trabajo. Todavía tengo dos semanas de plazo, pero se acerca un proyecto en el que llevo trabajando meses, y necesito centrar toda mi atención en él.

A final de mes, hago una exposición de varias de mis fotografías. Todas están ambientadas en el mundo fantástico y estarán a la venta. Así que puede ser un buen negocio que, además, me hace mucha ilusión. Me dejan una sala al completo para presentar mi trabajo y se repartirán folletos por todo Madrid. Es una de esas oportunidades que solo se presentan una vez o dos en la vida.

—¿Te apuntas a una noche de bares?

Tanya entra en mi habitación de sopetón. Estoy tan concentrada con las

fotos que ni siquiera me he dado cuenta de que ha llegado. Miro la hora en el reloj y son casi las diez de la noche, estoy con una camiseta vieja y pelos de loca.

—No puedo. Quiero avanzar en esto. Además, mañana me toca comida familiar. Es el dieciocho cumpleaños del imbécil de mi hermano —contesto con cara agria.

Y sí, no me apetece nada celebrar que mi hermano cumple un año más de ser un idiota. Y menos, cuando también estarán mis tías.

—Vale, pues me voy a mi casa a arreglarme para hacer travesuras con Víctor.

Sonrío y se despide de mí.

Ha sido una visita rápida. Cómo se nota que está encaprichada con ese chico.

Los ojos me duelen, ya no sé cuántas fotos he editado y seleccionado, pero no creo que me queden más de dos días para terminar. Me gusta ser productiva.

Me marcho a la cama cuando mis ojos no aguantan más, mas me cuesta conciliar el sueño. No dejo de ver a Patrick en mi mente.

¿Qué me pasa? No soy chica de obsesionarse y esta vez me ha ocurrido.

No me gusta.

Sobre todo, cuando sé que no va a pasar absolutamente nada, porque, aunque no lo quiera creer, no lo volveré a ver.

Capítulo 8

Sergio ni siquiera me saluda cuando llego a casa de mis padres y lo felicito por su cumpleaños. Es un estúpido que al parecer no siente ningún tipo de afecto por su hermana mayor. En cambio, mi hermana Lidia se lanza a darme un fuerte abrazo.

—Te echaba de menos —murmura y me hace sonreír.

—Y yo a ti. ¿Qué tal con David? —le pregunto en referencia a su novio.

—Muy bien. No ha podido venir por el trabajo, pero ya sabes, tampoco soporta demasiado a nuestro querido hermano. —Rueda los ojos y no puedo evitar soltar una carcajada.

No soy la única que no se lleva bien con el enano. Aunque a diferencia de conmigo, Lidia no ha recibido malos comentarios por su parte porque es la más guapa de la familia.

Por culpa del trabajo, los veo menos de lo que me gustaría, pero mi desgracia llega cuando en esas reuniones no solo están mis padres y mis hermanos, sino también mis tías y sus correspondientes maridos.

El turno de «vamos a incomodar a Elisabeth» ha llegado y no va a haber nadie que se lo impida.

Ni siquiera me dan tiempo a respirar. No hemos terminado de comer, sin embargo, ya siento cómo la Santa Inquisición se me echa encima por ser una bruja que no quiere ser como el resto de los humanos.

—¿Cuándo piensas echarte un novio? —pregunta mi tía Adela con retintín. Estoy hasta el higo de que siempre que me ve, haga exactamente la misma pregunta.

Hasta Lidia, que tiene veintiún años, tiene un novio con el que lleva dos.

Tengo una hermana muy guapa que ha sabido abrir su corazón. Todo lo contrario a mí, que soy lo más sieso que te puedes echar a la cara.

—Es cierto, cariño, tienes una cara muy bonita. Seguro que si perdieras esos kilos que te sobran, tendrías a todos a tus pies.

Suelto un bufido con el que la saliva sale de mi boca directa a la cara de mi tía, que se limpia con disimulo.

—¿Ya estáis otra vez con lo mismo? —pregunto con un gruñido—. Me gusto tal y como soy y no voy a cambiarlo por ningún hombre. Ni por vuestros comentarios. Aceptad que no todo el mundo tiene que ser igual.

—Pero te juegas la salud.

—Y me lo dice la que fuma como un carretero —respondo a mi tía Soledad—. Estoy más sana que todos vosotros, no me toquéis la moral. Tener unos kilos de más no implica no estar saludable. A ver si os entra ya a todos en la puta cabeza. Soy así. Aceptadlo.

—Hija, habla bien a tus tías —añade mi madre, mirándome con enfado.

—Eso hermanita, habla bien y hazles caso —se burla el idiota de Sergio.

Él siempre se ha encargado de hacerme saber todos los defectos que tengo. Desde que era niño, sus palabras se clavaban en mi mente como puñales, pero lo peor no era eso, sino sentir cómo mis padres lo secundaban. Entre todos consiguieron crearme un fuerte complejo que me costó mucho superar, y todavía me duele que intenten volver a hacerme sentir mal por cómo soy después de todo lo que pasé hace unos años.

Nada más llegar he tenido que soportar sus insultos. Que si gorda, ballena, *bla, bla, bla...* Lo de siempre.

Y, como es habitual, nadie me ha defendido a excepción de mi hermana, que ha intentado desviar el tema en varias ocasiones.

Quiero mucho a mi familia, pero desde siempre he sido la oveja negra. En cuanto a constitución, he salido a mi padre y ese hecho ha sido objeto de

burla durante toda mi vida. Durante una temporada, me afectó mucho, Tanya lo sabe mejor que nadie, aunque conseguí ignorar las palabras y ser feliz, quererme tal y como soy y mandar a la mierda a quien me apeteciera. A pesar de mostrar fortaleza, hay un resquicio de debilidad en mi interior que lucha por salir y no pienso dejarle hacerlo. Me niego.

—Es que tenemos razón, cariño. No lo decimos a malas —alega de nuevo mi tía.

Activo el botón de apagado de mi cerebro y dejo que continúen con su perorata. No sé cuánto dura, ni me interesa, solo agradezco que llegue el momento en que la tarta aparece por la puerta y todos, menos yo, empiezan a cantar la dichosa cancioncita de felicitación.

Se me ha quitado cualquier resquicio de ganas de fiesta.

Sergio está en la punta de la mesa, como un rey ansioso de que llegue el momento en que todos caigan a sus pies. Sopla las velas y comienzan a llenarlo de regalos. Ya tiene dieciocho años, así que es el año que más cosas recibe. Un portátil, una Play, un vale para sacarse el carné de conducir. Yo me he limitado a proporcionarle unas deportivas de marca y, a pesar de que le gustan, apenas lo agradece.

Es demasiado orgulloso como para reconocer que su hermana también ha acertado con su regalo.

Mi madre reparte la tarta y me la como bajo la atenta mirada de todos con una sardónica sonrisa.

—¡Oh, Dios! Me encanta llenarme de calorías —me burlo y Lidia se ríe por mi actuación. Es la única con la que puedo contar.

Nadie responde a mi comentario y continúo saboreando el delicioso chocolate. ¿Por qué voy a privarme de algo que me gusta? ¿Acaso es pecado comer pastel cuando tienes kilos de más? No. Pues que les joroben a todos.

La fiesta se ameniza y me resulta algo más calmada. El cumpleaños se ha marchado con sus amigos a celebrarlo como nuevo adulto que es. Mi

madre y mis tías hacen corrillo, al igual que mi padre con sus maridos, cada uno con su tema. Lidia me dice que vaya con ella y nos metemos en su habitación.

—No me gusta lo que te hacen siempre que nos reunimos —dice y se sienta en su cama. Da dos golpes a su lado para invitarme.

—A mí tampoco, pero ha llegado un punto en el que me he acostumbrado a no ser del agrado del resto.

—¿Es que no se dan cuenta de que hacen daño?

—No, por eso lo hacen. Hubo un tiempo en el que me afectaba, sin embargo, ya paso. He aprendido a quererme y ellos son los que tienen el problema, no yo. Me siento bien conmigo misma.

Lidia me mira con tristeza y yo le sonrío para restarle importancia. Aunque en el fondo, en un lugar de mi mente, todavía se esconde la Beth adolescente, y también parte de la adulta, que sufría con cada palabra y se repetía una y otra vez que debía cambiar para agradar al resto del mundo, para que nadie se incomodara al percibir que no era perfecta.

—Te admiro mucho, Beth. ¿Lo sabes verdad? —Le doy un abrazo y asiento—. Eres una mujer preciosa, con un cuerpo divino, digan lo que digan.

Cuando yo pasé mi mala época, ella tenía diecisiete años, pero fui capaz de percatarme que le dolía mucho todo lo que me ocurría. No soportaba verme de aquella forma por culpa de la opinión de gente que no tenía otra cosa que hacer que criticar.

—Yo también te admiro mucho a ti, hermanita. Creo que eres la más madura de la familia. —Reímos a carcajadas y acabamos tumbadas en la cama mirando al techo.

Como he dicho, somos muy distintas, pero ambas tenemos unos principios que hemos aprendido a lo largo de los años sin que nadie nos los enseñara.

Lidia es igual de alta que yo, esbelta y ha sacado el mismo pecho, mas se ha ahorrado los kilos. Come mucho, aunque tiene ese tipo de metabolismo que hace que no engorde apenas. Somos igual de morenas. Ella es de ojos castaños como mi padre y una sonrisa que encandila a todo el mundo. Y toda la belleza que tiene en el exterior, también la alberga en el interior. Es inteligente y capaz de ver más allá de las apariencias.

—No es por ser como las tías, pero ¿hay alguien que te llame la atención?
—me pregunta con mirada socarrona y yo frunzo el ceño.

—Llamarme la atención, me llaman muchos. Hay bastante tío bueno suelto, pero por ahora no hay ninguno que cope mis pensamientos a todas horas. Solo los quiero para echar un buen polvo —respondo y la hago reír.

—No tienes remedio.

—Soy así, no me lo tengas en cuenta.

—¿Y el chico ese con el que te enrollaste durante dos meses?

—¿Javi? —Asiente. Normalmente está al corriente de mi vida sexual—. Es un buen amigo, nada más —respondo.

—Era guapo.

—Lo sé.

Hablamos durante largo rato. Al otro lado de la puerta, se escuchan las voces de nuestra familia. A ninguna nos apetece aparecer de nuevo para escuchar una y otra vez los mismos comentarios. Durante un momento de sinceridad con Lidia, se me escapan cosas sobre Patrick, como el hecho de que está como un tren.

—Tal y como lo describes, ha llamado tu atención. —Arquea una ceja socarrona y yo ruedo los ojos.

—Otra como Tanya. Me llama la atención su cuerpo, pero es un capullo al que no creo que vuelva a ver. Es arrogante, creído y su ego ocupa la totalidad de la extensión de Madrid.

—Te gusta, no lo niegues. ¡Quiero verlo! —Niego con la cabeza e insiste en que me gusta lo suficiente como para no enseñárselo.

Le doy un golpe en el hombro y casi consigo tirarla de la cama.

—Idiota.

Me levanto con la risa de mi hermana a mis espaldas y ambas nos aventuramos de nuevo a la selva amazónica en que se ha convertido el salón. Los hombres están a un lado hablando de política y cosas sobre las que no saben una mierda y supongo que mi madre y mis tías están criticando como en Sálvame. Es un pasatiempo al que le dedican demasiadas horas. Juzgan cada paso de personas a las que ni siquiera conocen, solo por el hecho de creer que así salvan al mundo.

—Beth, mira, ¿has visto esto?

Me acerco hasta mi tía Adela y ojeo la revista que tiene en sus manos. Justo está por una página en la que sale el antes y el después de una famosa que ha hecho un cambio radical con su cuerpo.

Ruedo los ojos y suelto un bufido.

Me dan ganas de coger la revista, hacer un rulo con ella y darle un golpetazo en la cabeza a esa maruja.

—Estarías preciosa así.

—Ya estoy preciosa, tía Soledad. Y dejad ya el puto tema.

—Hija... —me reprende mi madre.

—Remedios... —la llamo por su nombre. Solo mi familia consigue que deje a un lado la alegría para comportarme de forma más esquiva que de costumbre—. Dejad de intentar cambiarme. Si no os gusta como soy, tenéis una solución muy sencilla, ignoradme. Así me ahorro tener que escuchar vuestras gilipolleces.

Recojo mis cosas con rabia y me despido de Lidia con un abrazo sin hablar con el resto.

—Ismael, dile algo a tu hija —añade mi madre.

Intento marcharme en cuanto tengo la oportunidad, pero mi padre llega a la puerta al mismo tiempo para pararme. Sus ojos castaños me miran con lástima. A pesar de que no me defiende como debería hacerlo, sé que le duele cómo se comportan conmigo. Como bien he dicho, mi constitución es muy parecida a la suya, y mi padre, con el paso de los años, ha conseguido una barriga pronunciada producto de tanta cerveza.

Aun así, para mí, es el hombre más importante de mi vida y muy guapo.

—¿Por qué te vas tan pronto? Es de los pocos momentos que tenemos para pasar en familia.

—Porque tengo cosas mejores que hacer que soportar ciertos comentarios —contesto con seriedad. Mi padre nunca me dice nada, aunque tampoco me defiende y, después de todo, a veces me gustaría ver que de verdad le importan mis sentimientos.

Sé que mi madre es distinta y por eso paso más de ella, pero él siempre ha estado a mi lado, a pesar de ser un poco cobarde.

—No lo hacen con mala intención.

—¿De verdad? —Arqueo una ceja—. Soy fuerte como para ignorarlo, pero no gilipollas como para quedarme de espectadora de una lucha que no me apetece librar.

Mi padre me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Ignóralas.

—Ya lo hago, por eso me marchó. Os llamaré para avisaros del día de la exposición.

Me despido de mi padre y salgo de la casa con una sensación agri dulce.

Suelo ser una chica risueña, menos cuando vuelvo a mi antiguo hogar,
que recuerdo que no siempre fui una chica valiente.

Capítulo 9

Junio llega más rápido de lo que esperaba. Las fotografías de la sesión para el catálogo de ropa las terminé una semana atrás, con tiempo suficiente para dedicarlo en rascarme la barriga. Miriam me dio el beneplácito, la marca ha quedado muy contenta con el resultado una vez más y ya le han comentado a mi asistente, Silvia, que pronto volverán a contar conmigo para otros proyectos. Cosa que me pone muy contenta y a la vez me hace pensar si volveré a coincidir con Patrick.

Sí. Lo sé. Me he repetido hasta la saciedad que ese hombre no es para mí de ninguna de las maneras, que es un capullo creído y todas esas lindezas que suelto por mi boca. Además, más bien es informático, no modelo. Pero, aun así, no puedo evitar fantasear con volver a verle. En las últimas dos semanas, he añorado nuestro juego, la tensión, esa atracción que lo más probable es que solo yo haya sentido.

Estamos a sábado y mi único plan es terminar de escoger las fotografías para la exposición. Debo enviarlas a imprenta el lunes porque el sábado que viene es el gran día. El lugar donde se expondrán será el Centro Cultural Conde Duque, a tan solo diez minutos desde la Gran Vía. Una sala en la que han expuesto su arte grandes fotógrafos, pintores e incluso músicos. Estoy entusiasmada y a la vez nerviosa. Ya se han comenzado a repartir folletos e incluso sale en la prensa local. Mi foto está entre las primeras páginas y muestran algunos de mis trabajos.

Tengo miedo de que no vaya nadie, pero Tanya no deja de animarme y decir que no tengo nada de lo que preocuparme.

Al llegar la hora de comer, mi amiga se presenta con Víctor y comida china en varias bolsas.

—Podrías haberme avisado, parezco una *yonki* —gruño al verlos entrar. Desde que me he levantado sigo en pijama y con pelos de loca. No es muy glamuroso recibir visita con ropa de dormir de Harry Potter.

¿Qué van a pensar de mí?

Lo cierto es que tampoco me importa demasiado.

—Estás perfecta, amiga mía. Venga, a comer —dice, preparando la mesa.

—¿No sería mejor que comierais en tu casa? No sé, lo digo por eso de tener intimidad —digo con ironía y veo cómo Víctor se aguanta la risa. Al parecer soy la única a la que la situación le parece de lo más extraña.

Se supone que las parejas que se están conociendo quieren intimidad. Pero claro, Tanya prefiere invadir mi casa con el Pelochó mientras yo intento relajarme. A solas.

¡Lo que tengo que aguantar!

—Nos apetece gozar de tu amable compañía —añade Víctor.

—Gracias por vuestra consideración, mis señores. —Hago una reverencia y Tanya insiste en que vayamos a comer.

Ha traído arroz tres delicias, empanadillas chinas y pan chino. No soy demasiado fan de la comida asiática, pero eso me gusta. Sin embargo, hubiera agradecido más un plato de pasta.

Aunque a caballo regalado, no le mires el dentado.

Me fijo en cómo los tortolitos comparten la comida y me entran ganas de gruñir. No me apetece verlos darse arrumacos. Llevo casi un mes a dos velas y se nota, mi cuerpo necesita fiesta y en estos momentos no tengo a nadie con quien dársela y no me apetece utilizar mis propias manos.

Es algo que no suelo hacer porque solo consigue que quiera más y más. No me apetece tener dolor de muñeca.

Soy así de especialita.

Víctor alcanza un pedazo de pan y se lo da a Tanya de forma sensual, mi amiga suelta un pequeño gemido y él le sonríe con cara de perverso.

—Oye, si queréis intimidad decidlo y me voy de mi casa —remarco la palabras *mi casa* para que pillen el concepto. Tanya ríe y Víctor se separa a regañadientes.

—Vaya humos.

—Te equivocas, pero entended que sois unos intrusos, amigos míos.

—Tan simpática como siempre.

—Es una virtud. Gracias por el halago —me burlo.

Parece que les queda claro, pero aun así la gorróna y su ligue no parecen querer marcharse. Tras la cena, nos sentamos en mi sofá de dos plazas para ver una película y Tanya aprovecha para arrimarse todavía más.

En el fondo no sé qué pretende mi amiga. A lo mejor solo quiere darme envidia. Si yo fuera ella, solo ansiaría meterme en la cama a follar sin parar hasta el amanecer. Debo ser la más rara del mundo.

Preparo unas palomitas antes de que empiece y vuelvo al sofá. Soy la única que las come y también la única que presta atención a la película. La parejita se hace carantoñas y cada cinco segundos recibo algún codazo de Tanya sin querer. Si al menos la película fuera buena, no me importaría ser el candelabro en mi propia casa, pero es un mojón de los gordos. Ni siquiera mi Johnny Deep es capaz de hacer de esa película algo decente.

Por si os interesa, no os molestéis en ver *Mordecai*. Es mala, pero con ganas. Aunque reconozco que hay instantes en los que he conseguido reír. Solo un poco.

Por suerte suena mi teléfono móvil. Tengo un *wasap*. Abro la aplicación y leo.

Hola, guapa, ¿cómo estás?

Busco el nombre de la persona, pero ahí no hay nada que me dé la pista de quién es. Es un número que no tengo registrado y su apodo en la aplicación es Thor.

¿Acaso el dios del trueno con cara de Chris Hemsworth ha descendido de Asgard para ligar conmigo?

Soy una soñadora. Pero si es ese el caso, le pido tema de forma inmediata.

¿Quién eres?

Alguien deseoso de tu atención.

Suelto una carcajada y me gano una mirada inquisitiva de mi amiga. Ha dejado de prestar atención a Víctor para mirarme fijamente.

—¿De qué te ríes?

—De la mierda de película que vosotros no os molestáis en ver — respondo y bloqueo el móvil para que no capte mi mentira. Estaba tan ocupada que no creo que haya escuchado el sonido del *wasap* y no creo que le interese demasiado conocer sobre una conversación que ni siquiera es seria.

Es lo que tiene tener la lengua dentro de la boca de otra persona, los ojos cerrados y las manos sin ningún disimulo sobre su paquete. Y cabe recordar que todo eso lo están haciendo en mi casa.

El nivel de gorroneo de Tanya cada vez es más intenso. Suerte que la quiero demasiado como para mandarla a paseo.

—Tienes razón, no la estamos viendo —ríe Víctor.

—No hace falta que lo jures. A Tanya solo le ha faltado sacarte la serpiente y ponerse a chupártela delante de mis narices.

—¡Oye! Yo jamás haría eso —responde con falsa indignación. La miro con la ceja arqueada—. Solo fue una vez y estaba demasiado borracha como para acordarme de que estaba contigo.

—Claro, claro. Lo único que querías era traumatizarme. Somos amigas íntimas, pero a veces te pasas, cariño.

—Será mejor que terminemos la noche en mi casa —dice Tanya con una sonrisa picante. Ha ignorado mi último comentario y veo que Víctor siente curiosidad por la anécdota privada que acabo de desvelar. Agradezco que al fin vaya a tener tiempo solo para mí.

—Me parece una idea estupenda.

—¡Gracias a Loki! Esto era demasiado empalagoso para mi troll interior —exclamo.

No es por echarlos de forma descarada, pero sé que agradecerán la intimidad y yo también.

Suspiro aliviada cuando salen por la puerta y me espatarro en el sofá para ver una película.

Una de las buenas. Infantil.

Casi son las dos de la madrugada y apenas tengo sueño. Desbloqueo el móvil, presa de la curiosidad y abro la conversación con el desconocido. No le he respondido, pero veo que está en línea.

—Si tan deseoso estás de mi atención, ¿por qué no revelas tu identidad? ¡Oh, todopoderoso Thor!

Espero unos segundos a que conteste. Sigue ahí, atento a sus mensajes, pero no parece que me vaya a responder de inmediato. Me da la sensación de que quiere crear un juego que a ambos nos mantenga alerta.

La canción *Por primera vez en años* de la película *Frozen* suena en el televisor y me pongo a cantarla como una niña pequeña. Es posible que los vecinos vengán a quejarse de mis berridos. Cantar no es una de mis virtudes. Cuando lo hago, parece que hayan atropellado a un gato, pero me gusta tanto esta película, que no me importan las consecuencias ni pasar el límite de decibelios permitido a dichas horas.

Suelo ser una buena vecina, pero si me pongo *Frozen*, pierdo el respeto de todos.

El vecindario tiene suerte de que mi móvil haya pitado como aviso de un nuevo mensaje y me callo un rato.

El dios misterioso vuelve a la carga.

—Tanto mi poder como mi apariencia es algo que debo mantener oculto. Por ahora...

No puedo evitar soltar una fuerte carcajada. Thor tiene un sentido del humor que me gusta.

—Eso no es justo. ¿Quién te ha dado mi teléfono? ¿Es que acaso me conoces?

—Loki es mi hermano y muy diestro en el engaño. Sabe cómo encontrar a gente interesante y tú pareces serlo, Beth.

Miro el teléfono con cara de idiota, sorprendida porque conozca mi nombre. De inmediato me acuerdo de que es el apodo que tengo puesto para todo el mundo.

A estas horas, mi inteligencia es todavía más inexistente.

El tío este podría ser perfectamente un acosador que quiere hacerme cosas malas, y mi parte racional me dice que lo bloquee de inmediato para que no pueda contactar conmigo. Sin embargo, estoy aburrida.

¿Y qué pasa cuando el ser humano se aburre? Pues que comete gilipolleces como hablar con un tío un poco raro que tiene acceso a la foto de mi perfil de la aplicación y mi nombre.

—Pues Loki ha dado con alguien sobrenatural, así que cuidado. Tus intenciones pueden llevarte a la destrucción y seré yo la que ocupe tu trono. Yo también tengo mi lado oscuro y peligroso.

—Interesante. Estaría encantado de presenciar tu oscuridad.

Río por su contestación y espero a ver si dice algo más.

Voy a la cocina en busca de una Coca-Cola, *Zero* para que no os quejéis —aunque en realidad tiene azúcar igualmente—, y la bebo mientras canturreo todas las canciones. He bajado el tono de voz. Casi son las tres de la madrugada y no me apetece tener una visita de la policía.

Sería muy triste recibir una denuncia por culpa de mi lado más infantil. No obstante, si me viene un agente de esos de revista, dejaría que me esposara.

Escucho de nuevo mi móvil y leo lo que ha puesto Thor.

—¿Ya te has ido a dormir?

—No. Estoy viendo *Frozen*, y Anna está luchando contra la congelación para reunirse con Christoph y que le dé un beso, para así no convertirse en el cubito de hielo de un cubata.

Me envía un montón de emoticonos de carcajadas y le respondo con uno de una cara avergonzada. Pero vergüenza ninguna.

Si hay algo más de lo que me enorgullezco, aparte de quererme tal y como soy, es de conservar mi parte más infantil a mis veintiséis años.

—No sabía que te gustaran esas películas.

—Eso es porque hemos hablado solo durante una hora. Es lógico. Pero no te emociones, tengo muchos más secretos que no estoy dispuesta a compartir contigo.

—En algún momento, me los dirás.

Pues lo lleva claro.

Por una parte, tengo miedo a que sea ese tipo de hombres que a la mínima te envían una foto de su polla. Creen que con eso vamos a caer rendidas a sus pies, pero no, señores míos, es desagradable y para conocer a las personas no hace falta comportarse como un actor porno en un *casting*. Y, por otro lado, no sé por qué le sigo el juego.

Sus palabras me han pillado en un momento donde el aburrimiento primaba, así que me he limitado a jugar un rato y se ha activado en mi cabeza la curiosidad.

La película está a punto de terminar y reconozco que ya tengo sueño, por lo que silencio el teléfono y me marché a dormir con la cabeza pensativa y a la vez intrigada por saber quién es ese tal Thor.

Y, sobre todo, quién ha sido el cabrón que le ha dado mi número.

Capítulo 10

El fin de semana ha terminado y me lo recuerda el sol que comienza a aparecer por la ventana y me da en toda la jeta. He pasado una noche horrible. El verano todavía no ha llegado, pero las temperaturas parecen contradecirlo.

He sudado como un gorrino.

Me levanto entre gruñidos. Son las once de la mañana y después de comer tengo muchas cosas que hacer. Tanya no está porque trabaja y en el fondo me ha faltado que apareciese para incordiarne durante un rato.

Suele ser muy molesta, sin embargo, la echo de menos cuando no me deleita con su presencia. Desde que se marchó de mi casa el sábado con Víctor, no la he vuelto a ver. Me envió un mensaje el domingo y me contó con pelos y señales su maratón sexual con el Pelocho. No necesitaba tanta información, pero no lo tuvo en consideración.

Desayuno un par de tostadas con mantequilla y un *cappuccino* porque necesito la cafeína para espabilarme un poco. Me meto en la ducha y relajo mis tensos músculos después de una mala noche. Si ya estoy así a principios de junio, no sé cómo será cuando entre el verano de verdad.

Odio a esa gente que siempre quiere que sea verano. Lo odio con todas mis fuerzas. Es asqueroso sentirse sucio las veinticuatro horas del día por culpa del calor sofocante que consigue que el cuerpo se impregne de sudor. Prefiero la primavera. Es la mejor época porque contrastan frío y calor, hay días realmente espectaculares. El verano lo único que tiene es poder ir a la playa. Pero claro, vivo en Madrid y aquí no hay playa.

¡Vaya, vaya!

—¡Joder!

Mientras lavo mi cabello, escucho el teléfono móvil sonar y salgo sin aclararme el pelo para cogerlo. Soy un poco idiota, porque podría esperar a terminar, pero los dos últimos días mi iPhone se ha convertido en un tercer brazo del que no puedo desprenderme.

—Hola, mamá, me has pillado en la ducha.

—¿Y por qué lo coges? Podría haber esperado, hija —responde con la lógica que yo no he tenido.

—¿Qué quieres?

No hablo con ella desde el cumpleaños de Sergio. Ni siquiera se molestó en disculparse por la actitud de sus hermanas, cosa que me fastidia, pero intento olvidar.

—¿A qué hora comienza tu exposición?

—A las cinco de la tarde. Le he enviado a papá las identificaciones por *e-mail*.

—Muy bien, luego le pregunto. Por cierto, he invitado a tus tías.

¡Mierda! ¿Por qué? Me pregunto mientras hago aspavientos. Frustrada porque lo que menos me apetece es tener que soportarlas también ahí, en mi gran día.

—Pues para ellas no tengo invitación —respondo. Un poco de jabón se me mete en la boca y escupo con asco mientras escucho la contestación de mi adorada madre.

—¿Por qué eres así? Sabes que sus palabras no son para ofenderte. Te quieren mucho.

Claro, llamarme gorda de forma sutil es un intento por no ofenderme...

—Lo que quieren es hacer que vuelva a sentirme acomplejada y hace mucho tiempo que me encargo de huir de ese tipo de personas. Me importa un bledo que sean parte de mi familia. No quiero que vengan.

—Elisabeth, lo que te ocurrió es pasado. Lo superaste, mi niña.

—Exacto. Lo superé, pero debo decir que no gracias a ti. Puede que siempre hayas visto en mí a alguien fuerte, pero también tengo mis momentos de debilidad y muchos los causasteis vosotros —le reprocho. No me gusta echar cosas en cara, solo me ocurre cada vez que hablo con mi familia, pero sus comentarios me hacen recordar esa época que cada día intento borrar de mi memoria.

Es algo que jamás desaparecerá, la cicatriz quedará de por vida. De momento, se me da bastante bien ocultarlo.

Dejo que mi madre suelte su perorata habitual. Hace rato que he dejado de escucharla y ya estoy de nuevo en el baño. Intento por todos los medios que el jabón no me entre en los ojos, pero entre lo húmedo que sigue mi cabello y el movimiento, es imposible y comienzan a picarme.

—Bueno, mamá, te dejo que tengo jabón en los ojos y no me apetece quedarme ciega.

—Vale, hija, pero piensa en lo que te dicho.

Le digo que sí para hacerla callar. Realmente, no tengo ni puta idea de qué ha dicho.

Vuelvo a la ducha y termino lo que me ha interrumpido. Al salir, sigo mi ritual habitual de mirarme en el espejo y pienso en cosas que debería mantener apartadas.

La gente juzga, critica, opina sin ni siquiera pararse un solo segundo en pensar lo que ciertas palabras pueden provocar en las personas. Se empeñan en linchar a los de mente débil, a reducirlos a la nada y sacar a relucir unos defectos que quizá son menos importantes que los que tienen las personas criticonas. Porque dicen que la gente critica para hacer daño cuando su amor propio es nulo. Lo hacen para intentar hacerse creer que así superarán sus propios demonios. Sin embargo, lo único que consiguen con ello es hacer daño a otras personas.

¿Y de qué les sirve? De nada. Solamente para reflejar cómo son en realidad.

He conocido a demasiada gente así a mis veintiséis años y he aprendido a alejarlas de forma sutil.

Sonrío a la imagen que me muestra el espejo, sonrío a mis curvas, a mis enormes pechos y mi trasero respingón. Me sonrío por estar viva y seguir luchando por mis sueños. Mi cuerpo solo es un envoltorio que debo llevar a diario, así que es mejor aceptarlo con sus imperfecciones.

Después, seco mi largo pelo. Pronto volveré a la peluquería para retocar el azul de las puntas. Lo ondulo, y me pongo unos tejanos de pitillo y una camisa ancha de color negro con escote en uve. Al volver al salón, cojo mi teléfono móvil y me sale una sonrisa involuntaria al ver un mensaje de Thor. Todavía no lo he bloqueado; al contrario, he seguido con nuestras conversaciones surrealistas. Reconozco que ha sido un agradable entretenimiento en mi aburrido fin de semana.

—Espero que hayas pasado una buena noche, señora de la oscuridad.

—No ha sido la mejor, pero todavía estoy viva. ¿Y tú, dios del rayo?

—No ha estado nada mal. Has aparecido en mis sueños, así que ha sido apacible.

Si Tanya estuviera justo a mi lado, estaría descojonada con mi cara. Yo misma me imagino con cara de imbécil, sonriéndole al móvil como si esas palabras las hubieran susurrado en mi oído.

—Espero que fuera un sueño bueno. Creo que hasta en ellos soy bastante insoportable.

Pone varios emoticonos de risa y contesta:

—No creo que lo seas. Solo me pareces una persona diferente.

—¿Por qué?

—Porque pareces libre. No te importa lo que piensen los demás y disfrutas de la vida a tu manera, alejando la toxicidad con una sonrisa.

Su última respuesta me deja con muchas preguntas. Me da la sensación de que Thor me conoce más de lo que parece. En ninguna conversación le he explicado cómo es mi carácter, solo hemos jugado a un juego peligroso que me desconcierta a cada segundo.

En los dos días que llevamos con el intercambio de palabras, no me ha desvelado su nombre. Ni siquiera me ha mandado una fotografía. Tengo curiosidad, quiero verle, ponerle cara porque con la de tonterías que nos hemos dicho, me he dado cuenta de que nuestros gustos son bastante similares.

Sobre todo, en cuanto a películas se refiere.

—A veces me das miedo.

—¿Por qué?

—Porque conoces cosas de mí que no desvelo a nadie.

—Recuerda que soy un dios con muchos poderes.

Bloqueo el móvil con una sonrisa y termino de prepararme. Decido en el último momento parar a comer en un bar de la Gran Vía. No me apetece cocinar y siempre es mejor que te sirvan. Sobre todo, porque así me ahorro fregar los platos.

Otro dato sobre mí, soy una perezosa en cuanto a tareas del hogar. Tanto que, cada vez que pongo una lavadora, la ropa cuando está seca, termina amontonada en el armario, sin ordenar.

Temo que llegue el día en que me aplaste una tonelada de ropa.

Como un plato de pasta a la boloñesa mientras hablo con Tanya por mensaje. Tiene una hora libre en el colegio, pero todavía le falta dar una última clase antes de disfrutar de la tarde libre. Una vez más, me anima con lo de la exposición y al final acabamos con una guerra de emoticonos muy

absurda. Cuando no tenemos nada que decir, la mierda, la flamenca y los unicornios, se convierten en nuestro idioma secreto que ninguna de las dos sabe interpretar todavía.

La sala de exposiciones está en la calle Conde Duque y se llama Centro Cultural Conde Duque —la originalidad no es uno de sus fuertes—. Al entrar, veo que es clásica, espaciosa y, apoyados en las blancas paredes, descansan varios cuadros envueltos que sospecho que son mis fotografías.

Me pongo nerviosa al instante.

—Hola, jefa. —Pego un salto cuando Silvia se acerca por la espalda, y me giro a mirarla—. Veo que estás como un flan.

—Un poco, pero calla, que me comería un flan. —Se ríe y soy incapaz de responderle.

Sé que mi comentario carece de sentido. No me lo tengáis en cuenta, los nervios hablan por mí.

—No te preocupes, saldrá estupendamente. Has escogido tus mejores fotos.

Asiento poco conforme.

Silvia lleva conmigo tres años. Es experta en Marketing y consigue trabajos para mí en todas partes gracias a su carisma a la hora de vender mis servicios. Gracias a ella, mi trabajo ha crecido y, además, se ha convertido en una buena amiga. Tiene treinta años, está casada y es una mujer muy guapa. Su sonrisa es la mejor baza que utiliza para cerrar los negocios, acompañada por sus ojos azules y su cabello rubio en media melena que la convierte en atrayente.

Hice un buen fichaje para mi equipo.

El resto de la tarde lo paso junto a los trabajadores de la sala y les indico cómo quiero colocadas las fotografías. Habrá una zona para las que, bajo mi punto de vista, son mejores. El resto se esparcirán por toda la sala y, en el

lugar donde colocarán un pequeño *catering*, habrá un cartel con mi foto y una pequeña biografía sobre mí.

Sin duda, eso es lo que me da más vergüenza.

Tengo todas las esperanzas puestas en que aparezca mucha gente, pero no a todo el mundo le gusta el arte de la fotografía. Aun así, tendré cerca a amigos, familia y conocidos del sector, y con eso ya será suficiente. Clara, Sheila y mi hermana no podrán venir por trabajo y Tanya será la encargada de retransmitirles en directo por WhatsApp todo lo que ocurre.

Cuando vuelvo a casa me percató de que ha sido invadida.

—¿Qué tal ha ido? —Tanya está en mi sofá, comiendo un sándwich y viendo mi televisión.

—Muy bien. Ya tienen las directrices y solo falta que lleguen las diez últimas fotografías.

—Tengo muchas ganas de verlas —me sonrío y le devuelvo la sonrisa—. Vamos, siéntate conmigo y cotilleemos un rato.

Obedezco y tomo mi lugar habitual en el pequeño sofá. Mientras vemos Netflix, Tanya habla del Pelochó, hasta que por un comentario mío sobre lo empalagosos que son, le ha dado pie a empezar un tema que no tiene nada que ver.

—¿Por qué no le preguntas a Javi? Puede que él te dé el número de Patrick.

—¿Y qué tiene que ver eso con el Pelochó?

Ha cambiado de tema de forma radical, ya que en ningún momento he mencionado a Patricio, el informático, modelo y creído que consiguió confundirme.

—Nada. Y no le llames así —gruñe, pero en el fondo le divierte—. Pero sé que piensas en él.

—Estás como una cabra, amiga mía. No puedo pensar en una persona a la que apenas conozco.

Es una mentira a medias porque he pensado en él. No obstante, desde que el dios misterioso ha comenzado con sus mensajes, Patrick ha quedado en un segundo plano. Desde el día en que finalizamos la sesión, no he sabido nada y Javi tampoco lo ha mencionado en nuestras conversaciones diarias.

—Tú di lo que quieras, pero haríais una buena pareja.

Río de forma escandalosa. Tiene un sentido del humor indescifrable. No pegamos ni con el pegamento más resistente del mundo.

Además, dudo que tengamos algo en común más allá de que ambos trabajamos con modelos. Solo que él es uno de ellos, de vez en cuando, y yo la masoquista que los fotografía para babear.

—Claro, la gorda y el modelo. Tú eres tonta.

—Tú lo eres más. Tumba esa coraza que llevas puesta y descubre el mundo —me riñe.

—Ya lo he descubierto y, por ahora, lo que hay no me gusta.

—Eso es porque no has encontrado algo que te haga deslumbrar.

La miro con intriga. A veces, tiene la manía de intentar soltar comentarios místicos que no me empeño en entender. Suelo asentir y dejarlo estar, pero otras veces, como esta, me hacen pensar en todo y nada a la vez.

Ella sabe por qué construí la coraza que envuelve mi corazón. Sabe por qué tengo una personalidad tan complicada que consigue que el resto la rechace. Soy fuerte por voluntad propia y por circunstancias que me obligaron a serlo. Quizás, algún día, vuelva a confiar lo suficiente como para dejar atrás esa etapa, pero, por el momento, con la única persona con la que me puedo permitir bajar la guardia, es con Tanya.

Y, en ocasiones, eso es una jodienda de las gordas por el hecho de que suele tener razón.

Capítulo 11

El sudor perla mi frente mientras pedaleo en la bicicleta. Me he levantado a las siete de la mañana para ejercitar mi cuerpo en el gimnasio y luchar contra los nervios de la exposición. Ha llegado el día y apenas he podido dormir. Lo mejor que se me ocurría era pasar parte de la mañana haciendo algo de deporte. Cuando termine, me espera una tarta Red Velvet en Starbucks y un *frappuccino* de vainilla.

No me juzguéis, soy de las que quiere recuperar las calorías perdidas. Como dije, no me gusta perder nada. Tengo demasiados vestidos de la misma talla como para tener que comerme la cabeza en cambiarlos todos.

A esas horas suele haber poca gente. Casi toda son personas entradas en la tercera edad que pasan veinte minutos en la sala de *fitness* y luego se marchan a la piscina climatizada. Me gusta estar a solas. Continúo con mi ejercicio al ritmo de Ed Sheeran y, sin darme cuenta me pongo a cantar en voz alta *Barcelona*.

Muy alto...

Al parecer, alguien me ha escuchado, noto una mano en mi hombro y cuando me giro, estoy a punto de caerme de la bicicleta estática al descubrir quién es.

—¿Patrick?

De inmediato, aparece esa sonrisa ladeada que odio y adoro a la vez.

—El mismo. ¿Qué haces tú por aquí? —me pregunta con verdadera curiosidad.

Me da la sensación de que no le entra en la cabeza la posibilidad de que yo pueda ejercitarme y me guste mover mi cuerpo más allá de los pasos que doy para ir a trabajar.

—Me parece que es algo obvio. De alguna forma tengo que mantener este cuerpazo —contesto y arqueo una ceja a la espera de un comentario por su parte.

—Pues ya somos dos.

Me guiña un ojo, se marcha sin hacer ninguna objeción más y yo continuó con mi rutina. Lo siguiente que hago es la cinta de correr. Están colocadas justo enfrente de la zona de pesas. Y, cómo no, Patrick está ahí.

Ejercita sus brazos y me deleito con el músculo que abulta cada vez que hace un movimiento. Su contorneado pecho también se mueve y no puedo evitar imaginarlo sin camiseta. Tengo la ventaja de que ya lo he visto, y tengo fotos guardadas en mi Mac, así que sé a la perfección cómo es. Su cuerpo se perla con gotas de sudor. Alzo la vista hasta su rostro y me encuentro con una sonrisa socarrona. Lejos de avergonzarme, lo observo todavía más y le sonrío.

Es demasiado guapo para ser real.

Continúa con sus ejercicios, pero yo he perdido el hilo de los míos. Casi me tropiezo con la cinta de correr y he tenido que bajar la velocidad. Ya no sé si tengo calor por el movimiento, o por tener a semejante monumento con su mirada puesta en mí.

Hay miradas que deberían estar penadas por la cárcel, y la de Patricio es una de ellas.

Miro el reloj y ya son las ocho. Otra de las cosas que me encantan es el baile y a esa hora comienza la clase de Zumba. Bajo de la cinta y al dirigirme a la clase noto una mirada a mis espaldas.

Sé que es Patrick, pero me obligo a ignorarlo o haré el mayor ridículo de mi vida en una clase que se me da de fábula.

Me cuesta la vida entera estar centrada en el ritmo de la música. Siento como si alguien no dejara de observarme. En mi mente aparecen los ojos de Patrick, brillantes y con un toque burlón capaz de aumentar mis pulsaciones.

Cambiamos de canción y niego con la cabeza para centrarme de una vez. Por suerte, lo consigo y demuestro una vez más que el ritmo está en mis venas. Al salir, me voy directa a los vestuarios a darme una ducha relajante y lo agradezco. Estoy bastante agotada, pero a la vez me ha servido para activar mi cuerpo para un día que promete muchas emociones.

En la puerta vuelvo a ver a Patrick. También se ha duchado y va vestido de forma casual, con unos *jeans* ajustados y una camiseta que se ciñe a su cuerpo, dejando a la vista un resquicio de su pecho. Habla con una chica que suelo ver bastante en el gimnasio. Tiene músculo, ni un ápice de grasa y sé que sigue una rutina muy estricta. Se nota que está ligando con Patrick y, al pasar por su lado, lo ignoro de forma descarada. Saco mi móvil y llamo a Tanya mientras camino por la calle en dirección al Starbucks.

Necesito desahogarme.

—¿A que no adivinas a quién me he encontrado en el gimnasio? — pregunto antes incluso de darle la oportunidad de saludar.

—Hola a ti también. ¿A quién?

—A Patrick —le respondo y escucho un pequeño grito al otro lado de la línea.

A veces es como una niña pequeña. Se emociona con cosas insustanciales y sin sentido. Creo que tampoco es para tanto. Pero dado que en las últimas semanas ha sido un tema que Tanya se ha empeñado en sacar a la luz, lo menos que puedo hacer como amiga es contarle las novedades.

—¡Oh, por Dios! ¿Os habéis liado?

Suelto una carcajada. Mi amiga tiene demasiadas expectativas puestas en mí. Es una soñadora que cree demasiado en el amor. Y después viene cuando la decepcionan y dice que es una mierda, que nunca va a confiar en ningún hombre y que prefiere vivir rodeada de gatos.

Es un poco bipolar.

—¡Por supuesto que no! —exclamo—. Yo estaba sudando como un gorrino y él se limitaba a marcar bíceps con las pesas mientras me miraba socarrón. No era nada sensual.

—Lo de los bíceps lo es.

—Vale, tienes razón —reconozco. Cada vez que revivo en mi cabeza ese instante, un calor sube por mi entrepierna y acelera mi pulso.

Definitivamente, necesito un buen revolcón.

—Me ha excitado bastante, pero solo nos hemos saludado.

No le digo que estaba con una chica de charla porque la conozco y dirá que estoy celosa.

Como si tener celos en esta situación fuera una opción.

Celos son los que tengo de Elsa Pataky por tener un marido como Chris Hemsworth. Esa sí que ha pillado cacho, la cabrona.

—Qué pena... —murmura—. Podrías haberlo invitado a la exposición.

Clarooo, solo me falta aumentar mis nervios con él allí.

—Ni de coña.

—Eres imposible.

La obligó a cambiar de tema y continuó con mi paseo hasta el Starbucks.

—Voy a pedir ya. Si quieres desayunar conmigo, tendrás que correr.

—Mentirosa, te estoy viendo llegar con tu mochila. Llevo sentada diez minutos.

Cuelgo el teléfono y me fijo en que ha sido justo así. Tanya ya está en nuestra mesa habitual y ha tenido la amabilidad de pedir justo lo que me pensaba comer.

—Estás en todo —musito, y me responde con una espléndida sonrisa.

Desayunamos de forma animada y, para variar, saca el tema de Patrick. No entiendo por qué insiste en que le pida el teléfono. Mi amiga tiene un problema con emparejarme. Soy de las que piensan que no necesitan a un hombre en su vida para sentirme mejor, solo a sí misma, ya que soy lo suficientemente grande como para bastarme y sobrarme.



La hora de la exposición se me ha echado encima como la lluvia que ha comenzado a caer en el exterior, pero, al menos, eso no ha impedido que afuera haya una inmensa cola que no hace más que acrecentar mis nervios.

Silvia me está diciendo algo. Estoy tan absorta que no soy capaz de escucharla hasta que Tanya comienza a zarandearme.

—¡Me mareo! —exclamo. Con tanto movimiento se me revuelve el estómago.

—Deberías tomarte un Valium.

—No estoy para bromas.

—Chicas, atendedme —demanda Silvia—. Ya está todo listo. La apertura de puertas comienza en cinco minutos y cuando todos estén dentro, tendrás que hablar.

—¿Puedes hablar tú por mí? —le pido con las manos juntas y ojos suplicantes, en un intento de imitar al gato de Shrek.

—No. Eres tú la que ha hecho las fotografías. Es el turno de venderte.

—O de cagarla —añade Tanya.

—Gracias por tu confianza.

—No se merecen —bromea.

Soy muy habladora. Desde pequeña mi madre decía que no me callaba ni debajo del agua, sin embargo, padezco de un poco de miedo escénico. Recuerdo una vez en el instituto, que tuve que hacer una exposición oral y las palabras me salían del revés. Fue tan horrible que suspendí y, a continuación, tuve que ir corriendo al baño porque los retortijones casi me matan en vida.

—Lo harás genial, idiota. Deléitales con tu lengua.

—No me voy a enrollar con nadie.

—Digo para hablar. ¡Me desesperas! —Alza las manos hacia el cielo en un gesto exagerado.

Antes de que abran, huyo al baño para comprobar que todo está en su sitio.

Me he arreglado para la ocasión. Mi largo cabello moreno con sus puntas azules, está completamente rizado y el flequillo lo he recogido hacia atrás con un tupé cardado. El maquillaje es más atrevido que de costumbre. He jugado con sombra brillante para el párpado móvil y negra para la uve exterior. Y, por supuesto, mi *eyeliner* gatuno que complementa a la perfección con el tono borgoña de mis carnosos labios.

Para este día, he elegido un vestido negro, de tirantes anchos con escote en uve, prieto hasta la cintura y que tiene una falda al vuelo que llega por encima de mis rodillas. Es de los pocos días en los que utilizo tacones de más de cinco centímetros. Son del mismo color del vestido y un arma mortal que va a provocar que acabe descalza por la calle.

Quien diga que unos zapatos de tacón cuanto más caros, más cómodos, es una jodida mentirosa. Estos son como cuchillas que pretenden que no vuelva a caminar en la vida y su precio prefiero no recordarlo.

Salgo al escuchar el murmullo del exterior y me encuentro con muchos conocidos de la industria. Saludo con sonrisas a todos, hablo con otros pocos durante un rato y recibo halagos de mi trabajo sin descanso. Me siento orgullosa de la aceptación que veo en sus ojos. El mundo de la fotografía, y en concreto la centrada en temática fantástica, es muy competitivo. No solo

se necesita un escenario que encaje, el maquillaje de las modelos y las caracterizaciones son un trabajo extra que pocos artistas son capaces de llevar a cabo porque requiere una inversión de dinero que, a veces, ha de poner el propio fotógrafo. Después toca el trabajo de edición que, sin duda, es el que más horas conlleva. En ocasiones, cuesta encontrar la receta perfecta en los programas de edición para conseguir una imagen realista y que a la vez te lleve a un mundo de fantasía.

La blancura de las paredes de la sala es apenas perceptible con los tonos oscuros de las fotografías. Bosques, castillos, tinieblas y seres paranormales que hechizan a aquellos que los miran. Todo eso es de lo que toda esta gente está siendo partícipe en estos momentos.

—Qué bonitas son. ¡Enhorabuena, hija! —me alaba mi padre y me da un fuerte abrazo.

—Tu hija es una artista, Ismael —continúa Tanya.

—Gracias, papá.

Mi madre está a unos pasos, acompañada de mi tía Soledad y Adela. Hablan entre ellas, pero soy consciente de que lo que las rodea también les gusta. Aun así, no me siento cómoda con ellas aquí.

Me acerco a saludarlas y mi madre me da un fuerte beso.

—Has hecho un gran trabajo.

—Viniendo de ti, que no confiabas en que esto pudiera darme dinero, me alegra.

—Siempre has luchado por tus sueños —sonríe y agradezco sus palabras.

Pocas veces ocurre el milagro de que la mujer que me trajo al mundo sienta orgullo de lo que hago. Cuando comencé, quiso quitarme la tontería de la fotografía de la cabeza y, por suerte, no lo consiguió.

Continúo mi paseo por la sala hasta que Silvia me indica que ha llegado mi turno para hablar. El lugar está repleto. Me coloco en una pequeña tarima

en la que hay un micrófono y, tras las comprobaciones pertinentes, me pongo a hablar.

—Muchas gracias a todos por estar aquí —comienzo. Me tiembla la voz y ni siquiera sé cómo seguir—. Lo de hoy es solo un paso más para continuar con mis sueños. Hay miles de cosas por retratar. Nuestro mundo está lleno de cosas bellas que merecen mostrarse, pero lo oculto, lo fantástico y que te hace soñar, es capaz de abrir nuestros ojos y nuestras mentes —continúo—. Los seres paranormales son solo mitos que han perdurado a lo largo de los siglos, sin embargo, todavía hay gente que cree. Yo creo. Y estas fotos a mí me demuestran que todo es posible en esta vida. Que si algo quieres, cuesta conseguirlo. Estar aquí hoy, rodeada de tanta gente interesada en observar unas simples fotografías, es sin duda la muestra de que el esfuerzo ha merecido la pena. ¡Muchas gracias!

Los aplausos resuenan en la sala y comienza la música de fondo. El *catering* se encarga de que los visitantes estén bien atendidos y disfruten de la reunión. Silvia se acerca a mí muy contenta con la noticia de que ya hay varias ventas y la abrazo de la emoción, porque la tarde no ha hecho más que comenzar. Todavía entra gente y hasta la noche seguirá así.

—Haces unas fotos maravillosas.

Me giro al escuchar esa voz y veo a Patrick justo a mi lado.

¿Qué hace aquí? ¿Cómo lo ha sabido?

Javi, por supuesto.

Boqueo sorprendida, como una idiota que es incapaz de responder.

—Tienes un don —continúa.

Javi está a su lado y soy capaz de ver una sonrisa burlona en su rostro por mi reacción. Me centro para no quedar todavía peor y les saludo a ambos en un intento de mostrar normalidad.

—Me alegro de que os guste.

—Beth, Silvia ha dicho que se ha vendido otro. —Tanya viene emocionada y se pone a mi lado—. ¡Uy!, perdón por interrumpir. ¡Hola, Javi!

Saluda a mi amigo y le da dos besos. Inmediatamente se fija en Patrick y, como siempre, tiene que abrir la boca.

—¡Este es Patrick! Joder —afirma y yo me muero de la vergüenza—. Beth me ha hablado mucho de ti, soy Tanya.

¿Que yo le he hablado mucho de él? Maldita mentirosa.

Vale, no miente.

Quiero que empiece un terremoto y el suelo se abra a mis pies.

—Así que le has hablado de mí —se enorgullece y el gesto de su rostro me resulta odioso.

—No te emociones, Patricio. Solo le he dicho lo capullo que eres.

Me mira con una sonrisa y tengo ganas de gruñir, pero doy un bote porque he recibido un pellizco de mi gran amiga Tanya.

Como si la situación no fuera lo suficientemente vergonzosa, aparecen en escena mis tías y, delante de Patrick y Javi, comienzan con sus ataques.

—Qué bonito todo, cariño. Pero ese vestido no me gusta, te ensancha más por la caída de la falda —dice Soledad.

—Tu tía tiene razón. Te hace barriga.

—Me hace la barriga que tengo —respondo entre malhumorada y avergonzada. Patrick lo está escuchando todo.

—Pues ya sabes lo que te toca —añade Adela.

—¿Mandaros a la mierda?

—¡Hija! —oigo que me riñe mi madre.

Bufo, exasperada y con ganas de mandarlas a las tres a la mierda. No soporto a la gente que se cree médico y nutricionista. Ni en mi gran día son capaces de mantener la boca cerrada.

Necesito respirar. Huir durante unos instantes de las palabras tóxicas de mi familia para no creerlas y me escondo en la sala que han acondicionado para mí por si quería descansar.

No me importa lo que digan mis tías, pero sí que Javi, e incluso Patrick, hayan sido espectadores de tan vergonzosa situación.

Capítulo 12

Respiro hondo y me miro en el espejo de la pequeña salita. Está pintada de blanco y no hay más que un escritorio, un par de sillas acolchadas que parecen cómodas y un televisor para que los invitados se relajen.

—Digan lo que digan, este vestido me queda de vicio —me digo a mí misma.

El reflejo que me devuelve el espejo no es perfecto, pero ¿quién lo es?

Nadie. La talla no me define, y menos cuando ni siquiera es tan alta como quieren hacerme creer. Todos tenemos defectos. Yo tengo muchos, pero vivo felizmente con ellos, o al menos lo intento.

No puedo lograr entender el empeño de mi familia por hacerme creer que quererme está mal, que debo cambiar. No me avergüenzo de cómo soy, ellos son los que hacen que a veces dude y suficientes intentos hace la sociedad para meternos en el coco qué es lo correcto.

He decidido marcharme a solas no solo por sentirme avergonzada, sino porque me conozco. Y la lengua de esta chica es muy afilada. Y no es plan de cagarla hasta el fondo delante de tanta gente que ha venido a apoyarme. Prefiero morderme la lengua y envenenarme.

Escucho que alguien llama a la puerta. He puesto el pestillo para que nadie se cuele. Me acerco y abro mucho los ojos al ver a Patrick al otro lado, tan jodidamente guapo como de costumbre.

—¿Se puede? —pregunta con inocencia. Trae dos copas de cava en sus manos.

—Depende. Si una copa es para mí, sí.

—Aviso que esto no te emborrachará.

—No te preocupes, sé cómo solucionar ese tema.

Lo dejo entrar y vuelvo a cerrar la puerta con el pestillo. Me siento como una secuestradora a la que su víctima ha llegado sin ningún esfuerzo. Le invito a sentarse en una de las sillas y le robo la copa para darle un trago.

El silencio nos acompaña y me pregunto por qué ha venido hasta aquí.

—Tu familia parece agradable —comienza. Arqueo una ceja tras pillar por qué ha venido.

Probablemente, piense que estoy desolada por las palabras de mis tías. Lo que él no sabe es que estoy tan acostumbrada, que cada vez tiene menos importancia.

—Sobre todo, mis tías. Son dos cincuentonas amargadas que viven en un eterno Sálvame —ironizo.

—Pues se han equivocado. Ese vestido te favorece.

—*Ahm...* ¿Gracias?

Mi respuesta parece divertirlo. Me ha dejado un tanto traspuesta. Me siento como cuando estábamos en el hotel mientras le hacía fotografías, dentro de un juego de seducción que prende la llama de mi lado devorador. Y me gusta, pero a la vez incomoda. No quiero convertirme en el juego de nadie.

—¿Por qué has venido? —le pregunto. Cuando invité a Javi jamás pensé que lo comentara a alguno de sus amigos. Y menos a Patrick. Así que, verlo aquí, me sorprende.

—Javi me dijo que hacías una exposición y, la verdad, me apetecía mucho ver tu trabajo. —Da un sorbo a su copa y cae una gota por la comisura de sus labios. Sin pensar, alargo la mano y se la retiro.

Nuestras miradas entran en contacto y siento como si la temperatura acabara de aumentar. No logro descifrar qué significa lo que veo, sin embargo, y sin palabras de por medio, Patrick se arranca y alcanza mis labios

sin darme tiempo a pestañear. Sus labios son suaves. El sabor del cava lo hace todavía más sensual. Su lengua hace contacto con la mía y bailan a un ritmo lento y apasionado. Siento un hormigueo en mi estómago y los nervios a flor de piel. Las pulsaciones aumentan y mi corazón late frenético.

¡Me estoy poniendo malísima!

Sin pensarlo, pongo mis manos alrededor de su cuello y el movimiento nos obliga a ambos a levantarnos. Noto sus manos alrededor de mi cintura y nuestros cuerpos están tan cerca, que siento lo que se oculta bajo su pantalón. Está tan excitado como yo y las dos partes de mi mente que normalmente se contradicen, vitorean a coro un: «Tíratelo».

—¡Beth! ¡Beth!

Alguien grita al otro lado de la puerta y me separo a regañadientes. No me gusta nada que me hayan interrumpido.

—Un momento. Aquí hay algo que aclarar —le digo, señalándole con el dedo índice y veo cómo pone una mirada inocente. Creo que me lo he imaginado todo.

Asomo la cabeza por la puerta, sin abrirla del todo, y veo a Tanya al otro lado.

—¿Qué pasa? —le preguntó más borde de lo habitual. Encima de gorrón, inoportuna.

—Deberías arreglarte el pintalabios. No sé qué has hecho, pero te llega el rojo hasta la mejilla. ¿Qué estás haciendo? —pregunta. En su mirada veo las preguntas que sé que quiere decir, pero por una vez en su vida se calla.

—Ignorar a mi familia.

—Vengo a decirte que se van. Me han pedido que te busque para despedirse.

—Despídete por mí. Engatusa a Silvia para que les diga que estoy cerrando tratos con compradores.

—Ya, tratos con compradores. —Se cruza de brazos y me mira a los ojos. Sabe a la perfección que le voy a soltar otra mentira para que se largue—. Javi está buscando a Patrick, ¿no sabrás tú dónde está?

—¿Patrick? —digo más alto de lo normal. Soy experta en sarcasmo, pero la mentira no es mi fuerte. Suelo reír cuando no debo o, como en esta ocasión, alzar demasiado la voz—. Ni idea. Se habrá ido con su idiotez a otra parte.

—Estupendo. Bueno, que te diviertas con las negociaciones.

Se marcha riendo a cumplir mi deseo y vuelvo a cerrar la puerta con pestillo. Después de esto, me va a tocar dar muchas explicaciones. Patrick me mira desde el otro lado.

—Así que me voy con mi idiotez a otra parte —se burla. No parece ofendido.

—No conoces a Tanya. La Santa Inquisición no es nada comparado con sus interrogatorios. Te aseguro que no se ha creído una sola palabra de lo que le he dicho y tiene las llaves de mi casa. Estará ahí para atosigarme.

—Menudo problemón.

Se acerca de nuevo a mí y me coge de las caderas para volver a entrar en contacto con mis labios. Es como una droga que adormece todos los sentidos. Mi espalda choca con la puerta y su cuerpo se pega todavía más. Siento como si me fuera a desmayar.

Soy una experta en dar besos, es algo que comparten todos con los que he estado —mi lengua hace maravillas—, pero Patrick tiene el mismo don y con ello provoca que a mi cerebro no llegue el suficiente riego sanguíneo como para descifrar lo que está pasando aquí.

¿Por qué me besa? ¿Qué pretende? Quiero pararlo, pero el mes que llevo de sequía tiene sus estragos y por su culpa ese beso está haciendo que me moje entera.

¡Doy mucha pena!

Nos separamos para coger aire y cuando veo que tiene la intención de seguir, pongo una mano en su pecho.

—¿Qué es lo que pretendes? —le pregunto. Quiero continuar, pero antes debo esclarecer los términos.

Da un paso hacia atrás y me mira. Sus ojos grisáceos brillan, sus mejillas están tan coloradas como las mías y tiene la boca llena de pintalabios. Aun así, soy incapaz de negar lo que su presencia me excita.

—Besarte.

—Patricio, ahora en serio, ¿por qué lo has hecho?

—Es algo que he querido hacer desde hace unas semanas —admite con semblante serio.

Arqueo una ceja y lo miro cruzada de brazos. Y, obviamente, desvía la mirada a mí escote.

—¡Eh! Mira arriba —le indicó con un chasqueo de dedos—. Si haces esto porque crees que lo que murmura mi familia sobre mí me deprime, estás muy equivocado. No me afecta. Hace mucho tiempo que dejó de hacerlo.

—¿De qué demonios hablas? —dice. Frunce el ceño y se pone serio.

¡*Arghhh*, qué sexy!

—Pues esto —señalo mis labios como si fuera lo más obvio. No creo que lo haya hecho porque se sienta atraído por mí.

—¿Crees que te he besado por pena? —Asiento—. Pues, para tu información, pena la estás dando ahora. —Su mueca se ha transformado por completo. Sigue siendo sexy, pero con un toque de enfado.

Nos miramos con un reto grabado en la mirada.

Estoy cabreada.

Sé que no tengo motivos, pero lo estoy. Y mucho. Y no sé si es porque estoy casi en mis días y tengo las hormonas alteradas o porque sigo conmocionada por el beso.

—Vete a la mierda.

—Pues muy bien. Adiós, Beth, suerte en tu trabajo.

Abre el pestillo y se larga justo por donde ha entrado. Supongo que desaparecerá de la exposición y lo peor es que yo todavía debo permanecer. Quedan un par de horas para que termine y tengo que mostrar mi mejor cara.

Pero, para hacerlo, es mejor que limpie el pintalabios que recorre mis mejillas.

Al menos tengo la certeza de que si alguien ve a Patrick, sabrá que ha besado a una mujer.



Soy la última en salir del local. Después de todo el ajetreo, las noticias son buenas. Se han vendido todas las fotografías y eso me enorgullece demasiado. Al volver a casa, Tanya me espera con una sonrisa traviesa en el rostro, sentada en mi sofá con el pijama puesto.

Solo le falta quitarme la cama para que oficialmente la considere una okupa.

—Cuéntame, zorrilla del averno, ¿qué ha ocurrido allí dentro? —suelta sin darme tiempo a quitarme los zapatos.

Los pies me duelen como si hubiera pasado la tarde sobre esquirlas de cristal afiladas.

—Nada.

—Y una mierda. Estabas con Patrick —afirma tan convencida que solo le falta publicarlo en Twitter con el *hashtag* #Bethsehaenrolladoconunmodeloylaadmiro.

—Vale, sí. Vino a verme después de que las brujas de mis tías me dejaran una vez más en ridículo.

—Y os enrollasteis.

—Un poco.

—¡Por mi madre! ¡Eres mi ídolo!

—No ha sido nada. Hemos acabado mal. Así que ya está. Nos hemos besado, me ha puesto cachonda y se ha ido.

Tanya intenta que le relate nuestra conversación, pero las negativas consiguen que desista. Es tarde y estoy agotada, así que comprende que, después de las emociones vividas en la exposición, necesito un momento a solas.

Lo que no sabe es que cojo mi móvil para hablar con Thor. He visto que me ha enviado varios mensajes durante el día, pero con los nervios he sido incapaz de contestar. El último ha sido hace apenas una hora.

—Hoy estabas preciosa. Tus fotografías me han mostrado tu lado más oscuro.

Miro el móvil con la boca abierta.

—¿Has estado en mi exposición? —le pregunto y pongo el emoticono de la cara de sorpresa, que en estos momentos es la más idónea, puesto que mi expresión muestra la misma reacción.

Cualquier persona racional tendría pánico ante la situación. Ese desconocido ya no solo tiene mi teléfono y sabe mi nombre, también ha averiguado a qué me dedico y en ningún momento yo se lo he comentado.

¿Debería tener miedo?

—Por supuesto. No tenía intención de perdérmelo, y debo decir que has estado espectacular.

—Pero ¿cómo? Nunca te he hablado de mi trabajo.

—No hace falta, recuerda que soy un dios. Sé más cosas de ti de lo que piensas.

El juego del dios continúa resultándome atrayente. Pero, joder, me da un poco de miedo saber que este tío ha podido estar a tan solo unos pasos y ni siquiera se ha presentado. He hablado con tanta gente que a lo mejor he intercambiado palabras con él, aunque si así ha sido, mi sentido arácnido no se ha activado.

—Me das miedo.

—Tranquila, no soy peligroso.

Y esto, señores míos, es lo típico que diría un asesino en serie.

Si veis una esquila en el periódico con mi nombre en las próximas semanas, recordad lo que os cuento. Apuesto mi teta izquierda a que mi asesino tiene un apodo de dios nórdico.

—¿Y por qué no has desvelado tu identidad?

Soy *masoca*, puesto que quiero descubrir más sobre él. Debería dejarlo estar, pero la cotilla que hay en mi interior necesita algo de entretenimiento, aunque sea peligroso.

—Es pronto. Algún día...

—Eso es trampa. ¿Has heredado los poderes de Loki?

—Quizás. Así es todo más entretenido.

—Pues yo no le veo la gracia.

Envía un montón de emoticonos que ríen y suelto un bufido.

—Algún día, descubriré quién eres, Thor. Y, ese día, temblarás.

—Mmm... Eso suena demasiado tentador.

Niego con la cabeza y decido cerrar el móvil. Es pasada la medianoche y necesito descansar.

En el baño procedo con mi rutina de limpieza facial y, una vez en mi habitación, decido dormir desnuda.

Tengo calor acumulado en el cuerpo. Todavía siento las secuelas del beso de Patrick.

¡Maldita sea! Soy incapaz de borrar esas imágenes de mi cerebro. He intentado no pensar en ello. Ha dicho que no lo hacía por pena, puesto que, según él, era algo que quería hacer desde hacía varias semanas.

La pregunta es: ¿por qué?

Dudo mucho que se sienta atraído por mi físico, le pega más alguien como la chica con la que una vez lo vi en la cafetería mientras tomaba algo con Christian. A su lado soy un orco de Mordor. A veces es así como me veo.

¿Por qué yo?

Al final, Javi va a tener razón, y la única que se juzga sin pensar soy yo misma. Pero qué queréis, soy una *fat girl* y admito que no a todo el mundo le gusta.

Y la culpa la tienen los estereotipos. Aun así, no esperéis que cambie para complacerlos.

Capítulo 13

La resaca post exposición me ha durando casi una semana. El miércoles, Silvia me hizo llegar el cheque con la totalidad de todas las fotos vendidas, menos la comisión suya, y por poco me caigo al suelo de culo.

Me siento como Carmen Lomana sin tener la cara tan estirada, con ganas de ir a la zona más cara de Madrid y derrochar el dinero en cosas que ni siquiera voy a usar. Pero, obviamente, no lo haré. Quizás, ahora que estamos en verano, aproveche y me haga un viaje a solas a algún país extranjero. Lloré al ver tantos ceros, aunque era debido a que estaba con la regla y cuando la tengo, soy la mujer que cumple todos los tópicos de la menstruación. Sobre todo, el de la mala hostia.

Tanya deja de gorronear cuando estoy en mis días. No me soporta. Una vez, incluso le tiré un vaso de café caliente en la cabeza solo porque me dijo que no había las galletas que yo quería en la panadería.

Me pasé un poco...

El sábado está aquí y con él un sol de órdago. Le envió mi mensaje habitual de buenos días a Thor. Tras pensarlo, si hubiera querido asesinarme, tuvo su oportunidad el día de la exposición, así que creo que es buena gente. Sigue sin querer enviarme una imagen suya. Sé que no es porque soy capaz de juzgarle, porque sabe que no me fijo en esas cosas. Al descubrir mi faceta como fotógrafa ha comprendido que veo la belleza más allá de las apariencias y es algo que me complace, ya que lo que se ve a través del objetivo es lo mismo que en el mundo real. Y si en una cámara es bello, en la vida real también.

Parece un hombre distinto, o mujer... No sabéis la de cosas que se le pasan a una por la cabeza cuando en realidad no sabes con quién estás hablando. Si fuera una mujer, tendría un serio problema conmigo misma, porque me gusta la forma de hablar que tiene, ese halo seductor que envuelve cada una de sus palabras. Me pregunto cómo puede ser que, al levantarme,

uno de mis primeros pensamientos sea comprobar si me ha escrito. Cuando mi móvil no suena, siento la necesidad de hablarle. Y lo peor es que es algo que me guardo para mí. Tanya ha notado que paso más tiempo del habitual con el móvil, pero no le he contado la verdad. Alego que son cosas de negocios.

Tras una ducha reconfortante a media mañana, escucho la puerta de casa. Tanya aparece con dos bolsas y sé que es la comida.

—Hola, caracola.

—Un día de estos, me pillarás en bolas y quedarás traumatizada para el resto de tu vida —musito.

—Exagerada... Te he visto en bolas, y déjame que te diga una cosa, tienes lo mismo que yo: dos tetas, un culazo sexy y un higo depilado.

Reímos a carcajadas como dos posesas. De verdad, tiene cada comentario... Mis días sin ella serían un completo aburrimento.

—Toda la razón, pero lo mío es tamaño XXL.

—Y lo mío XS. ¿Me das tus tetas? —pregunta.

—*Nop*. Me gustan. ¿Quieres verlas?

—Idiota.

Cojo la comida que ha traído con una sonrisa. Por suerte, no es del chino. Esta vez es del McDonalds que hace esquina con la calle Montera, y, como apunte especial, es una calle que muchos llaman la calle de las prostitutas. Llevan ahí media vida.

Son majas.

—¿La has pedido con extra de bacon?

—Sí.

—¿Sin pepinillo ni mostaza?

—Sí.

—¿Con salsa barbacoa?

—Sí.

—¿Patatas Deluxe?

—¿Por qué siempre me haces las mismas preguntas? Sabes que sé a la perfección cómo te gusta.

—Porque me gusta actuar como Sheldon Cooper y que tú seas mi Leonard —me burlo.

Por si alguien no sabe de qué hablo, son personajes de la serie *The Big Bang Theory*. Os la recomiendo, así comprenderéis el por qué del interrogatorio.

Comemos entre charlas amenas. Tanya continúa muy emocionada con su relación con Víctor. Al final el Pelocho resultará que es un buen partido para ella. Por lo que comenta, la trata muy bien, es detallista, tienen cosas en común y otro punto a su favor es que yo le caigo bien, a pesar de que sabe cuál es su apodo.

—Hacéis buena pareja —le comentó con una sonrisa. Soy borde, pero cuando mi amiga es feliz, yo también lo soy.

—Esta noche he quedado con él y traerá a un amigo, Clara vendrá conmigo. Será como una doble cita.

Clara es otra de nuestro reducido grupo de amigas. No es de las que sale demasiado. Es muy casera y solitaria, pero cuando se lanza, pierde cualquier atisbo de vergüenza. Le encuentro cierto parecido a Tanya en lo físico. Ambas son rubias y estilizadas, pero de carácter son polos opuestos. La última vez que la vi, estaba de viaje. Trabaja como azafata y aparece muy poco. Solo sé de ella gracias al grupo de *wasap* que tenemos en común. El típico en el que se envían mensajes constantemente y en el que llega a un

punto en que ya no sabes ni de qué se habla.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Podrías venir.

—Quita, quita. Si es una cita doble no encaja, aunque yo valga por dos —me burlo.

—Hace mucho que no nos reunimos todas. En el fondo lo echo de menos.

—Clara viaja mucho y Sheila va de diva. Los tiempos cambian —me encojo de hombros y Tanya asiente.

Las cuatro hemos estado juntas desde el instituto, pero siempre hay algo que hace que nos distanciamos. Podemos contar las unas con las otras, sin embargo, nuestras apretadas agendas impiden que coincidamos todo lo que nos gustaría.

Es una pena; no obstante, crecer es lo que tiene.

Recogemos juntas lo que ha sobrado y nos quedamos parte de la tarde viendo películas, hasta que decide marcharse a prepararse para su cita.

Nada más salir, oigo que vuelven a llamar y ruedo los ojos con hastío.

—¿Qué te has dejado? —Abro, pensando que es Tanya, pero mi cara se desencaja al ver a mi visitante—. ¿Qué haces tú aquí?

—Esperaba un recibimiento más educado por tu parte.

—Pues lo llevas claro, Patricio. Nuestra última conversación no terminó precisamente bien.

Continúo sorprendida al ver a Patrick delante de mis narices, ¡en mi casa! En estos instantes, no estoy lo que se dice presentable. Llevo un pijama de shorts con gatitos estampados y una fina camiseta de tirantes de color negro, con el mismo estampado, que enmarca mis pezones.

No llevo sujetador.

Ni tampoco me he peinado.

Tengo pintas de vagabunda.

¡Tierra trágame!

—¿Vas a dejarme pasar o prefieres seguir mirándome con el ceño fruncido? —pregunta tras varios segundos.

—Estoy planteándome lo segundo. Pero ya que has subido a un ático que no tiene ascensor, voy a permitir que entres en la casa de los horrores. Eso sí, prohibido meterme mano.

—¡Dios me libre de semejante atrevimiento!

Al entrar, observa el cubículo que llamo mi casa. Se fija en las fotografías enmarcadas que recorren el pequeño salón con cocina americana. Todo son fotografías de cosecha propia y parece aprobarlo con la mirada. Aprovecho para mirarlo. Va vestido como de costumbre, casual pero provocador, con una camiseta prieta de cuello en uve que muestra su pecho libre de vello.

Estoy segura de que ese hombre no tiene una sola prenda que le quede mal. Es físicamente imposible. Su pelo ha crecido desde la primera vez que lo vi y el corte militar comienza a desaparecer, eso lo hace todavía más atractivo.

—¿Te apetece una cerveza? —pregunto para desviar el sentido de mis pensamientos.

Veo que no sabe qué hacer, y lo cierto es que yo tampoco. No entiendo qué ocurre.

¿De verdad este hombre está en mi casa? ¿Patrick?

—Está bien —acepta.

Doy dos pasos y llego hasta la nevera. Saco dos botellines y los abro

antes de invitarlo a que se siente conmigo en el sofá. Estamos demasiado cerca y ya noto el calor recorrer mis venas.

He tenido esa sensación muy pocas veces en la vida, la de sentirme cohibida delante de alguien, caliente..., a punto de arder en llamas.

Bebemos en silencio durante unos segundos, hasta que me lanzo a preguntarle lo que lleva carcomiéndome desde que lo he visto al otro lado de la puerta: cómo sabe dónde vivo.

—Se lo pregunté a Javi —contesta.

—¿Con qué propósito? Si se me permite. —Ya que el cabrón de Javi le ha dado información clasificada, al menos necesito la explicación.

—Venir a verte —sonríe con la confianza que le caracteriza y apoya su brazo en el respaldo del sofá.

—Creí que el adiós de el otro día significaba un «que te den por culo».

—Me arrepentí. Además, tengo ganas de que me pidas disculpas. —Arqueo una ceja y lo miro con fijeza—. Reconoce que tu enfado fue injustificado.

—Para nada —respondo con seguridad. Tuve mis motivos. Me besó sin permiso en un momento peliagudo. Los nervios se me desatan siempre ante una discusión con mi familia.

—Eres una orgullosa.

—Exacto. Y eso es algo que tú no sabes porque apenas nos conocemos.

—Pues ya que estoy aquí, cambiemos esa parte.

Es difícil explicar lo que piensa Patrick, básicamente porque no soy Edward Cullen y no tengo el poder de leer las mentes, algo que me vendría de perlas en este momento. Su actitud tan segura consigue que sienta desconfianza. Me da la sensación de que quiere entrar en un juego en el que solo él va a disfrutar, como si yo fuera tan solo una apuesta para él, cosa que

en realidad parece sencilla de conseguir. Lo que él no sabe, es que no doy mi confianza a la ligera y abrirme no es algo que esté dispuesta a hacer por el momento.

Puede que me sirva para un polvo —porque si tuviera la oportunidad, sería una completa idiota si la desaprovechara—, pero nada más. Siento una atracción indudable.

La pregunta es: ¿él también la siente?

—¿Qué quieres saber? —Imito su gesto y pongo el brazo en el respaldo del sofá. Ambos estamos de lado. Mi rodilla desnuda choca con la suya.

Menos mal que soy una chica precavida y me hice la depilación láser hace un año. Suficientemente vergonzosa me siento ya, atendiendo a mi visitante con las pintas de una vendedora de drogas, como para también tener enredaderas en las piernas.

—¿Qué te gusta hacer?

—¿Follar? —suelto sin meditar mi respuesta y tengo ganas de darme un cabezazo contra el suelo—. Lo siento, mi subconsciente habla por sí mismo. Me gusta leer, ver películas, pillar una buena borrachera cuando salgo de fiesta. Lo normal en alguien de mi edad. Que por si te lo preguntas son veintiséis años.

Ríe con la corrección de mi respuesta y parece que hace una anotación mental de los datos. Cuando está pensativo, sus ojos grisáceos miran a la nada y se le marcan las líneas de expresión del entrecejo. Parece que está serio, pero en realidad es otra pose que utiliza para resultar seductor.

¡Y coño si funciona!

—Y a ti, ¿qué te gusta? —Doy un sorbo a mi cerveza y espero a que conteste.

—Viajar, jugar a videojuegos, leer y follar también.

—Interesante.

La tensión se palpa en el ambiente. Cada palabra que intercambiamos se convierte en una provocación. Reconozco que me complace sentir que no estoy hablando con una pared. La mayoría de los hombres con los que me he topado —incluido mi ex— hacían como que escuchaban solo para ir al tema. Pero Patrick no. Parece interesado en mis palabras de la misma forma que yo en las suyas. Puede que sea porque él no tiene intención de llevarme a la cama y solo busque amistad.

Pasamos la tarde de charla. Estoy viendo el lado desconocido del modelo arrogante que consiguió ponerme nerviosa en mi propio trabajo, y me gusta. Me habla de su familia y descubro que es hijo único. Sus padres, Marisa y Pedro, lo han mimado desde pequeño y así ha salido.

Con el ego por las nubes.

Durante las horas que llevamos en la misma posición, he esperado a que llegue ese momento en el que se disculpa y se marcha sin más. Pero parece a gusto y yo también lo estoy. Todos los prejuicios que tenía con él comienzan a desaparecer. No es tan superficial como creía y tiene aspiraciones más allá de ser modelo. Trabaja en una tienda de informática a media jornada de forma constante y también a domicilio. Esa es su verdadera pasión, sueña con poder ejercer de programador y crear videojuegos que le hagan rico.

Vale, esa aspiración ya es pasarse, pero admiro que tenga ambición. Al menos, es un hombre que quiere avanzar y no estancarse en la vida.

—¿Y te has planteado dejar de modelar? —Doy un trago a la cerveza. Hay tres botellines vacíos en la mesa de centro y un cuarto va por el mismo camino.

—Sí. No es un mundo que me guste demasiado.

—¿Y por qué entraste?

—Vivo con Christian y Daniel es mi vecino, ellos me metieron. —El primero que menciona es el pesado egocéntrico y, el segundo, otro de los chicos que fotografié—. Vi que pagaban bien y me apunté a su agencia. Solo

he tenido dos sesiones y lo bueno es que puedo compaginarlo —termina—. Cambiemos de tema, ¿qué vas a hacer esta noche?

—Puesto que Tanya está en una cita doble y yo llevo todo el día procrastinando, continuaré en pijama y me haré una maratón de *The Big Bang Theory* mientras me espatarro en este sofá.

—Te propongo algo mejor. Tú y yo, ahí —señala mi habitación y lo miro como si estuviera hablando con un extraterrestre.

—¿Y qué te hace pensar que voy a aceptar esa proposición tan indecente?

—Que es algo que deseas tanto como yo.

Estoy planteándome su insinuación. Hace un momento he dicho que si tenía la oportunidad, me lo tiraba, así que...

Pero también le he dicho que no me metiera mano.

Estoy en una encrucijada...

—De acuerdo. Pero te advierto una cosa. —Me acerco y le susurró al oído de forma sensual—: jamás olvidarás una noche conmigo.

Capítulo 14

Sin levantarnos del sofá, Patrick se posiciona sobre mí y alcanza mi boca. Me besa con pasión, sus labios juegan con sensualidad y su lengua se une a la mía. Noto su peso contra mi cuerpo y el bulto que aumenta en su pantalón deseoso de salir.

—Será mejor que vayamos a mi cama. Este sofá es diminuto —musito. Me cuesta hacerlo, porque parece que sus labios se han fusionado con los míos.

Lo acompaño hasta mi habitación, me empuja hasta que caigo sobre la cama y vuelve a lanzarse a por mis labios. Sus manos recorren mis curvas y se entretiene en mis pechos. Con la fina camiseta del pijama de gatitos, se nota al instante que mis pezones están completamente erectos. Mi cuerpo aumenta de temperatura por momentos y siento cómo mi entrepierna se humedece.

Me entretengo al quitarle la camiseta y dejo al descubierto ese pecho que estoy dispuesta a lamer en cuanto tenga la ocasión. Sus manos juegan por dentro del pequeño short y gimo cuando toca mi centro de placer.

—Sabía que querías esto tanto como yo. Estás empapada.

—No la cagues, Patricio, mi excitación puede evaporarse con la misma rapidez que ha llegado —miento sin ningún tipo de convicción.

—¿Seguro? —Hace un movimiento con su mano y roza mi clítoris con tanta sutileza y precisión que muerdo mi labio en un intento de no delatar las ganas que tengo de que me folle.

Porque eso es lo que vamos a hacer. Follar sin ningún tipo de sentimiento de por medio.

Lo empujo para que caiga al otro lado de la cama y con un movimiento

ágil desabrocho sus estrechos pantalones. Lleva unos *bóxers* apretados, que enmarcan el bulto que se oculta bajo su protección. Se los quito con destreza, admiro su tremenda erección durante unos segundos y me coloco sobre él, encajando mis piernas alrededor de sus caderas.

—Eso es trampa. Tú todavía estás vestida —musita y le sonrío seductora.

—Eso tiene fácil arreglo.

A pesar de que siempre tengo ese miedo al mostrarme al desnudo delante de un hombre, me quito la fina camiseta de tirantes y dejo a la vista mis voluptuosos pechos y mis pronunciadas curvas. Yo me acepto, pero muchas personas no aceptan cómo soy y mi cuerpo les resulta repulsivo. Sin embargo, cuando Patrick alcanza mi pecho con su boca, desaparece cualquier pensamiento negativo de mi mente y me centro en el deseo que siente por mí.

Sus manos me agarran con fuerza y las desliza suavemente hasta llegar a mis caderas. Cambiamos de posición una vez más y, a los pocos segundos, mis *shorts* desaparecen.

—Por ahora, no creo que esto vaya a ser para no olvidar —musita con arrogancia. Arqueo una ceja y me centro en su mirada burlona.

—Querido Patricio, esto no ha hecho más que comenzar.

Lo arrollo con un beso frenético y con mi lengua me entretengo en sus labios. Le doy un pequeño mordisco en la parte inferior y oigo cómo gruñe, complacido por mi arrebató. Deslizo mi mano con suavidad por la extensión de su pecho y memorizo los músculos tan seductores que lo componen.

Si vestido ya es atractivo, desnudo es un pecado que me tiene tan caliente como el sol que aprieta en los veranos de Madrid. Mi mirada asciende hasta su rostro y atisbo la sonrisa de complacencia. Sabe que está buenísimo y se vanagloria de la admiración que es probable que profese mi rostro.

Lo sé, soy débil con los buenorros. Sé que no soy perfecta, pero, como todos, tengo mi lado superficial, y si entra por los ojos, siempre es bienvenido. Sobre todo, si se presta para entrar en mi cama.

Mientras nos mantenemos la mirada, deslizo mi mano hasta llegar al vello de su pubis. Me muevo para dejar a la vista su miembro. Está erecto, preparado para sentir mis caricias y después darme placer.

Solo espero que no solo aparente ser una bestia en la cama, quiero que lo sea. Porque llevo demasiado tiempo sin sexo como para llevarme una decepción con Patrick.

Lo masajeo de forma cuidadosa y desciendo con sensualidad para alcanzarlo con mi boca. En ningún momento, dejo de mirarlo. Me observa, veo que resiste la tentación de gemir, pero con mi lengua consigo que lo haga.

—¡Joder! —gruñe, y hago una pausa para mirarlo con una sonrisa malévola.

—¿Todavía piensas que no puedo conseguir que no olvides esto? Porque aún me queda repertorio. —Lo saboreo durante un rato y me entretengo en su punta. Luego me deslizo con intención de restregar mis pechos con su miembro y subo hasta volver a saborear sus suaves labios—. Solo espero que tú también estés a la altura, Patricio.

—Te aseguro que lo estaré. Y nunca volverás a llamarme Patricio. Seré un dios para ti.

—Eso, ni en tus mejores sueños.

Nuestras lenguas juegan mientras mi sexo roza su miembro. Me pregunta si tengo condones y me aparto unos segundos para cogerlo. Quiere quitármelo de las manos para ponérselo, pero se lo impido, lo abro y lo colocó entre mis labios. Me deslizo una vez más hacia abajo y, con una técnica que solo pocas conocemos, le coloco el preservativo sin utilizar las manos.

—Eso sí que no me lo esperaba —musita y le suelto una sonrisa burlona—. Pero tú tampoco esperas esto.

Me gira y volvemos a cambiar de posición una vez más. Oculta su rostro

entre mis piernas y noto su lengua en mi clítoris. Hace círculos y sus dedos juegan con mi entrada. Intento aguantar las ganas de gemir, pero ha llegado un punto en que es misión imposible. Patrick sabe lo que hace. Su juego es excitante y activa todo mi cuerpo. Mi espalda se arquea de forma involuntaria y el aire se queda atascado en mis pulmones. Deseo que llegue el momento en que su miembro se funda en mi interior, pero a la vez no.

Es de las pocas veces que puedo disfrutar de verdad con el sexo oral. No todos los hombres saben hacerlo, la mayoría maltratan el clítoris con saña, pensando que así dan más placer. Y no es así, señores. Es la zona más delicada del cuerpo de una mujer, no hay que forzarlo, ni tocarlo como si un *rockero* tocara la guitarra. La sutileza es la clave y Patrick tiene ese don que consigue que un millar de lucecitas nublen mi visión.

Estoy al borde del orgasmo. Mis gemidos cada vez son más constantes y Patrick aprovecha para aumentar el ritmo. Mezo mis caderas para profundizar el contacto y cuando mete sus dedos en mi interior y estoy a punto de gritar del placer que tanto echaba de menos, para.

—Ni se te ocurra parar —gruño malhumorada.

Eso que acaba de hacer es muy cruel.

—¿Por qué? —sonríe con arrogancia, y tengo ganas de agarrarlo del pelo y meterlo entre mis piernas.

—Fóllame de una puta vez, ahora.

—Tus deseos son órdenes.

Agarra mis piernas y las coloca alrededor de sus caderas. Su erecto miembro roza mi entrada y se hunde de una fuerte estocada que nos hace gemir a ambos. Nos movemos al unísono y disfrutamos con el intenso baile. Sus movimientos dan justo en la diana y el orgasmo que creía perdido vuelve con más fuerza, arrancando un grito ensordecedor de mi garganta.

Con la respiración acelerada, agarro a Patrick y volvemos a cambiar de posición. El orgasmo todavía resuena en mis entrañas con ganas de revivir.

Decido que ha llegado mi turno de tomar el mando y me coloco sobre él. Me mezo, bailo sobre su erecto miembro y lo miro con intensidad mientras escucho cómo gime. Mantiene los ojos abiertos, me mira con deseo y los músculos de su mandíbula están tensos mientras me muevo como toda una amazona.

La noche se ha vuelto frenética. Nuestros cuerpos siguen calientes después de un inolvidable polvo que me ha dejado aturdida. He perdido la cuenta de los orgasmos que me ha arrancado con una sola vez. Lo que sí sé es que esto todavía no ha terminado.

—Tenías razón, esto es para no olvidar —sonríe con arrogancia.

—Si piensas que esto ha terminado, es porque no me conoces. Prepárate, Patricio, la noche no ha hecho más que comenzar.



La noche ha sido demasiado corta.

En el momento en que nuestros cuerpos entraron en contacto, la pasión nos absorbió y las horas pasaron más deprisa de lo que ambos queríamos.

Patrick está a mi lado. Duerme desnudo entre mis sábanas y su cara muestra el mismo agotamiento que yo. No he contado las horas que hemos pasado dándole al tema, pero han sido muchas. Cuando él se quedó dormido, ya comenzaba a amanecer.

Miro el reloj y son las doce de la mañana, por suerte es domingo y no hay prisas para hacer nada.

—¿Quieres más? —oigo que pregunta. Me ha pillado de pleno mirándolo.

—No creo que pueda. Sé que en cuanto me levante, mis andares serán dignos de un vaquero.

—Opino igual —oigo que ríe, y reconozco que ese sonido es demasiado maravilloso.

¡Por Dios, me estoy volviendo un poco ñoña!

En ningún momento, planeamos pasar la noche juntos. Pero después de una interminable maratón de sexo, me sabía mal echarlo a patadas. Le di mucha caña, tanta que creo que no voy a necesitar ir al gimnasio en una semana. He perdido un kilo, por lo menos, con tanto ajetreo, y mi estómago me recuerda que no paramos ni para cenar.

Tengo hambre, mucha, pero al mirar a Patrick, no estoy convencida si es de comida.

—¿Qué hora es?

—Tarde.

—¡Buenos días, Bella Durmiente!

El grito de Tanya desde la entrada de mi casa hace que me tape de inmediato con las sábanas. Patrick actúa de la misma forma. Y, sin poder evitarlo, mi inoportuna amiga entra en la habitación.

—Te he traído... ¡Oh, vaya! No sabía que estabas acompañada —musita. Pero lejos de sentirse avergonzada, sigue ahí parada y me mira divertida. Parece decir un enorme «te lo dije» sin sonido.

—Hola, Tanya.

—Hola, Patrick, ¿tarta Red Velvet? Supongo que estaréis hambrientos.

—¡Tanya! —le grito.

—Vale, perdón. —Alza las manos y se marcha de la habitación, que no de mi casa, no he escuchado el sonido de la puerta.

—Tu amiga es...

—¿Imbécil? Sí. Voy a quitarle las llaves de mi casa.

Patrick ríe y yo niego con la cabeza. Al final, tendré que cambiar la

cerradura.

—Iba a decir inoportuna. Pero bueno, será mejor que me marche, recuerdo que me dijiste que es peor que la Santa Inquisición y es mejor que huya.

—Suertudo.

Sale de la cama y comienza a vestirse. Su ropa está repartida por la habitación y tiene la amabilidad de pasarme mi sexy y seductor pijama de gatitos.

Nunca voy a menospreciar el poder sexual de un pijama infantil. Me ha dado una de las mejores noches de mi vida. Estoy por enmarcarlo en mi despacho con una nota que diga: «Con esto me tiré a Patricio»; y poner una de las fotos de su trasero de la sesión que le hice.

Lo pongo de nuevo en mi cuerpo y acompaño a Patrick hasta la puerta. Tanya nos observa sentada en mi sofá y me despido de él de una forma bastante fría.

Sigo sin tener su teléfono, por lo que supongo que si quiere volver aquí, vendrá directamente.

Algo que realmente dudo.

—¿Qué demonios ha pasado aquí, pequeña zorra? —pregunta a voz de grito mi amiga nada más cerrar la puerta.

—Hemos jugado al teto.

—Déjate de bromas. ¿Cómo coño ha aparecido aquí Patrick? ¡Eres mi jodido ídolo! —me aplaude como una *groupie* que ve a su cantante favorito a unos centímetros de distancia.

Le falta sacarme una foto con el pijama de la discordia y enmarcarla en su baño para ponerse cachonda cada vez que se dé una ducha.

—El cabrón de Javi, al parecer, le dio mi dirección. Se presentó justo

cuando te fuiste, hablamos...

—Y os pasasteis la noche dándole al tema.

—Básicamente. —Me encojo de hombros y me siento a su lado.

Cojo el paquete que me ha traído del Starbucks y devoro el trozo de tarta mientras doy pequeños sorbos a mi *frappé*.

—¿Y cómo paso?

—Pues estábamos aquí hablando y, no sé cómo, acabamos dándolo todo en mi cama.

—¡Madre mía! ¿Y habéis vuelto a quedar?

—Solo ha sido un polvo, Tanya. Patrick no está hecho para mí, así que no te emociones con tus historias románticas porque esto está muy claro. Ha sido solo sexo.

—Vale, tranquila, Wonderwoman.

Se queda un rato más e intenta sacarme todos los detalles, pero soy un libro cerrado. Hay ciertas cosas que prefiero guardarme para mí.

Cuando se marcha, miro mi teléfono y el dios Thor ha vuelto a hablarme.

—Veo que estás muy silenciosa, has debido tener una noche muy movida.

—No sabes cuánto. ¿Y la tuya?

—Muy agradable.

Al contestarle, pienso en que parece que lee mis pensamientos. No es la primera vez que me pasa con él. Sin embargo, recibir un mensaje de su parte, consigue que mis días sean muy entretenidos.

Y así va mi vida, ahora pienso en un tío que no sé quién es y también en otro que me ha hecho pasar una noche loca que soy incapaz de quitar de mi

cabeza.

Muy bien, Beth. Debería haberme quedado quietecita y soportar una vida sin sexo, aunque el pecado apareció en mi puerta, y a ver quién es la lista que consigue evitarlo.

Evidentemente, no he sido yo.

Capítulo 15

Estamos a mitad de semana y me da una pereza enorme desplazarme para trabajar. Silvia me avisó en el último momento de que tenía preparada una sesión de fotos de un diseñador que quiere un *book* con sus creaciones de ropa. Es en la azotea del hotel Emperador. La suerte es que está justo al lado de mi casa, en plena Gran Vía; lo malo es que trasladar a pie toda la parafernalia es una jodienda. Así que Silvia me ayudará.

—¿Cómo puedes cargar siempre con todo esto?

—Subiendo y bajando mil veces estas escaleras —musito con la respiración entrecortada por el esfuerzo. Las cosas no vuelan hasta el coche.

—Poneos un ascensor.

—Ya lo pedimos, pero estos pisos son tan pequeños que no entra en la estructura del edificio —explico con mis dotes de arquitecta. O sea, ningunas.

Llegamos al hotel en menos de cinco minutos y con su ayuda lo monto todo. Normalmente, se dedica más al trabajo de oficina, pero alguna que otra vez la llamo para que me ayude con el traslado de los artilugios. Soy una buena jefa y ella una buena empleada. Ambas nos combinamos a la perfección.

—Te aviso, Diego me ha dicho que las modelos son un poco gilipollas —dice con sinceridad. Asiento y me fío del criterio de Diego. Lo conozco de hace tiempo. Es estilista y se dedica a vestir a las modelos y acicalarlas. Ha trabajado con muchos diseñadores y se conoce a casi todo el mundo.

—Podré con una manada de Barbies, no te preocupes.

Terminamos de prepararlo todo y libero a Silvia para que vuelva a su trabajo de oficina. Al igual que yo, trabaja en su propia casa.

Somos unas afortunadas.

A las nueve de la mañana aparece una procesión de Barbies que entra en la sala contigua al patio exterior, que se ha habilitado de camerino. Veo que algunas me miran, pero ninguna me dirige la palabra. Admito que prefiero fotografiar a tíos, que a tías. Suelen hacer de mi trabajo algo más agradable.

Diego pasa con rapidez y me saluda con su característica sonrisa. Es estilista, superatractivo y, aunque suene a tópico, es gay.

Bueno, bisexual con preferencias por el sexo masculino. Así es como él se define. Pero a pesar de lo que piensa nuestra sociedad prejuiciosa, su forma de hablar es exactamente la misma a la de otro hombre y no tiene un pelo de afeminado.

Poco a poco, van saliendo los modelos, y el propio diseñador, Esteban Sánchez —que no lo conocen ni en su casa—, les indica cómo colocarse.

Durante toda la mañana he fotografiado a modelos gruñonas, un tanto creídas y con aires de superioridad que han hecho de mi trabajo un auténtico fastidio.

Me asquean bastante.

—Sácame delgada. No me gustaría que una mala foto hiciera que mi figura no se apreciara.

Arqueo la ceja ante el comentario de la modelo y la miro con una sonrisa antes de contestar.

—No te preocupes, esta cámara saca todo lo que eres —digo—. Incluso tu lado gilipollas —susurró para que no me oiga y Diego ríe a mi lado.

Él sí que se ha enterado.

Soy muy buena, pero tampoco puedo hacer milagros cuando el horrendo vestido que lleva la hace parecer un botellín. Tiene una falda muy abombada, casi como una circunferencia que nace desde su cintura de avispa, y, al tener tan poco pecho, su figura pierde todo el protagonismo. Ese vestido no me

sentaría bien ni a mí, que ya de por sí soy como un botijo.

Paramos a la hora de comer y aprovecho para apartarme de esas mujeres y el estricto diseñador. Veo que me miran de reojo, escucho sus risas e imagino que están comentando lo buena que estoy con burla.

Son de ese tipo de personas que se vanaglorian con sentirse perfectas, y todo lo que se sale de sus cánones, lo que para ellas significa belleza, es motivo de burla.

La palabra gorda llega a mis oídos y consigo no tomármelo como un insulto. Yo misma me lo digo, no necesito que nadie me lo recuerde. Yo he elegido ser así, y mientras no me afecte en mi salud física, no tengo intención de cambiar.

Soy como soy, y al que no le guste, que se estampe contra la pared para no verme.

¡Hombre, ya!

Mientras como, cojo mi teléfono y contesto los mensajes de Tanya que pregunta cómo voy. Le digo que asqueada de tanta Barbie imbécil y me recomienda que controle mi lengua. Me conoce demasiado bien y teme que monte el lío de montepío. También hay uno de Thor y de inmediato me sumerjo en una conversación con él para olvidar que tengo un grupo de marujas con ganas de que les suelte una de las mías.

—Parece que hoy tu trabajo no es tan maravilloso.

—Pues no, no lo es. Tratar con mujeres así resulta un incordio. Creo que a la mayoría de las modelos les hacen un lavado de cerebro para ser así de tontas.

Mi contestación guarda un tinte de amargura. Obviamente, no quiero generalizar porque cada persona es un mundo. Puedo aparentar ser una mujer de hierro, pero los comentarios hirientes hacen daño igual.

No quiero que nadie vuelva a hundirme. He salido a flote muchas veces y

necesitarían una tonelada de hierro para arrastrarme al fondo del océano para hacerme desaparecer.

—Imagino. ¿Superficiales?

—Por supuesto. Es el mayor defecto del ser humano, sacar opiniones de las personas solo por su aspecto.

—Pues voy a decirte una cosa. Esas mujeres puede que tengan un cuerpo bonito, pero les falta lo más importante: cerebro. Y eso es lo que te diferencia a ti de ellas, así que tu único cometido durante este día debe ser demostrar lo que vales. Alzar el mentón y dejar a esas chicas impresionadas por la seguridad que aparentas —dice e, inconscientemente, sonrío como una tonta a la pantalla.

Este Thor tiene cosas que sacan el lado romántico que siempre intento descartar. Siento una conexión con él. Me entiende y escucha, pero me gustaría conocerlo para ser yo también capaz de comprenderlo a él. Conocer sus secretos más ocultos.

En definitiva: convertirlo en mi amigo.

—Yo tengo cerebro y el doble de cuerpo, pero gracias, tus palabras han sido muy bonitas.

—No tienes que dármelas. Y tu cuerpo es atractivo. Curvas, pechos abundantes... Realmente seductor.

El cabrón no es la primera vez que juega con la descripción de mi físico. Tiene la ventaja de haberme visto en persona sin que yo supiera que estaba cerca. Eso me inquieta. Tengo la tentación de decirle de quedar, pero quizás esto es solo un juego que no va a ir más allá de los mensajes. Y en el fondo me molesta.

—Gracias. Has hecho que la luz brille en este día.

Le pongo un emoticono con corazones en los ojos y bloqueo el móvil.

Toca volver a la realidad y seguir con mi trabajo.



El día anterior terminé muy tarde con la sesión y, al llegar a casa, solo me apetecía dormir. Tengo que ponerme con la edición, pero decido a última hora levantarme para ir al gimnasio y despertar la mente antes de sentarme frente al ordenador y retocar cientos de fotos de modelos tocapelotas.

Mientras paseo por la calle, pienso en la profunda conversación que tuve anoche con Thor antes de dormir. Intentó que le contara más cosas sobre mí y yo le pedí lo mismo. Una vez más, fueron cosas banales, no profundizó en nada sobre él, siempre se las ingenia para desviar la conversación en cosas mías. Hasta que un comentario suyo me hizo pensar. Sabe que le oculto algo. Que en mi interior guardo un episodio de mi vida que no me gusta compartir. El episodio que me convirtió en la chica que soy ahora. Y aunque siento confianza con él, no pretendo explicárselo. Es demasiado personal y solo Tanya y mi familia conocen parte de esa historia, pero solo la primera ayudó a que resurgiera de mis cenizas.

Llego al gimnasio y lo guardo todo en la taquilla menos mi móvil y los auriculares. Pongo Spotify y me subo a la bicicleta estática a ritmo de Fall Out Boy. Sus canciones son animadas y hacen que aumente el ritmo en mis entrenamientos. Hoy no voy a entrar a Zumba, quiero dedicarlo a hacer *cardio* para después centrarme en hacer algo de pesas. No utilizo mucho peso, simplemente el justo para fortalecer mi espalda y no tener dolores tras las sesiones de fotos en las que tomo malas posturas.

Cuando me pongo con las pesas, aprovecho para marcarme un posturo en toda regla. Abro la aplicación de Instagram en mi móvil, me hago una foto sonriente con la mancuerna en una mano y, tras darle varios filtros y retoques que la embellecen, la publico con el típico mensaje motivador y mil millones de *hashtags* del tipo #sexycurvygirl, #lasfatgirlstambiénavamosalgym y tonterías varias.

Soy lo peor. Igual de besugo que el resto de la humanidad.

—¿Demostrando lo fuerte que eres a tus seguidores? —Levanto la vista

del teléfono y veo a mis espaldas cómo Patrick observa lo que escribo en la publicación.

Hashtag #soypatética.

—Por supuesto, no hay nada más español que hacerse fotos en el gimnasio para demostrar lo fuerte que se es —contesto con una sonrisa burlona, aunque en el fondo estoy un poco avergonzada.

Tener Instagram conlleva una responsabilidad. Hay que dar de qué hablar a los seguidores. Al igual que en Twitter, Facebook...

Vale, soy adicta a las redes sociales. No me matéis.

—Con una mancuerna de dos kilos no aparentas fortaleza, pero la foto ha quedado bien. —Pone una pose chulesca y se coloca en la banqueta de al lado con dos mancuernas que deben pesar unos diez kilos cada una.

Intento no fijarme en el movimiento de sus brazos mientras hace su rutina, pero es imposible. He visto sus brazos trabajar en mi cuerpo y una corriente eléctrica me recorre por entero al recordarlo.

—No te estás ejercitando.

—Por supuesto que sí. Ejercito mis ojos mientras tú te esfuerzas por marcar bíceps. Mi cuerpo todavía se está recuperando —le contesto de forma descarada.

—Pues el culpable debe ser muy bueno.

—No te creas. Casi no logra aguantar mi ritmo.

Muevo la pesa para ejercitar mi brazo y noto su mirada puesta en mí. Durante unos minutos, nos mantenemos en silencio, hasta que él lo rompe con algo que me deja boquiabierta.

—Pues deberías darle otra oportunidad para demostrar todo lo que puede hacer.

¿En serio me está insinuando lo que creo que insinúa?

¡Mátame, camión!

—No sé yo. No soy de fácil acceso —continúo con su juego—. No sé si estoy tan desesperada para repetir.

—Solo piénsalo.

Se levanta y se coloca en una máquina que tengo enfrente. El gimnasio está vacío y aprovecha para quitarse la sudorosa camiseta. Ejercita los pectorales con su mirada puesta en mí y me rindo a no hacer nada. Solo observo.

Me encantaría tener en mis manos la cámara y fotografiarle mientras se ejercita. No obstante, solo puedo babear como una colegiala salida que quiere ir a por él y tumbarlo en el suelo para hacerle travesuras.

—Eres malvado, Patrick. Mucho.

—¿Yo, por qué? —pregunta, fingiendo sorpresa. Lo sabe a la perfección.

—Tengo el cerebro suficiente como para saber que juegas sucio. Tu cuerpo atrae a todo ser viviente y, obviamente, sabes que a mí también.

—¿Te atraigo? —me pregunta sin desviarse de sus ejercicios. Admiro que sea capaz de mantener la conversación. Yo estoy quemando calorías solo con el calor que él me provoca.

—Sería lesbiana si no lo hicieras. La pregunta es: ¿por qué juegas así conmigo?

—¿Crees que juego? —Esta vez sí que parece sorprendido con mi pregunta.

—Responde una cosa: ¿soy de la clase de chicas con las que te enrollas habitualmente?

—Sinceramente, no —responde.

—Ahí tienes tu respuesta.

—Beth... —comienza y deja la pesa a un lado antes de continuar—. No estoy jugando contigo. Quería hacer lo que hice y creo que tienes la suficiente cabeza como para creerlo. —Ha parado de hacer ejercicio y me mira de forma intensa. Sus ojos grisáceos se hacen más pequeños cuando frunce el ceño y se le forman unos hoyuelos seductores en las mejillas, iguales que cuando sonrío.

Aun así, su respuesta no me convence. Recuerdo nuestro primer encuentro y la burla en su mirada.

Es por esa suposición —que yo misma me he inventado sin tener datos a contrastar— que no soy capaz de confiar en todas sus palabras. Por otro lado, tampoco debería preocuparme. Si no me equivoco, ambos buscamos lo mismo: diversión.

—Sí, te creo —admito.

Nuestra conversación se ve interrumpida por la misma chica de la otra vez. Soy consciente del tonteo que se traen entre manos y decido que es la hora de marcharme. No me apetece ver cómo *ligotea* con alguien que le pega más que yo.

Y, la verdad, no tengo ni puñetera idea de por qué.

Debo dejar de tirarme a tíos que deberían estar fuera de mis posibilidades, pero hay algo de mí que los atrae. No quiero decir que todos con los que he estado sean tíos con cuerpos bien contorneados, también he estado con alguno que es del mismo montón que yo: el más común.

Eso nunca me ha traído nada bueno. Mi ex era atractivo y aquella relación solo consiguió traerme desgracias. Y, lo peor, le caía bien a toda mi familia y, al dejarlo, me hicieron sentir culpable.

Beth siempre es la mala.

En el vestuario me doy una larga ducha relajante y al salir escucho cómo

suena mi teléfono móvil. Javi, al parecer, se ha enterado de lo que ocurrió con Patrick y parece divertido con ello.

—A mí no me hace gracia. ¿Por qué le dijiste dónde vivía?

—Beth, no te pongas así. Al menos lo pasasteis bien —se burla.

—Eres imbécil y él también por contártelo. Los hombres dais asco. No sé por qué te tengo tanta confianza.

—Porque me quieres. Además, estoy seguro de que tú también se lo has contado a Tanya, así que tenemos un empate técnico.

Touché.

Tiene razón en que le quiero, pero solo como amigo, y acabo de encontrar la razón por la que corté mi royo sexual con él. Ninguno quería estropearlo con sentimientos de por medio. Fue lo mejor, quedábamos para desahogarnos y dejó de tener sentido cuando nos percatamos de que queríamos una simple amistad.

Lo que no logro entender es por qué me ha puesto a Patrick en bandeja.

—Espero que no me estéis haciendo el lío. No me apetece acabar mal contigo —le advierto.

—Por mi parte, no debes preocuparte. Además, ¿es que acaso te interesa Patrick para algo más?

—Por supuesto que no —respondo más alto de lo normal—. No busco ninguna relación. Pero tampoco quiero ser utilizada como una prostituta.

—Eres una bestia —se ríe.

—No, solo soy realista y sé lo que es y no para mí. Y Patrick entra en el no.

—¿Por qué?

—Porque no encajo con él y sé que no soy su prototipo de mujer.

Y ese pensamiento consigue que me posea cierta tristeza.

Capítulo 16

Llevo todo el día encerrada en casa. Continúo con la edición de las fotos de las modelos y debo ceñirme a lo que pide el diseñador. Quiere que las chicas se vean lo más esbeltas posible y, la verdad, algunos de los atuendos consiguen todo lo contrario; es ahí cuando entro yo con mi magia y el maravilloso Photoshop.

Si hay algo en el mundo que no logro comprender, es la ropa de diseño. La mayoría de vestimenta es tan hortera que quien tenga valor para ponerse eso, yo misma le doy el premio al valiente del año. Algunos tienen un pase, pero otros son feos de cojones y dudo que alguien con dos dedos de frente pague por una cosa que no le queda bien ni a un maniquí de proporciones imaginarias.

Perdonad mi vocabulario, mas no me sale la delicadeza por ninguna parte cuando de moda se trata. Yo tengo mi propio estilo. Ir a la moda no es algo que me guste, prefiero elegir bajo mi propio criterio, a pesar de que sea un estilo anticuado para muchos.

Además, no es fácil encontrar ropa de mis tallas —lo digo en plural porque cada día es una diferente—, es difícil acertar. Cuando llegas a la 44-46-48, es misión imposible encontrar ropa en tiendas de delgadas —véase todas las de Inditex—, y en las de tallas grandes, esas mismas tallas o son muy grandes o parece que seas una cincuentona amargada. Y no me apetece nada esconder mis curvas bajo un vestido que te tapa hasta las pantorrillas, de pana y cuello vuelto. Mi misión es enseñar lo que tengo.

Es el drama de mi vida.

Y, por eso, aunque es más cara, compro mi ropa online, en tiendas góticas y punk, con un montón de vestidos variados de estilo *burlesque*. Son mi pasión.

Y Primark. No me olvido de él. Ese lugar es el paraíso para todas las

tallas. Barato, bonito, pero de mala calidad.

Algún pero debía tener.

Pasan las horas y me acuerdo de comer a las cinco de la tarde. Mi nevera está vacía, así que pido una pizza y continúo con el trabajo hasta que llega. Huele de vicio. Me tomo un descanso, como la pizza con una cerveza y veo unos cuantos capítulos de *The Big Bang Theory* para relajar la mente. Los ojos me duelen de tanto fijar la vista en el ordenador, pero prefiero terminar antes de la fecha para pasarme la semana que viene rascándome la barriga.

Bueno, y algún día saldré a comprar, porque mi nevera da miedo de lo vacía que está. Mi vida no es muy ajetreada, aunque para algunas cosas soy vaga.

Odio con todo mi ser ir al supermercado. Señoras chillonas, cajeras que tienen que soportar al maleducado de turno... Si grabaran un *reality show* dentro de un Carrefour, daría para un programa de éxito. ¡La de cosas que se ven! Como las típicas abuelitas que van cojeando, pero cuando una cajera dice: «pasen por aquí por orden de cola», la muleta desaparece y corren cual Fernando Alonso en la pista.

Una hora después, vuelvo al trabajo. Hace un buen rato que el sol ha desaparecido. El verano acaba de entrar y ya se nota. Se escucha el jaleo del que seré consciente durante los próximos meses. La Gran Vía tiene restaurantes y siempre se llenan en esta época, además de que los extranjeros se pasean borrachos todos los días de la semana. No me molestan. Cuando estoy trabajando ese sonido del exterior me recuerda que hay vida más allá de mi casa. Me gusta mucho la tranquilidad, pero cuando estoy hasta arriba de proyectos, mi vida social suele reducirse y solo me queda el sonido del mundo real, al que, a veces, parece que no pertenezco.

Menos mal que el fin de semana ha llegado y para mí es sagrado. Además, mañana sábado vamos a montar una pequeña fiesta de pijamas todo el grupo. Como cuando éramos adolescentes. Clara, Tanya, Sheila y yo.

Puede que la cosa se desmadre.

El timbre suena y guardo los archivos antes de levantarme para abrir. Ni siquiera sé qué hora es, y si fuera Tanya, ya habría entrado.

Me miro en el espejo antes de abrir y estoy poco decente, despeinada y con una camiseta vieja y unos shorts. Tengo un presentimiento de quién está al otro lado, y si mi corazonada es acertada, vuelvo a estar poco presentable para la ocasión.

—Hola —saluda Patrick tan presentable como siempre, vestido con unos tejanos piratas y una camisa de manga corta a cuadros.

Me mira de arriba abajo y tiene una sonrisa torcida en su rostro que lo convierte en sexy elevado al infinito.

—Vas a tener que darme tu teléfono. No puedes presentarte sin llamar. — Me cruzo de brazos, pero la camiseta que llevo no tiene escote, así que no consigo el efecto deseado.

—Entonces, no sería sorpresa. ¿Has cenado?

—La verdad es que no —contesto. En realidad, he comido a la hora de la merienda, sin embargo, no voy a desechar la oportunidad de un festín—. ¿Qué hora es?

—Las diez. Vístete, nos vamos.

—¿Y qué te hace pensar que voy a aceptar? —le digo altiva. Intento ocultar la sorpresa que provoca su proposición, pero creo que no lo he conseguido.

—Porque ya me has dejado entrar, has cerrado la puerta y vas de camino a tu habitación.

Joder. Tiene razón.

—Vale. Espera aquí, quietecito.

Asiente y cierro la puerta.

¿Estoy a punto de tener una cita con Patrick?

Abro el armario con más emoción de la que debería y lo miro con la esperanza de que me dé la pista de qué ponerme. No me entiendo a mí misma. Quiero estar presentable para él. Pero si se ha acostado conmigo cuando solo iba con un pijama infantil, cualquiera cosa que me ponga batirá mi récord de elegancia.

Me decanto por un vestido con el que no necesito llevar sostén. Tiene aros en las copas y a partir de la cintura cae la falda hasta las rodillas. Es de color morado con estampado de calaveras en negro. Rápidamente, voy al baño y saco mi arsenal de maquillaje. Me decido por algo más bien natural, eso sí, sin faltar mi superdelineado y un labial de color rojo. Y por si hay beso, escojo uno fijo que aguanta todo lo que le echas. Con el pelo no tengo que hacer demasiado. Lo suelto y cae de forma natural con los bucles que se han formado con el moño que llevaba segundos antes.

Ya estoy lista y presentable. Y todo en menos de un cuarto de hora. Para que luego digan que las mujeres tardamos toda una vida en arreglarnos.

—¡Qué rapidez! —se sorprende y me mira con aprobación. Su mirada se pierde durante unos segundos en mi escote y luego en mi cara.

—La que nace habilidosa, tiene maña para todo —le guiño un ojo y bajamos juntos las escaleras.

No me he puesto tacón alto, a pesar de que Patrick me saca media cabeza, porque prefiero la comodidad de mis botines de tacón bajo. Salimos a la calle y me lleva hasta un precioso SEAT Bocanegra azul eléctrico aparcado en la zona azul.

—Me gusta mucho tu coche.

—Gracias.

Sonríe y lo imagino orgulloso. Los coches suelen ser el amor de la vida de muchos hombres.

Mientras conduce, no puedo evitar preguntarle adónde nos dirigimos. Tengo mucha curiosidad.

—A un italiano que está entre el barrio de Chamberí y Tetuán, dicen que se cena muy bien y los dueños son italianos.

—Perfecto. Adoro la comida italiana. Creo que en otra vida nací allí. Eso explicaría mi obsesión por la pizza y la salsa carbonara.

—Pues, entonces, he acertado de pleno —sonríe.

Llegamos y el lugar está medio vacío. Es un sitio muy acogedor. Nos recibe un camarero hasta llevarnos a la mesa. Todo el local tiene un toque rústico a la italiana, con mesas redondas de madera cubiertas con manteles rojos. Pedimos nuestros platos y disfrutamos de una velada distendida entre charlas sobre nuestras vidas.

Me cuenta más cosas sobre su familia. Su padre es contable, su madre trabaja de modista y, desde que era pequeño, lo mimaron mucho al ser hijo único. Habla sobre su infancia y no puedo evitar sonreír al imaginarlo. Se describe como un niño travieso que pasaba más horas castigado que prestando atención a las clases. Solo disfrutaba en las de tecnología, donde nació su afición por la informática que es la que hizo que se decantara por esa clase de estudios, para, después, formarse en programación como añadido a su pasión a los videojuegos.

—Yo no sé qué es eso de que te mimen —musito—. Obviamente, recibí mucho cariño, fui la primera de tres hermanos, pero la rarita.

—¿Rarita en qué sentido?

—Desde pequeña soy una enamorada de la vida. Me emocionaba incluso al ver una mariposa aletear y gastaba todos los carretes de fotos en minucias. Y, cómo no, me llevaba la bronca. Un año estábamos de vacaciones y cuando revelaron las fotos, había solo unas cinco de nosotros, el resto eran plantas, paisajes y todas las había hecho yo —sonríe al recordarlo. El idiota de Sergio acababa de nacer y mi madre solo quería hacerle fotos a él. Yo era una traviesa niña de ocho años que ya apuntaba maneras como oveja negra de la

familia. Comparada con Lidia, que tenía tres, yo era la más revoltosa—. Mi madre quiso quitarme la idea de las fotos de la cabeza porque desde esa edad ya sabía lo que quería.

—Normalmente, las niñas de esa edad quieren ser actrices o cantantes —musita él.

—Es cierto. Tanya quería serlo, pero, como he dicho, yo era la rara. Además, no se me da bien actuar y escucharme cantar podría considerarse tortura china.

Su risa resuena en mis oídos y no puedo evitar acompañarle.

Es verdad. Canto muy mal. No solo un poco, es mucho.

—Pues yo quería ser futbolista.

—Típico —me río y asiente divertido.

Me gusta ver esa parte de su personalidad. Una en la que parece libre de ataduras, más sincera que la pose chulesca que normalmente lleva puesta.

Y me gusta.

Demasiado.

—Pero me quedé en informático.

—Y modelo —le recuerdo. En el fondo sé que le enorgullece poder enseñar su cuerpo en sesiones. Yo también lo estaría si fuera hombre y tuviera su cuerpo, para qué mentir.

—Y ahora pasemos a temas más personales —comienza, pero llega la camarera con el postre. Una crep rellena de helado de vainilla con sirope de chocolate por encima.

—Miedo me das.

—¿Has tenido alguna relación seria? —pregunta.

Sabía que lo iba a hacer. Llamadlo instinto femenino, pero conocerse significa nombrar esa parte en algún momento de la velada.

—Solo dos. La primera, fue en el instituto; la segunda, terminó hace unos años —comento sin entrar en detalles—. ¿Y tú?

—No. Nunca he tenido una relación seria —confiesa.

Por un lado, me sorprende, pero otra parte de mí lo ve lógico.

—Eres de los que va de flor en flor.

—Exacto.

—Haces bien. Las relaciones no traen más que disgustos. Disney nos engañó con sus finales felices —digo con cierto toque de amargura y como un pedazo de crep con intención de que no indague, pero, por supuesto, lo hace y pregunta qué pasó.

—No me apetece hablar de ello, solo voy a responderte con que era un gilipollas. Y no lo intentes, no voy a contarte lo ocurrido.

Sé que quiere seguir con el tema y no es agradable para mí. Todo forma parte de esa etapa nefasta que me persigue todos los días.

Nos envuelve el silencio durante un rato y, finalmente, pide la cuenta. Cuando estoy a punto de sacar la tarjeta me lo impide y saca la suya junto a su DNI. Al hacerlo, mi vista se para en su nombre.

—¡Lo sabía, te llamas Patricio! —le señalo con una tremenda carcajada.

—Me llamo Patrick a pesar de lo que diga mi Documento Nacional de Identidad.

—Para nada. Legalmente, eres Patricio y usaré esa información en tu contra siempre que me plazca.

—¡Malvada!

Me levanto con una sonrisa complacida y vamos de camino a su coche. Ha llegado la hora de marcharse, volver a la realidad después de una noche muy bonita. Lo cierto es que no quiero que termine aquí.

—Para ahí —le indico un sitio libre y obedece.

—Pensaba que la cita acababa aquí.

—No. Has venido en busca de algo y tienes un reto que superar. Así funciona esto, ¿no? Estamos para divertirnos —le guiño un ojo, seductora, y sonrío mientras niega con la cabeza.

No quiero que se marche tan deprisa. Por raro que parezca, necesito pasar un rato más con él, y la cama es el lugar perfecto.

—Beth, eres la mujer más rara que he conocido nunca.

—Rara no, simplemente aprovecho la oportunidad de repetir, y te aseguro que no soy de las que lo hacen. Reconoce que lo pasaste bien.

—Sí —admite—, pero no quiero que pienses cosas raras —comenta con cierto temor. Suelto una risa sarcástica.

—Si crees que busco una relación seria, lo llevas claro. Quiero sexo, punto y final. Y pocas veces aparece alguien con tu cuerpo para darme lo que pido.

—¿Quién es la superficial ahora?

—Todos tenemos cierto grado de superficialidad en nuestro interior. Solo que unos lo utilizan como arma y el resto como un placer de la vida. Y yo soy del segundo bando.

—Definitivamente, me gusta tu proposición.

Capítulo 17

Ha sido otra de esas noches para no olvidar. Me duelen hasta las pestañas, pero no cambio este placer por nada del mundo.

Un día más, ambos hemos demostrado el aguante que soportan nuestros cuerpos. Obviamente, un hombre, cuando eyacula, necesita una pausa para reponerse, pero con ello no quiere decir que hayamos parado a descansar entre polvo y polvo. Al contrario, se recupera mientras me complace a mí durante una media hora con todas las tácticas que guarda en el tintero y, joder..., ¡se lo monta muy bien!

Patrick está dormido a mi lado y me levanto en silencio a preparar algo de desayuno. Normalmente, no lo hago con los *rolletes*, suelo echarlos antes de tener que hacer algo por ellos; no obstante, estoy hambrienta y no parece tener pinta de levantarse de forma inmediata. Voy a ser cortés por una vez en mi vida.

Solo espero que esto no se convierta en costumbre. El mundo de la servidumbre no es para mí.

Busco entre los pocos enseres que guardo en la cocina y encuentro un paquete de rebanadas de pan. Caduca justo hoy, así que tendrá el mejor final que un pedazo de pan puede tener, ser comido por los labios del hombre que me ha comido a mí entera durante toda la noche.

¡Oh, Dios! Me doy asco a mí misma. ¿De dónde saco tanta tontería?

«De mi locura».

«Gracias, Beth, por darme la respuesta».

Pensaréis que se me va un poco la cabeza, y tenéis razón. Tengo conversaciones conmigo misma constantemente, incluso peleas. A veces, solo me falta darme un guantazo para quitarme ciertas tonterías, como la idea

de que me dé cierta ilusión que Patrick esté aquí, en mi casa.

No debo olvidar para qué ha venido. Y aunque muchas penséis que es como ser una prostituta, os diré que no. Soy mujer, adulta, libre y con la suficiente cabeza y autoestima como para hacer con mi cuerpo lo que se me antoje.

Simple y llanamente.

—¡Buenos días!

Aparece en la cocina tan solo con los *bóxers* y se estira mientras suelta un bostezo. La tostada que estaba untando ha caído desde mis manos hasta el suelo, y sé que sois capaces de adivinar qué cara es la que se ha estampado.

Correcto. La de la mantequilla.

—Joder, has hecho que manche el suelo. Pues ahora te quedas sin tostada —murmuro y coloco los brazos en jarras.

—No es una tostada lo que quiero.

Se acerca cauteloso hasta a mí y coloca sus manos en mis caderas para acercarme a él. Sus labios entran en contacto con los míos y me pierdo una vez más en las sensaciones que sus besos provocan. Despiertan todos mis sentidos. Hace un segundo, mi único propósito era tomarme un buen desayuno que llenara mi estómago y ahora esa no es mi prioridad.

Lo único que me apetece devorar es a Patrick.

—Te estás volviendo adicto a mí —le digo con recochineo.

—¿Tú crees? —Asiento—. Puede ser... Besas de miedo.

—Mi lengua hace maravillas.

—No hace falta que lo jures —contesta y percibo un intenso brillo en sus ojos.

Vuelve a besarme y me rindo por completo a sus caricias. Me subo a la encimera con cuidado de no darme un cabezazo con los muebles y rodeo sus caderas con las piernas.

Está erecto. La fina tela del *bóxer* no es impedimento para que lo note y me siento en la necesidad de desnudarlo ahí mismo y pedirle que me empotre contra la pared.

Así, a lo bestia. Sin miramiento alguno.

—¡Mierda, Tanya!

El sonido de la llave hace que me separe de inmediato. No nos da tiempo a adecentarnos, él continúa semidesnudo y yo llevo media teta fuera del pijama. El de hoy lleva un unicornio como estampado. Y pone: ¡*Wiiiiii!*

—¡Buenos días, dormilona! —saluda con una sonrisa que para en seco al ver a Patrick. Al ser cocina americana, se ve desde el salón, y entre la erección y su pecho desnudo, mi amiga tiene cara de ponerse a babear en cero coma—. Lo siento, lo siento. Joder, qué bueno está... —oigo que susurra.

—Cariño mío de mi alma, te voy a quitar la llave de mi casa. —Me acerco a ella y le doy un pellizco que le hace soltar un quejido—. Eso te pasa por oportuna.

—Joder, Beth, y yo que sé. Llevabas tiempo sin vida sexual y pocas veces ocurre en tu casa. Encima que vengo a maravillarte con mi dulce compañía. Pero veo que no me necesitas —le guiña un ojo a Patrick y veo que este sonrío. Yo no sé dónde meterme, si en la nevera, el armario o hacer un agujero en el suelo para caer justo en su piso y destrozarlo—. Cuando esté disponible la señora marquesa, volveré para planear las maldades de esta noche.

Se marcha de la misma forma que ha venido y me giro para mirar a Patrick que ríe en silencio.

—¿Maldades? —pregunta con verdadera curiosidad.

—Esta noche tenemos una fiesta de pijamas. Cuatro mujeres en esta lata de sardinas, música de fondo, cotilleos y alcohol, mucho alcohol —contesto y eso me hace recordar que debo salir al supermercado para arrasar con la bebida.

Las pocas veces que voy, es para comprar justo eso. Creo que deben pensar que soy alcohólica.

—Miedo me daría estar aquí.

—Es para tenerlo. Somos malas pécoras —contesto con una sonrisa.

—Venga, preparemos el desayuno, que estoy hambriento.

—Está bien, pero no te acostumbres. Que te veo muy a gusto.

Nos sentamos en la mesa del comedor con nuestras tostadas y un café cargado para activar nuestra mente. Hemos dormido pocas horas y la única forma que tengo para mantenerme cuerda durante el resto del día es mi adorado café. Soy un poco adicta.

—Antes de nada, me gustaría aclarar los términos de estos encuentros fortuitos —murmura con un intento de porte serio. La sonrisa que quiere esconder indica justo lo contrario.

—¿Guardas un contrato en el bolsillo de tus calzoncillos, Christian Grey?
—me burlo.

—No, pero quiero estar convencido de que ambos buscamos lo mismo.

—No hace falta aclarar nada. Como se dice ahora, solo somos *follamigos*. Nada de sentimientos, ni relaciones, ni cuentos de princesas. Lo tengo claro —digo con gesto indiferente y le doy un mordisco a mi tostada.

—Bien. Me has ahorrado tener que decirlo.

—Eso sí, yo también quiero aclarar ciertas cosas.

—Te escucho.

—Supongo que esto quiere decir que cada uno continúa con su vida y puede salir con quien quiera sin que el otro pueda decir nada. —Asiente—. Vale, me parece correcto. Pero como mujer trabajadora con muchos proyectos por delante, mi disponibilidad para maratones sexuales será solo viernes y fines de semana, a excepción de aquellos en los que, por alguna razón que no te podré notificar porque no quieres darme tu teléfono, tenga cosas que hacer.

—Me parece bien —asiente—. Otro punto, el lugar de reunión será aquí, en tu casa. Yo vivo con otros dos tíos, así que aquí tendremos la intimidad que necesitamos.

—Si con intimidad te refieres a que Tanya siempre aparezca, lo acepto. Prefiero echar a patadas a mi amiga, a tener que cortar mis gemidos por no molestar a tus compañeros.

Sonríe brevemente y da un sorbo a su café.

—Entonces queda todo claro.

—Sí. Completamente.

Tras la charla, se viste y se despide con un beso en mi mejilla, como haría cualquier otro amigo.

No puedo decir que esté orgullosa de lo que acaba de pasar. Me parece un trato algo frío en el que ambos vamos a salir ganando. Sin embargo, siento que es como guardar un secreto. Algo que se me da muy mal.

No puedo negar que Patrick me atrae y yo a él. Y a pesar de que ha dejado claros los términos de nuestra «no relación», una pequeña parte de mi cerebro está pensando en qué pasaría si de verdad fuera algo serio.

—Obviamente, saldría mal, Beth. No lo pienses ni un solo segundo. Para él solo eres un trozo de carne y tú debes pensar igual sobre él.



La noche llega y con ella mi casa se convierte en el alojamiento oficial de las cotorras. Clara me da un fuerte abrazo al verme y se disculpa por no haber aparecido en la exposición, hace varios meses que no coincidimos.

—No pasa nada. Estuviste en mi corazón.

—Oh, qué poética —se burla Tanya desde el sofá.

Clara deja sus cosas en mi habitación y se reúne con nosotras. Tiene cierto parecido a Tanya. Ambas comparten cuerpo y el color rubio de su pelo. Lo que las diferencia es el color de ojos, ya que Clara los tiene marrón oscuro y también es bastante más bajita que mi mejor amiga.

—¿Y Sheila?

—Dice que ya llega. Que no hay aparcamiento. Y desde ya te advierto, Beth, que os comportéis.

—Eh, que yo no soy la que la lía borracha. Bueno, sí. Pero todo irá bien mientras ella se comporte. No debe olvidar que está en mi casa y aquí mando yo —le recuerdo en un tono que no admite réplicas.

—Veo que estas dos siguen igual —añade Clara. Hace tanto que no coincidimos todas que se ha perdido gran parte de las disputas que he tenido con Sheila.

Son divertidas para todos, menos para nosotras. En realidad, nadie cree que seamos amigas. A pesar de las disputas, ambas estamos para lo bueno y para lo malo.

—Ni te lo imaginas. Beth tiene tela, pero Sheila se cree una diva desde que se codea con la *jet set* —añade Tanya.

—No pierde la ocasión para intentar ridiculizarme y hacerme sentir mal por ser como soy —añado.

—Cariño, tú eres perfecta dentro de tu imperfección, así que a palabras necias...

—Me lo paso por el coño —termino su frase y las tres reímos.

Cuando Sheila llega vestida como para salir de fiesta por Dubái, pedimos la cena desde una aplicación del móvil y charlamos de todo un poco —más bien cotilleamos como marujas—, y bebemos parte del arsenal de alcohol que hemos comprando entre todas. Los del supermercado han flipado conmigo.

—¡Ay, Dios! ¡Ya no sé beber! —dice Clara.

Llevamos varias horas de copa en copa y tiro porque me toca y ella se ha bebido parte del tequila.

—Tranquila, yo te enseño otra vez.

Sin parar ni un solo momento de beber, nos ha dado tiempo a ponernos al día de nuestras vidas. Clara trabaja duro, es azafata de vuelo y apenas tiene días libres. Recorre el mundo sin salir de los aeropuertos y pocas veces es capaz de disfrutar de la libertad. Es una mujer inteligente, fuerte y a la que cada vez tienen más en consideración. Sheila habla de moda como una cotorra, pero hemos dejado de entenderla por culpa de la borrachera que lleva y la mezcla entre inglés y español de la jerga de su sector.

—Ser *cool* es muy duro, chicas. Cada día hay tendencias nuevas y es un horror tener que estar pendiente a diario de cómo combinar las cosas para que no te miren mal en el trabajo —continúa su perorata sobre sus compañeras de trabajo—. Las adoro, pero son tan exigentes que la presión me consume.

—O sea, tía, qué fuerte —me burlo y comienzo a reír de forma descontrolada.

Creo que yo también me he pasado con la bebida.

—No te burles. Es muy duro. Para ser redactora en una revista de moda, debes ser *chic*.

—*Chic*, para ti, *chic* para mí, *chic, chic, chic*. ¿Me haces una rebajita? ¡Claro que sí, *guapi*! —canturreo la canción del famoso anuncio y todas, menos Sheila, comenzamos a reír a carcajadas.

Tengo Spotify puesto en el televisor y para impedir a Sheila que suelte un reproche, subo el volumen y *Shaped Of you* de Ed Sheeran nos hace bailar como locas.

Este pelirrojo me tiene loca. Su voz es pura inspiración.

Cojo mi supercámara y comienzo a tirar fotos a destajo mientras mis amigas bailan. Nos hacemos *selfies* con mucha dificultad por el peso de la réflex y rezo porque alguna de ellas salga decente. Parece que tengo Parkinson, y entre la risa y el bailoteo, tengo la certeza de que las imágenes serán fantasmagóricas.

—Espera, espera, este es mi perfil bueno —dice Sheila y nos hace cambiar de posición solo para estar ella a gusto.

—¿Y qué más da? Van a salir fotos para reír. Esto no es una sesión —añado y abro los ojos.

—Pero eres tan zorra que las colgarás en tu Facebook. —De eso que no le quepa la menor duda—. Así que prefiero salir decente. Para salir mal ya estás tú.

—Imbécil —respondo con una sonrisa.

Salir bien no es algo que me importe. La mayoría de las fotografías de mi perfil personal de Facebook son en las que salgo peor. De vez en cuando —mucho—, me gusta hacerme fotos a mí misma haciendo la payasa.

Snapchat ha hecho mucho daño a la humanidad.

Cuando paramos con la cámara, nos sentamos de nuevo en el suelo y comenzamos un juego de beber —por si acaso no hemos bebido suficiente—, y se trata de responder preguntas incómodas. Sheila saca un lado que nos oculta y confiesa que lleva dos meses con un chico.

—¡Mala amiga! Eso se cuenta —dice Clara—. Una cosa es que no nos veamos, pero para algo tenemos un grupo de WhatsApp llamado VIPS.

—Sí, cabe recordar que no es por el restaurante. —Clara suelta una

carcajada y Sheila continúa con su historia.

Resulta que es uno de los reporteros de su trabajo. Lo define como guapo, atractivo y todas la creemos cuando nos enseña una foto. Está bastante bien, sin embargo, de forma inconsciente lo comparo con Patrick y me digo a mí misma que el modelo informático al que me beneficio está mucho mejor.

Todo esto, bajo mi propia percepción. Que ya se sabe, la belleza es distinta en cada ojo. Es algo subjetivo.

—Beth también tiene un ligue —añade Tanya, y giro la cabeza cual niña del exorcista y la miro con los labios apretados. No es algo de lo que me apetezca hablar.

Bueno, en el fondo sí.

—¿De verdad? ¡Jopetas, no me contáis nada! —Clara hace un puchero y se cruza de brazos. Parece una niña pequeña.

—No tiene importancia. Es un *follamigo*. Nada más —explico.

—Pues para que tú repitas, tiene que levantarte cierto interés —añade Sheila. Conoce mi fama a la hora de escoger hombres. Todavía se sorprende cada vez que digo que he ligado.

Soy gorda, no un ogro.

—¿Y cómo se llama? —pregunta Clara.

—Patricio.

—Vaya, con ese nombre, ya me lo estoy imaginando —ríe Sheila.

Una vez más, soy su objeto de burla y su borrachera le da vía libre para soltar cosas que sabe que me ofenden. Siempre alega no darse cuenta, pero yo sí, y son puñaladas a mi amor propio.

—Se llama Patrick —me rectifica Tanya— y está buenísimo.

—Y una mierda. No me lo creo —añade.

—Ya verás.

Veo a Tanya levantarse e ir directa a mi despacho. Sin mi permiso, enciende el Mac, pone la contraseña —que la cabrona se la sabe— y abre varias carpetas sin dar con la indicada.

—Está en esa —le indico sin ganas. De reojo, y bastante malhumorada, miro a Sheila.

—Es este.

Tanya ha escogido la que sale en ropa interior. Tonta no es y veo cómo, tanto Clara como Sheila, se quedan sorprendidas.

—Joder. ¡Madre mía! —exclama Clara con la emoción grabada en su rostro. Tiene una personalidad muy parecida a la de Tanya, así que ahora mismo soy su ídolo.

Soy lo más.

En cambio, Sheila no dice nada hasta pasados unos segundos.

—No me lo creo.

—¿Y se puede saber por qué? —pregunto de brazos cruzados y con el ceño fruncido.

—Ese tío es un modelo al que tú le has hecho la foto. Es demasiado para ti.

—Tienes razón, es modelo y yo he sido la fotógrafa. Pero, bonita, me lo he tirado aunque te joda —contesto más borde de lo normal.

El silencio se ha hecho en la sala. Parece que incluso Ed Sheeran haya dejado de cantar en el salón. Tanya y Clara se miran con los ojos muy abiertos y luego desvían su mirada hasta mí. Me marcho porque saben a la perfección que si no lo hago, nuestra noche de chicas va a convertirse en una

pelea de panteras. Sin embargo, Sheila parece buscarla.

—Es imposible que te hayas ligado a un tío así.

—¿Por qué? ¿Porque no tengo tu cuerpo de Barbie? —pregunto con rabia —. Pues siento decepcionarte, palo escoba, pero me lo he tirado. Y, aunque no me gusta darme méritos, es así. Así que deja tus prejuicios fuera de mi puta casa porque el cuerpo no lo es todo en esta mierda de vida.

—Vamos a mi casa Sheila, será lo mejor —añade Tanya antes de decir algo de lo que luego nos arrepintamos.

Ha visto mi enfado y tras las últimas palabras no hay nada que lo arregle. Se me ha pasado la borrachera y las ganas de diversión.

—Lo siento, Clara, pero será mejor que te vayas con ella. Necesito estar sola.

Me da un abrazo y obedece.

Apago el televisor y me escondo en mi habitación. No quiero que nadie presencie cómo las lágrimas se escapan de mis ojos de forma inevitable.

Capítulo 18

No tengo ni idea de a qué hora se torció la fiesta, lo que sé es que ya son las diez de la mañana y apenas he dormido. Lo que dijo Sheila trajo a mi memoria recuerdos muy dolorosos de mi ex y de mi familia. Sus palabras se hundieron en una herida que creía cicatrizada, aunque al parecer todavía tiene opción de abrirse. Y la que considero mi amiga, casi lo consigue.

Tras ir al baño y darme una ducha que me despierte, voy a la cocina a prepararme un café. Lo último que me metí en el cuerpo fue un montón de alcohol y noto sus efectos en mi cabeza. Tengo resaca, pero no es tan mala como otras veces. Me tomo un ibuprofeno para el dolor de cabeza y le doy un largo sorbo a la taza.

El timbre suena y voy a abrir. Al otro lado de la puerta está Sheila, no tiene mejor cara que yo.

—¿Puedo entrar? —Asiento con la cabeza y preparo otro café para ella. Discutimos cada vez que nos vemos, pero lo de ayer fue un golpe bajo que no me esperaba por su parte.

Nos sentamos en mi pequeño sofá y espero hasta que alce la vista y me diga qué ha venido a decir. Tengo ganas de escuchar su razón.

—Lo siento, Beth. Anoche fui cruel.

—Mucho —asiento conforme con ella—. Distes en la llaga y la abriste. Por un momento, me sentí como cuando estaba con Jorge, juzgada por todos, juzgada por no pensar de la misma forma que el resto.

—Lo sé y lo siento. Sé que a veces me paso contigo sin tener motivos para ello.

—Lo haces, y yo contigo —reconozco. Ambas tenemos parte de culpa en el distanciamiento que nos ha envuelto durante los últimos años.

—Sí. Las dos tenemos la culpa, pero sé que yo más. Tú simplemente te metes conmigo por mi actitud. Estuve a tu lado cuando pasó lo de Jorge. Eras toda una mujer que se vio reducida a la nada por culpa de un hombre y los comentarios de tu familia, y yo, por imbécil, intento siempre sacar a relucir ese pasado en ti.

—¿Y por qué lo haces? —le pregunto. Siempre he sospechado que atacaba para vencer mis barreras, pero confiaba en que simplemente lo hacía para irritarme.

Al final no soy una paranoica. Sus comentarios iban de verdad a hacer daño. Lo está admitiendo y quiero saber su razón, puesto que tenemos la suficiente confianza como para dejar salir lo que sentimos.

—Porque te envidio.

Esa respuesta me ha dejado en bragas.

—¿Tú a mí? ¿En serio? Es la peor excusa que me han dado en toda mi existencia. Y te prometo que me han dado muchas a lo largo de mi vida.

—No es una excusa, es la verdad —comenta. Hace una pausa, alza la mirada y me mira dispuesta a continuar—. Cuando resurgiste después de aquello, me sorprendió tu fortaleza. Tras eso, ganaste una confianza en ti misma digna de admirar. Conseguiste quererte, apartar los complejos de tu cabeza y vivir la vida con intensidad. Dejó de importarte lo que dijeran de ti y demostraste al mundo lo sexy que puedes llegar a ser. Siempre intentas hacer entender a la gente que los prejuicios nos hacen infelices y que cada uno es como es. —Hace otra pausa. No sé si espera que hable. Lo cierto es que me he quedado en blanco. Hace demasiado tiempo que no tengo una conversación así con Sheila. Años—. Te quieres a ti misma y lo envidio.

—¿Es que tú no te sientes bien contigo misma? —le pregunto.

—No. Todo esto es una fachada —se señala entera y continúa—. Vivo rodeada de gente superficial y me han abducido. Me he vuelto como ellas, pero, cada vez que quedo contigo, tú me devuelves a la realidad. Por eso comenzamos a pelearnos, porque ni yo misma sé cómo ser y actúo a la

defensiva.

La escucho con atención e intento entenderla. Y lo hago.

—Sé cómo te sientes con eso de aparentar ser algo que no eres —comienzo—. Lo hice durante mucho tiempo, ya lo sabes. Aguanté a Jorge y sus insultos por complacer a mi familia y por temor a pasarme el resto de mi vida sola. Le querían más a él que a mí y soporté sus constantes críticas hasta que me hundió hasta el fondo. Intenté cambiar, pero me perdí a mí misma y vosotras me rescatasteis. Así saqué a la verdadera Beth.

—La loca insoportablemente adorable —sonríe con ojos brillantes. Ambas estamos a punto de llorar.

—Esa misma. Y aunque al principio me costó soltarme, descubrí que así es como soy. Los genes de mi padre me han dado este cuerpazo serrano y lleno de curvas que antes odiaba a muerte. Ahora, me miró al espejo y me veo sexy. Aprendí que no tengo que cambiar para gustarle a la gente. Debo gustarme yo.

—¿Y te gustas? —pregunta con verdadera curiosidad. Es una de esas cuestiones que yo me planteo a diario.

—A veces. Quererse es un camino sin fin. Siempre hay baches que superar —reconozco—. Cuando me presionan para que cambie, vuelvo a sentir dudas. Pero las aparto, porque, aunque sea a pocos, hay gente a la que le gusto. Y si de verdad me aceptan con mis defectos, mi mal humor y mi actitud, entonces son personas que merecen la pena.

Escondo todos esos pensamientos bajo una actitud sarcástica. Me provoca diversión, ahora esa es mi personalidad. Pero como todo el mundo tengo mis momentos de debilidad, como este. He bajado la guardia con Sheila y me he desahogado con ella con la esperanza de que las cosas entre nosotras dejen de ser tan tirantes.

—A mí me gusta como eres, y ojalá nunca hubiera intentado que cambiaras. Sabes sacarte partido y, como experta en moda, tu estilo te hace todavía más especial y preciosa —musita con una sonrisa—. Te quiero, mi

niña guapa.

Nos damos un abrazo y dejamos que las lágrimas salgan al fin.

—¿Y cómo has conseguido a un tío como Patrick? Necesito tu truco — pregunta entre risas.

—Si te soy sincera, no tengo ni puñetera idea. Nuestro primer encuentro fue el día en que salí de fiesta con Tanya al BarCo y no fue nada bien. Es amigo de Javi y lo escuché burlarse de mí junto a otro amigo, y cuando volvimos a coincidir en la sesión de fotos, él comenzó con un tonto que me confundía. Hasta que un día apareció aquí y pasamos la noche de maratón sexual.

—Eso es que le gustas —dice convencida, y suelto una carcajada sarcástica.

Puede que le guste acostarse conmigo, pero después de la charla en el restaurante sobre su nula vida de ennoviado y los términos de nuestra «no relación», sé que no puede haber nada más.

—Estás muy equivocada. Hemos dejado muy claros los términos de nuestros encuentros. Ni él busca una relación, ni yo tampoco —le explico.

—Bueno, al menos lo pasarás bien —me sonrío.

La puerta de mi casa se abre y entran Clara y Tanya.

—¿Se puede? —pregunta la primera.

—Temíamos encontrar un cadáver —añade Tanya.

—No te preocupes, la marea ha bajado y nadie se ha ahogado.

—Y espero que nunca más suba —continúa Sheila y nos damos un abrazo.

—Clara, pellízcame. ¡Creo que todavía estoy borracha! —dramatiza Tanya.

Su sorpresa es evidente. Hacía años que no mostrábamos afecto en público, bueno, ni en privado.

Nuestra relación estaba tan fría, que habíamos llegado al punto de dudar de nuestra amistad. Y tras la charla que hemos tenido, todo está en orden y sé que las cosas cambiarán para bien.

—Idiota. —Le tiró un cojín del sofá a Tanya y le pega en toda la cara.

—*Auch*. Ahora me enfado y no respiro.

—Venga, cotorras. Vamos a desayunar al Starbucks.

Tanya, Clara y Sheila ya están preparadas, pero yo continuó con cara de zombie de *The Walking Dead*, así que cojo ropa para ponerme, me lavo la cara, cepillo los dientes y en unos minutos parece que he vuelto de entre los muertos.

Llegamos al Starbucks de al lado de casa y nos sentamos en la pequeña terraza. El día es muy soleado. El sol aprieta con fuerza y a esas horas resulta sofocante. He pedido un trozo de tarta, y aunque parezca un milagro, Sheila no ha opinado sobre el tema.

Así sí.

—¿Quieres? —le ofrezco un pedazo.

—Colesterol —contesta y se encoge de hombros.

—Por un trozo no te va a subir más. Date el capricho. Te aseguro que esto hace feliz a todo el mundo.

Al final claudica y veo cómo su mirada se ilumina con el sabor. No hay pena que no cure una tarta. Montamos un poco de escándalo y la gente nos mira. Sin embargo, no nos importa mientras nos contamos nuestras vidas y recordamos los viejos tiempos.

—Nos hacemos mayores —musita Sheila.

—Para nada. Ahora estamos en el mejor momento de nuestras vidas, sin ataduras, somos mujeres independientes. ¡Hay que vivir! —digo con entusiasmo.

—¡Y follar! —grita Clara demasiado alto, haciéndonos reír.

—Bueno, nosotras tres estamos servidas —señala Tanya.

—Eh, que lo mío no es una relación, tengo más opciones para echar una canita al aire —le recuerdo a Tanya.

Sheila habla un poco más de Willy, su novio. Es nacido en Inglaterra y su madre es española. Al parecer, comienza a estabilizarse su relación y mi amiga parece contenta de la misma forma que Tanya con Víctor.

Aunque yo no crea que una relación sea para mí, en el fondo las envidio.

Cuando mi amiga termina, las tres insisten sobre lo mío con Patrick. Son unas malas pécoras.

—Pero él quiere seguir viéndote.

—Para acostarnos —repito.

—Bueno, algo es algo. Quién sabe, quizás es el hombre de tu vida —me atraganto con el *frappé* y miro a Tanya alucinada.

—Tiene razón, no hay nada que Beth Ortega no pueda conseguir.

Cuando pasa de la media mañana, nos separamos. Tanya ha quedado con Víctor para comer y vuelvo sola a casa, tras una mañana llena de revelaciones que han hecho de un día que comenzaba gris algo estupendo.

No tengo ningún plan, así que, para entretenerme, llamo a mi hermana pequeña.

—Hola, enana, ¿qué haces? —pregunto en cuanto me lo coge.

—Pues nada. Papá y mamá están discutiendo con Sergio después de

pillarlo borracho al volver de fiesta y yo estoy escondida en mi habitación para no oír sus gritos.

—¡Madre mía! Sergio es gilipollas —afirmo. Ambas pensamos que nuestro hermanito tiene que madurar. Está en esa época en la que él se siente muy adulto, pero todavía sigue siendo un adolescente sobrehormonado. Y dudo que eso cambie de un día para otro—. Pero en el fondo no tengo nada que reprocharle. Alguna que otra vez, yo hice lo mismo.

Por ejemplo, la noche anterior, aunque yo no tengo que pasar por delante de mis padres.

—Sí, pero tenías el apoyo de Jorge.

—No, tenía la suerte de que a nuestros padres les cayera mejor él que yo —contesto a la defensiva—. Y tenerlo a él no fue un golpe de suerte, solo de desgracia.

¿Qué está pasando? ¿Por qué se empeñan en nombrármelo? Suerte que hace un año que se marchó al extranjero, si no, ya estaría pensando en que en cualquier momento me lo voy a encontrar por la calle y va a decirme lo gorda que sigo siendo para martirizarme. A veces, pienso que estoy gafada en la vida. Luego recuerdo que adoro mi trabajo, me siento bien conmigo misma y me estoy tirando a un tío que está buenísimo, y se me pasa.

—Perdón. No debería haberlo nombrado —se disculpa.

—No te preocupes. Últimamente, parece que todos se empeñen en hacerlo. ¿Habéis hecho un complot en mi contra? Eso lo explicaría todo.

—Beth. Has cambiado, eres fuerte y has podido superarlo.

—Ya, pero no ha sido fácil y aún está en mi mente. Casi muero por culpa de una mala decisión —le recuerdo.

—Pero no lo hiciste —me contesta—. Tuviste a Tanya y tus amigas para salvarte. Y a mí —musita y sonrío al pensar en ellas. Tanya fue quién más estuvo conmigo, pero mi hermana también fue parte importante. Fue la que

consiguió salvar la escasa relación que comenzaba a tener con mis progenitores—. Si hubiera sido por papá y mamá...

—Lo sé, pero intento no culparles. Se disculparon cuando todo terminó, aun así, la relación no ha mejorado después de cuatro años. Sigo siendo la hija rara.

—Pero sabes que están orgullosos de lo que has conseguido en tu carrera.

—Sí. Ahora solo queda que estén orgullosos de cómo soy y dejen de criticar las cosas que hago.

Ella con tan solo diecisiete años estuvo presente en el peor episodio de mi vida.

Las palabras ejercen más poder del que muchos creen. Puede que las suelten sin pensar, con intención de hacer ver a la persona que tiene que hacer algo para ajustarse a lo que ellos quieren, cambiar para complacer. Sin embargo, esas palabras, pueden ocasionar justo lo contrario, puede crear obsesiones, depresión e incluso crearle a la persona afectada ganas de morir.

No me enorgullece haber tenido esa etapa en la que la debilidad me poseía, pero aprendí mucho de ella.

Dicen que hasta de los momentos horribles hay que sacar el lado positivo. Y es cierto, soy la prueba viviente de que es verdad. Yo lo hice y he conseguido encontrar mi vía de escape para que las palabras que usan para ofenderme reboten en mis oídos y mi cara les diga a esas personas que su opinión me importa lo mismo que la reproducción del caballito de mar: nada.

Y no, por el momento no estoy dispuesta a contaros el resto de la historia.

Capítulo 19

El calor aprieta cada día más y solo rezo para que llegue el invierno. Soy de ese escaso número de la población que odia el verano. Solo hay una razón que hace que lo soporte y es aprovechar para ponerme vestidos sin tener que llevar una chaqueta encima, si no, me trasladaría más allá del muro de Invernalía y me metería en una cueva con Jon Nieve que no sabe nada, tal y como le decía siempre Ygritte.

Estamos casi en el mes de agosto y solo me queda terminar el retoque de unas fotos, enviarlas y oficialmente estaré de vacaciones.

Es cierto que soy autónoma y, en realidad, puedo cogerlas cuando me plazca, no me quejo porque tengo más días libres que muchos, aun así, en agosto no atiendo a nadie. Lo dedico a salir con mis amigas, ir de fiesta, visitar a mis padres —pocas veces— y disfrutar del buen tiempo para explorar y fotografiar sin normas.

Por otro lado, ya llevo más de un mes con Patrick. Y no, no ha cambiado nada.

Nuestra «no relación» continúa siendo de encuentros fortuitos y maratones pervertidos de fin de semana. Aparece cuando le apetece y solo un fin de semana se fue por donde había venido sin que hiciéramos nada. Salía con mis amigas. Y tal y como quedamos, cada uno puede hacer lo que se le antoje.

¿Y qué pasó después? Pues os lo voy a contar porque, aunque han pasado dos semanas, todavía me inquieta cómo me hace sentir por dentro.

Fuimos a una discoteca cerca de mi casa, y adivinad: él estaba ahí. Tengo la sospecha de que me siguió. Sheila y Tanya me decían que fuera a por él, al fin y al cabo nos estamos acostando, pero no accedí. Quería disfrutar sin tener que estar pendiente de nadie, y menos, de alguien que es tan solo un rollo. Él estuvo toda la noche tonteando con una guapa morena a la que tengo mucho

que envidiar.

Y aunque intenté que no se me notara, sentí un ramalazo de celos.

¿Por qué?

Porque soy una completa idiota.

Así, sin paños calientes.

Sé que no debo pensar en él como algo exclusivo para mí, pero la neurona que me queda en la cabeza tiene ideas descabelladas algunas veces. Es cierto que no solo nos hemos dedicado a darlo todo en la cama. Patrick me ha llevado al cine, hemos ido a conciertos en directo por la ciudad, e incluso cenado en un sitio bonito como hacen las parejas normales. Pero nosotros no lo somos, y aunque, en ocasiones, a mí me lo parezca, debo seguir a rajatabla la norma que me impuse al comenzar con esto: no pensar en él como algo más que un amigo con derecho a roce.

Además, no es algo que quiera. Atarme a alguien es una mala idea.

—Beth, ¿nos vamos? —me llama Tanya desde el salón de mi casa. Desde que está de vacaciones en el colegio, está prácticamente todas las horas del día aquí y me planteo de forma muy seria comenzar a cobrarle parte del alquiler.

—Sí, ya estoy lista.

Hemos quedado con Clara y Sheila para darnos una tarde de chicas en toda regla. Iremos al Corte Inglés de Callao y vamos a quedarnos sin un duro cuando compremos ropa, maquillaje y cientos de cosas que luego no utilizaremos, además de hacer la ruta turística del enorme Primark que hay muy cerca.

—Sheila está con Clara abajo, acaban de llegar.

Me coloco bien los pechos en el vestido, me miro una última vez en el espejo y sonrío satisfecha con el resultado. Hoy me he despertado con el guapo subido. Hace una semana fui a la peluquería y cambié el color de mis

puntas del azul a un morado intenso que me gusta todavía más. Me he maquillado de forma sutil y el vestido de estampado floreado que me llega por encima de las rodillas conjunta a la perfección con el soleado día que hace en el exterior.

Llegamos al centro comercial y la locura se desata. Sheila y Tanya dan tumbos de una tienda a otra mientras Clara y yo gruñimos al intentar seguirlas. Cuando se juntan es imposible pararlas. Ambas son compradoras compulsivas, se enamoran de prendas de ropa y compran zapatos que luego no usan. Recuerdo que una vez casi las detienen en un primer día de rebajas al tirar al suelo a un grupo de personas con los empujones.

—Mira, Beth, este bikini *vintage* te quedaría de miedo —grita Sheila para llamar mi atención. Me acerco con la ceja arqueada porque dudo que tenga razón, pero sorprendentemente me enamoro del bikini que se expone en el escaparate de la tienda.

Lo primero que me impresiona es verlo puesto en un maniquí con curvas. Es de copa grande, en color blanco con topes en azul oscuro y un lazo rojo en el centro. Tiene tirantes clásicos, pero también se pueden quitar. Sin embargo, lo mejor es la braguita. Es del mismo color azul de los topes, con una línea blanca y se coge a la cintura para disimular el flotador de las caderas. Además, no parece el típico bikini que se te meta en el trasero con cada paso, casi parece un short pero no llega a tanto.

Es simplemente precioso.

—¡Lo quiero! —exclamó con emoción.

—Para algo deben servir mis conocimientos de moda, amiga mía —murmura Sheila complacida y con cierto toque de indiferencia mientras mira su esmalte de uñas.

Entro en la tienda con la esperanza de que tengan mi talla. Como he dicho en muchas ocasiones, comprarme ropa es todo un drama.

Tienen mi supuesta talla, la 46, y por una vez en mi vida no tengo que probarme ni la superior ni la inferior. Sin duda este bikini está hecho para mí.

Tiene mi nombre grabado con tinta invisible y solo quiero ir a la piscina para lucir mis lorzax sexis.

—Tengo un don. —Sheila hace un chasquido con los labios y mueve el pelo en un gesto dramático que nos hace reír a todas.

La tarde ha sido más entretenida de lo que esperaba. A pesar de la hartura que tengo encima por caminar sin descanso, llevo en las manos dos bolsas repletas. La mayoría es ropa interior, pero también he parado en mi querida Fnac para hacerme con un nuevo objetivo gran angular —ya que el mío sufrió un accidente contra el suelo y amo cómo quedan las fotografías de paisajes naturales con ese modelo—, que me ha costado un riñón, y películas de Disney en Blu-ray para mi colección.

Lo sé, tengo que crecer. Pero no quiero.

Paramos en un bar de la Gran Vía y tomamos unas tapas para saltarnos la cena entre sangrías que comienzan a hacernos hablar más de la cuenta. Sobre todo, a mí.

—Sabéis, Patrick tiene un lado romántico. Me ha llevado a más sitios que cualquier otro chico. Pero, bueno, ya sabéis todas para lo que me quiere.

—Y eso te jode —dice Tanya para interrumpirme.

—Al principio no, pero ahora me molesta.

—¿Y por qué? —Clara arquea una ceja burlona. Están usando el puntillo del alcohol para sacarme información clasificada y mi lengua está tan suelta que lo consiguen.

—No lo sé.

—¡Te gusta! —canturrea Tanya. Claro, como ella está feliz con su Víctor, quiere que todas seamos así y abramos la puerta al amor.

No.

Me niego.

—Estaría ciega si no me gustara, pero solo para esto que tengo ahora. Sexo sin ningún tipo de compromiso.

—¿Y por qué no una relación? —añade Clara.

—Porque... —hago una pausa y pienso la respuesta. Lo que voy a decir en voz alta puede hacer que el ambiente distendido desaparezca—. Porque no pinto nada con él. Es demasiado perfecto.

—En eso te equivocas. No existe nadie perfecto por muy bueno que esté. Y tú mejor que nadie lo sabes. Él no es Jorge.

—La primera vez que me vio se burlaba de Javi por haberse acostado conmigo —respondo con amargura.

—Pero no es Jorge —repite Tanya. Se ha empeñado en nombrarlo—. Él te hizo empequeñecer. Decía quererte, pero solo buscaba dominarte. Ahora eres más lista. Y sí, puede que Patrick hubiera tenido prejuicios al principio, pero si no le gustara algo de ti, no estaríais en esta situación.

—Exacto. Soy más lista y por eso sé que Patrick no es para mí —contesto con una falsa sonrisa y doy a entender que quiero zanjar el tema a pesar de que yo he sido quién se lo ha buscado.

Por suerte lo entienden.

Escucho el pitido del mensaje en mi móvil y Thor pregunta qué hago.

Sí, he continuado charlando con él en este tiempo y también he intentado que nos conociéramos en persona. Como le sigo llamando Thor, habréis deducido que sigo sin saber quién es. Y eso me molesta, porque tengo sospechas y no tengo forma de esclarecerlas sin ser demasiado directa, cosa que no tengo intención de hacer, ya que si fallo, quedaré a la altura del betún.

—Día de chicas. No querrás saber los detalles —le contesto mientras sonrío a la pantalla.

—¿De compras?

—Muchas. Mi tarjeta tiembla.

—Me encantaría ver qué has comprado.

—Eso tiene fácil solución, pero tranquilo, ya sé que no es posible. Tu agenda está demasiado apretada.

Siempre intento convencerle de quedar. Es astuto y sabe cómo evitar el tema.

—Me gusta echar mano de la imaginación.

—¿Qué haces? —pregunta Tanya y veo que intenta cotillear la pantalla de mi móvil, así que lo bloqueo de inmediato.

—Nada. Un cliente que tiene prisa, pero ya le he dicho que hasta septiembre nada.

Frunce el ceño, pero no comenta nada. No es la primera vez que me pilla en plena conversación con Thor. Nadie lo sabe y todavía no sé por qué lo mantengo en secreto.

Terminamos nuestra charla bien entrada la noche. Al volver a casa, Tanya me sigue como es su costumbre y al cerrar la puerta me lanza un interrogatorio.

—¿Qué te mantiene tan pegada al móvil? Llevas así un tiempo —pregunta con disimulo. Ha puesto esa voz dulce de niña que no ha roto nunca un plato, que es la señal que precede a la tormenta.

La inquisidora jefe se acerca.

¡Temblad!

—Ya te lo he dicho. Un cliente —repito. Arquea una ceja y sé que no se lo ha tragado. Debo haber puesto ese gesto en el que un ojo se mueve solo y se tuerce mi boca, además de poner un tono agudo en mi voz. Lo hago cuando miento, así que me pilla rápido.

Debo decir en mi defensa que me declaro una persona muy sincera a la que no le gustan las mentiras, pero de vez en cuando caigo en la tentación de esconder cosas que Tanya se encarga de sonsacarme.

—¿Por qué me mientes? ¿Acaso no confías en mí? Soy tu mejor amiga. Yo te cuento todo y tú guardas demasiado. Necesito saber que esta amistad es real y no soy solo un juguete para ti. Quiero tu confianza, no tu desprecio desmedido —dramatiza. Se ha metido en el papel de actriz de telenovela. Sobreactúa tanto que solo le falta usar VapoRub en los ojos para llorar.

—Tanya, deja el papel de actriz a un lado, anda —me burlo de ella y consigo que se ponga seria unos segundos.

Es mejor darle lo que quiere o la conversación podría alargarse hasta el amanecer sin obtener resultados.

—Lo dejo. Pero cuéntame con quién hablas. Sabes que puedo robarte el móvil en un descuido y mirar tus conversaciones. Sé que una conversación es lo que me escondes.

No me cabe la menor duda de que es capaz de robarme el móvil. Y eso lleva siendo una preocupación un mes.

Me siento a su lado en el sofá y suelto un suspiro antes de contarle la verdad.

—Llevo un mes charlando con un tío.

—¿Quién es? ¿Tienes foto? —pregunta emocionada y veo la satisfacción en su rostro.

No se lo cuento porque haya hecho una buena dramatización, lo hago porque tengo ganas de hablarlo con alguien puesto que no tengo con quién hacerlo. Tanya es la persona indicada, aunque sea una pesada sin remedio.

—No tengo foto y realmente no sé quién es. Un día un número desconocido me habló y desde entonces no hemos parado de hacerlo.

—¿Te lo has tirado? —pregunta. Le ha encontrado el doble sentido a mi

última frase sin ser consciente de que le he revelado que no sé quién es.

—Obviamente, no, recuerda que no sé quién es. Se esconde bajo el nombre de Thor —digo con una sonrisa. Mi imaginación sigue viéndolo como Chris Hemsworth.

Todo podría ser, él está con la Pataky, así que es probable que sepa algo de español.

Soñar es gratis.

—¿Y por qué no quedas con él?

—¿Crees que no lo he intentado? Ni siquiera muestra su cara. Él parece conocerme mucho y yo de él solo sé que es misterioso.

—Eso sí que es raro. ¿Y si es un acosador? —pregunta con algo de temor.

—Al principio lo pensé. Me dijo que estuvo en la exposición. Estuvimos muy cerca y no se presentó. ¿No crees que si quisiera hacerme daño, ya lo habría hecho? —pregunto con seguridad. Juego con fuego, solo espero no quemarme.

—Llámale —suelta como si fuera tan sencillo.

—¿Qué? —pregunto sorprendida—. No es buena idea. No creo que lo coja. Lo nuestro es solo un intercambio de mensajes —respondo y le resto importancia.

—Eso no lo sabrás, si no lo intentas.

Me lanza esa sonrisilla pícara y con su magia de bruja me convence. Es algo que he pensado durante mucho tiempo, pero no me he atrevido, y ahora, con solo unas palabras de Tanya, me ha convencido sin saber cómo. Veo que saca mi teléfono del bolso y busca entre los contactos a Thor.

—¿Preparada?

—No.

Le da al botón de llamada y pone el altavoz. Esperamos juntas a que conteste y no puedo evitar sentir cierta decepción al ver que no lo hace. Ha salido la típica voz de dejar un mensaje después de oír la señal.

—Bueno, al menos lo hemos intentado. Y la próxima vez cuéntame estas cosas, cacho perra.

Sonrío de forma forzada y me acomodo en el sofá. Cuando estamos a punto de disfrutar de una película, suena el timbre y mi noche parece que se anima.

—Hola, preciosa, ¿te apetece una noche loca?

—¡A mí sí! —oigo que grita Tanya y Patrick sonrío. Los hoyuelos de sus mejillas se marcan y no puedo evitar sentir como si mis piernas se deshicieran.

¡Joder!

Me parece que comienzo a tener un problema con este hombre.

Y solo tengo dos opciones: romper lo que sea que tengamos o fingir que todo sigue igual para seguir disfrutando de él.

Y la verdad, me tienta más lo segundo.

Capítulo 20

Patrick entra en mi casa. La confianza ya es tal que parece que se haya vuelto como Tanya en cuanto al gorroneo. Abre la nevera y coge una cerveza para después unirse a nosotras en el sofá. Estamos viendo el Escuadrón Suicida. Compré el Blu-ray justo el día en que salió y desde entonces no paro de verla. Además, es una versión extendida y mi amado Jared Leto, alias el Joker, sale bastante más. Así que soy más feliz que una perdiz.

—El mejor Joker es el de Heath Ledger —musita Patrick mientras la vemos.

—Estoy de acuerdo, pero mi Jared lo borda, está buenísimo y me volvería tan loca como Harley para tenerlo conmigo —añado con una sonrisa. Tengo esta discusión más veces de lo normal.

Sobre todo con hombres. Para ellos, Heath siempre será el mejor y suelo fruncir el ceño porque sé que en el fondo envidian las pasiones que Jared levanta en el sexo femenino.

—¿De verdad? ¿Te enamorarías de alguien tan perturbado? No hace más que maltratar de forma física y psicológica a Harley.

—Puede —reconozco. No le falta razón, pero hay que tener en cuenta que es un personaje de cómic. Es decir, no es real.

—No le hagas caso. No lo haría, pero Jared es su punto débil. Haría todo por ese hombre.

Patrick suelta una carcajada con la respuesta de Tanya y yo me enfurruño. En realidad, me pregunto qué hace todavía aquí. Vale que le encante la película, pero Patrick está aquí y sabe que eso significa diversión para los dos. Y ella impide que eso ocurra.

La odio.

—Cambiemos de tema. ¿Qué haces hoy aquí? —No es que me importe, pero estamos a mitad de semana y nuestros encuentros no llegan hasta el fin de la misma.

—Tengo libre hasta el lunes.

—Y necesitas desahogo —termino por él y se encoge de hombros con una pícara sonrisa.

—Vale, pero empezad cuando yo no esté —añade Tanya. Tiene la manía de inmiscuirse en conversaciones ajenas.

—Todavía me pregunto por qué sigues aquí —respondo y la miro con una falsa sonrisa.

—Estoy esperando visita. —El timbre suena y frunzo el ceño—. Y ya está aquí.

Se levanta con rapidez y Patrick aprovecha para acercarse más a mí. Observo quién entra por la puerta y saludo a Víctor.

Esto ya es el colmo. Ahora mi casa también es el lugar de encuentro de la parejita.

—Hola, chicos —saluda Víctor desde la puerta. No es la primera vez que coincidimos los cuatro, así que para Patrick no es incómodo.

Son las once de la noche y no hemos cenado todavía, así que, ya que estamos, pedimos unas pizzas y nos sentamos alrededor de la mesa pequeña de centro para continuar con la película, que apenas hace media hora ha comenzado. Como el sofá es de dos plazas, a los hombres les ha tocado suelo.

—¿Cuándo empiezas tus vacaciones? —me pregunta Víctor con aire misterioso. Hablamos de cosas banales mientras devoramos la pizza Bacon Crispy familiar.

—Pues mañana pretendo enviar las fotos editadas y ya estaré oficialmente de vacaciones hasta septiembre —digo con énfasis y alzo los brazos.

—Así que podré venir más —añade Patrick con la ceja alzada.

—No te emociones, Patricio, voy a tener un mes ajetreado —murmuro, haciéndome la interesante.

—¿Te vas a alguna parte? —pregunta con curiosidad.

—Puede —le guiño un ojo y sonrío.

—Mis padres tienen una casa en Alicante, podríamos hacer todos una escapada —añade el novio de mi amiga de forma casual.

Ahora entiendo el interés de Víctor en saber cuándo empiezan mis vacaciones. Veo en la mirada de Tanya que ella es conocedora del asunto. Empiezo a sospechar que no es casualidad que ella siga aquí después de la llegada de Patrick. Me huele a encerrona de la pareja y soy incapaz de encontrar una respuesta que defina qué pretenden.

—Felicidades por lo de la casa —digo para desviar el tema. No quiero que proponga lo que creo que va a proponer.

Lo fastidiaría todo.

—Amiga mía, no pretende presumir de casa, te está invitando, y a Patrick también —añade Tanya con una pícaro sonrisa.

Tenso los labios y tengo ganas de gruñir.

—¿A mí? —pregunta el aludido con sorpresa.

No sé qué pretende Tanya, pero sin duda no creo que sea buena idea. Lo único que conseguirá es espantarlo.

Y la idea de que todo esto termine no me apetece nada.

—Claro. Lo pasaremos bien. Tiene piscina privada —lo dice en tono picarón y le da un beso en los labios a Tanya.

¡Genial! Ahora parece que lo que Víctor quiera sea una orgía en una

piscina.

—Perfecto. Me apunto. Cojo vacaciones el 1 de agosto.

—Yo también y Beth me lo acaba de confirmar. Así que el día dos nos vamos.

—Eh, espera un momento. A mí no me hagas planes —lo freno con rostro estupefacto.

¿Patrick ha dicho que se apunta?

Al parecer sí.

—¿Tienes otro plan? —El Pelocho sonrío con sorna y me mira de reojo.

—Pues... —busco en mi mente una respuesta y no la encuentro.

—Ahí lo tienes, tu plan es un viaje a Alicante y la oportunidad de estrenar tu maravilloso bikini.

—¿Bikini? —pregunta Patrick.

—Sí, las gordas también los usamos.

Se levanta del suelo y se acerca a mi oído.

—Estoy deseando vértelo puesto. Y también quitártelo.

Trago saliva de forma sonora y siento todas las miradas puestas en mí.

—Vale. Creo que necesito una copa.

Me aparto de Patrick y me levanto para ir directa a la cocina a por una botella de vodka, con las carcajadas de los intrusos a mis espaldas. Suerte que sobró algo de la última fiesta que hicimos y esperaba el momento oportuno para entrar por mi garganta.

Es justo este.

Patrick me ha seguido y me coge por las caderas mientras alcanzo la botella.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué lo dices? —respondo.

—No quieres que vayamos a Alicante —afirma.

—No es eso. Es solo que me inquieta que hayas aceptado. Nada más.

—¿Por qué? —pregunta. Veo en sus ojos grisáceos que parece querer decir algo más, pero se calla antes de desvelar sus secretos.

—Porque una cosa es vernos aquí, salir y otra muy distinta es pasar juntos las vacaciones —digo más alto de lo que pretendo. Intimidación no tenemos demasiada en medio de una cocina americana que da justo al salón.

Desvió la mirada y, por suerte, Víctor y Tanya están demasiado entretenidos morreándose en mi sofá.

—Mientras ambos tengamos claro lo que queremos, no le veo problema —añade con indiferencia.

—Yo lo tengo muy claro.

—Entonces, ¿por qué no ir?

Quiero encontrar la excusa perfecta. Pero no tan en el fondo, siento ilusión por pasar con él las vacaciones.

Me alza el mentón y hace que lo mire a los ojos. Intenta ponerse serio, pero se adivina una sonrisa socarrona que dice que ha ganado la batalla y vamos a pasar juntos las vacaciones.

—Vale. Iremos. Pero nada de cosas raras.

—De acuerdo. Aunque míralo de esta forma, puede ser que así nos conozcamos más.

—Creo que ya nos conocemos suficiente —añado picarona y me da un beso en los labios que me sabe a poco.

—Tienes razón, pero guardas secretos y estaría encantado de descubrirlos.

—Beth, ¡Joker está en pantalla!

—Me encantaría continuar esta conversación, pero el señor J me espera en resolución 4K.

Patrick se queda en la cocina con dos palmos de narices y yo he encontrado la excusa perfecta para evadir la conversación.

No estoy preparada para ahondar en ciertos asuntos con él.



Pasadas las dos de la madrugada, Tanya y Víctor, tras una serie de tocamientos en público que prefiero borrar de mi memoria, se han marchado al piso de mi amiga. Patrick sigue en mi casa y parece no tener intención de irse.

En cuanto la puerta se cierra, lo encuentro a mis espaldas y se lanza a darme uno de esos besos que me deja sin aliento.

—Llevo toda la noche deseando esto —musita con voz ronca.

Caminamos con paso tambaleante hasta mi habitación y caemos juntos en la cama. Sus brazos han frenado el golpe y sus labios continúan donde estaban. Desliza su mano por la curva de mis pechos y, con destreza, utiliza la otra para bajar la cremallera del costado del vestido.

—Vaya, sí que tienes prisa —musito con una sonrisa mientras me dejo desnudar.

—Necesito mi ración de Elisabeth Ortega.

—Pues soy toda tuya.

Nos desnudamos a la par y se aleja unos centímetros para volver con un preservativo. Los nervios de antes de hacerlo por sentir vergüenza han dejado de existir y la preocupación de que mi cuerpo sea un impedimento para él ha quedado descartada.

Tras tantas noches, me he dado cuenta de que acepta todas mis imperfecciones y eso no hace más que acrecentar la inseguridad que creía erradicada.

En sus brazos siento cómo todo a mi alrededor desaparece. Dejo de ser la Beth inquebrantable y me convierto en una tierna, deseosa de recibir cariño. Y aunque me gustan mucho las sensaciones que Patrick me provoca, cada día me da más miedo.

Al principio era solo diversión, ahora se ha convertido en algo más, y es un sentimiento que debo parar antes de que me destruya.

Arraso con sus labios y lo saboreo. Nuestras lenguas se enzarzan en una batalla y gimo contra su boca cuando su mano se desliza hasta mi sexo. Me masturba con cuidado, traza círculos en mi clítoris y masajea mis labios hasta que un dedo travieso se hunde en mi interior para hacerme enloquecer.

—Tan húmeda como siempre. Eres irresistible —susurra en mi oído y pasa la lengua por la curva de mi cuello. Un gemido se escapa de mi garganta.

Me dejo hacer durante un rato y disfruto con la destreza de sus manos, sus labios, todo él... Es experto en lo que hace y sabe a la perfección cómo hacerme gritar de placer con solo unos toques. Me conoce.

Cuando llego a mi primer orgasmo, lo veo ponerse el preservativo y, antes de que me alcance, lo tumbo sobre la cama y tomo el control.

—Me encanta cuando te vuelves una amazona —sonríe socarrón y me derrito.

—Un gran jinete debe tener un buen corcel como tú —musito y hago que suelte una carcajada.

En serio, Beth, ¿no tenías una frase mejor?

Bailo sobre su miembro con sensualidad y nos mecemos juntos en un vaivén de locura. Sus gemidos suenan como el gruñido de un león. Fiero, seductor... Lo noto profundo, se clava en mi interior y llega a las zonas de mi cuerpo que más consiguen que enloquezca. Sus manos suben desde las caderas hasta mis pechos y los acaricia con suavidad mientras sus ojos se clavan en mi rostro contraído por el placer. Cuando pellizca mis pezones, gimo y echo la cabeza hacia atrás sin dejar de moverme, presa de una agonía placentera que destruye barreras.

Noto el cosquilleo que precede al orgasmo y juntos aumentamos el ritmo. Antes de que llegue, cambiamos de posición y ahora es él quien domina la situación. Coloca mis piernas sobre sus hombros y me embiste con premura. Mis pechos rebotan con el movimiento y de mi garganta solo salen gritos llenos de placer que ocultan los de mi amante.

—Vamos, cariño, córrete conmigo.

Parece que esas cuatro palabras han activado el botón indicado, y, con un sonoro grito, gimo gracias a un tremendo orgasmo que me deja fuera de mí misma, para, a continuación, estar presente cuando la mirada de Patrick se funde con la mía al terminar.

Patrick cae agotado sobre mi cuerpo y antes de adecentarnos me da un beso lleno de pasión.

Estoy enganchada a sus labios.

—¿Te parece bien que pase hasta el domingo contigo? —me pregunta.

—Puede que sea efecto del orgasmo, pero sí, puedes quedarte.

Capítulo 21

Nos dormimos demasiado tarde y ha amanecido muy pronto. Son las nueve de la mañana. Patrick duerme plácidamente y decido levantarme primero para ponerme a trabajar y terminar de una vez por todas las fotografías.

Enciendo el Mac y abro el programa de edición. Fue una sesión sencilla de hacer para una serie de calendarios solidarios y mi trabajo es conseguir que parezca que han sido hechas en paisajes de ensueño. Es fácil cuando se trabaja con un croma detrás, sin embargo, se complica cuando mi intención es conseguir que se convierta en algo realista. Me encantan este tipo de trabajos porque sacan mi lado más creativo. Solo espero que al enviarlas la empresa quede satisfecha. Llevo dos semanas trabajando en ello y me ha ocupado muchas horas.

Cuando miro el reloj tras casi terminar, son las once de la mañana. Llevo dos horas pegada a la pantalla y me separo justo en el momento en que Patrick aparece por la puerta.

—¿Desde qué hora llevas despierta? —pregunta con rostro somnoliento.

—Desde las nueve. —Se acerca por la espalda y apoya sus manos en mis hombros para después dejar un beso en mi cuello.

—¿Has terminado?

—Me queda terminar esta foto —contesto cada vez menos concentrada.

Sus manos juegan con el fino tirante de la camiseta de pijama y se desliza tan abajo que se me sale un pecho juguetón que él aprovecha para acariciar. Aprieto los labios para no gemir e intento volver al trabajo.

—¿Has desayunado? —Niego con la cabeza, y su sutil toque en mi pecho consigue que ponga, en la cara de una de las personas de la foto, una imagen

de la Torre Eiffel en tamaño diminuto sobre su nariz.

—Patricio, debo terminar.

—¿Sí? —musita y deja un camino de besos de mi clavícula hasta la mejilla.

Estoy a punto de arder en combustión espontánea y el edificio se va a convertir en cenizas por el fuego que voy a provocar.

—Me distraes..., largo. —Intento ser cortante, pero mi voz solo sale como un susurro sensual. Tanto, que me excito yo misma.

—Muy bien, te espero en el sofá acaparando la tele.

Suelto un suspiro cuando se marcha. Si no lo hubiera hecho, mis vacaciones se habrían retrasado un día más y voy en busca de la libertad de saber que tengo más de un mes para tocarme el ombligo.

Cuando termino, encuentro una especie de guateque en mi salón. Tanya y Víctor están vestidos y Patrick ha aprovechado para ponerse algo de ropa. Soy la única que va con pinta de pordiosera y me siento como una extraña en mi propia casa.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —pregunto. Ni siquiera he tenido tiempo de lavarme la cara y anoche no me desmaquillé.

Para variar, mi presencia no es elegante.

—Veníamos a preguntar si queríais veniros al Starbucks a desayunar.

—No hay nada que desee más ahora que un trozo de tarta y un buen *frappé* —respondo con una sonrisa.

—¿De verdad? ¿No me prefieres a mí? —añade Patrick con una pícaro sonrisa.

—Tú serás el postre de mi comida, no te preocupes —le guiño un ojo y corro a mi habitación antes de escuchar algún comentario por parte de Tanya.

Saco del armario lo primero que pillo. Unos shorts negros de tela tipo cuero y una camisa holgada, del mismo color, de tirantes con escote.

Hace calor, así que si tengo que enseñar pierna, la enseño. No importa que se marque un poco la celulitis que me rodea. Cuando termino, voy al baño, me lavo la cara y los dientes y me maquillo de forma sutil para no parecer un zombi. Vuelvo a la habitación y recojo mi pequeño bolso, lista para ir a por un buen desayuno.

—Vamos, *lentorros*. No quiero desperdiciar ni un segundo de mis vacaciones —murmuro nada más salir.

Al llegar, me siento en la terraza junto a Tanya mientras esperamos a que los chicos traigan el desayuno.

—¿Qué tal tu noche? —pregunta de forma casual. Sé que pretende sacar más información.

—Como todas. Diversión por un tubo.

—Ya —responde sin más y disimula mirando hacia otro lado.

—¿Qué pretendes, Tanya? No creas que no me di cuenta de que vuestra encerrona para ir a Alicante tiene un mensaje oculto.

Vuelve su mirada hacia mí y sus ojos azules se clavan en los míos. Veo asomar una pequeña sonrisa en sus labios, e inconscientemente suelto un gruñido.

—No me mires así. Te he hecho un favor.

—¿Favor? Me has puesto en un compromiso que no entraba en mis planes. Y a él también —respondo enfurruñada.

—Patrick parecía convencido y con ganas. ¿Por qué no puedes por una vez en tu vida pensar en algo positivo? Él puede ser tu hombre.

—Tanya, no todas buscamos amor. Yo solo quiero diversión y es lo que tengo con él. No quiero que la cosa se complique.

—A veces no tiene por qué ser algo complicado, quizá solo debas dejarte llevar. Creo que entre vosotros puede haber algo más. Llámame bruja, pero lo siento aquí —pone la mano en su corazón de forma dramática y le lanzo un gruñido.

Quiero contestar que lo que dice es una completa locura. No puede haber nada más entre nosotros.

Me niego.

Bueno, no me negaría dependiendo de las circunstancias. Pero no estoy preparada y él no es hombre de una sola mujer. Se le nota en la cara que nos usa para su propio beneficio y luego nos intercambia como si fuéramos simples pañuelos de papel desechables.

No quiero un hombre así en mi vida. Un hombre en el que no puedo confiar porque en algún momento se cansará de mí.

Vuelven y damos el tema por zanjado. Ha llegado el momento de disfrutar de un estupendo desayuno casi a la hora de comer y gimo con el sabor de la tarta en cuanto entra en mi boca.

—Tu cara se contrae de placer mientras comes eso —susurra en mi oído Patrick y sonrío.

—Es un placer muy excitante —contesto y me devuelve la sonrisa.

El desayuno se centra en una conversación sobre qué haremos en Alicante. Lo principal va a ser disfrutar del relax de no tener obligaciones que atender y visitar la ciudad y sus playas. La pena es que las Hogueras fueron un mes atrás y Víctor dice que es increíble ver cómo arden las esculturas, pasean las Falleras con sus imponentes y voluptuosos trajes y la gente se divierte con la pirotecnia.

Patrick parece emocionado con la idea, mucho más que yo, que no dejo de pensar en el miedo que eso me provoca. Quizás ese viaje se convierta en nuestros últimos encuentros, no lo sé. Y lo cierto es que la idea me aterra.

A pesar de no tener una relación, me siento muy a gusto, nos comenramos a la perfección y sus visitas consiguen alegrar mi día. Incluso ha conseguido que descienda mi nivel de sarcasmo con él. Lo considero un amigo, pero de esa clase en la que solo confías a medias.

Al terminar, Tanya y Víctor van a comer a casa de los padres de este. Envidio como se ha afianzado su relación, se ha convertido en algo oficial y me gusta ver cómo deslumbra mi amiga cuando está junto a él.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta Patrick cuando llegamos hasta mi casa. Se quita la camiseta porque hace un calor de órdago e intento no babear como una adolescente.

—Relajarme.

Me tumbo en el sofá y doy un par de golpecitos para que me acompañe. Me arrebató el mando de la mano y se pone a buscar en Netflix algo que ver mientras yo acomodó mi cabeza en su pierna.

—¿Te gusta Arrow? —pregunta.

—Sí, pero todavía no la he visto entera.

—Yo sí —dice orgulloso y la pone por el capítulo en el que voy.

Pasamos unas dos horas disfrutando de Oliver Queen y su aventura. Cada vez que finaliza un capítulo, grito sorprendida por cómo se desencadena la trama. En ocasiones, hay que obligarme a apagar la tele cuando veo una serie, sería capaz de pasarme la noche entera solo para saber el final.

—El día en que Oliver abra su corazón, monto una fiesta —comento. Stephen Amell, el actor que hace de Arrow, está tremendo, pero en la serie hace de un personaje al que parece que le han metido un palo por el culo de lo sieso que es.

—Es lógico que no lo haga. La muerte le persigue. Es difícil amar cuando sabes que eso puede poner en peligro a los que te rodean —comenta Patrick. Lleva todo el rato dándome caricias en el cuello y enredando los dedos en mi

pelo. Mi cabeza está apoyada en su pierna y la verdad es que me encantaría tener a alguien que nos hiciera una foto en esta posición.

Estoy de un pegajoso que ni yo me aguanto.

—Si eso lo entiendo, pero quiere cargar él con todo. El amor no le haría daño, le ayudaría a sobrellevar el pesar. Necesita que lo rescaten.

—Y eso lo dice la mujer que dice no creer en el amor —añade y cuando tuerzo el cuello para mirarlo, veo que tiene una ceja arqueada y una sonrisa socarrona.

Me ha pillado de pleno.

—No es lo mismo —le resto importancia, pero en el fondo, aunque sea una serie de ficción con personajes que no existen en la vida real, las relaciones suelen ser totalmente reales.

—Tu corazón es más inaccesible que el de Oliver Queen.

—Correcto.

Continuamos en la misma posición hasta que suena el timbre. Sé que no es Tanya porque ella no se molesta en llamar, así que me levanto con el ceño fruncido y al abrir me encuentro a mi hermana Lidia y su novio David con una sonrisa.

—Enana, ¿qué hacéis aquí? —pregunto.

Lidia me mira con su característica sonrisa y, mientras me da un abrazo y David dos besos, me da su explicación.

—Tenía ganas de verte. Hace más de un mes que no vas por casa y se me ha ocurrido invadir la tuya para que te invitaras a comer.

—Vaya, me rodean demasiados gorriones. Voy a tener que ponerme firme —sonrío.

—Hola —oigo que saluda Patrick a mis espaldas.

En estos momentos la cara de mi hermana es todo un cuadro abstracto. No sé si se ha quedado catatónica, pero mira a Patrick de arriba abajo una y otra vez sin creerse lo que ve. Es la típica reacción de una mujer que se siente atraída por él. Yo misma puse esa cara el primer día de la sesión, el día en que fui verdaderamente consciente de lo que ese hombre provocaba en mi organismo.

—Tierra llamando a Lidia, ¿estás ahí? —pregunto aguantando la risa. Patrick se ha acercado, ha saludado a David y ha rodeado mis caderas con su brazo.

—Eh, sí. Lo siento —se disculpa. Mi cuñado la mira con una ceja arqueada por un ramalazo de celos. El novio de mi hermana está bien para su edad, pero todavía le falta madurar un poco para parecer más hombre adulto —. Soy Lidia —se presenta y le da dos besos.

—Patrick. Encantado.

Les invito a pasar y nos sentamos como podemos en mi pequeño sofá. Mi hermana está más callada de lo normal y yo no sé dónde meterme. Le enseñé en su momento una foto de Patrick, pero todavía no le he contado que me estoy acostando con él. Es probable que tenga ganas de preguntar cientos de cosas y me da miedo que meta la pata más de la cuenta, así que decido engatusarla para que venga conmigo a la habitación.

—Por Dios, Beth, ¿estáis saliendo? —dice sin que me haya dado tiempo a cerrar la puerta.

—No, en absoluto. Solo me lo tiro —contesto y me encojo de hombros.

—Entonces, ¿qué hace aquí? Y sin camiseta. Parece muy cómodo. Es la primera vez que veo a un tío metido en tu casa —contesta. Se nota que somos hermanas. Ambas nos fijamos mucho en los detalles.

Aunque, bueno, ver a alguien como Patrick sin camiseta y no fijarse, es como beber dos botellas de vodka y no emborracharse: imposible.

—Es complicado de explicar.

—Te gusta —sonríe tras sacar la conclusión equivocada.

Ya empieza como Tanya.

—No de la forma en que imaginas, hermanita. No es más que un amigo con derecho a roce —explico.

—¿Sabes? Te admiro, Beth. No sé cómo puedes acostarte con semejante monumento y no enamorarte. Eso es valor.

—No se trata de valor, más bien de amor propio. No quiero sufrir y lo sabes. Solo quiero disfrutar, la vida es bella.

—Pues disfruta lo que puedas, pero no podrás mantener tu corazón en la cámara acorazada para siempre.

La conversación con mi hermana termina en el momento en que Patrick aparece para avisar de que han pedido algo de comida.

Mientras comemos, Patrick responde el intenso interrogatorio al que mi hermana lo somete. Le ha sacado más información en diez minutos de la que yo misma me he molestado en descubrir en este mes. He averiguado más cosas sobre sus padres. Los define como personas sencillas, que le quieren mucho y que le han apoyado en todo lo que ha decidido, a sabiendas que podía tratarse de una locura.

—Igual que los nuestros, Beth —se burla Lidia.

—Idénticos —ironizo—. Aunque, bueno, a ti te dieron más libertad de elección. Yo todo lo que hacía les parecía mal.

—Lo sé —admite. Sin duda, ser la primogénita nunca fue un beneficio—. ¿Te has enterado de la última de Sergio?

Suelto un suspiro cansado ante la mención de mi hermano.

—Quiere dejar el bachillerato para hacer un curso de tatuador.

Me entra la risa y justo estaba dando un trago a la Coca-Cola, así que el

líquido se me va por la nariz y casi me ahogo.

—¿Sergio, tatuador? Pero si su vena artística es nula. Solo sabe dibujar penes —me burlo y mi hermana y su novio comienzan a reír.

—Correcto, pero el nene es lo que quiere y los papis le dan el visto bueno —bufa contrita—. Mamá dice que puede ser la forma de sacar su lado artístico. Como tú lo eres...

—Quiere que su principito también triunfe —termino con un bufido.

—¿Tan mal os lleváis con vuestro hermano? —pregunta curioso Patrick. Lo cierto es que no le he hablado mucho de él, por no decir nada. No es un tema que me agrada demasiado mencionar.

—Lidia no tanto, pero a mí me odia. El cariño es mutuo. Todo lo que a mí intentaron prohibirme, a él se lo permiten hacer. Como dedicar mi vida a un trabajo artístico como es la fotografía. Y han pasado tantas cosas, que eso influye en que el cariño y respeto hacia mis padres mengüe cada día más — respondo con tristeza.

Lidia pone su mano sobre la mía y sonrío con tristeza. Ella sabe a la perfección cómo me siento. Es una relación muy complicada.

—Pues, aunque no lo conozco, me parece que tu hermano es un poco gilipollas —me anima y la verdad es que funciona.

—Es curioso que lo digas tú, mi gilipollas particular.

Me da un beso en los labios y veo por el rabillo del ojo a mi hermana gesticular las palabras «te gusta».

Capítulo 22

Estos cuatro días junto a Patrick se me han pasado volando. Aunque parezca increíble, en ningún momento he tenido ganas de mandarlo a su casa con sus compañeros de piso para dejarme tranquila. Me he sentido muy a gusto. Cuando he decidido asear mi piso, él se ha prestado voluntario y me ha ayudado como si fuera su propia casa. Incluso, el viernes cocinó —mucho mejor de lo que yo lo hago— y cada cosa que descubro de él, hace que me guste más.

¡Oh, Dios! No quiero darle la razón ni a Tanya ni a mi hermana.

Patrick no debe gustarme, pero lo hace. Y mucho más de lo que quiero reconocer. Su lado atento me confunde. Ambos seguimos convencidos de que esto es simple diversión, sin embargo, actuamos de una forma que no parece solo eso.

Cuando mi hermana se marchó casi al anochecer del jueves, Patrick se interesó mucho en la relación con mi hermano. Aunque no es algo de lo que me guste hablar, me desahogué con él y le conté cómo me insultaba por mi sobrepeso. Lo hacía en una época muy difícil para mí y saqué por encima el tema de Jorge, pero cuando quiso ahondar en aquella fastuosa relación, corté la conversación de raíz.

Sergio y yo, cuando éramos más pequeños, éramos inseparables. Al ser la mayor, me sentía como su protectora. Desde los ocho años, yo ya comencé a ser la rarita de casa, pero él, con su inocencia infantil, no se enteraba de nada y nos convertimos en los típicos hermanos que hacen todo juntos. Pero cuando creció y fue consciente de mis castigos, de los reproches de mis padres y de que él conseguía siempre salirse con la suya, nuestra relación cambió para mal. Le cogí celos durante una temporada y ya cuando se convirtió en un adolescente hormonado con amigos que eran para darles de comer a parte, nuestra relación fue inexistente y las únicas palabras que cruzábamos eran para insultarlos. Y, cómo no, Beth era la única a la que le

tocaba la reprimenda de los papis.

Cuando me independicé, más joven de lo que todos pensaban, la cosa no cambió demasiado. Por ese entonces, aún no era la que soy ahora y la debilidad me consumía, así que lo que comenzó siendo el típico enfrentamiento entre hermanos, acabó en un poco de odio. Y aunque el tiempo ha pasado, la relación no ha mejorado ni creo que lo haga.

—Veo que estás despierta —murmura Patrick a mi lado—. Y ese ceño fruncido me dice que estás pensando en algo.

—En mi hermano.

—¿Sigues dándole vueltas? —pregunta.

—Sí. Como te dije, no siempre fue así. A veces echo de menos esos momentos —sonrío con tristeza—. Pero luego recuerdo que nunca hemos sido un ejemplo de familia unida y se me pasa.

Patrick se queda en silencio unos segundos y lanza otra pregunta.

—Me has contado lo de tu hermano, pero ¿por que tú relación con tus padres es tan tensa?

—¿De verdad quieres saberlo? —musito con la ceja arqueada y veo que asiente—. Es una larga historia. Bueno, más bien un cúmulo de muchas historias.

—Tengo tiempo para escucharlas.

—¿Sabes que este tipo de conversaciones ya sobrepasan lo que se supone que acordamos? —pregunto. Me cuesta encontrar una razón que no implique algo más entre nosotros para sentir la necesidad de contarle mi vida.

Ni siquiera Javi, su amigo con el cual cogí mucha confianza, sabe demasiadas cosas de mí. Y Patrick ya conoce una faceta de mi vida que pocos saben.

—Lo sé, pero quiero saberlo. Quiero conocerte mejor —responde. Sus

ojos grisáceos me miran con intensidad. Parecen traspasarme hasta llegar a mi alma.

Su mirada me inquieta a la par que provoca confianza. Estoy tan confusa que me siento como los pokémones que se atacan a sí mismos.

Y sí, vuelve a ser una comparación un tanto difícil de entender para aquellos que no saben qué es un Pokémon, pero, en resumen, es como una forma de hacerme daño a mí misma al recordar esas cosas y contarlas a alguien con quien no voy a estar para siempre.

—Como ya he dicho, era rara. Mi padre era más permisivo que mi madre, él intentaba apoyarme, aunque no comprendiera qué me llevaba a querer dedicarme a algo que no siempre da dinero y un buen porvenir. Ellos querían que hiciera la típica carrera que me convertiría en empresaria o algo por el estilo —explico y veo que sonrío. Estoy segura de que con mi culo inquieto no me imagina sentada frente al ordenador ocho horas al día—. Pero no lo hice, y ser tan liberal y distinta a ellos comenzó a distanciarnos. Con mi segunda relación, parecía que nuestros problemas se arreglaron, pero solo era porque Jorge era el típico hombre serio y responsable, con un trabajo denominado para ellos de verdad y con planes de futuro que yo creía que también debía tener: formar una familia.

—¿Querían que te casaras y asentaras la cabeza? —Asiento—. Conociéndote, no creo que sirvas para eso.

—Ahora no, pero antes no era así. Era cohibida, con mis puntos de locura, pero la verdadera Beth se ocultaba bajo una máscara de complacencia que terminó por amargarme —continúo—. Como has podido comprobar, mi cuerpo no encaja en los cánones de belleza actual.

—A mí me gusta —reconoce y me da un mordisco juguetón en el pezón que me hace sonreír.

—Lo sé. Sin embargo, sacar la complexión de mi padre hizo que me machacaran continuamente. Lidia y Sergio han salido esbeltos. No te puedes imaginar la de dietas que mi madre probó conmigo, pero lo peor fue que convenció a Jorge para que me comiera la cabeza e intentara cambiar.

Después de terminar la relación, ya no hubo arreglo. Se arrepintieron de muchas cosas que pasaron, aunque me cuesta olvidarlas. Pero gracias a ello, me convertí en lo que soy ahora. Me acepté y nadie volverá a derribarme — finalizo y cojo a Patrick de la mano antes de mirarlo a los ojos.

He ocultado una parte clave en la historia, pero no estoy preparada para decírselo. En ese episodio se encierran todos mis temores en cuanto a las relaciones.

—Sé que falta algo en esa historia.

—Sí, pero no voy a contártelo. Ahora ven aquí y dame uno de esos besos que tanto me ponen.

Me muestra una sonrisa ladina y se acerca a mis labios con rapidez. Nuestras lenguas juegan, cada vez se reconocen más y lo que al principio eran grandes besos, ahora se han vuelto en espectaculares.

El plan era levantarnos, desayunar y pasar el resto del domingo al aire libre paseando por Madrid. Sin embargo, esa idea se ha marchado de nuestras cabezas. Sé que en lo único que él piensa es en comerme y yo siento lo mismo. Se ha convertido en mi droga, mi némesis, algo en lo que deseo caer una y otra vez sin tener que arrepentirme.

Por una vez en la vida me siento aceptada.

Terminamos revolcados en mi cama y derrochamos pasión por cada poro de nuestra piel. Nunca me canso de sentirlo en mi interior, cada vez es diferente. Sus armas son infalibles y él siempre se sorprende con las mías.

No me considero una experta en el arte del placer, pero me defiendo muy bien.

Y no, no es por el manido mito de que las gordas, como tenemos siempre menos posibilidades, lo hacemos mejor. Simplemente, tengo un don. No le busquéis tres pies al gato.

Tras una media hora de juegos previos llega el momento salvaje. Sin

duda, despertar así es todo un lujo al que me estoy volviendo adicta.

Me embiste con fuerza y todo mi cuerpo tiembla de placer. Estoy puesta de cuclillas en la cama y él está de pie en el filo. Agarra mis caderas con fuerza para profundizar todavía más, y cada vez que se mueve, siento que las piernas me flojean.

—¡Dios! —gimo por el énfasis que pone.

—Dios, no, Patrick —se burla.

Arqueo la espalda y con mis brazos rodeo su cuello. Noto la piel ardiente de su pecho desnudo. Continúa con el fuerte vaivén y se entretiene dejando un rastro de besos en mi cuello, el cual mordisquea sutilmente. Me tiemblan hasta las pestañas. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo están activadas.

Me va a dar un infarto. Los gemidos no paran de brotar de mi garganta, e incluso las piernas comienzan a fallarme. Patrick coge mis pechos y los masajea, e instantes después me dejó llevar por un tremendo orgasmo que nos arrasa a ambos.

Caigo desmadejada y sudorosa en la cama y él se tumba sobre mí para dejar más besos.

—Así es como deberían empezarse todos los días —musita y le contesto con un gruñido.

Soy incapaz de articular una palabra coherente.

El resto del día lo pasamos sin hacer nada y, a pesar de ello, las horas pasan demasiado rápido. Cae la noche y ha llegado el momento de despedirnos. Por suerte, el miércoles ya es dos de agosto y nos vamos juntos a Alicante.

¿Quién me iba a decir, hace cosa de un mes, que me iba a ir a Alicante con Patrick, el Gilipollas?

Todavía no me lo creo. Durante ciertos instantes tengo la sensación de

que estoy en un sueño erótico permanente porque me he quedado en coma tras un golpe en la cabeza.

—Nos vemos el miércoles —musita con una sonrisa en mi puerta—. Pórtate bien.

—Eso debería decírtelo yo. Es a ti a quien se le pegan los moscones — respondo burlona.

—¿Celosa?

—Para nada. Eres libre como el viento, galán de pueblo.

Suelta una carcajada y se acerca para besarme.

En el fondo tengo cero ganas de que se vaya. Me gusta tenerlo en mi diminuta casa.

Al cerrar la puerta, suelto un suspiro.

¿Qué diablos me pasa?

Cojo el móvil antes de sentarme en el sofá. Durante estos días no he mirado ni siquiera Facebook o Twitter, y lo cierto es que no me he acordado ni de que existían. En pantalla tengo muchas notificaciones, pero no hay ninguna que llame especialmente mi atención. Respondo algunos *wasaps* y me pongo al día en el grupo de las VIPS, o sea, el grupo que comparto con las cotorras de mis amigas.

Sheila también ha cogido vacaciones y se marcha con Willy de viaje a las Islas Maldivas. La tía mea demasiado alto y siento envidia porque ella vaya a disfrutar de un lugar tan paradisíaco con su pareja, pero me limito a decirle que se divierta y folle mucho.

Por otro lado, Clara está de viaje de trabajo y apenas tiene tiempo. Dice que está un poco desesperada y necesita desahogarse con un hombre. Mi respuesta es que se compre un buen vibrador y solucionado. Para el sexo, no siempre hace falta un hombre o mujer. Uno mismo es capaz de hacerse volar.

Cuando responde, pone el emoticono de enfadada y no puedo evitar carcajearme.

Le doy a la flecha hacia atrás para ver el resto de conversaciones y al fijarme en el nombre de Thor, veo que no me ha escrito en todos estos días. Lo más curioso es que ni siquiera me he percatado. Estaba tan absorta con Patrick que todo a mi alrededor ha parecido desaparecer.

Estoy más idiotizada de lo que pensaba.

Abro la conversación y me pongo a escribir.

—Aquí hay demasiado silencio. ¿Ocupado?

Espero un par de minutos y veo que se pone en línea.

—Hola, diosa. No, ya no estoy ocupado. ¿Me has echado de menos?

—Sinceramente, te he echado de menos justo ahora que he visto que no has escrito desde el miércoles.

Envía emoticonos de risas y no puedo evitar contagiarme.

—¿Alguien especial?

—Más bien alguien que me distrae. No sé si es especial o no, pero sí una buena compañía.

—¿Debo ponerme celoso?

—Pues sí, querido Thor. Debes. A lo mejor deberías replantearte el que nos veamos.

Se queda un par de minutos en silencio y espero atenta al móvil a que conteste.

—Pronto. Todavía no ha llegado ese momento. Pero al final, descubrirás quién soy de verdad.

Su última respuesta me deja con la intriga. Me divierten los juegos de misterio, pero llega un punto que cansan, sobre todo si tratan sobre conversaciones con alguien con quien me siento muy a gusto. La última conversación fue justo antes de que Patrick apareciera en mi casa para quedarse todos estos días.

Y llámame paranoica, pero todo me parece muy raro.

Cuando tengo la intención de tumbarme en el sofá y reflexionar sobre lo ocurrido estos días, la gorrón aparece sin llamar y se sienta a mi lado.

—¿Qué tal tu fin de semana?

—Muy bien, pero, Tanya, ¿te acuerdas de Thor?

—Tu contacto misterioso —asiente—. Claro, ¿qué pasa con él? ¿Habéis quedado por fin? —dice con emoción.

—No. Pero no me ha hablado en estos días que Patrick ha estado aquí. Solo lo ha hecho cuando él se ha ido y...

—¿Crees que Thor es Patrick? —pregunta, sacando la misma conclusión que ronda por mi cabeza.

La propia Tanya lo dijo el día en que se lo conté y me reí en su cara. Pero ahora estoy en modo agente del CSI en busca de pruebas que esclarezcan este misterio.

—No lo sé —respondo con un fuerte suspiro—. ¿Qué motivos tendría para hacerlo? No somos nada. Siento que esto es un juego que acabará perjudicándome.

—¿De verdad no sois nada? —Alza una de sus cejas y me mira burlona. Sus ojos azules brillan. No sé qué estará pensando, pero sea lo que sea, solo está en su mundo de luz y de color.

—De verdad.

—Pues a mí me parece que tanto tú como él sentís algo más.

—Te equivocas —la corto con rapidez.

—Vamos, Beth. Parecía una pareja. Hasta Víctor opina como yo. Ábrete de una vez por todas. Puede que sea el indicado —dice con mucho énfasis.

—No lo es. Así que no le des más vueltas. Suficiente confusa estoy ya como para que vengas tú a complicarlo más.

—Muy bien, dejaré el tema, pero yo no lo complico. Solo lo hacéis vosotros al intentar engañaros.

Capítulo 23

Mi casa se llena de la música de mi amado Jared Leto con su grupo Thirty seconds to mars y canto *This is war* a gritos. Estoy segura de que si alguien me escucha, muere ipso facto.

Son justo las ocho de la mañana del miércoles día dos de agosto y bailoteo mientras preparo las maletas. Patrick ha ido en busca de algo de beber para el viaje, por eso canto y molesto a los vecinos de buena mañana.

Lo más probable es que en estos instantes se estén cagando en todos mis difuntos.

—*It's the moment to fight, to fight, to fiiight* —canto y salto como una loca, y continúo con el estribillo de la canción mientras mezo las caderas.

Cuando me pongo así, hasta me creo que lo hago bien.

Por la puerta aparece Tanya acompañada de Patrick y las bebidas.

—Tía, he escuchado tus berridos desde mi casa. Deberías cerrar esa boca o harás que nos llueva durante todas las vacaciones —musita mi mejor amiga.

Menos mal que la quiero.

—Tampoco lo hago tan mal —le resto importancia.

—Cuando entraba por el portal he visto a una paloma desmayarse —contesta Patrick con la carcajada a punto de salir de su garganta.

Me cruzo de brazos enfurruñada.

—Sois malos y unos exagerados. Vale que no tenga el don de cantar como la Sirenita, pero tampoco es para tanto.

Me giro haciendo un gesto dramático y vuelvo a ponerme a cantar con emoción.

Jared no me contrataría ni como coro para sus canciones, pero me da igual que mi voz no sea como la de los ángeles, en realidad parece la del mismísimo Satán que ha venido a destruir el planeta tierra.

Por encima de la música y mi voz, escucho a Tanya decir que en una hora emprendemos el camino hacia Alicante. Desde Madrid hay aproximadamente cuatro horas en coche. No es mucho, así que llegaremos justo a la hora de comer, y tendremos toda la tarde para disfrutar de nuestro primer día en tierras alicantinas.

Entro en mi habitación y termino de meter las cosas en las maletas. Lo digo en plural porque llevo dos y, además, grandes.

¿Exagerada yo? Para nada.

Nos vamos diez días y para ello necesito un conjunto para cada uno de ellos, cincuenta bragas, bikinis y bañadores, el arsenal de maquillaje, secador, rizador y varios pares de zapatos. Los tampones no me hacen falta porque se supone que no me vendrá la amiga roja en esos días. Todo eso ocupa dos maletas e incluso puede que me quede corta.

Reconozco que tengo un problema cada vez que salgo de viaje. Estoy segura de que, de todo lo que llevo, acabaré usando dos cosas. El resto son los denominados «por si acaso».

La primera maleta está que va a explotar. En el momento de cerrarla lo paso mal. Va tan justa la cremallera que solo me queda la opción de subirme encima. Parece de película, pero son cosas que también pasan en la vida real. Consigo cerrarla a la perfección y me centro en la siguiente, que está igual de llena. Solo falta meter mi cámara —porque no voy a ningún lado sin ella— y terminar de adecentarme antes de salir por la puerta.

¡Vacaciones!

Al salir de nuevo al salón, escucho a Patrick cantar la canción que está

sonando. Es de Imagine Dragons, *Radioactive*, y lo cierto es que no lo hace nada mal. Su voz grave acompaña a la del cantante y, para mi pesar, no desafina ni una sola vez.

¡Todo el mundo canta mejor que yo!

Lo observo con atención desde el estrecho pasillo que va al salón y noto cómo siente la música y sus caderas tienen un movimiento con el que me entran ganas de ir y darle una nalgada.

Estoy fatal.

Con su bailoteo se gira y, al verme, calla de inmediato.

—¿Cuánto hace que estás ahí?

—Lo suficiente para comprobar que tu voz me pone mucho —contesto con franqueza.

—Es igualita a la tuya —se burla.

—Capullo. Acabas de romper el momento. —Suelto un gruñido y pongo un puchero infantil. Se ríe de mí y, en vez de cabrearme, me resulta enternecedor.

La hora de marcharnos ha llegado. Bajar las pesadas maletas desde mi ático sin ascensor hubiera sido una misión imposible para realizar por mí misma. Suerte que Patrick está aquí para ayudarme. Él ha cogido la más pesada y escucho cómo resopla con cada paso. Yo intento no quejarme, pero cuando llegue abajo le daré una patada a la maleta por joderme la mano.

—¿Qué demonios llevas aquí?

—Lo necesario.

—¿Para hacer la vuelta al mundo? —pregunta con sarcasmo.

—Para matarte y no dejar rastro de ti. Seré la primera en cometer un crimen perfecto.

Veo que sonrío y continuamos el camino hasta el coche. Su flamante SEAT Bocanegra está aparcado frente a la puerta. Víctor nos saluda con una sonrisa desde su coche y al ver el esfuerzo titánico que hacemos para meter mis maletas en el maletero, se baja para ayudar.

—¿A quién has asesinado y metido aquí? —pregunta con el rostro contraído por el esfuerzo.

—Todavía a nadie, pero llevo lo necesario para hacerlo.

—No le hagas caso, es una exagerada —lo tranquiliza Tanya, como si Víctor se hubiera creído mi comentario.

Tras el esfuerzo, las maletas están en su sitio. No cabe absolutamente nada más ahí. Entramos en el coche y comenzamos a seguir a Víctor. Me pongo mis maravillosas gafas de sol de una marca muy famosa, *RaboAn* —que encontré en los chinos por tres euros—, porque el sol se clava en mis retinas y siento que se me van a derretir.

—Pon la música que quieras —me dice mientras arranca.

Su coche tiene opción de *bluetooth* y se puede conectar con Spotify, así que saco mi móvil y pongo mi lista de reproducción con una mezcla muy variopinta de estilos.

Menos reggaetón y flamenco, en esas quinientas canciones, encuentras de todo.

Cuando suena la canción de *Locked out of heaven* de Bruno Mars, intento cerrar la boca para no dejar sordo a Patrick. Sin embargo, es imposible que no cante cada vez que suena. El buen rollo que transmite te pone alegre en un instante y se contagia a los que te rodean. Patrick también la canta, mucho mejor que yo, y los dos nos echamos unas risas mientras continuamos el camino.

Es cierto que está conduciendo y debería centrarse en la carretera, pero, no sé vosotros, yo cuando canto me concentro más. Soy así de especial, y mi cerebro, creo, funciona de forma distinta al del resto de humanos.

—¿Has estado alguna vez por Alicante? —me pregunta cuando ya llevamos la mitad del camino.

No tengo ni idea de dónde nos encontramos. No me he parado a mirar las señales. En lo único que me centro es en ver el coche de Víctor. No lo hemos perdido ni una sola vez y eso se debe a que es un lento.

—La verdad es que no. Sí que he estado por la costa de la comunidad Valenciana, pero nunca en Alicante. He ido más por la zona de Castellón —respondo—. Víctor dice que tiene playas muy bonitas. ¿Y tú?

—Sí. ¿Recuerdas cuando Víctor nos hablo de las Hogueras? —Asiento. Fue lo primero que mencionó—. Un año estuve allí. Es alucinante el ambiente que hay, tanto en plena ciudad como en las playas.

—¿Así que te gusta quemar cosas? —pregunto burlona.

—Es divertido —responde con una sonrisa—. Ya te llevaré a un sitio secreto que conozco. Estoy seguro de que te encantará para hacer fotos.

—Me suena a picadero. Tú lo que quieres es que te coma el tigre.

Suelta una fuerte carcajada y una vez más me dice que soy un poco burra.

Lo soy, y también él me pone muy burra en el sentido sexualizado de la palabra.

—¿Estás preparado para aguantarme diez días? —pregunto con cautela.

Es algo que me he planteado mucho, además de la posibilidad de que él sea Thor.

—No lo sé. Pero acepto el reto.

Le sonrío juguetona y me pongo a pensar mientras la música sigue sonando. Tengo valor para muchas cosas, no obstante, me cuesta preguntarle si él es el misterioso Thor que me habla a diario. Pensarlo me hace coger el teléfono móvil y mirar los *wasaps*. Además de mensajes por parte de Clara y Sheila deseándonos un feliz viaje, no hay ninguno más.

Thor no ha hablado.

¿Será Patrick?

Si hay otra cosa que me caracteriza es la enorme capacidad para inventar historias de ciencia ficción que extrapolo al mundo real. Así que, a pesar de las evidencias que tengo delante de mis narices, opto por no preocuparme demasiado.

Patrick está aquí, si de verdad fuera él, significaría que lleva un doble juego, pero querer pasar las vacaciones conmigo puede tener más significado.

¿Cuál?

No tengo ni puta idea.

—¿Qué haces? —pregunta con intriga. Llevo varios minutos en el mundo de los unicornios con mis teorías dignas de Iker Jiménez del programa *Cuarto Milenio*.

—Mirar los mensajes —contesto con indiferencia. Sin embargo, es mi oportunidad perfecta para sacar las dotes de investigadora nata y sacarle información—. Llevo un mes hablando con un tío.

Gira un momento la vista del volante y me penetra con su mirada grisácea.

Todavía no lo he dicho, pero esos ojos deberían estar penados por la cárcel. Son tan intensos que te bloquean el cerebro.

—¿Debo ponerme celoso? —arquea una ceja. Y, por un momento, pienso que lo dice en serio.

Estúpida soñadora...

—No. Si tuviéramos una relación, quizá, pero no la tenemos. Así que...

Dejo la frase sin finalizar y espero a que él diga algo más.

—Tienes razón —acepta con seriedad—. ¿Es mejor que yo en la cama?

—Si lo conociera en persona, a lo mejor podría comparar, pero solo hablamos. Sé que él me ha visto, fue a mi exposición, aunque nunca me ha mandado una fotografía —me sincero.

Por el rabillo del ojo observo sus reacciones a mis palabras. Se muestra impasible. Su respiración no parece acelerarse y el latido de su corazón es normal.

Todo eso lo sé porque tengo una percepción extrasensorial de lo que me rodea.

Es broma, pero, en definitiva, no obtengo ninguna reacción por su parte que me esclarezca el misterio.

—Parece un acosador, deberías tener cuidado —dice en tono jocoso.

—Algún día descubriré quién es. Mientras tanto, disfruto con los mensajes —digo para ver si añade algo más, pero se queda en silencio y por mi cabeza continúa rondando la misma teoría.

Puede que sea él.

El resto del camino lo utilizo para echarme una cabezadita. He dormido poco, admito que llevo desde el lunes nerviosa y no encuentro una razón coherente para explicarlo. Las vacaciones son para disfrutarlas, no obstante, pasarlas junto a una persona con la que tengo un rollo extraño... Es eso: extraño. Mi cabeza se monta sus películas más fantasiosas de lo normal. Sentirme tan a gusto con él es negativo para mi cordura, pero en el fondo —no tan fondo— me encanta.

Soy masoquista.

Me despierto de golpe cuando noto cómo el coche frena. Abro los ojos con lentitud y me encuentro con la cara de Patrick a escasos centímetros. Deja un beso en mis labios mientras murmura que por fin hemos llegado.

La casa de Víctor está delante de nuestras narices. El novio de mi amiga

nos abre un enorme portón y entramos hasta el *parking*.

Cuando decía que tenía una casa en Alicante, en la zona de L'Albufereta, en ningún momento me esperaba un lugar así de precioso. Nada más entrar te encuentras con un precioso *chalet* de color blanco con tejados en color rojizo y una amplia estructura que promete ser muy acogedora. El suelo de la entrada es de color beige y hace contraste con el blanco impoluto del lugar.

—Joder con el Pelucho —murmuro al salir del coche, haciendo sonreír a Patrick.

Descargamos las maletas en el espacioso garaje y Víctor nos ayuda de nuevo mientras Tanya va dando saltos como un unicornio.

Nos hace una visita guiada por la casa. Nada más entrar nos encontramos con un salón diáfano, todo pintado de blanco y con el sofá a conjunto frente a un televisor de unas cincuenta pulgadas. Está decorado de forma minimalista para hacer que parezca todavía más grande. Hay plantas y cuadros para darle el toque de color y mi boca no se cierra en ningún momento de lo bonito que es todo. También estanterías llenas de libros, un sofá enorme y, al fondo, una espaciosa cocina que está prácticamente nueva, con una isleta en el centro de estilo muy americano. Todo parece reformado.

Por el camino, Víctor nos indica que hay tres baños, pero antes quiere presumir de lo que hay en el jardín. El verde empaña mi vista. Tiene una zona exterior inmensa con una piscina digna de gimnasio. Junto al porche de acceso a la casa, hay una gran barbacoa eléctrica y una zona *chill out* que nos servirá para pasar buenos ratos al aire libre.

Si pudiera definir la casa en una palabra, sería tranquila. Hay varias alrededor, pero no se escucha a nadie y eso, sin duda, es un punto muy importante a su favor. De los baños, solo uno de ellos goza de un estupendo hidromasaje y todos son preciosos. Nos enseña por encima las habitaciones y por último nos deja en la que será la nuestra durante estos días.

La casa tiene cuatro dormitorios, pero ha creído conveniente meternos a los dos en la misma.

—Cabrón —le digo al oído cuando paso por su lado.

—Me lo agradecerás algún día. —Le hago una peineta con el dedo corazón y entro en la habitación sin dejar de mirarlo como si estuviera poseída.

—Este sitio es muy chulo —dice Patrick, soltando al fin mis pesadas maletas. Yo dejo la suya sobre la cama. No pesa apenas.

—Sí —reconozco mientras observo la luminosidad de la habitación. Al igual que el resto de las estancias, es blanca, con una enorme cama de matrimonio en el centro, dos mesitas a los lados y, justo enfrente, un armario con las puertas de espejo—. Si quieres, puedo decirle a Víctor que yo duermo en otra habitación.

—¿Por qué? —pregunta, confuso.

—Porque no quiero que ninguno piense lo que no es. Esto son unas vacaciones y...

—Hemos venido a divertirnos. Quiero dormir contigo y —me corta y se acerca a mí lentamente— quiero follarte día y noche. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo —sonríó burlona y espero hasta que nuestros labios vuelven a entrar en contacto. Debo decir que me acabo de poner malísima—. Pero te diré una cosa, no ha cambiado nada entre nosotros.

Asiente sin decir palabra.

Si os soy sincera, no sé por qué he dicho eso. Es como que mi mente habla por mí para adelantarse a lo que pueda ocurrir. Son palabras que soy incapaz de frenar y salen porque, en el fondo, yo soy la primera que comienza a construir castillos en el aire. Y no me apetece nada encontrarme a un troll en la torre que venza a la guerrera que creo ser.

Capítulo 24

El día no ha hecho nada más que comenzar. Víctor y Patrick han salido en coche al supermercado más cercano porque tenemos intención de hacer una buena barbacoa. Son casi las dos del mediodía y el hambre comienza a poseer nuestros cuerpos.

Tanya está guardando sus cosas en el armario mientras yo la observo. Cuando me voy a alguna parte, soy de esas personas que lo deja todo en la maleta. A excepción de la cámara, que ya la he dejado en el salón, preparada con el nuevo objetivo para immortalizar cada momento de estas vacaciones que espero que se conviertan en inolvidables.

—Que calladito tenías que el Pelocho estaba forrado —bromeo. Esta casa tiene pinta de valer una pasta.

—No está forrado. Sus padres son los dueños de la empresa en la que trabaja —explica y se encoge de hombros. Esa parte no me la había contado.

—Ahora entiendo lo de su pelo de escoba, es lo que tiene estar enchufado —bromeo y sé que Tanya capta la broma porque frunce tanto el ceño que parece tener solo una ceja—. No me mires así, ha tenido gracia.

—Idiota.

Continúa sacando cosas de la maleta y deja sobre la cama la toalla de playa y su bikini junto a un pareo muy mono, que cuando termina de vestirse, coloca como si fuera un vestido.

—Apuesto lo que quieras a que el truco del pareo te lo ha enseñado Sheila. —Asiente con una carcajada y yo niego.

Seguro que Sheila no lo sabe por ser experta en moda. Me apostaría una teta a que lo ha visto en algún vídeo de YouTube.

No hay nada que YouTube no te enseñe. Hay hasta tutoriales para hacer bombas caseras.

¡El mundo está muy mal!

Guarda las maletas vacías en el fondo del armario y me empuja hasta mi habitación para que me ponga mi bikini.

—No sé si me bañaré, Tanya. Vamos a hacer una barbacoa y después tendré que hacer la digestión —digo convencida, aunque sin convencerla a ella.

—¿Ahora tienes vergüenza de ponerte un bikini? ¿Tú? —pregunta con cierto grado de incredulidad.

—Para nada. No es vergüenza —miento.

Porque sí, me da vergüenza que Patrick y Víctor vean mis lorzos al descubierto. Yo las encuentro sexis, pero quizás a ellos se les atragante la comida al verlas, y eso que el primero ya se las sabe de memoria.

—Beth. Póntelo, ahora.

—Siento decepcionarte, pero no quiero acostarme contigo, no tengo un pene en el que poner el preservativo.

Me da una colleja y aúllo de dolor.

¿Qué me pasa? Estoy más idiota de lo normal.

Tanya me da un ultimátum. Se va al baño y dice que si no estoy preparada cuando regrese, tira mi cámara réflex a la piscina.

Obviamente, le he dicho que, como haga eso, la descuartizo y la cocino en la barbacoa, aunque es capaz. Así que suelto un largo suspiro y saco de la maleta el bikini que Sheila encontró para mí. Es tan bonito que me entran ganas de gritar como una *groupie*. Dejo la ropa que llevo puesta a un lado y me lo pongo. Al terminar, fijo la vista en el espejo del armario y me miro con atención.

Debo reconocer que me queda bien. Ser pechugona ayuda mucho. El sostén del bikini los junta y me hace un escote de infarto. Y la braguita se agarra justo en mi cintura y eso sirve para recoger el exceso de carne.

—¡Vaya bellezón! —dice Tanya desde la puerta—. ¿Me das tus tetas?

—No. ¿De verdad me queda bien? —pregunto.

—Sí, Beth. Está hecho para ti. ¿Por qué estás tan insegura? —pregunta. Mostrar inseguridad no es algo que me caracterice desde hace mucho tiempo.

—No lo sé.

—Pues yo sí. Tu inseguridad tiene nombre de hombre, empieza por P y termina por K —se burla y le dedico una mirada asesina—. No me mires así. Reconoce de una vez que te gusta más de lo que piensas.

—Solo es sexo —repito. Es mi mantra, lo único que me mantiene firme.

—Ya me lo dirás cuando termine esta semana, amiga mía. No cierres la puerta de tu corazón.

Su frase me ha recordado a una canción de Frozen.

Cuando estoy a punto de contestar, desaparece de mi habitación.

Vuelvo a mirarme en el espejo y suelto un fuerte suspiro. Si le hiciera caso, todo lo que me empeño en alejar de mí, me arrollaría. Y no me apetece.

No estoy preparada para una relación. No, después de aquello que todavía no he terminado de contar. Pero sé que os hacéis a la idea de que no fue bueno. Ni para mí ni para nadie. Todo cambió tras esa relación. Yo cambié. Y me prometí no volver a caer en las redes de ningún hombre.

Sobre todo, de un hombre que pretendiera cambiarme.

¿Patrick lo intentaría?

Es una pregunta que no soy capaz de responder. Así que prefiero curarme

en salud.



Patrick y Víctor llegan una media hora después cargados con todo tipo de carne que dejan en la mesa del jardín. Salgo con un holgado vestido para tapar el bikini y me reúno con ellos. Además de la carne, han traído todo tipo de bebidas, así que mientras ellos se encargan de cocinar, Tanya y yo comenzamos a beber a la luz del sol.

—¿Te apetece un baño? —pregunta mi amiga. Llevamos un par de copas encima. La carne se cocina con lentitud y se nos han acabado los temas de conversación. Beber es la mejor forma de entretenerse.

—Mejor luego —respondo poco convencida. Hace mucho calor y estoy sentada con la vista puesta en el agua. Parece decirme ven y no me dejes sola.

Me siento como Vaiana con la llamada del océano. En este caso, la piscina me ha elegido a mí para que inunde mi cuerpo con sus aguas.

—Qué cámara tan bonita, ¿no? ¿Será acuática? —dramatiza Tanya.

—Te mató. Te lo juro.

—Pues al agua, ahora.

Suelto un bufido frustrado. Tanya sabe que me apetece mucho remojarme y hace lo que sea para obligarme.

De reojo veo a Patrick mirarme y no me pierde de vista cuando me quito el holgado vestido. Tengo tentación de taparme, sin embargo, me decanto por no mirarlo, arrastrar a Tanya y empujarla al agua.

—¡Está fría! ¡Coño!

Me río desde el borde de la piscina y veo cómo tiembla.

Una cosa es que haga calor, pero el primer instante en el agua hace que

tengas la sensación de que el invierno ha llegado.

—Eso te pasa por amenazar con tirar mi carísima cámara al agua —le digo mirándola con intensidad.

—Te toca entrar —dice y veo como de reojo mira a la zona de la barbacoa. Hay una sonrisa en los labios de mi amiga demasiado sospechosa.

Y con razón. Noto algo a mis espaldas, y segundos después, me encuentro sumergida en el agua.

—¡Me cago en ti! —grito cuando consigo salir. Me he bebido un buen vaso de piscina. Solo espero que Víctor y su familia no sean de los que mean en el agua.

Enfoco la vista y miro al cabrón que me ha tirado al agua. Patrick se burla en el filo de la piscina y sus carcajadas resuenan al aire libre.

Se marcha de nuevo hacia la barbacoa y fijo mi vista en él con inquina. Está junto a Víctor dándole la vuelta a la carne y segundos después vuelve a mirarme, me guiña un ojo y comienza a quitarse la camiseta de forma sensual. Recorre su abdomen con la mano y la tira a un lado como si hiciera un *striptease*.

¡*Argh!* Suerte que estoy en el agua y no se nota el calor que tengo.

—Si no fuera porque quiero a Víctor, te tendría mucha envidia —me dice Tanya. Se ha acercado a mí y ambas estamos apoyadas en el filo de la piscina, mirando a su chico y a Patrick—. Está muy bueno.

—Lo sé. Sin embargo, no hay nada de lo que tenerme envidia. No somos nada —admito—. ¿Ya le has dicho «te quiero» a Víctor?

—Sí. Ya te dije que vamos en serio. Le quiero, Beth. Estoy muy a gusto con él. Creo que por fin he encontrado a la persona indicada para mí —dice con emoción.

—Me alegro mucho. —Le sonrió con sinceridad y aprovecho para darle un abrazo y hacerle una ahogadilla.

Tras el baño, los chicos avisan de que la comida está servida. Es todo un lujo que sean ellos los encargados. Porque si hay otra cosa que no me gusta, es cocinar. Soy más de las que prefieren comer sin pasar horas metida en la cocina. Antes de sentarme, vuelvo a ponerme la camiseta.

Patrick se sienta justo a mi lado y noto cómo se acerca a mí.

—Ese bikini me está volviendo loco —susurra y no puedo evitar sonreír. Me siento halagada por sus palabras.

—Habrá que castigarlo por semejante atrocidad —respondo juguetona.

—Puede que lo destruya por ocultar las cualidades de una diosa.

Quiero contestar, pero me he quedado sin palabras.

Joder, Patrick tiene una labia que consigue superar a la mía. Cada sílaba que pronuncian sus labios me cautiva. Una parte de mí quiere abrirse y creer en lo que dicen, pensar que no son solo un juego de seducción para él. Mas esa parte está aterrada.

Soy una rencorosa y todavía recuerdo nuestro primer encuentro, donde seguro Patrick fue presa de los prejuicios que caracterizan a la sociedad. Quiero pensar que no piensa así de mí, pero no puedo evitarlo.

Son de esa clase de miedos que ahogan y coartan la libertad de quien los tiene. No quiero sentirme presa. Él no pega conmigo, sin embargo, al pensar yo misma eso, soy la primera que está siendo prejuiciosa y da la razón a aquellos que critican.

Comemos entre risas la ingente cantidad de carne que han hecho. Esta noche no hará falta que hagamos nada porque con las sobras tendremos suficiente. Al terminar, nos tumbamos en las hamacas al borde de la piscina y nos embadurnamos de crema solar. Soy bastante blanca, por no decir mucho, así que no me apetece salir de aquí pareciendo una gamba.

—¿Me echas en la espalda? —le pido a Patrick. Sonríe juguetón y me pide que me ponga un poco hacia adelante.

Noto cuándo se pone justo detrás de mí y hace descender los tirantes del bikini para echar la crema. La unta con lentitud. Hace de algo tan banal un juego muy sensual. Sus manos repasan mi espalda con suavidad y acaricia la curva de mi cuello.

—¿Estás echando crema o intentando llevarme a la cama?

—Puede que ambas cosas.

Sonrí juguetona y giro la vista cuando escucho un sonido muy familiar: el de la cámara al hacer una foto.

—¿Qué haces? —pregunto a Tanya.

—Nada. Me apetecía haceros una foto. —Sonríe y yo arqueo una ceja.

Maldita soñadora.

—Déjala sobre la mesa, sucia Muggle. Eres muy torpe y no quiero que mi niña tenga un accidente mortal.

Tanya saca la lengua y la deja justo donde le he dicho. Patrick continúa untando crema a pesar de que hace rato que debería haber terminado.

—¿Te vienes al agua? —pregunta. Giró el cuello hasta mirarlo y veo que tiene esa sonrisa ladeada tan *sexy*.

¿Cómo voy a decir que no si me mira así?

Entro por las escalerillas antes que él y me meto con lentitud. No me apetece nada tener un corte de digestión y si de algo se encargó de enseñarme mi madre, es a hacerlo con cautela para que eso no ocurra. Me mojo el cuello, la barriga, los brazos... y, finalmente, meto el cuerpo entero hasta que mis pies tocan el suelo. Es la parte menos profunda de la piscina. Patrick se une a mí y da una brazada para después rodearme con sus brazos.

—En serio, me tienes encandilado con ese bikini —dice, echando una ojeada. Quizá lo habría tomado más en consideración si no estuviera

mirándome las tetas sin disimulo alguno.

—Pierdes credibilidad —ríó.

—Es que hay dos distracciones. No puedo evitarlo —contesta con gesto infantil y se encoge de hombros—. Pero lo digo en serio. Me gusta mucho.

Debe haber visto algo en mi cara porque se pone serio de inmediato.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —niego con una falsa sonrisa que por supuesto no cuela.

Sí pasa algo, los demonios del pasado rondan por mi cabeza y no soy capaz de expulsarlos de un cabezazo. Comienzan a atormentarme sin razón. No les he dado una invitación a mi mente.

—Beth... —susurra Patrick y con su mano me alza el mentón para que lo mire—. Te estoy echando un cumplido. Uno que para mí es completamente cierto —musita con sinceridad.

Y sé que no miente porque lo dice su mirada grisácea. No hay rastro de burla, solo certeza. Y no sé cómo sentirme al respecto.

Capítulo 25

Los pensamientos se amontonan en mi mente de forma que no puedo pensar con claridad. Siento agobio, un pánico que quiere paralizarme.

Salgo de la piscina sin ser capaz de decir nada. Tanya y Víctor me ven salir escopeteada y veo que mi amiga intenta seguirme, pero la paro antes de que diga nada.

Necesito unos momentos a solas.

He dejado a Patrick en la piscina, probablemente confuso por mi reacción fuera de lugar, pero durante un instante me he sentido tan insegura que mi reacción ha sido huir.

He sido cobarde.

Mucho.

No he podido evitarlo. Las palabras de Patrick me han recordado a Jorge. Él también decía que estaba increíble durante un tiempo, luego todo se volvió oscuro y con ello se afianzaron los miedos en mi interior. Cambió, me hizo cambiar y me hundió, y ha sido como si un jarrón de agua congelada cayera sobre mí al compararlo con él.

Paralizándome.

Me tumbo en la cama de la habitación y respiro fuertemente mientras fijo la mirada en el techo.

—¿Qué coño me pasa? Aquello ya pasó, Beth. No se va a repetir de nuevo —me digo en voz alta para creerlo.

No entiendo por qué vuelvo a sentirme insegura. Sabía que, en algún momento, el muro se vería derribado, aunque no tenía pensado que fuera tan

pronto. Debo reconstruirlo para no perderme.

He dejado las sábanas empapadas. He salido tan rápido de la piscina que no he tenido tiempo de secarme. El pelo se pega en mi cara y, como no lo peino, pronto los enredos serán indomables.

Decido incorporarme y me quedo unos segundos sentada frente a la puerta. Alguien llama y a los pocos segundos aparece Patrick. Tan perfecto como siempre. Sus ojos azul grisáceo están entrecerrados. Se le ha formado una pequeña arruga en el entrecejo y veo preocupación en su impoluto rostro.

—¿Qué te pasa? ¿He dicho algo que te ha molestado? —Niego con la cabeza, sin ganas de dejar brotar las palabras de mi garganta—. Beth... —susurra y vuelve para alzarme el mentón y que lo mire a los ojos—. Explícame qué ha pasado, por favor —suplica.

—No ha pasado nada —respondo sin ganas.

—¿Y por qué no te creo?

—No lo sé. Ese ya es tu problema.

Suelta un bufido frustrado y se levanta de la cama para pasear por la habitación de forma inquieta. Me está poniendo de los nervios y sé que mi forma de tratarlo es injusta.

—Beth. Creo que ya hemos alcanzado cierto grado de confianza, deberías ser capaz de abrirte.

—¿Abrirme? ¿Para qué? —digo con amargura—. Lo que tenemos no es nada. Puede que nos acostemos cada vez que apareces por mi casa y estemos pasando las vacaciones juntos, pero no somos nada. Ambos dijimos que esto solo era diversión.

—Tienes razón —me corta—. Lo era.

—¿Por qué lo dices en pasado? ¿Acaso algo ha cambiado?

—No —musita. Noto cierto tono indeciso, aunque le resto importancia.

—Pues ahí tienes la respuesta a por qué no me abro. Hay cosas que no estoy preparada para contarte —explico y me tumbo de nuevo en la cama.

Estoy incomoda, me molesta el bikini y la humedad en el cuerpo, pero estoy en modo *drama queen* y salir para secarme no entra dentro de mis planes.

Puede que me esté ahogando en mis propios recuerdos, sin embargo, eso no quita que siga siendo yo.

—¿Por qué?

—Porque no me apetece darte pistas para que me destroces —contesto sin pensar.

Hubiera sido mejor cerrar el pico.

Mi contestación ha hecho que se acerque de nuevo y se pare frente a mí. Se ha hecho un hueco en la cama y me mira sentado.

—¿Acaso crees que pretendo eso? —me pregunta con incredulidad.

Beth, lo estás arreglando.

—No sé lo que pretendes, puesto que no te conozco tanto, pero es una posibilidad que no estoy dispuesta a comprobar.

Suelta un bufido frustrado y veo en su cara que parece tener ganas de arrancarme los pelos.

Y no es el único.

Yo misma siento esa frustración correr por mis venas. Hacía demasiado tiempo que no me daba un ataque de idiotez supina. Normalmente, lo paro a tiempo, no obstante, una vez llega, no puedo hacerlo.

—Beth, estoy contigo porque me da la gana.

—Estás conmigo porque follo de miedo —digo con sinceridad. No es por

dármelas de la mejor, aun así, soy muy buena.

—Eso es cierto, pero no es por eso. Me gusta estar contigo. Eres divertida, sensual, diferente a todas las mujeres con las que he estado — admite.

—Tú eres demasiado parecido a los hombres con los que he estado.

—¿Y ese es tu gran miedo? —pregunta de nuevo.

—¡Pues sí! —grito y me levanto. Lo paro en uno de sus paseos y nos encaramos con la mirada—. Llegará el día en que te canses de la gorda y busques a alguien más afín a ti, a la que puedas enseñar con orgullo, sin tener que esconderte en mi piso para que no te vean con alguien con la que no pegas ni con cola.

—No me escondo. Me importa una puta mierda lo que piensen los demás y pensaba que a ti también —me reprocha—. Y creo que es algo que ya he demostrado con creces.

Yo también lo pensaba. Pero sí que me importa, más de lo que quiero que lo haga.

Me quedo unos segundos en silencio. Patrick está desesperado porque continúe hablando. Intenta ahondar en mis sentimientos y eso me confunde. Esta conversación lo único que parece que conseguirá es que nuestra distendida relación se complique.

Y no me apetece poner en Facebook: «En una relación complicada».

Estoy de pie frente a él sin apenas moverme, semidesnuda con un bikini que me queda de miedo y mojada como complemento para sentirme más desgraciada.

—¿No hablas? —pregunta al fin.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que te creo? Porque si esa es la respuesta que buscas, no puedo dártela. Soy una desconfiada, lo reconozco.

—¿Por qué?

—Patrick, no me hagas hablar de ese tema —suplico y me tiro de nuevo en la cama.

—¿Es la parte de la historia que te saltaste? —Asiento—. Sea lo que sea, yo no voy a hacerte lo mismo.

Se arrodilla en el suelo para ponerse a mi altura y me obliga a que lo mire. Nunca había visto ese rostro en él. Ambos hemos estado siempre de risas, dejando a un lado cosas que chafan cualquier fiesta. Y verlo de esta forma, con ganas de que desnude mi corazón y dispuesto a escucharme, consigue que me ablande demasiado.

—Eso mismo me hizo creer Jorge —musito—. Tuve una relación con él durante tres años, poco antes de dedicarme a la fotografía de forma profesional —comienzo—. Lo nuestro fue muy rápido. Yo era bastante inocente, la chica invisible para todos. No me arriesgaba ni siquiera a ponerme un escote por miedo a burlas de los demás. Jorge me respetaba. Durante el primer año, todo fue como en todas las historias de amor. Era atento, detallista, me apoyaba en todo lo relacionado con la fotografía y se llevaba muy bien con mis padres —continúo. Suelto un suspiro y me preparo para continuar. Todavía no sé por qué estoy haciendo esto—. Durante un tiempo, ya no fui la rara de la familia. A él le respetaban y me escudé en que mis padres y mi hermano apreciaban a Jorge, para creerme que él era el hombre de mi vida.

—¿Y lo era? —pregunta Patrick. Se ha sentado justo a mi lado en la cama y escucha la historia con atención.

—Para nada. Todo cambió muy deprisa. Mis padres siempre habían opinado sobre mi físico y yo intentaba complacerles con dietas que solo servían para deprimirme. Eso desapareció cuando comencé con Jorge, sin embargo, en el instante en que él comentó que con mi cara tan bonita estaría mucho mejor si perdiera unos cuantos kilos, aquello se convirtió en acoso y derribo por parte de todos. Lo dijo delante de mis padres —hago una pausa y respiro profundamente—. Los siguientes dos años de relación los pasé amargada. Me miraba al espejo y sentía asco. Jorge, con la ayuda de mis

padres, intentó cambiarme, hasta que me obsesioné tanto que dejé de comer, para luego meterme atracones nocturnos que siempre terminaban de la misma forma: en el baño forzando el vómito.

Hago otra pausa y lleno mis pulmones de aire. Me noto los ojos humedecidos y no quiero llorar. Me cuesta mucho hablar de esto.

—Caí en la bulimia —digo al fin y le miro. Se queda en silencio, sin saber qué decir.

No sé cómo interpretar su mirada, pero veo compasión en ella. Y me hace sentir indefensa.

—Nadie lo vio venir. Lo oculté durante casi un año. Para ellos solo contaba que me veían mucho mejor tras perder unos kilos. Ese era su único propósito, hacerme cambiar cuando yo no quería eso —río con amargura—. Ni siquiera se dieron cuenta de que me sumergí en una vorágine de autodestrucción. Su único pensamiento era que Beth había decidido al fin cambiar, por su salud, sin darse cuenta de que lo que estaba haciendo para complacerlos, jodía mi salud más que los kilos de más que siempre he tenido. —Limpio con el dorso de mi mano las lágrimas que comienzan a caer y respiro hondo.

No puedo decir con palabras todo lo que sentí cuando aquello ocurrió, solo puedo decir que me marcó de por vida.

—Solo Tanya, Sheila y Clara se dieron cuenta de que algo pasaba —continúo—. Apenas quería verlas, me encerraba en mí misma, e incluso le prohibí la entrada a mi casa a Tanya. La esquivaba.

—¿Por qué?

—Porque sabía que ella sí se daría cuenta —respondo, mirándolo a los ojos—. Un día, tras una comida familiar, no probé bocado. Tenía el estómago cerrado y, al salir de allí, Jorge me miró de arriba abajo y murmuró: «Esto no es suficiente, Beth. Si no cambias, esto no funcionará. Nos hemos estancado de una forma que no me gusta».

—Menudo hijo de puta.

—Esa frase fue el detonante, hacía tiempo que sospechaba que me engañaba porque yo no era suficiente para él. Intenté mandarlo a la mierda ese día, pero no tuve valor. Era demasiado cobarde, estaba abatida. Al llegar a mi edificio, presa de la más absoluta desazón, hice algo de lo que me arrepiento. —Me callo unos segundos. Pocos saben esta parte. Es algo que nunca debí hacer y me siento tan idiota cuando lo recuerdo, que me golpeo mentalmente por débil—. Por esa época tomaba pastillas para dormir, así que me metí unas veinte pastillas. Una detrás de otra, hasta que perdí la consciencia.

—Joder.

—Cuando desperté estaba en el hospital. Tanya me agarraba de la mano con los ojos enrojecidos. Llegué con el latido casi inexistente, tuvieron que reanimarme y, al despertar, tuve que confesarle todo a mi mejor amiga. Me desahogué con ella. Lloré durante horas y, desde ese día, ella hizo lo posible por rescatarme de la negrura en la que yo misma me había sumergido por culpa de las habladurías. Fue mi salvavidas.

—¿Y tus padres? ¿Y Jorge?

—Mis padres no se enteraron. Tanya me encontró inconsciente en casa y llamó a la ambulancia. Hizo bien en no avisarles porque cuando salí del hospital y se enteraron, me hicieron sentir como la culpable. Jorge desapareció, cortó por mensaje y durante los meses siguientes mis padres me culparon por perder la oportunidad de tener a alguien que de verdad me quisiera. Ellos desconocían lo de mi trastorno, pero conocían las cosas que Jorge me decía y me sentí perdida al no verme apoyada. Fue Tanya la que les plantó cara, les contó todo lo que me había pasado y el problema que tenía. Desde entonces, ellos se culpan por haber dejado que llegara hasta ese extremo, y yo también lo hago. Por eso seguimos sin llevarnos demasiado bien —finalizo y sorbo por la nariz incapaz de cortar las lágrimas.

Patrick me agarra de la mano y la acaricia antes de dejar un beso en mi mejilla.

—Por eso nació la nueva Beth.

—Sí, sarcástica, que no quiere relaciones y a la que le importa una mierda lo que piensen los demás. Sin embargo, a veces es difícil olvidar ciertas cosas y aparecen en el momento menos oportuno. Como hoy.

Me encojo de hombros y él me da un abrazo.

—Gracias por contármelo, Beth. ¿Sabes una cosa? —dice y niego—. Me alegro de haber conocido a esta Beth. Estás segura de ti misma, eres alocada y la mujer con la sonrisa más bonita. Yo nunca te pediría cambiar, solo te diría que siempre fueras tú sin importar lo que dijeran los demás.

—Eso es lo que intento cada día. —Patrick me dedica una sonrisa y no puedo evitar hacer lo mismo. En el fondo siento que me he quitado un peso de encima. Hablarlo siempre es una liberación y su rostro apacible y lleno de ternura ha conseguido que no me arrepienta de haberlo hecho.

Me ha escuchado con atención, sin juzgar, solo mostrando apoyo incondicional.

—Gracias —le digo.

—¿Por qué?

—Por insistir en que te lo contara. Ha sido una liberación.

—De nada, preciosa. Ahora deja de llorar y vamos a la piscina a darnos un buen remojón. Luego ya me encargaré de arrebatarte ese bikini que me tiene loco.

Capítulo 26

Salimos de la habitación en el momento en el que al fin he conseguido calmarme de la llantina. Patrick me coge de la mano y sonrío como una boba. Me da un abrazo y deja un beso en mi mejilla con suavidad.

Contarle esa parte de mi vida ha conseguido algo, que comience a confiar en él de verdad. Y me asusta. Durante unos instantes he dejado de pensar en los prejuicios que tenía sobre él. Puede parecer alguien perfecto, de esos tíos buenos que solo buscan acostarse con toda mujer viviente y si son de cuerpo diez, mejor, pero tiene algo más. Es más intenso, se interesa por mí y no entiendo por qué. Recuerdo nuestra primera conversación intensa, en la que me confesó que nunca se había enamorado. Creo que por aquellas palabras creé la errónea personalidad de una persona que parece ser algo más que un cuerpo.

Definitivamente, Tanya tiene razón y al final siempre soy yo la que tiene prejuicios.

No lo puedo evitar.

Todos en algún punto de nuestras vidas nos fijamos en las apariencias, sin tomar el tiempo suficiente para ahondar en lo que hay en el interior. Eso nos hace tomar decisiones que normalmente no son las aceptables, sin embargo, al no darnos cuenta, quizás estamos perdiendo cosas con mucho valor.

Yo no sé si soy valiosa, tengo mis momentos de debilidad y ni por asomo soy perfecta, solo real. Con muchos defectos, físicos y mentales, pero soy así. Me costó mucho aceptarme y lo hice tras muchos intentos. La flaqueza a veces me posee, pero salgo a flote.

Siempre.

Eso es lo que hay que hacer. Si te caes, te levantas, de la misma forma que hay que hacer cuando vivimos cosas que nos hacen daño.

Acabo de tener esta epifanía mientras camino de nuevo a la zona de la piscina. Tanya y Víctor continúan sentados en la mesa y veo a mi amiga con rostro preocupado.

—¿Habéis terminado la fiesta? —digo con una sonrisa. Es lo único que se me ocurre para hacerle ver a mi mejor amiga que estoy bien.

Ahora lo estoy.

—Por supuesto que no. ¿Quién quiere una ronda de chupitos? —anima Víctor y nos enseña una botella de tequila que está demasiado llena.

Patrick y yo alzamos la mano y nos sentamos muy juntos en los sillones acolchados de la zona *chill out*. Víctor se levanta y va a por unos vasos para servirlo, así que mi amiga aprovecha para interrogarme.

—¿Estás bien? —Asiento con una sonrisa y me echa esa cara de saber que he llorado. Cuando he llegado, iba maquillada, y entre las lágrimas y el agua, debo parecer un familiar de los osos panda.

—Hemos tenido una larga charla.

—De eso ya me he dado cuenta —ironiza.

—Por cierto, Tanya...

—Dime.

—Gracias —le digo.

—¿Por qué?

—Porque tú me salvaste y nunca te lo podré agradecer lo suficiente.

Se queda un tanto perpleja con mi respuesta y me echa una mirada incrédula. Sé que acaba de asumir que le he contado mi historia a Patrick. No lo dice en voz alta, pero estoy segura de que en cuanto tenga la oportunidad me pillaré por banda para que le dé una explicación.

—Todos a beber. —Víctor vuelve con los vasos y comienza una ronda de chupitos que no tengo demasiado claro cuando termina.

Me ha dado la sensación de que durante unos instantes el tiempo ha avanzado de forma apresurada. Al momento siguiente, me encuentro en el agua, riendo descontrolada y con Patrick echándome agua en la cara mientras Víctor y Tanya hacen lo mismo.

En definitiva, llevo una cogorza encima que ya no sé ni quién soy.

La música se escucha de fondo. El último disco de The Pretty Reckless posee el ambiente y comienzo a soltar mis berridos a lo Paquirrín sin el *autotune*.

Todos saben que el hijo de un asesino de toros muy famoso no sabe cantar, pero, comparado conmigo, se le puede considerar como Adele.

Bueno, mejor no exagero tanto, simplemente puede llegar a cantar bien.

—Por Loki, cierra el pico —ríe Tanya desde el otro lado de la piscina.

—*Nop*. Lo hago de miedo. Además, estáis todos tan borrachos que mañana creeréis que esto no ha pasado.

—Te aseguro que no lo olvidaré —añade Patrick entre risas.

Lo salpico con el agua y me ataca de forma despiadada hasta hundirme. Trago bastante agua y no es algo que me importe. Disfruto como una niña y nos pasamos horas entre juegos infantiles que consiguen hacerme olvidar cualquier mala pasada.

Mis manos están bastante arrugadas. El anochecer está a las puertas y el sol ha dejado de calentar el agua. Aun así, sigue haciendo demasiado calor.

Estamos en el punto álgido del verano y el calor de Alicante es más intenso que el de Madrid. Al estar junto a la costa, la humedad hace que esté más pegajosa y el sudor ha comenzado a formar parte de mí desde el instante en que he pisado estas tierras.

—Ven —me dice Patrick, tendiéndome la mano. Ha dejado de hacerme ahogadillas y me mira desde el borde de la piscina. Estamos en la parte más profunda. Todo un peligro para un grupo de cuatro borrachos—. Agárrate fuerte no te vayas a hundir.

—No te preocupes. Soy de las que floto —respondo entre balbuceos y río histérica—. Joder, estoy borracha.

—Entonces, no podré aprovecharme de ti. No sería ético —responde. Él tampoco se libra de hablar raro. Alarga demasiado las palabras, parece que esté utilizando el *idiotizador* y no puedo evitar reír cada vez que pronuncia algo.

—Eso sería si yo dijera no, pero por ahora solo digo puede —le guiño un ojo, burlona, y sonrío—. ¿Para que querías que viniera justo aquí?

Señala con el dedo en dirección al cielo que comienza a ennegrecer y se acerca con lentitud por mi espalda hasta abrazarme.

—Veamos juntos el anochecer, aquí tenemos unas vistas privilegiadas.

—Estoy de acuerdo. Pero me falta una cosa.

Hago un esfuerzo sobre humano y apoyo todo mi peso en el borde de la piscina mientras hago fuerza para alzarme. Tras varios intentos y al ver la imposibilidad de salir del agua, Patrick me agarra del trasero y por fin consigo salir.

Durante varios segundos me he sentido como una ballena varada en la costa.

—¿Adónde vas? —pregunta a cámara lenta.

—A mantener permanente en el álbum de mi vida este momento —digo en tono poético.

No obstante, creo que debe haber sonado como palabras en Klingon.

Me acerco tambaleante hasta la mesa —la cual está más lejos de lo que

pensaba—, y cojo mi cámara con mucho cuidado de no trastabillar y ser yo la que la rompa por caer al agua. Vuelvo junto a Patrick sin entrar en la piscina y me siento en el césped.

Antes de centrarme en el bello cielo, le digo que mire a la cámara y le sacó unas cuantas fotos.

Ni siquiera con cara de borracho sale mal. Como he dicho muchas veces, la cámara le quiere y me encanta inmortalizar su rostro. Lo que ocurra en este viaje no creo que desaparezca nunca de mi cabeza.

Cuando termino, sale del agua y se coloca a mi lado. Me observa mientras configuro las diversas opciones de la cámara y la programo en el modo de vídeo en Timelapse. Al ser un objetivo gran angular, me permite abarcar paisajes grandiosos que un objetivo estándar no pilla. Pueden lograrse efectos muy espectaculares con casi todo el encuadre, pues tiene mucha profundidad de campo. Me levanto del suelo y encuentro el sitio perfecto para colocarla. Al fondo de la piscina hay una valla alta a la que llego al ponerme de puntillas, la coloco ahí y me aseguro de que enfoca justo donde quiero.

—¿Qué haces? —pregunta Patrick con curiosidad.

—En un rato lo verás.

Le doy al botón de grabar y le digo a Patrick que nos sentemos para observar el anochecer. Me he colocado entre sus piernas y me abraza mientras pego la espalda en su pecho. De vez en cuando, siento los besos que reparte en mi cuello y un remolino se forma en mi estómago con la sensación.

Me siento a gusto. Mucho. Todo es demasiado romántico para mi frío corazón. Sus brazos fuertes me rodean y acaricia con suavidad aquello que alcanza. Me siento pequeña en ese abrazo.

—Es curioso que apenas prestemos atención a lo que nos rodea —musito. Estoy borracha y eso conlleva que mi inspiración y el lado místico crezcan de forma exponencial.

—Eso es porque estamos más pendientes de lo que nos ocurre a nosotros

mismos —contesta él con lentitud. Arrastra tanto las palabras que soy incapaz de evitar la pedorreta que han formado mis labios—. No te rías de mí. Es tu culpa que haya bebido tanto.

—¿Mía? Me parece que no te he puesto una pistola en la cabeza. Eres tú el que ha bebido tequila como si fuera limonada.

—Mentirosa —se ríe y me contagia.

Acabamos tumbados en el césped. Mi cuerpo ha descendido por el suyo y estoy apoyada prácticamente en su zona genital.

Siento como si tuviera una culebra alrededor del cuello, con su risa se mueve y eso solo consigue que yo ría más. Mientras ambos estamos presos de un ataque descomunal, Víctor y Tanya se unen a nosotros y se tiran de golpe al césped.

—¿Qué hacéis? —pregunta mi amiga. Me da por mirarla y tiene un ojo entrecerrado mientras habla. Está tan tocada como el resto y eso desata un nuevo ataque de risa por mi parte.

Yo estaba en el césped para ver algo bonito, pero ya no lo recuerdo. Hasta que Patrick me zarandea y vuelve a señalar el cielo.

La luna cada vez se alza más y la línea entre el sol y el mar se difumina hasta casi hacer desaparecer el astro rey. Los últimos rayos de sol del día se acercan para dar paso a una nueva y cálida noche de verano.

En pleno centro de Madrid es muy difícil ser consciente de la belleza que se oculta entre el paso del día a la noche, los edificios esconden la magia del momento. Los cuatro estamos embelesados y no solo es por el estado aletargado en el que nos ha dejado el alcohol. Todos estamos hechizados por el poder de la naturaleza.

Pasamos en la misma posición durante casi una hora, hasta que la noche, finalmente, ha caído sobre nuestros hombros y la luna se alza imponente en el cielo, rodeada de brillantes estrellas que se arremolinan en toda la extensión del firmamento.

—Me gustaría ser la luna —digo todavía embelesada.

—Sería maravilloso tener vistas del mundo entero desde ahí —añade Tanya de acuerdo con mi confesión.

Patrick y Víctor están silenciosos. El chico de mi amiga la acaricia con suavidad y Patrick hace lo mismo conmigo. Intento salir del hechizo de la noche y vuelvo el rostro para mirarlo a los ojos. El gris se hace más intenso con la oscuridad y tiene un brillo misterioso que me penetra hasta el alma.

—¿Me das un beso? —me pregunta, desviando su vista hacia mí.

Giro mi cuerpo con cuidado de no dar un paso en falso y le hago un intenso examen a sus labios. Ambos tenemos el sabor del alcohol en el paladar, pero no importa.

Nuestras lenguas juegan con sutileza y nos comunicamos entre palabras mudas.

He sentido algo. Algo que me aterra. Pero soy incapaz de admitir que Patrick no es solo un amigo con derecho a roce para mí.

Y eso es el inicio de mi perdición.

Capítulo 27

El silencio nos rodea a todos. Seguimos bajo el influjo de la luna. Suerte que no es llena, si no, apostaría lo que fuera a que seríamos incapaces de dejar de mirarla hasta que el sol volviera a hacer acto de presencia. No todo el mundo lo siente, pero normalmente ejerce un poder sobrenatural sobre las personas.

—Nosotros nos vamos a la ducha. Pasadlo bien —dice Víctor y ayuda a Tanya a levantarse del suelo.

Sonrío al ver caminar a la pareja. Su sincronización a la hora de parecer idiotas es excelente. Patrick y yo continuamos en la misma posición. Desde que lo he besado, no me he quitado de encima de él.

—Si te molesto, puedes decirlo. No soy precisamente lo que se dice un peso pluma —comento y me río sola.

—Eres idiota —se burla con una sonrisa y me besa—. Enséñame lo que has grabado.

Me levanto con dificultad y voy en busca de la cámara. No me acordaba que la había dejado ahí. La cojo con mis manos y doy un culletazo contra el césped. Patrick se incorpora y se fija en mis movimientos. Ha estado grabando durante más de una hora y lo que vamos a ver, tan solo va a durar unos segundos. La pongo en el modo reproducción y le doy la cámara a Patrick.

—Dale al play —le pido. Obedece y miramos juntos la pequeña pantalla.

A ese tamaño no le hace justicia, pero al menos se podrá hacer a la idea de lo que pretendía. Se ve cómo el sol poco a poco va descendiendo. No es como un vídeo normal. Todo transcurre a cámara rápida y da el efecto de que es foto a foto. A los pocos segundos se aprecia el movimiento del sol hacia abajo y seguidamente la luna es la única protagonista de la escena junto a las

estrellas que la acompañan.

Aunque la gente no lo crea, no es tan sencillo conseguir una escena así de bonita. Hay que tener en cuenta muchos factores; el lugar donde colocar la cámara, poner la configuración correcta para una luz que pronto se convertirá en nocturna, y después, una vez grabado, mejorar con la edición cualquier fallo que la luz natural haya podido dar a la escena.

—Ha quedado precioso. —Lo deleito con una sonrisa espléndida y me da otro beso.

Las sensaciones que comienzo a notar me atemorizan. Estoy enganchada a sus besos.



Cenamos las sobras de la barbacoa entre risas. La música sigue sonando y la noche cada vez es más cerrada. Apenas estamos iluminados por dos farolillos que hay en el porche del *chalet*. La piscina reluce con la luz de la luna y corre una fresca brisa que se agradece después de un día de lo más caluroso.

—Mañana podríamos ir a la playa —musita Tanya. Pongo una mueca rara y se me queda mirando—. No me mires así, venimos de una ciudad en la que no existe. Hay que aprovechar.

—No me gusta.

—¿Por qué? —pregunta Víctor curioso. Parece que el hecho de que a una mujer no le guste una playa sea como encontrar vida extraterrestre en el planeta tierra.

—Me da asco la arena. —Patrick suelta una carcajada y le miro con el ceño fruncido—. No te rías. Es verdad. Me incomoda. Además, estoy tan blanca que voy a deslumbrar a la gente.

—Eso se puede arreglar tomando el sol —añade mi amiga.

—Sabes a la perfección que no —contesto.

Y es verdad. Durante toda mi vida he intentado coger algo de color, no obstante, cuando lo consigo, es de un rojo que me deja ampollas. Da igual la protección que utilice, me quemó prácticamente siempre. Y no es nada agradable pasar el verano pareciendo Sebastián de la Sirenita. Tanya ríe y no hace falta que dé una explicación a todos. Sabe que tengo razón.

Hemos perdido la noción del tiempo. El primer día de vacaciones ha sido de lo más completo. Estoy agotada, tanto física como mentalmente. Desnudar mi alma con alguien que comienza a importarme más de lo que debería es un sentimiento agotador a la par que desconcertante.

Estoy en el baño de nuestra habitación. Mi cuerpo se destensa con el agua de la ducha y me quito la ingente cantidad de cloro que me rodea. Mi pelo está hecho una maraña. Por suerte, he traído mi arsenal de belleza capilar y tengo un acondicionador que es digno del pelo de una diosa. Cuando salgo, lo desenredo rápidamente y lo seco con el secador. Bastante mojadas he dejado ya las sábanas —tanto que hemos tenido que cambiarlas—, y no me apetece dejarlas teñidas del color morado de mis puntas. Termino de secar mi cuerpo y me pongo un pijama de tirantes y los shorts.

Evidentemente es infantil, de Frozen.

Para matarme...

Patrick espera a las puertas del baño, preparado para ser el siguiente en ducharse. Mira mi atuendo y sonrío burlón.

—Bonito pijama.

—Lo he elegido expresamente para ti. Para enfriarte si es oportuno.

—Pues no funciona. —Pasa por mi lado, coge mi mano y la coloca en su paquete de forma descarada.

No. Definitivamente, mi pijama de la reina del hielo no surte el efecto esperado.

¿Patrick tendrá fetiche con los pijamas infantiles? ¿Debería preocuparme por eso?

Me tumbo en la cama con la cámara en la mano y el móvil al otro lado y hago un repaso de las fotografías que hemos hecho. No son dignas de estar en una exposición, pero sí que muestran lo bien que lo hemos pasado. Sin duda he encontrado mi favorita, la que Tanya nos hizo a Patrick y a mí mientras él me ponía la crema solar.

Es tan espontánea que ha quedado perfecta. Capta a la perfección nuestras facciones. Patrick tiene esa sonrisa burlona que me derrite y yo tengo cara de placer adornada con una sonrisa ladeada.

Es demasiado tierna.

Quito de mi cabeza ciertas ideas que me tienen agobiada y dejo la cámara a un lado tras sacar la batería y ponerla a cargar. Mi móvil ha estado muy silencioso durante todo el día. Las chicas solo han preguntado que qué tal nos va y aprovecho para contestar. Mi hermana Lidia también se ha interesado. Quiere saber todo lo que estoy haciendo y si Patrick sigue tan atento como el día en que lo conoció.

La muy pesada de mi hermanita está deseosa de emparejarme. Lo que no tiene en cuenta es que yo no quiero pareja.

¿Verdad?

—¿Qué haces? ¿Hablar con tu misterioso contacto? —musita Patrick desde la puerta del baño.

Alzo la vista y lo encuentro desnudo de cintura para arriba. No ha terminado de secar su cuerpo y las gotas resbalan por su pecho libre de vello hacia sus torneados abdominales. Debería haberme acostumbrado a esa imagen, ya que llevo todo el día viéndolo así en la piscina, solo que ahora, a solas, estoy más atenta.

Decir que es perfecto sería un eufemismo. A mí puede que me parezca uno de los hombres más atractivos que he visto, puesto que es mi mirada la

que habla. No obstante, no puedo hablar por el resto de personas, ya que cada cual tiene su idea de la perfección. Nunca es objetiva, así que, en definitiva, no soy objetiva con él.

Para mí es perfecto, y no sólo en su exterior. Lo que empiezo a conocer de su interior también comienza a parecérmelo. Obviamente, tiene defectos, como yo, pero nada censurable, por el momento.

—Con mi hermana —contesto. Ni siquiera me había acordado de Thor. Sigo pensando que es él y no me atrevo a preguntarlo.

—Me cayó muy bien —dice.

—Y tú a ella. Ahora está en modo vecina cotilla, quiere saberlo todo —me río.

Patrick termina de secarse y se tumba junto a mí en la cama. Nos metemos juntos bajo las sábanas y se queda mirando la pantalla de mi teléfono mientras miro Instagram y las redes sociales.

—¿Son tus fotos? —dice mientras miro mi perfil y asiento—. Son una pasada.

Hay algunas que estuvieron en la exposición y otras inéditas. Algunas simplemente son de la naturaleza que voy encontrando por mi camino. Otras tienen más trabajo y en alguna salgo yo.

No sería una adicta al postureo si no me hiciera *selfies* de esos sexis.

—En esta, sales preciosa.

—No hay nada mejor que un filtro —me burlo.

—No lo necesitas. Tienes un rostro precioso —me dice y me ha sonado a lo típico que he escuchado durante toda mi vida—. Cambia esa cara. No es lo único que tienes precioso. Toda tú lo eres.

Arqueo una ceja y lo miro directamente a los ojos.

—No hace falta que seas zalamero. Conozco mis defectos.

—Es cierto, tienes defectos. Al igual que yo. La diferencia es que tú sabes sacarles partido y hacerlos bellos. Mis defectos suelen estar más relacionados con la personalidad y eso es más difícil de cambiar. Soy un capullo, ¿recuerdas? —Me echa esa sonrisa torcida y no puedo evitar hacer lo mismo.

—Ya no me lo pareces tanto. Sabes ocultarlo bajo un halo de zalamería demasiado empalagoso para mí —me burlo.

—Qué poco romanticismo tienes —contesta.

—Eso para mí no existe —contesto y me encojo de hombros—. No es para mí.

—Pues quizá deberías comenzar a abrir tu corazón.

—Y eso lo dice el hombre que nunca se ha enamorado.

—Porque no había encontrado a la persona.

—¿Y ahora sí?

—Puede —contesta sin añadir nada más.

Estoy a punto de decirle que justifique su respuesta. Pero lady Oportunidad aparece por la puerta sin llamar con su borrachera a cuestas.

—Siento interrumpir, suerte que estáis presentables —balbucea Tanya—. Necesito ayuda.

—¿Y tu novio?

—A ver cómo digo esto —comienza. Tiene pinta de estar avergonzada y eso es raro en Tanya. A saber qué es lo que ha hecho—. Estoy cachonda y...

—Si estás pensando en una orgía ya te digo que no.

—¿Por qué? —añade Patrick y le doy un golpe en el hombro.

—¿Qué? ¡No! —se carcajea—. Tiene que ver con sexo, pero en pareja.

—Tanya, tu vocabulario comienza a resultar ininteligible. Vocaliza y di qué quieres. Creo que ya sabes cómo funciona el mete saca.

Estoy segura de que si mi amiga estuviera lúcida, la vergüenza la consumiría. Se salva por la ingente cantidad de bebida que hemos consumido a lo largo del día. Cualquiera pensaría que tenemos un problema.

—Necesito un espolón.

—¿Un espolón? —decimos Patrick y yo a la vez.

¿Qué clase de juegos sexuales quiere hacer mi amiga?

Prefiero no saberlo.

—Un espolón no —dice y le entra un ataque de risa. Temo que en cualquier momento se caiga de culo al suelo—. Un condón. Eso... condón.

Giro el cuello con lentitud y me encuentro con la mirada de Patrick. Sé que ambos tenemos el mismo gesto. Esa cara que se te queda cuando estás envuelto en una situación surrealista y no sabéis si reír, gritar o mandar a la mierda a alguien. Optamos por el silencio y me acerco a la mesita de noche que tengo al lado. Los condones han sido lo único que he sacado de mis maletas. Dos cajas, he sido muy precavida.

—Toma, idiota. Y no hagáis mucho ruido, que quiero dormir la mona —le digo y se lo lanzo para que le dé en la cara.

—Gracias y buenas noches.

Cuando Tanya cierra la puerta, Patrick y yo comenzamos a reír de forma descontrolada hasta que nos duele la barriga.

Sí, doña Oportuna ha estropeado un momento en el que quizá mi acompañante iba a abrir su corazón, pero ha sido divertido. Y en el fondo agradezco esa interrupción.

Parece que el tema ha quedado relegado a un segundo plano. Tras el ataque de risa, ambos nos hemos quedado absortos mirando a un punto incierto en el techo que nos ha parecido de lo más interesante.

No sé qué hora es, solo sé que mis ojos comienzan a cerrarse y decido apagar la luz de la mesita situada a mi lado. Cuando voy a girarme para deseárselo las buenas noches a Patrick, lo encuentro con los ojos cerrados y la boca abierta.

—Hasta con la boca abierta eres precioso —musito con una sonrisa.

—Lo sé, pero no tanto como tú —contesta con voz pastosa. Me sorprende que haya contestado, pensaba que ya estaba dormido—. Sé que estoy medio dormido y un poco borracho todavía, pero lo que voy a decir ahora, creo que es lo más cierto que he dicho jamás.

Frunzo el ceño y espero a que continúe. Tras varios segundos, creo que se ha dormido del todo y no voy a saber lo que quiere decir.

—¿Y eso es? —susurro. Si está dormido no quiero despertarlo, aun así, siento la necesidad de saberlo.

Me puede la vena cotilla.

—Me gustas, eres especial —dice y vuelve a quedarse callado.

Me he quedado sin nada que decir, absorta en sus labios tras pronunciar sus cuatro últimas palabras.

Le gusto y soy especial. Lo último lo sé desde siempre y que le gusto es algo posible, si no, ¿qué hace aquí conmigo? Algo ha debido de ver en mí. Sin embargo, al recordar de qué trata nuestra relación, siento un poco de decepción.

Al fin y al cabo, ambos buscábamos lo mismo y no tiene nada de romántico.

—Tú también me gustas y eso no hace más que confundirme —musito con cierto toque de tristeza y no obtengo respuesta.

Su acompasada respiración me confirma que se ha quedado dormido del todo y que es probable que no haya escuchado mis últimas palabras.

La pregunta es: ¿cómo voy a dormir yo después de todo esto?

Capítulo 28

El sol entra por la ventana inaugurando un nuevo día. Ha sido una noche calurosa. Patrick está dormido a mi lado, completamente destapado y con el cuerpo al otro lado de la cama.

En eso coincidimos. Lo de dormir en pareja no es tan idílico como te hacen ver. En invierno sí que es necesario juntarse hasta el punto de sentir el cuerpo del otro, es agradable y placentero además de una forma de no morir de congelación. En verano, la mejor opción es dormir solo, o cada uno en una punta. Quita todo el romanticismo de la situación, pero, aun así, es necesario para no quedar pegados por el sudor.

Esa es la realidad.

Ya casi hemos llegado al ecuador de nuestras vacaciones. Los días pasan demasiado deprisa. Han sido cuatro días con sus cuatro noches para no olvidar. Entre risas, chapuzones y momentos empalagosos de una pareja que no es pareja; es decir, Patrick y yo.

Se mueve hasta encarar su cuerpo y acercarse a mí. Son casi las diez de la mañana, pronto para estar de vacaciones y habernos acostado tarde. Abre los ojos con lentitud y me mira con su característica sonrisa rompedora antes de acercarse a mis labios y darme un profundo beso.

Vale, ninguno se ha lavado los dientes, mas no nos canta el pozo por burlerías, por lo que nos da exactamente igual. Me acerco a él y lo cojo por la cabeza para pegarlo más a mí.

—Me estoy mal acostumbrando a esto —musita contra mis labios.

—¿A qué?

—A despertar y encontrarte aquí. A mi disposición —contesta y utiliza cierto toque de arrogancia.

—Estás equivocado, eres tú el que está a mi disposición —respondo con una ceja arqueada.

Con la mano hago que se tumbe bocarriba y me subo a horcajadas sobre él. Bajo la fina tela de mi short noto la dureza de su erección mañanera. Estos últimos días me ha recibido así. Y os prometo que no hay nada mejor que el buen sexo mañanero.

Patrick introduce sus manos por debajo de mi camiseta y alcanza mis pechos. Apenas puede abarcarlos con las manos, aun así, sabe cómo tocarlos para que el calor comience a emerger por todo mi cuerpo. Finalmente, retira la camiseta y me deja medio desnuda. Se relame los labios y se incorpora para saborear mis pezones con mordiscos sutiles que me hacen estremecer.

—¡Joder! —gimo con su roce.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer, joder mucho —sonríe socarrón y continúa con sus caricias.

Mientras su boca está centrada en mis pechos, sus manos viajan hasta la cinturilla de mi short y para poder quitármelo me tumba en la cama. Encojo las piernas y dejo que me desnude a la luz del día.

He perdido la vergüenza del todo con él.

Se separa unos centímetros y se me queda mirando con atención. Estos últimos días, lo ha pillado por costumbre. Me examina de arriba abajo con ojos brillantes. Excitado y conforme con lo que ven sus ojos. Esa sensación me provoca cosquillas en el estómago y me resulta inevitable sonreír como una boba. Se acerca de nuevo a mí y busca mis labios con premura. Sus besos cada vez se vuelven más ardientes y podría estar así el resto del día. Luego no hay labial que disimule la hinchazón y no me importa. Nuestros encuentros pasionales hasta la fecha han sido fieros, pero estos días está sacando un lado tierno que me excita incluso más.

Es obvio que muchas buscamos un buen *empotrador* en nuestras vidas, sin embargo, las caricias sutiles, suaves y delicadas, a veces convierten el acto en algo más intenso.

Deja un recorrido de besos por mi cuerpo desde mi monte de Venus hasta que llega a mi cuello. Mi respiración es errática y, sin apenas tocarme, estoy casi al borde del orgasmo. Ejerce un poder sobrehumano sobre mí. Puedo decir con sinceridad que Patrick me ha regalado los mejores polvos de mi vida. Al principio, ambos buscábamos nuestro propio gozo, ahora hemos llegado al punto de disfrutar con el placer del otro más que con el nuestro propio. Sus labios vuelven a hacer contacto con los míos y me lleno de deleite cuando su mano juguetea en mi entrada.

—Siempre tan mojada para mí —susurra en mi oído y, aunque estoy con los ojos medio cerrados, sé que está sonriendo.

Su dedo índice se entretiene en mi clítoris y suelto varios gemidos. Lo hace con suavidad y sutileza, no pretende ser brusco y lo trata con devoción. Me vuelven loca sus toques. Estira la mano libre hacia la mesita de noche y saca un preservativo de la caja. Lo deja sobre mi pecho y me encargo de abrirlo mientras él continúa con las caricias. Tiene demasiado arte para complacerme. Sus manos son mágicas. Tengo el orgasmo a las puertas de mi organismo y de vez en cuando le gusta hacerme sufrir, así que para.

—Eres malo —musito y pongo un puchero.

Como apunte especial, todavía no he sido capaz de abrir el jodido condón.

—Pero en el fondo te gusta —sonríe burlón.

Arqueo una ceja, pero tiene razón.

Me arrebató el preservativo de las manos y se lo pone con rapidez, para, a continuación, encajarse entre mis piernas y hundirse con una suave estocada. Coloca todo su cuerpo sobre mí y mece sus caderas con lentitud. Se entretiene a dar besos en mi cuello, mis labios, mis pechos. Es cuidadoso, pero a la vez pasional. Gemimos al unísono y lo agarro del pelo para poder captar de nuevo sus labios. Siguen siendo una droga, me encanta besarlos, sentir su lengua junto a la mía sin descanso.

Los minutos pasan y ninguno de los dos quiere que esto termine. Tras el

primer orgasmo estoy desatada. Mi lado multiorgásmico sale a flote con él. Uno detrás de otro, mi cabeza cada vez se desconecta más de mi cuerpo y creo que en cualquier momento voy a explotar. Y me encanta.

—No puedo más —gime Patrick y lo acompaño en sus últimas embestidas con un gemido que ensordece cualquier ruido.

Ha sido todo muy lento pero placentero. Una forma distinta a la que estoy acostumbrada que me ha encantado. Durante unos instantes he sentido que estaba en el lugar y con la persona correcta. He sentido algo que no quiero admitir y que me tiene asustada desde hace días.

Mi cabeza ya no considera a Patrick solo como un amigo, para ella es algo más que no puede ser. Quizá, tras estas vacaciones llegue el momento de dejar de vernos y la sola idea de imaginarlo, rompe algo en mi interior.



Tras el derroche de pasión mañanero, me levanto primero y aprovecho para darme una ducha refrescante. Seco mi cabello y utilizo el rizador para dejarlo con suaves bucles que caen casi hasta mis caderas. El color púrpura de las puntas se ha convertido en un rosa demasiado chicle para mi gusto, aun así, sigue siendo bonito y lo arreglaré en cuanto vuelva a Madrid. Me maquillo de forma sutil con mi inseparable *eyeliner* gatuno y un labial rojo fijo, y salgo hasta la habitación para ponerme sobre el bikini un vestido holgado en color morado y negro. Es probable que salgamos a dar una vuelta y acabemos en la playa. Ya hemos ido los días anteriores y debo reconocer que no ha estado tan mal. Sin duda, la compañía ha hecho que no me acordara de que le tengo asco a la arena.

Eso sí, cuando llegamos al *chalet*, ni con la ducha soy capaz de retirar toda la arena de mi cuerpo y pelo. Al terminar voy de camino a la espaciosa cocina. Están todos reunidos y alcanzo a escuchar algo de lo que hablan.

—No sé cómo reaccionaré. Tú la conoces mejor que nadie —oigo que dice Patrick.

—Si no lo haces, no lo sabrás —contesta Tanya.

Cuando ven que llego, se callan de inmediato.

¡Mierda! Mis aptitudes de ninja son un fracaso. Ahora me toca quedarme con la intriga.

—Si me estáis criticando, puedo volver a la habitación para que lo hagáis tranquilos —digo con la ceja arqueada.

—Ven aquí idiota —me abraza mi amiga, pillándome por sorpresa—. Hoy estás especialmente radiante. El sol te favorece.

—Claro que sí —ironizo.

De repente, están todos más raros que un piojo con lentes. No tengo ni idea de qué estaban hablando, pero sospecho que yo era el tema principal y mi lado cotilla solo quiere preguntar. Es mejor retenerlo porque no deseo convertirme en la inquisidora madre.

—¿Adónde vamos hoy?

—Patrick dice que conoce un sitio por aquí muy bonito —comenta Víctor. Ninguno es capaz de esconder su nerviosismo.

Qué raro me parece todo.

Asiento poco conforme y salimos en pandilla de la casa. Por supuesto, llevo la cámara. Estos días me estoy hinchando a hacer fotos y en ocasiones siento que sigo en el trabajo, sin embargo, estas son por puro placer y no me paso los minutos estudiando los ángulos perfectos, simplemente capto aquello que me parece especial.

Cogemos el coche y paramos en el centro para continuar nuestro camino a pie. Nos adentramos por varias callejuelas hasta llegar a un precioso barrio llamado Santa Cruz. No puedo evitar emocionarme, las casas son casi todas de color blanco, ocultas en estrechas callejuelas y le dan un toque bohemio encantador. La luz incide con fuerza y me permite apreciar con más detalle lo que me rodea. Algunas balconeras están llenas de enredaderas verdes que

parecen no estropearse con el calor sofocante y resulta de lo más acogedor. No hay demasiada gente por la calle aun estando en pleno verano y pasear por ahí se convierte en demasiado placentero.

—¿Te gusta? —me pregunta Patrick mientras fotografío lo que me rodea. Soy como una guiri.

—Es precioso. No me imaginaba encontrar esto en pleno centro de Alicante.

—Te dije que conocía lugares secretos —sonríe—. Y esto no es todo. Luego nos escapamos.

—¿Adónde? —pregunto con verdadera curiosidad.

—Si te lo dijera, no tendría misterio.

—¿Vas a secuestrarme? —pregunto juguetona.

—Quizá, pero si te lo digo también dejaría de tener sentido.

Niego con una sonrisa y le hago una fotografía desprevenido. Al mirarla, compruebo que sale bien. No hay forma de hacerle una con la que ridiculizarlo. Mi única baza para hacerlo es desvelar que en su DNI pone Patricio. Se asoma a mirarla y asiente satisfecho y orgulloso. En el fondo, se lo tiene creído, pero por suerte no lo pregona a cada instante. Deja un beso en mis labios y sonrío como una boba.

No puedo evitar la sorpresa que muestra mi mirada cada vez que hace eso. Me siento observada por la gente cada vez que pasa y no sabría describir si para bien o para mal.

Yo y mis paranoias mentales.

Caminamos por el espléndido barrio, nos hacemos fotos todos juntos y paramos en una terracita de un bar a mediodía para comer algo antes de continuar nuestra visita turística. Me siento como una guiri que comienza a ver mundo. Al terminar, Patrick dice que el grupo se disuelve durante unas horas y me lleva hacia un destino desconocido. Atravesamos parte de la

cuidad en taxi. Durante el camino no he dejado de preguntarle adónde nos dirigimos, pero su respuesta se ha limitado a una sonrisa burlona constante que consigue sacarme de quicio.

Nos adentramos en la zona marítima y bajamos del vehículo, paseamos por las amplias calles y avanzamos por zona arenosa. Son casi las cinco de la tarde y el sol todavía aprieta. Dentro de poco será menos intenso y agradable para mi cuerpo que no deja de sudar.

Estoy agotada.

El agua está en calma y me sorprende ver que el lugar está casi vacío para ser sábado.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—En el Cabo de Huertas. Ven, aquí tendremos más intimidad —me coge de la mano y me lleva hasta a una zona rocosa oculta a los ojos de la gente. Saltamos varias piedras hasta dar con una pequeña cala que apenas deja ver la ciudad desde ahí. Las rocas nos ocultan.

Me hace un hueco entre sus piernas y me rodea con ellas al sentarme. Nos quedamos durante varios minutos absortos mirando la luz del sol sin pronunciar palabra. Comienzo a ver puntitos por todas partes y, como siga así, creo que me quedaré ciega.

—Estos días están siendo geniales —dice Patrick para romper el silencio, y no puedo estar más de acuerdo.

—Sí. Reconozco que ha sido una buena idea a pesar de las reservas que tenía.

—¿Reservas? —pregunta, curioso.

Quito la vista del sol y giro la cabeza para mirarlo a los ojos a través del cristal tintado de mis gafas de sol de los chinos.

—Sigo pensando que es raro —me encojo de hombros.

—Yo no creo que sea raro.

Dejamos la conversación en pausa y nos mantenemos la mirada. Él no lleva sus ojos ocultos por unas gafas porque el sol parece no molestarle como a mí. Logro percibir un brillo extraño, intenso, que me traspasa como si tuviera la capacidad de mirar en mi alma.

Estoy demasiado cómoda rodeada por sus brazos, tanto que eso me incomoda.

Sí, la bipolaridad ataca de nuevo.

Acaricia mis manos con suavidad y me siento en la necesidad de cerrar los ojos y dejarme hacer. No quiero que pare, pero a la vez sí. Mi corazón late frenético y no quiero admitir la razón. La idea lleva rondándome varios días por la cabeza y lucho por vencerla y apartarla. No puedo comenzar a sentir cosas por él más que deseo.

Mi teléfono consigue apartar esos pensamientos de mi cabeza y escucho un gruñido por lo bajo por parte de Patrick por la interrupción. Al sacarlo de mi pequeño bolso veo «Mamá» en la pantalla y suelto un bufido.

Estar de vacaciones debería llevar implícito el hecho de que nadie pudiera localizarme. Ni siquiera mi familia.

—Hola, hija, ¿qué tal tus vacaciones? —pregunta con alegría. Sé que intenta mejorar nuestra relación hablando más conmigo, pero no funciona.

—Hola, mamá. Muy bien, relajada —contesto más seca de lo que pretendía.

Pocas veces se molesta en llamar y cuando lo hace, es porque quiere hablar de algo. Mis sospechas no son para nada infundadas, porque, tras el saludo, ha salido su vena cotilla y hay una culpable a la que voy a tirar de los pelos en cuanto la vea.

—Tu hermana me ha dicho que te has ido con un chico. ¿Quién es? ¿Le conocemos?

—Me he ido con Tanya, su novio y un amigo, no con un chico —contesto, escueta. Mi vida privada no suelo ponerla en su conocimiento. Es una de las formas que tengo para evitar que juzgue mis actos—. Y puede que lo hayas visto, estuvo en la exposición, pero es probable que con las críticas hacia mí de tus hermanas ni siquiera le prestaras atención, a pesar de haberlo tenido a escasos centímetros.

—Cariño... —me dice. La imagino cansada de mis contestaciones, pero no me sale hablarle de otra forma—. ¿Estáis juntos? —pregunta, obviando mi réplica.

—No —contesto y suelta un suspiro.

—No me cuentas nada.

—Lo sé y eso se debe a que siempre hacéis juicios sobre mí. No me lo tengas en cuenta —murmuro con ironía y pongo los ojos en blanco. Si la tuviera delante, ese gesto sacaría su lado irascible.

—Podrías presentárnoslo. Desde lo de Jorge, no hemos conocido a ninguno de tus chicos.

—Eso es porque, desde lo de Jorge, no he tenido chicos. Solo tíos con los que me acuesto —respondo y noto la mirada de Patrick en el cogote y me provoca un escalofrío bastante aterrador.

—Bueno, lo que sea. Pero ya va siendo hora de que nos presentes a alguien —repite como un disco rayado.

Suelto un suspiro y me froto la cabeza. Me agota.

Quiero a mi madre, pero no congenio ni con ella ni con sus ideas. Decido quedarme en silencio y esperar a que vuelva a hablar ella, porque decirle que mis relaciones con chicos solo se miden por las veces que echamos un polvo, es demasiado obsceno para una mujer que cree en el matrimonio y en la monogamia.

—Cuando volváis, podrías venir a vernos, nunca vienes —me reprocha.

—Vale, mamá. Cuando vuelva, iré a veros —digo cansada. Me despido de ella tras varios minutos más y guardo el móvil con un suspiro—. Voy a matar a mi hermana —gruño y noto cómo el pecho de Patrick sube y baja con rapidez.

Se está riendo de mí y, personalmente, no me hace ni puñetera gracia.

Capítulo 29

Patrick ha estado atento a la conversación de principio a fin y no sé si ha logrado captar algo.

—Tu madre grita mucho.

Definitivamente, sí lo ha escuchado. Además, ha podido intuir algo, como por ejemplo que hablábamos de él. Lo cierto es que no he sido de lo más prudente, lo tengo pegado, literalmente, en mi trasero.

—Tiene un tono de voz profundo —respondo y me encojo de hombros.

De fondo se escucha el sonido de las gaviotas y las olas romper contra las rocas. No hay demasiada marea, lo máximo que se alzan son unos centímetros y el agua casi roza nuestros pies. He dejado la cámara resguardada a un lado para que no se moje, pero compruebo que está bien.

Por si no lo he dicho, soy bastante obsesiva con ella.

—Hablabais de mí, ¿verdad? —Asiento sin mirarlo y me quedo en silencio—. Podrías presentarme a tus padres.

Su respuesta me llama la atención y giro la cabeza como la niña del exorcista para, tras las gafas de sol, mirarlo con mis ojos azules muy abiertos.

—¿Para qué? —preguntó con incredulidad. Ni a mí me gusta pasar mucho tiempo con ellos. Lo que menos me apetece es presentarles a alguien que no es nada mío. No quiero que se hagan ideas preconcebidas de algo inexistente porque los conozco, y son más soñadores que el niño de la serie *Érase una vez* con sus pájaras mentales.

—Quiero conocerles.

—¿Por qué?

—¿Tiene que haber algo oculto? —dice. Ahora es él quien me mira con incredulidad.

—Es que no lo veo lógico. Simple y llanamente. Está fuera de lugar — contesto con una decisión aplastante.

—Pues muy bien.

Su humor ha cambiado. Lo que había comenzado como un rato apacible a solas, se ha transformado en algo turbio. Dicen que las mujeres necesitamos un manual de instrucciones para que nos entiendan, que sufrimos cambios de humor por las hormonas y una serie de comentarios machistas muy arraigados en la sociedad, pero Patrick no se queda corto con sus achaques de loco del coño. Muchas veces me entran ganas de darle una hostia para que sea claro y conciso. Porque si tiene algo, es un hermetismo oculto que hace que enloquezca.

Creo que no lo entienden ni en su casa y ahora es a mí a la que le ha entrado curiosidad de conocer a su madre, solo para comprobar si tiene la misma opinión que yo.

Estoy fatal.

En estos momentos, ya no me siento a gusto entre sus brazos. Apoyo las manos sobre la arena y me levanto para coger la cámara y acercarme a la orilla a entretenerme con mi vía de escape favorita.

El mar, a pesar de parecer todo igual, da muchas posibilidades para fotografiar. El sol hace de filtro propio según hacia dónde enfoques y cada imagen tiene un tono diferente a la anterior. Me paso varios minutos así, sin pensar que tras de mí noto la presencia de Patrick. Siento su energía y parece exasperado conmigo. Solo le falta ponerse a gruñir y patalear en la arena como un niño pequeño.

—¿Vas a ignorarme todo el día? —dice al fin.

Continúo a lo mío y finjo que no ha dicho nada hasta que me coge por el brazo y me gira para que lo mire a la cara.

—Te estás comportando como una niña pequeña.

—¿Yo? —preguntó estupefacta—. No soy yo la que ha dicho la puta locura de conocer a mis padres. Si yo fuera tú, no lo querría. Estás traspasando unos límites que tú mismo impusiste el primer día en que echamos un polvo. —Mis manos gesticulan a la vez que hablo y parezco ridícula. Llevar la cámara en la mano le resta dramatismo a mí sublime actuación.

—¿Por qué eres así?

—¿Así cómo? ¿Realista? No sé qué demonios pretendes, Patrick. Estás complicando algo que no debería serlo. Tú sabías a lo que atenerme conmigo. Tú no estás hecho para mí.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Tú? —responde irónico.

Está enfadado y reconozco que yo también. Me siento intimidada, frustrada y muy confusa porque parece una riña de pareja en toda regla.

Y no somos pareja ni nunca lo vamos a ser. Y aunque a mí me importa una mierda lo que los demás piensen de mí, no quiero estar con una persona que pueda sentirse avergonzada de estar con alguien como yo. La inseguridad me ataca de nuevo sin motivo. La gente habla, murmura, critica sin pensar en las consecuencias. En un principio no verían con buenos ojos que alguien con un cuerpo como el mío, con sus carnes, sus curvas y su talla supuestamente grande, pero la más común de las mujeres, estuviera con alguien como Patrick. Un hombre con dotes de modelo, de cuerpo esculpido en el gimnasio y prácticamente perfecto.

No funcionaría. Al final, él acabaría largándose con alguien más acorde a él y yo me quedaría destrozada.

—Sí, lo digo yo. No pegamos ni con cola.

—Madonna tampoco pegaba con Justin Timberlake y estuvieron juntos —dice sin más—. A veces, las cosas no tienen que tener sentido, simplemente han de ser. O al menos, no se pierde nada por intentarlo, pero

debe ser cosa de dos.

Doy un paso hacia atrás para mirar su figura al completo y me quedo en silencio desentrañando en mi cabeza sus palabras.

Mi mente soñadora les está dando un sentido aterrador para mí, que me cohibe, ilusiona y emociona. Un sentido que saca a relucir todos mis miedos e inseguridades que con tanto ahínco intento descartar.

¿Patrick quiere algo más?

Imposible.

Él no tiene relaciones serias, nunca las ha tenido. Yo sí, y mi experiencia es completamente pésima. No quiero pasar por algo parecido ni por asomo, no quiero que mi libertad desaparezca.

No quiero... acabar destrozada por un hombre. Me niego a volver a caer en algo de lo que me costó mucho salir.

Estoy siendo egoísta, lo sé. Ni siquiera me tomo la molestia de pensar en qué es lo que él siente y me avergüenzo de ello.

—No tienes ni idea de lo que dices —susurro. Mi voz suena desconsolada. Me embarga la tristeza y no sé por qué—. Será mejor que volvamos al *chalet*. Se hace tarde.

Patrick suelta un suspiro y asiente. El camino de vuelta en taxi es sin duda el momento más incómodo que he vivido junto a él. Estoy disfrutando de las vacaciones, pero estos momentos ensombrecen todo lo bueno. He pasado un día estupendo, feliz y rodeada de gente que me importa. Patrick me ha llevado a un lugar de ensueño y he metido la pata hasta el fondo.

En realidad, no sé quién de los dos es el culpable de la tensión que nos rodea, pero, sin duda, yo lo he empeorado por culpa de todos los pensamientos tóxicos que me han poseído como un demonio.

Quizás, el problema que creía erradicado nunca se fue, simplemente lo oculté bajo una máscara de ironía y falsa felicidad.



Al llegar, Patrick saluda a Tanya y Víctor, que están acaramelados en el salón, y se disculpa con la excusa de que se va a la ducha, pero sé que lo que quiere es huir de mí y lo comprendo.

Me dejo caer en el sofá junto a mi amiga, e inconscientemente suelto un suspiro que llama su atención.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

De reojo veo cómo arquea una ceja y frunce el ceño a la vez. Su mirada hacia mí no es amistosa. Comienzo a sospechar que sabe algo que yo desconozco y odio no saber qué ocurre a mi alrededor.

Cuando alguien pregunta «¿Qué te pasa?», normalmente la respuesta automática es nada, pero ese nada se convierte en todo cuando tu cabeza no sabe cómo solucionar sus conflictos.

Decir nada, quizás, es una forma de pedir socorro, de demandar ser rescatado de tus propios pensamientos. Nada puede ser un camino oscuro y truculento que te lleve a no ser capaz de mirar más allá. Nada se convierte en los miedos, en no saber cómo afrontar las situaciones. Nada es no poder abrir tu corazón, no ser capaz de decir con palabras sonoras tus preocupaciones.

Nada, al fin y al cabo, es todo.

—Para no ser nada, tienes esa cara de soy gilipollas y no puedo remediarlo —musita segundos después—. ¿Qué le has dicho?

—Simplemente, he recordado unos términos que creo que ambos teníamos claros, nada más —contesto. Sabe a la perfección a qué me refiero y dudo que necesite más explicaciones.

—Pues eres idiota.

—¿Por qué? ¿Por protegerme? —La traspaso con una mirada matadora que no parece amedrentarla.

Se supone que es mi amiga y debería apoyarme, pero se acaba de posicionar en el bando de Patrick, dejándome a mí como la mala.

Puede que lo sea.

—¿En serio te proteges? —dice con incredulidad. Sus ojos azules se oscurecen cuando está cabreada, justo como ahora—. Tú lo que tienes es miedo, y lo sabes. Patrick está siendo más sincero consigo mismo, que tú. Aunque él tenga una forma extraña de admitirlo, lo está intentando y tú no le dejas.

—Yo siempre he sido sincera —replico y me cruzo de brazos. Tengo un mohín infantil en la cara, algo que hago siempre que me pongo a la defensiva.

—No me refiero a tu lengua viperina. Tienes que ser sincera con lo que sientes aquí —pone un dedo en mi pecho y lo hunde.

—No siento nada.

—¡Y una porra! Se te ve en la cara. A ambos. ¿Verdad, Vic? —musita y mira a su chico quien asiente con una sonrisa burlona que me cabrea—. Voy a meterte en el horno para deshacer el hielo y fundir el hierro formado alrededor de tu corazón, porque eres incapaz de ver algo que cualquiera que tenga dos ojos es capaz de ver.

—¿El qué? ¿Qué es eso que todos veis menos yo?

—Que sientes algo más por Patrick, que no es solo sexo. Puede que al principio lo fuera, pero se ha metido en tu mente y en tu alma. Y eso, amiga mía, no tienes forma de esconderlo, aunque te empeñes. No eres de piedra y ya va siendo hora de que dejes atrás tus propios prejuicios, creas en ti misma y en la posibilidad de amar.

Suelto una histriónica carcajada y miro a mi amiga como si fuera uno de los *trolls* de la película del *Hobbit*, tontos de remate.

Lo que dice es muy bonito, sin embargo, no va conmigo. Lo peor de todo es que ha dado en el jodido clavo y no quiero admitirlo, porque puede que sienta algo más por él como ya he dicho anteriormente, pero dudo que él me corresponda, aunque haya intentado decirme de ser algo más. No tan en el fondo, creo que ninguno está hecho para una relación.

—Deja de reírte como la bruja del norte, sabes que estoy en lo cierto.

—Hazle caso, esta bruja sabe más de lo que aparenta.

—Tú no te metas, la conozco muy bien —añado con un bufido—. Y no puedo sentir nada por alguien que acabará dejándome por algo mejor. No voy a dejar caer una barrera que me autoimpuse para no quedar destrozada. Además, dudo que él sienta algo por mí.

—Tú lo que estás es ciega.

—No estoy ciega, soy realista y me niego a sufrir, solo quiero disfrutar de la vida y no que me la jodan. Mírame a mí y míralo a él. ¿Qué crees que pasará? —pregunto. Noto cómo la humedad se arremolina en mis ojos e intento por todos los medios retener las lágrimas.

—¡Nada, Beth! ¡No pasará nada! —alza la voz—. Dices que te aceptas tal y como eres, pero en el fondo todavía crees que tu cuerpo es un impedimento para que puedas ser feliz. Te lo he dicho mil veces, eres preciosa, tanto por fuera, como por dentro. Los kilos no condicionan tu vida, pero son tu barrera para no avanzar.

—Yo me acepto tal y como soy. ¡Me gusta como soy! —grito.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—¡En los demás! Finjo que no me importa cuando me miran, pero lo hace. Toda la vida he convivido con miradas de desdén, como si fuera una puta mierda y no quiero que quien esté a mi lado lo sufra y sea esa persona la

que finalmente acabe por joderme. Lo diferente nunca dejará de ser juzgado, y no voy a convertirme en algo común —me desahogo.

—Yo no pretendo joder te.

La voz de Patrick se escucha desde la puerta que separa el amplio salón del ventanal que da a la terraza. Me giro para observarlo. Se ha puesto unos pantalones cortos holgados y va con su irresistible pecho al descubierto. Su corto pelo se aprecia humedecido por el agua de la ducha. Pero no es su irresistible atractivo lo que llama mi atención. Son sus ojos grisáceos al mirarme, tristes, apagados... tiene una mirada que me rompe por dentro y soy tan obstinada y egoísta que me niego a creer que se siente así por mi culpa.

Yo no quiero ser culpable de joder a nadie.

—Vamos fuera —dice Víctor y coge a Tanya de la mano con intención de desaparecer y dejarnos a solas.

Ha llegado el momento de hablar con seriedad. Estos días están siendo muy intensos, me siento desnuda ante él porque ya sabe todo de mí y yo ni siquiera tengo su número de teléfono.

Creo conocerlo, sin embargo, no es así. No sé de Patrick más que lo que me ha contado en estos últimos meses. Y a pesar de que confío bastante en él, no puedo hacerlo en todos los sentidos.

Dejar caer las barreras es demasiado peligroso, aun así, quiero comprobar si hacerlo, podría convertirse en una buena elección.

Capítulo 30

Patrick se acerca con cautela y se sienta frente a mí en el pequeño sillón que hay junto al sofá. Mi cabeza está gacha, me da miedo alzar el rostro por temor a lo que pueda encontrar.

Hacía mucho que no me sentía tan insegura, tan pequeña y desvalida.

Todo lo que Tanya me ha dicho segundos antes es la realidad de mi vida. Es cierto que me quiero, pero odio cuando la gente me mira por encima del hombro, como un intento por hacerme sentir inferior. Soy como soy, me acepto —a veces—, y me asquea que el mundo tenga tan interiorizados los estereotipos.

Vivimos en una sociedad con miedo a la gente con sobrepeso, como si esos kilos que tenemos de más fueran un arma de destrucción masiva capaz de destruir su mundo de perfección. No les importan los sentimientos. No les importa que también somos personas. El asco es real para muchos, aunque más asco dan ellos por no saber comprender que el mundo es un lugar de contrastes, que si todos fuéramos iguales, sería un aburrimiento, pero que uno se aburra no significa que para paliar dicho sentimiento tenga que meterse con los demás.

Durante mucho tiempo yo no me acepté e intenté cambiar por culpa de la gente que me rodeaba, y cuando comprendí que solo me hacía daño, comencé a quererme de verdad. Acepté mis imperfecciones, mías, no del resto de personas. Si no les gusta, simplemente deben ignorarlas, pero se nos ha enseñado a criticar, y eso hace daño a todos. Incluso la mente más fuerte tiene momentos de debilidad, y yo no estoy libre de padecerlos.

—En ningún momento, mi intención ha sido joderte —repite.

—Ni siquiera sé cuál es tu intención —admito y alzo la vista—. Estoy confusa, no sé qué quieres. No entiendo absolutamente nada.

—Créeme, me siento igual que tú.

—¿Y no es más sencillo dejar las cosas como están? Pasarlo bien y no implicarnos de forma...

—¿Sentimental? —Asiento—. Yo tampoco quería eso, pero Beth... —se levanta del sillón y se coloca a mi lado. Alarga su mano hasta mi rostro y me obliga a que lo mire—. Me he dado cuenta de algo y no sé cómo sobrellevarlo. No tengo experiencia en relaciones porque no he tenido ninguna seria.

—Y las que yo he tenido no han sido muy halagüeñas —pongo una mueca.

—Lo sé, te abriste y me lo contaste todo. Y yo no quiero ser alguien que te haga daño, simplemente quiero ser alguien que ayude a hacerte feliz.

Hace una pausa y lo miro a los ojos. No puedo evitar tener el ceño un tanto fruncido. Examino sus facciones y veo que le cuesta expresarse tanto o más que a mí. Sigue sin decir las cosas claras, pero veo que es sincero. No hay un ápice de soberbia, mentira o burla en lo que dice. Lo hace desde el corazón, y su mirada toca tanto mi alma que soy capaz de notar cómo ha caído un poco la coraza que llevo en mi pecho instalada desde hace años.

—Beth, eres distinta a todas las chicas que he conocido y no solo porque sales del estereotipo que yo pensaba que quería en mi vida —admite y aunque duele oírlo, agradezco que sea sincero. Si algo me gusta de las personas, es que suelten las verdades por delante. Ya he vivido una vez en medio de una mentira, no quiero que se repita—. Pero el primer día en que te vi en la discoteca llamaste tanto mi atención que no pude evitar seguirte durante casi toda la noche. Estuve a punto de quitarte de encima al tío ese con el que bailabas todo el rato y llevarte a un rincón. Y a día de hoy, sigo sin encontrar una respuesta lógica para ello.

—¿Me seguiste? —digo impresionada. Iba muy bebida esa noche, pero no se me olvidaron en ningún momento sus dichas risas con el otro chico del que sigo sin recordar el nombre.

—Sí. Y cuando vi que eras tú la fotógrafa en aquella sesión, me reté a mí mismo a seducirte.

—Sabias a la perfección que no te iba a costar, capullo. —Sonríe burlón y se encoge de hombros—. No soy de piedra.

—Ni yo tampoco, por eso te digo que, sin darte cuenta, tú me sedujiste a mí. Si no, ¿para qué iba a pedirle tu dirección a Javi? Quería ir el primer día en que te vi, pero el cabrón no me lo dio porque me conoce tanto que no se fiaba de mí. Le caes demasiado bien como para llegar yo y hacerte daño.

—Javi es un cielo —admito con una sonrisa—. Pero finalmente te dio mi dirección. ¿Por qué?

—No lo sé —reconoce. Se toca el pelo con nerviosismo y sus gestos me parecen de lo más enternecedores—. Creo que él vio en mis ojos al hablar de ti, lo mismo que ve Tanya en ti cuando le hablas de mí. Una conexión que he intentado negar, pero ya no puedo hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

Debo tener los ojos muy abiertos y cara de idiota tras esas palabras. Me coge de la mano y noto cómo mi corazón está a punto de salir de mi pecho. Late frenético, con intención de escapar, huir y dejarme tirada en medio de una escena digna de una película empalagosa de amor, de esas que tanto me gustan para ponerme a llorar como una magdalena.

—Me gustas mucho, Beth. Siento algo por ti que no he sentido en la vida por nadie. No te estoy declarando amor eterno porque no sé lo que es eso, pero, joder, quiero intentarlo. No quiero seguir con una relación abierta de fin de semana, porque la sola idea de imaginarte con otro hace que quiera meterle una paliza. Te quiero solo para mí. —Su mirada no da opción a réplica. El tono de su voz es apasionado y ha conseguido dejarme sin palabras.

Siento que el aire se escapa de mis pulmones, boqueo como un pez fuera del agua y cuando intento contestar, no se me ocurre otra cosa que comenzar a llorar como si de verdad acabara de ver una película estilo *Postdata: Te*

quiero.

Muy bien, Beth, eres ridícula.

La cara de Patrick es todo un poema. Me observa mientras sollozo como un bebé y hago pucheros entre hipidos. Está indeciso y no sabe qué hacer mientras yo continúo con mi espectáculo lamentable que no me deja procesar con detenimiento lo que acaba de pasar.

Me pellizcaría para comprobar que es real y no la película que me pongo los días de bajón. Justo estoy teniendo esa reacción. Cuando llegan los momentos de las declaraciones, rompo a llorar como una tonta y parezco una niña pequeña.

Como ahora.

¿Se puede ser más patética?

La única diferencia es que yo soy la protagonista. El actor atractivo se está medio declarando y quiere salir conmigo, comenzar una relación.

Algo a lo que le tengo pavor.

—Beth... —Pone las manos sobre mis hombros y se acerca para intentar consolarme. Parece que funciona, tras varios segundos consigo detener las lágrimas y las seco con mis manos, dejándolas negras por el rímel.

Estupendo, ahora además de patética, soy un oso panda.

—Te dije que no quería una relación —digo cero convencida. Ya no sé lo que quiero en la vida.

—Yo también te lo dije —se encoge de hombros—, pero he cambiado de opinión. Alguna vez debía aventurarme a tener una, y quiero que sea contigo.

—¿De verdad quieres que seamos novios? —Decirlo en voz alta me resulta incluso más raro. La palabra novio suena hasta mal cuando sale de mi boca.

Beth y su novio. Beth y Patrick. Por siempre juntos.

Parece un estado de esos que me ponía de adolescente en el Messenger con un montón de emoticonos y letras de colorines para hacerlo más festivo.

—Novios, pareja, relación... No hace falta ponerle etiquetas por el momento, solo darnos exclusividad —sonríe como él sabe para apaciguar el ambiente y me limito a soltar un suspiro porque sigo en estado de *shock*.

No todos los días alguien que creías solo una aventura, pero que en el fondo te ha tocado el alma desde el principio, te pide exclusividad.

Nos quedamos varios segundos en silencio. La noche ya ha llegado y la luz de la luna junto a una pequeña lámpara del centro del salón es lo único que nos ilumina. De fondo, se escucha el murmullo de los grillos y las voces de Tanya y Víctor que susurran al otro lado de la piscina.

Me apuesto lo que sea de que se están enterando de todo.

Sé que Patrick espera una respuesta por mi parte. Él se ha abierto. No ha dicho que me quiere, pero sí que quiere estar conmigo y es un paso enorme para alguien que nunca ha tenido ataduras. Y yo, por muy difícil que me resulte tumbar las barreras, también quiero estar con él.

¿Por qué? Porque a pesar de que me lo he negado a mí misma desde que lo conozco, provoca algo en mi interior que me resulta adictivo. Es como la *kriptonita* para Supergirl, mi punto débil.

Es algo con lo que he fantaseado durante días, como cuando sueñas con acostarte con un famoso al que idolatras, solo que Patrick es real y quiere estar conmigo.

—Está bien, no le pongas etiquetas —contesto con seriedad. Parece que más que confirmando el inicio de una relación, estoy cerrando un contrato mercantil—. Pero te voy a pedir una cosa, Patricio, no intentes cambiarme. Si quieres estar conmigo, tienes que aceptarme como soy.

Lo miro a los ojos y una sonrisa asoma a su mirada, haciendo que sus

ojos brillen con intensidad.

—No quiero cambiarte, es esta Beth la que me gusta. Con su carácter y sus comentarios fuera de lugar. Pero la pregunta es: ¿tú me aceptas a mí en este momento? —Sus ojos muestran dudas y lo comprendo, ya que no he dicho nada que pueda hacerle ver que yo también siento cosas por él.

No estoy preparada para admitirlo en voz alta y necesito más seguridad hasta conseguirlo.

—Te acepto, Patrick, pero con calma. Con tus virtudes y tus defectos.

—Bueno, en realidad nos hemos saltado buena parte y conozco tus secretos más oscuros, aunque por ahora me vale —sonríe ladino y no puedo evitar hacer lo mismo—. Sin embargo, hay algo que quiero decirte.

Lo miro fijamente y espero a que diga lo que tenga que decir. Se levanta de su sitio y coge su teléfono móvil que está encima de la mesa de centro del salón. Vuelve a los pocos segundos y tras desbloquearlo, veo que comienza a teclear para, al instante siguiente, escuchar el pitido de mi teléfono que está oculto en mi pequeño bolso.

Cuando lo saco, mis ojos se abren como platos y al abrir la conversación de WhatsApp leo con atención.

Yo soy Thor. Espero que no te enfades por no decírtelo. Era la única forma de conocer a una Beth que en persona no me mostrabas.

Levanto la vista del teléfono móvil y lo miro directamente a los ojos. En el fondo no sé cómo sentirme. Por una parte, me siento orgullosa de mí misma por haber acertado en mis suposiciones, pero por otra, me siento un tanto engañada.

¿De verdad doy esa imagen de inaccesible?

Es probable. Yo misma me he encargado de no dejar a la gente traspasar una línea imaginaria que me protege. Sin embargo, por mensajes, durante este largo mes, con Thor he traspasado barreras, le he contado cosas

profundas y sentimentales, y él a mí también. La diferencia está en que él me conocía, mientras que yo solo me formaba una imagen mental de cómo sería. Y para qué mentir, en mi cabeza veía a Chris Hemsworth.

Soy un poco básica.

—¿Estás enfadada? —me pregunta dubitativo al no obtener respuesta.

—Realmente, no. Llevo días sospechando que eras tú, pero no quería hacerme ilusiones.

—¿Por qué?

—Porque en Thor, o sea en ti, encontré un confidente que cada día conseguía sacarme alguna sonrisa con sus perspicaces comentarios —sonrío brevemente y veo cómo se relaja con mi respuesta—. Me complace comprobar que mis dones de bruja no son tan malas.

—Eres muy bruja —responde con un meneo de cabeza que me hace reír—. La cosa comenzó como un juego que me pareció divertido. Le robé tu número a Javi y, como eres tan cerrada, me pareció una buena forma para sacarte información. Y funcionó —explica orgulloso de su hazaña.

—Eso es trampa, en el fondo sabes más de mí que yo de ti. Y eso no puede ser.

—Eso es porque tu vida es mucho más interesante que la mía. Un simple informático ligón no puede hacer nada contra una fotógrafa exitosa con unas curvas que me han enloquecido como a un adolescente con las hormonas por las nubes.

Se acerca con lentitud a mí y se atreve por fin a dejar un tierno beso en mis labios que me sabe a poco. Estoy acostumbrada a los que me cortan la respiración.

A los pocos minutos entran Tanya y Víctor por el ventanal que da a la terraza y se reúnen con nosotros. Nuestro momento de intimidad se ha terminado y decidimos entre todos normalizar el ambiente.

Debo reconocer que tengo una sensación rara en el cuerpo y no sé si después de esto van a cambiar demasiado las cosas entre nosotros.

¿De verdad estoy saliendo con Patrick? ¿Yo? ¿La *hater* de las relaciones?

No me lo creo.

Mi amiga me mira de reajo con una sonrisa picarona y cuando ve que Patrick me coge de la mano, me guiña un ojo. Le saco la lengua y me quedo con las ganas de hacerle un buen corte de manga. Tengo una charla pendiente con ella, porque sé que, en lo que acaba de ocurrir, ella ha tenido mucho que ver.

Quizá no ha sido una declaración idílica, ni siquiera romántica del todo, pero, sin duda, aceptar intentar tener una relación con alguien, es un paso gigante para mí del que todavía no estoy del todo convencida.

Miro a Patrick una última vez y ambos sonreímos como idiotas.

Si esto se convierte en amor, prometo que nunca dejaré de desear que me mire con esos ojos grisáceos.

Capítulo 31

Nada ha cambiado en los minutos que sé que Patrick y yo estamos juntos. Lo único distinto es la ansiedad que Tanya muestra en su rostro cada vez que me mira. En algún punto de la noche, con la excusa barata de preguntar mi opinión sobre un vestido de no sé que marca que quiere comprar, me arrastra hasta la habitación que comparte con Víctor y dejamos a los chicos en el salón bebiendo unas cervezas.

—Eres la persona con menos arte del disimulo que me he encontrado jamás —le digo en cuanto cierra la puerta de la habitación.

Ríe de esa forma en la que parece una ardilla psicótica y va dando saltos hasta tirarse en la cama, mirarme con una sonrisa que me da miedo y atacar con la primera pregunta.

—Cuéntamelo todo, ¡ya! ¿Estáis juntos?

—Eres una puta cotilla.

—Pero me quieres, y en el fondo de tu corazón estás deseando gritarlo a los cuatro vientos y cantar tu amor por Patrick al estilo *Grease*. Bueno, mejor no cantes...

Arqueo una ceja, y si llevara gafas, las habría deslizado hacia abajo para darle un grado mayor de dramatismo a mi mirada. Necesito una escopeta para matar a tiros a los pájaros que mi amiga tiene en la cabeza. Creo que poco a poco se están comiendo su cerebro.

—No estoy enamorada. —Todavía. Es mejor dejarlo claro, pero no puedo dejar claro algo que no tengo claro. Y sí, estoy siendo muy redundante, lo reconozco—. Pero al parecer sí, tenemos una relación exclusiva. Ya no podemos ir de flor en flor. Solos él y yo —explico.

Ahora es Tanya la que frunce el ceño. Probablemente, se esperaba una

historia de flores y chocolate, dulce y empalagosa y dicho a mi forma suena incluso como una obligación.

—Hija mía, qué poco romanticismo. ¿Tanto te cuesta aceptar que tienes una relación?

—Es que no sé lo que tengo —admito—. Por ahora prefiero llamarlo exclusividad. He decidido no ponerle etiquetas.

—Pero ¿tú qué sientes por él? —me pregunta. Sé que lleva tiempo deseosa de hacerlo y se lo ha guardado para este preciso momento.

Con un suspiro me siento a su lado y mi mirada se centra en el pomo de la puerta.

—No lo sé. Al principio era simple atracción, deseo... Pero desde el inicio él se comportó de forma distinta a otros ligues que he tenido. Íbamos al cine, a pasear. Hemos pasado días juntos y no he tenido ganas de darle una patada en el culo y que desaparezca. Al contrario, cuando se marchaba los domingos de casa, ansiaba que llegara de nuevo el fin de semana para estar con él.

—Y revolcaros como conejos. —Asiento con una sonrisa y me preparo para continuar.

—Sí. Es como una droga para mí. No sé si le quiero, porque ya no recuerdo lo que es el amor, y el amor que recuerdo fue el que me destrozó.

—Tienes miedo —susurra.

—Mucho. Le hago ver al mundo que no tengo complejos, pero tengo muchos momentos de debilidad y tú lo sabes mejor que nadie. —Asiente—. Tengo miedo a sentirme poca cosa a su lado, a que despierte del supuesto embrujo al que lo he sometido y me aparte de su vida. Creo que eso me destrozaría.

Hay una pausa entre ambas. Tanya estudia mis palabras durante varios segundos y en el fondo no me sorprende su conclusión.

—Comienzas a quererle y ni tú eres capaz de darte cuenta.

Otro silencio.

No sé si tendrá razón.

—Lo que describes, ese miedo a perderlo, no es solo atracción. El amor es un sentimiento que cuando llega, arrasa con todo —dice con una sonrisa soñadora al pensar en sí misma—. A ti te está arrasando y te confunde. Igual que a él. Tú al menos has tenido alguna relación, pero él ha sido un mujeriego que no se ha atado nunca y, entre los dos, debéis encontrar la forma de gestionarlo para no acabar mal.

—Gracias, Maestro Yoda —me burlo.

—Tú saber que los problemas solucionar debes —contesta con una mala imitación de Yoda.

—Lo sé —admito—. Pero una última cosa, ¿planeaste este viaje para esto? ¿Tú sabías lo que Patrick me iba a decir?

—Sí, ha sido una encerrona en toda regla —dice con orgullo—. No estaba segura de lo segundo, pero siempre que os he visto juntos las chispas sobrevolaban el ambiente. Y esta mañana, antes de que bajaras, Patrick se ha sincerado con nosotros y nos ha contado su plan de formalizar lo vuestro de forma romántica en la playa.

¡Genial! Por mi miedo he hecho que las cosas no hayan sido idílicas, en un paisaje tan maravilloso como una de las calas del Cabo de Huertas, sin embargo, estamos justo en el punto que Patrick quería y lo cierto es que ha sido igual de especial para mí.

Estoy en la nube.

—Soy una aguafiestas —me río.

—Un poco. Pero ahora ya da igual, estáis juntos y eso es lo que cuenta. Solo una cosa, no la cagues —arquea una ceja y me mira fijamente.

—¿Por qué tengo que ser yo quien la cague? —Me cruzo de brazos

enfurruñada.

Qué poca confianza tiene mi amiga en mí. Que se posicione tanto en el bando de Patrick no me hace gracia. Con su mirada grisácea nos embauca a todos. Es un mal brujo.

—Porque vas a estar siempre con el miedo a que se repita lo de Jorge, y eso solo puede hacer que todo vaya mal. Esta es una página en blanco de un libro por empezar. Disfrútalo, puede que sea tu favorito.



El último día de vacaciones ha llegado. Me entristece ver cómo los chicos cargan las maletas en los coches y sudan la gota gorda con las mías. Mis dos maletas pesan bastante más tras la ingente cantidad de recuerdos y tonterías que he ido comprando.

Los últimos días los hemos pasado las parejas por separado. Patrick volvió a llevarme al Cabo de Huertas y esa vez acabamos en el agua, haciéndonos ahogadillas y calentándonos mutuamente en medio de la pequeña cala que de nuevo estaba solitaria. Intercambiamos miradas de soslayo que consiguieron sonrojarme y besos que se convirtieron en demasiado íntimos. Durante unos instantes, ambos creímos que acabaríamos desatando nuestra pasión en el bello mar.

Aunque costó, nos resistimos hasta llegar al *chalet*.

Fue un día inolvidable, nos hicimos cientos de fotos, a cada cual más ridícula, paseamos de la mano, nos besamos como adolescentes en medio de la calle y visitamos lugares de la preciosa ciudad de Alicante, que sin duda se han convertido en mis lugares favoritos.

A pesar de estar casi todos los días a la luz del sol, mi blanco nuclear no ha desaparecido y por suerte tampoco me he quemado. Me he remojado más que en muchos años y he comenzado a amar la playa gracias a la compañía.

Las cosas entre nosotros tampoco han cambiado demasiado tras hacer lo

nuestro algo más formal. Seguimos con nuestras constantes bromas, las puyas, el juego de seducción y los revolcones. Solo que ahora, cada vez que hacemos el amor, siento cómo los sentimientos viajan a través de nuestros cuerpos y me siento completa. Todo es mucho más sensual, más placentero. Me siento plena y las sonrisas que Patrick me dedica me transmiten exactamente lo mismo.

Ahora tengo miedo de que a la vuelta a Madrid explote la burbuja. Pronto tendremos que volver a nuestros trabajos, él vive con otros dos chicos y ambos tenemos claro que también necesitaremos libertad para nuestras cosas.

—La próxima vez que vayamos a alguna parte, tú no vienes —dice Víctor medio ahogado al subir las maletas. Tanya y yo miramos a los chicos y no puedo evitar poner una mueca de burla en mi cara.

—Sabes que el viaje perdería toda su gracia sin mí. Soy el alma del grupo —respondo.

En el fondo, podría ayudar, pero es más interesante limpiar mis uñas mientras miro de reojo cómo se esfuerzan.

Bueno, rectifico: mientras miro cómo los bíceps de Patrick se hinchan al coger la maleta. Tanya me ha susurrado que necesito un babero y creo que tiene razón.

Es que mi chico está de muy buen ver.

Y qué raro me resulta decir «mi chico».

Subimos cada uno a nuestros respectivos coches y con miradas tristes nos despedimos del precioso *chalet* al que Víctor nos ha prometido que volveremos en cuanto tengamos algún día libre.

Por suerte, soy la única que elige sus días libres y eso hará más sencillo que podamos coincidir. A no ser que tenga una sesión de fotos a vida o muerte.

Me subo de copiloto en el precioso SEAT de Patrick y emprendemos el

largo camino de cuatro horas hasta Madrid. Hemos decidido salir de buena mañana para aprovechar el resto del día en la ciudad e intoxicarnos con la polución de los coches.

Una maravilla.

Es sábado y es probable que vayamos a algún bar a tomar algo como colofón de nuestras vacaciones.

Patrick me mira mientras conduce porque me he quedado pensativa y me saca de mi ensoñación cuando noto su atención puesta en mí. Tengo un radar muy desarrollado para saber cuándo me mira.

—¿Qué? —pregunto. Sonríe misterioso y sus ojos brillan.

—Café. —Niego con la cabeza y suelta una carcajada—. Estás preciosa hoy.

No contesto porque me he puesto más roja que un tomate.

—¿Gracias? —respondo con una pregunta pasados los segundos. No me acostumbro a los piropos. Suelen echármelos cuando fijan la mirada en mi escote, pero no de forma desinteresada y sin otra intención que no sea la de un polvo. Patrick lo dice con sinceridad y provoca un sentimiento que me encoge el corazón. Me abruma y a la vez me encanta.

—¿Algún día me creerás? —pregunta mientras continúa por la carretera. Nos estamos adentrando en la autopista que nos llevará directamente a Madrid.

—Te creo. Es solo que no estoy acostumbrada a todo esto —reconozco. Ni siquiera soy capaz de decir en voz alta la palabra relación o novio.

No me hago a la idea. Y, menos, pensar que en algún momento tendré que presentárselo a mis padres, yo conocer a los suyos... Y ya me estoy montando el peliculón del siglo.

—Sé que no es un tema del que quieras hablar y yo prefiero no saber mucho para no cabrearme, pero ¿cómo era tu relación con ese? —Sé que no

dice su nombre por respeto. Suelto un suspiro y me pongo a recordar cosas que he querido mantener en el olvido.

Estos días, él también me ha confesado cosas. Nada comparado con los desastres que han ocurrido en mi vida, pero sí vitales para seguir conociéndonos en profundidad. Su personalidad esconde mucho más de lo que aparenta y lo demuestra con su forma de abrirse a mí, e incluso de abrirse con mis amigos.

Sin pretenderlo, los cuatro, durante estos días, hemos creado una pequeña piña.

—Al principio, como todas —comienzo—. Siempre estábamos juntos, salíamos de un lado a otro, visitábamos juntos a nuestras familias... —Hago una pausa—. El primer año fue perfecto, luego comenzó a truncarse como ya te conté. Tenía su propia empresa de seguridad y se movía mucho por el mundo de la noche. Siempre estaba cansado y su actitud cambió mucho conmigo. Creo que me engañaba con otras que conocía en las discotecas, pero nunca lo sabré y ni siquiera me importa —continúo—. Supongo que se cansó de cómo era en ese momento, mi cuerpo era el mismo que ahora y siempre he sufrido la presión por parte de mis padres, tíos y hermano para ponerme a dieta. ¡Como si nunca lo hubiera intentado! —bufo y chasqueo la lengua mientras niego—. Yo era feliz, pero él me hizo creer, con la ayuda de mis padres, que lo sería más si sacaba todo mi potencial perdiendo esos kilos que tanto parecen molestarle a todo el mundo menos a mí.

—¿Y por qué no lo dejaste si te sentías bien contigo misma? —pregunta, curioso. Su voz es seria. Puedo notar un matiz de rabia en su interior y es algo que me conmueve.

—Por miedo a quedarme sola —admito—. Y ese miedo me llevó a hacer cosas de las que me arrepiento. Cuando me hundí hasta lo más profundo para resurgir con más fuerza, tuve el valor de olvidarme de él y volver a quererme. Así todo cambió. He sido feliz estos años de libertad, sin ataduras. He disfrutado del sexo y de mi cuerpo y estoy completamente sana. Los kilos no marcan la salud de una persona. Obviamente, hay extremos —puntualizo para no generalizar. En algunas ocasiones la gente tiene problemas tanto por sobrepeso, como por infrapeso—. Pero yo estoy perfecta, hago ejercicio y la

comida basura no es lo principal en mi dieta a pesar de no privarme de ella. Simplemente, me dedico a vivir sin pensar en el qué dirán. Y aunque a veces cuesta, lo consigo.

—Y tu miedo es que yo haga lo mismo que Jorge, que quiera que adelgaces para que te asemejes más al canon preestablecido. —Asiento con cautela—. Tranquila, no lo haré. Si tengo que repetir todos los días que la Beth con la que quiero estar es esta, lo haré.

Hace una pausa y continúa el camino. Va pensativo y en silencio y sé que quiere decir algo. Tras varios minutos se lanza.

—Debo reconocer que siempre he sido superficial, que mi idea de la belleza es la misma que nos intenta inculcar la sociedad. Que la perfección se consigue a través de una talla concreta y yo mismo, como hombre, he pasado horas en el gimnasio para mantener este cuerpo, a pesar de no verme con la misma presión social que tiene una mujer con su cuerpo.

—¡Y qué cuerpo! —exclamó y veo que sonrío.

No quería interrumpirlo, pero no he podido evitarlo. Como he dicho muchas veces, todos tenemos una parte de superficialidad y no puedo culparle por tener un estereotipo predeterminado. Yo también tengo ojos y me fijo en el exterior, sin embargo, eso no es lo que me atrae de verdad.

—Pero tú... —continúa— me has abierto los ojos. Me has hecho ver que la belleza no es solo el envoltorio, también está en la personalidad, las acciones y en los pequeños detalles. Has conseguido que sea capaz de ver belleza donde antes creía que no la había. Tú eres bella por todas partes, me embrujaste y no sé cómo.

—Tengo un don —me burlo—. Pero ¿de verdad he conseguido todo eso? —Asiento con una sonrisa y desvía un segundo la mirada de la carretera—. Pues no lo entiendo, creo que nunca he sido demasiado simpática contigo, Patricio. Al contrario, he tenido ganas de darte una hostia en muchas ocasiones y no lo he hecho porque conseguías distraerme con tus encantos.

—Justo por eso. Las chicas con las que he estado no tenían tu

personalidad. Todas estaban cortadas por el mismo patrón —murmura. No hace falta que diga cuál porque sé exactamente a lo que se refiere—. Y tú arrasas por donde pasas. Sueltas barbaridades que sorprenden a todo el mundo y tienes algo que atrae a los tíos como moscardones.

—Tampoco exageres. No me quejo, pero suelo ser la última opción. Muchos piensan que estoy desesperada —me río a pesar de que en ocasiones eso no me ha hecho gracia.

Estar gorda no implica estar desesperada. Por ejemplo, Clara lleva a dos velas mucho tiempo y tiene un cuerpo que entra en los estereotipos. Simplemente, no tiene la labia que yo tengo a la hora de ligar y se cohíbe.

—Algún día me darás la razón.

—Claro. Cuando Miley Cyrus se meta a monja. Además, tú eres el buenorro que se las lleva de calle, el ligón que se mete entre las faldas de todas. No puedes opinar aquí.

—Es cierto, soy un ligón, pero ahora solo me interesa ligarme a la que tengo aquí al lado.

Hacemos una parada para echar gasolina y me da un tremendo beso en los labios antes de salir a repostar.

Me quedo con cara de gilipollas, atontada por el sabor de sus labios. Maravillada por su delicadeza y discutiendo con la diablilla y el angelito de mis hombros que dice que me estoy enamorando.

No quiero darles la razón. Sin embargo, creo que la tienen.

Patrick ha dicho cosas que han derribado cualquier coraza que aún quedara en mi pecho.

Ahora sí que estoy perdida, porque si me destruye, dudo que quede nada decente en mí que pueda aprovechar para recuperarme.

Capítulo 32

Para variar, me he quedado dormida a mitad de camino, justo después de haber parado en una estación de servicios a comer, y me despierto cuando llega a mis oídos el barullo de la ciudad. Madrid nunca está en silencio, abundan los coches y la gente por las calles a esas horas en las que el calor comienza a desaparecer. En un principio, creía que íbamos a mi casa para dejar las cosas, pero entramos en el *parking* de un edificio que desconozco y como aún no estoy despierta del todo, ni siquiera me he molestado en preguntarle a Patrick qué hacemos. Baja del coche con su pequeña maleta y nos subimos en un ascensor que nos lleva hasta el cuarto piso.

—¿Dónde estamos? —pregunto. He conseguido despertar y la intriga invade todo mi ser.

—En mi casa —contesta como si nada.

Me quedo mirándolo como si le hubiera salido un tercer ojo. Ni siquiera tenía conocimiento de dónde vivía, solo sabía con quién y ninguno de sus compañeros me cae demasiado bien.

Salimos del ascensor y paramos frente a la puerta número tres. Abre, me invita a pasar y cierra a mis espaldas. Se escuchan murmullos en el interior y se percibe un olor extraño: a hombre que no sabe lo que significa ventilar una casa.

—Bienvenida a la leonera. La casa debe estar hecha una mierda —dice como disculpa.

Y no miente.

Se adelanta unos pasos y me lleva hasta un amplio salón que es casi como mi casa. Hay que tener en cuenta que ahí viven tres hombres y deben tener las habitaciones suficientes para no dormir juntos. La estancia está bastante desaprovechada, la decoración es bastante espartana y los muebles son de un

marrón apagado bastante anticuado. Lo único que le da un toque moderno es el enorme televisor de pantalla plana del mueble principal y la colección de consolas que hay en un pequeño hueco. Y, por supuesto, un montón de latas de Red Bull y cervezas sobre la mesa, además de migas de patatas fritas por todas partes.

Sin duda, es una casa de hombres bastante descuidados con la limpieza. Parece un auténtico picadero y soy incapaz de sacar de mi mente la de mujeres que Patrick habrá metido entre estas paredes.

—El viajero ha vuelto a casa —se escucha que dice una voz. Al reconocer al intruso frunzo un poco el ceño. Chris, el modelo pesado y egocéntrico, saluda a su compañero para después parar su mirada en mí con sorpresa—. ¿Beth?

Muy listo el chico.

—Hola, Christian —digo más seca de lo que pretendía.

Me cayó mal. No puedo evitarlo y ya no es necesario fingir con él porque, por el momento, no me toca fotografiarlo.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta, curioso. Mira a Patrick en busca de una respuesta y no me sorprende que haya mantenido su *affair* conmigo en secreto. Al fin y al cabo, antes de marcharse era todo de lo más informal, y yo era la primera que decía que no era una relación.

Y no lo era hasta que en estas vacaciones la situación ha dado un vuelco.

—Díselo a tu compi —respondo encogida de hombros.

Antes de que Patrick le pueda dar una explicación, aparece el tercero de la casa, y me sorprende comprobar que es el chico con el que compartió las risas en la discoteca durante nuestro primerísimo encuentro.

¿Cómo demonios se llamaba?

—Hola Patrick y... —hace una pausa al verme y me mira de arriba abajo. Si espera que me incomode, lo lleva claro.

—Beth. La chica de la que te burlaste en la discoteca, que se tiraba a tu amigo Javi y ahora a este —respondo altiva y señalo a Patrick. A mi espalda escucho su carcajada.

—¿Y qué haces aquí? Si se puede saber.

—Acabamos de volver de Alicante, Izan —dice Patrick. Izan, es verdad.

Me llamó tan poco la atención en su día que nunca me he molestado en preguntarle a Patrick su nombre.

—¿Has ido con ella? —pregunta Izan, y Patrick asiente con una sonrisa.

Sin esperarme en absoluto lo que ocurre a continuación, Patrick se acerca a mí y me planta un beso en los morros que me deja sin respiración. Por el rabillo del ojo logro ver la mueca desencajada de ambos chicos y mi furcia interior ríe histérica y musita un zas en toda la boca.

—Chicos, por primera vez en la vida voy a decir esto, os presento a mi novia. —Que lo diga en voz alta me hace mirarlo con la boca medio abierta. Lo dice tan convencido que me he sonrojado. Está seguro de lo que dice, más que yo de creer ser su novia. Me complace pero sigue aterrándome. Sin embargo, también sé que su confesión es la forma que tiene de marcar territorio. Sobre todo, para mantener a raya a Christian, quien en su momento parecía bastante interesado en echarme un polvo.

Mala suerte. Eso le pasa por idiota.

—Espérame en el sofá, voy a dejar la maleta y nos vamos a tu casa —susurra y me deja ahí, a solas con dos tíos que no dejan de mirarme como si fuera algo que descubrir para ganar un premio.

Ya sé que mi vestido de calaveras de color morado y con un escote de infarto me queda de miedo, pero cuatro ojos puestos en mí comienzan a ser bastante incómodos. Hago caso a la sugerencia de Patrick y camino con mis botines veraniegos negros de poco tacón, esquivando prendas de ropa que hay tiradas por el suelo para llegar al sofá.

Debo reconocer que son un poco guarros.

Chris se sienta a un lado e Izan al otro.

—¿Qué os pasa? —digo sin amedrentarme.

—Creí que yo te gustaba —dice Christian.

—*Ehm...* No sé en qué momento lo creerías, pero, hijo, quizá, si no hablarás tanto de ti y te creyeras Dios, podrías haberlo hecho. Creo que te confundió el hecho de ser simpática contigo y pensaste que por no tener un cuerpo de Barbie Fulana me rebajaría a cualquier cosa, pero no —le suelto de sopetón sin darle opción a lanzarme una réplica. A continuación, giro la mirada y me encaró con el ceño fruncido de Izan, quien parece alucinado por lo que acabo de decir—. Y tú, sé que estarás confuso al saber que tu amigo está con la gorda de la que os burlasteis por tener el valor de tirarme a Javi, pero, mira por dónde, me da igual.

—Eh, que no he dicho nada. Es solo que me sorprende. —Alza las manos en señal de rendición y me complace saber que he conseguido intimidarle. Tengo carácter para cualquier chulito que se me ponga por delante.

—Lógico. No soy del estilo de Patrick, lo sé mejor que nadie y él mismo me lo ha dicho, pero ha insistido y no he podido decir que no —sonrío irónica.

—Pero ¿os queréis? —añade Christian, metiéndose en la conversación. Parece que no ha tenido suficiente con el corte que le he metido.

—Sí —oigo que dice Patrick a mi espalda—. Yo comienzo a quererla, ahora solo falta que ella se aclare y deje atrás sus demonios.

¿Acaba de decir lo que creo que ha dicho?

¿Que me quiere?

¿Alguien me da permiso para desmayarme?

En este momento, no sé qué hacer. Giro la cabeza como la niña del

exorcista con la boca abierta y no sé si saltar del sofá y llevarlo a la cama para darle un buen meneo, ponerme a llorar de la emoción o salir corriendo cual gacela.

Las tres opciones me parecen desacertadas con el público que me rodea. Uno de ellos parece incrédulo mientras que el otro parece rabioso por no haberla podido meter en caliente conmigo.

Una pena.

Patrick me lanza su sonrisa burlona, esa que me corta la respiración y se queda en silencio hasta que Christian lo rompe con una gilipollez.

—Tú nunca has querido a nadie, no creo ni que sepas cómo se hace —se burla. El semblante de mi chico cambia a uno menos amigable y lo mira.

—Tienes razón, pero siempre llega el momento y puede ser con la persona más inesperada. Al menos, yo no soy el que le pone los cuernos a su supuesta novia con toda la que pilla —le lanza la daga y Christian decide marcharse.

—Le has dado donde duele, amigo mío —ríe Izan.

—Y yo que pensaba que lo de la novia te lo habías inventado para camelarme —añado yo.

—Pues no, pero, como dije, tú me camelaste a mí y era una forma de quitártelo de encima.

Se acerca y deja un beso en mis labios muy tierno.

—Pues va a ser verdad que te gusta. No te reconozco, Patrick. Eres un puto moñas —se burla su amigo y Patrick se encoge de hombros—. No sé qué tendrás, Beth, pero ya decía yo que llevaba un tiempo un poco atontado. Ni siquiera quería salir de fiesta.

—Es lo que tienen estas curvas, que enloquecen —le guiñó un ojo y sonrío.

Creo que después de lo que le he dicho al inicio, su actitud ha cambiado. Ya no siento que me mire con inquina e incredulidad, parece aceptar que su amigo ha elegido y él no es nadie para meterse. Puede que, si la relación sigue, me lleve bien con él. No creo que sea tan gilipollas como parecía el día en que lo conocí. Hay que tener en cuenta que los hombres cuando van en grupo se comportan como idiotas con la gente para encontrar la aprobación del resto e inflar su ego. En cambio, Christian sí que es imbécil. Con ese no habrá amistad. Nunca.

—Creo que me caes bien. Javi no mentía, pero tú —señala a Patrick— deberías habérmelo contado.

—Sí, papi —se burla—. Ven, Beth, quiero enseñarte algo.

Me levanto del sofá y lo sigo por un oscuro pasillo que parece más tétrico de lo que es. No hay decoración, está vacío y a ambos lados hay varias puertas. Entramos en una de ellas y me sumerjo en una habitación pintada en tonos claros, con armarios oscuros y más austera y acogedora de lo que es el comedor. Al fondo, hay una enorme cama de matrimonio y, justo encima del cabecero, algo que me deja con la boca abierta.

—¿Eso es una foto mía? —pregunto a pesar de que sé que es cierto.

Es una de las que había a la venta el día de la exposición. En todo este tiempo, no ha mencionado haber comprado ninguna. La escogida es una de mis favoritas, la modelo iba caracterizada como un hada oscura y está en medio de un bosque tenebroso. Cuando la miro, siento la magia recorrer mis venas y me sorprende que Patrick fuera quien se hiciera con ella.

No las vendía muy baratas.

—Sí —responde con una sonrisa—. Me recordaba a ti. Oscura, misteriosa y que a veces da miedo —ríe y le doy un codazo amistoso.

—Idiota.

—Sí, mucho. Me dejé un dineral —dramatiza—, pero mereció la pena. Ahora, mi habitación es más acogedora.

—Y está ordenada —añado.

Tras haber visto como tienen el resto del piso, esperaba encontrar una habitación igual de desordenada.

Me rodea con sus brazos para acercarme hasta a él y me besa de nuevo. Nunca me canso de sentir sus labios sobre los míos. Antes me transmitían solo deseo, ahora eso y mucho más. Lo pego todavía más a mí y noto la erección a través de su pantalón tejano. Está tan caliente como yo, pero sabemos que no es el lugar idóneo para derrochar nuestra pasión.

Tengo fama de escandalosa, y aunque vergüenza tengo poca, no me apetece escuchar burlas por parte de los inquilinos.

—Vamos a tu casa, ahora.

—Pero si ni siquiera me has enseñado tu picadero al completo —sonrío juguetona. No llevamos ni una hora en su casa y tengo hambre de él.

—Me gusta más el tuyo. Hay más intimidad.

—Eso si no se cuele Tanya.

Me coge de la mano y tras dejar su maleta todavía hecha en la habitación, salimos directos por la puerta sin despedirnos de Izan y Christian.

En esa casa, cada uno parece ir a su bola.

El camino hasta mi casa es más largo de lo que ambos pensábamos. Hay tráfico en plena Gran Vía y no es sencillo ir rápido con tanto semáforo. Aparca enfrente de mi edificio en la zona azul, y sin descargar mis pesadas maletas subimos las escaleras hasta mi ático.

Ya ha anochecido. No sé en qué momento ha pasado el día tan deprisa y en el fondo tengo hambre, pero de él. El camino de subida por las interminables escaleras se convierte en tocamientos prohibidos y su mano se posa sobre uno de mis pechos mientras besa mi cuello con premura.

Voy a arder.

Y puede que caerme de bruces por las escaleras.

Saco con dificultad las llaves de mi casa y abro a ciegas mientras me besa sin descanso.

La magia está presente, pero se rompe en el mismo instante en el que oigo una voz saludarme.

—¡Hola, cariño!

Me separo de Patrick de inmediato y observo el panorama que hay en mi salón.

Mi madre, con una sonrisa en su rostro, pasea por mi casa como si fuera la suya y tiene la mesa preparada con comida. Mi padre está en el sofá y, para más inri, observa cómo mi hermano Sergio se ha apoderado de mi consola y juega al *Assasin's Creed*.

—Espero que hayas empezado una partida nueva, si no, te mato —digo porque a mi mente parece solo preocuparle ese dato.

Todavía no soy capaz de reaccionar.

—Tú debes de ser Patrick —dice mi madre y se acerca a nosotros—. Soy Remedios —se presenta.

—Encantado —dice un tanto aturdido por la situación.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó por fin.

Si tenía miedo de decirle a mis padres que estaba en una relación y presentarles a Patrick, ahora ha desaparecido de golpe. Ya no hacen falta presentaciones, solo aclaraciones y tengo ganas de lanzarlos a todos por la ventana y quedarme más a gusto que un arbusto.

—Cena en familia, que ya toca.

—Me parece muy bien, pero no que invadáis mi casa de esta forma. Y él, ¿qué pinta? —señalo a mi hermano. Desde que vivo aquí no ha venido

mucho por mi casa, y siempre que lo ha hecho ha sido a solas y para pedir algo a lo que le he dicho que no.

Pulsa un botón en el mando de la consola y levanta la vista para mirarme con su particular actitud chulesca. Ya no es el niño larguirucho de antaño; a pesar de solo tener dieciocho años, su cuerpo se ha agrandado en forma de músculos y debo admitir que ha sacado buenos genes.

Pero es imbécil.

—Cenar, eso hago aquí. No vayas a comértelo tú todo.

—¡Sergio! —le reprende mi padre.

—Gilipollas —le insulto.

—Gorda —continúa. Pongo los ojos en blanco y bufo.

Ha sido así desde que era un enano mocososo.

—Yo no sé si pinto algo aquí, pero insultar a tu hermana no te hace más guay, sino niñato. Y meterte con el físico, te hace patético —dice Patrick, dejándome sin palabras.

No me había fijado en su rostro contraído por cierta rabia.

El silencio se hace en la sala. Ni mis padres son capaces de abrir la boca, hasta que el tonto del enano se envalentona como adolescente que todavía es —aunque él diga que no—, y se cree un dios que puede contra alguien como Patrick.

—Tú qué eres, ¿el chico de compañía al que paga? —se mofa.

Tierra trágame. Si yo fuera Patrick, y no estuvieran mis padres delante, ya le habría metido un puñetazo en los dientes al imbécil de mi hermano.

—Pues no. Soy el novio que la va a defender cuando crea necesario. Y si esto va a durar y tengo que verte la cara, como le faltes al respeto, tu vida se va a convertir en un auténtico infierno, cuñado.

El silencio se hace en la sala y ninguno es capaz de abrir la boca. Miro a Patrick con la emoción grabada en mis ojos y me deleita con una preciosa sonrisa que hace que mi corazón lata con fuerza. No me importa que mis padres estén presentes, en este instante de miradas solo somos él y yo.

Me ha defendido de las palabras hirientes de mi hermano. Se ha enfrentado a él delante de mis padres, cuando los acaba de conocer y ha dejado claro que soy su novia y que quiere que dure. Todo eso no sé cómo gestionarlo y a la vez me siento encantada, porque nunca, jamás, nadie había dado la cara por mí de esa forma. Jorge le reía los insultos a Sergio. Siempre me he jactado de que sé defenderme sola, y es cierto, pero no voy a ser tan maleducada de desechar la ayuda prestada. Miro a Sergio que se ha quedado sin palabras y ya no tiene esa pose chulesca.

Es lógico. La sola presencia de Patrick impone.

—Lo siento, Elisabeth.

—¿Me estás pidiendo perdón? —pregunto alucinada. Creo que los ojos se me van a salir de las cuencas.

Esto es nuevo.

—Sí. Me he vuelto a pasar.

—Bueno, chicos, ahora que todo está aclarado, vamos a cenar —dice mi madre para apaciguar el ambiente, como siempre, sin ser capaz de defenderme—. ¿Cenas con nosotros, Patrick?

—Por supuesto —sonríe como él sabe, y creo que se ha ganado a mi madre sin pronunciar una sola palabra.

Por un momento, he temido que se marchara por patas, pero tengo su apoyo moral.

—¿Se puede? —oigo una voz femenina desde la puerta que aún no he cerrado y veo a mi hermana y su novio David en la puerta.

Ya decía yo que había demasiada comida sobre la mesa.

—Joder, vivo en un piso de treinta metros cuadrados, esto ya parece una orgia.

—¡Hija! —exclama mi madre y todos comienzan a reír.

Capítulo 33

Suelto un suspiro cuando cierro la puerta. Son las doce de la noche y mi familia por fin ha decidido dejarme a solas para descansar del viaje.

—No ha ido tan mal —dice Patrick con una sonrisa.

Lo cierto es que tiene razón. Se ha camelado a mis padres en un santiamén, e incluso ha conseguido que mi hermano no se pasara toda la noche intentando hacerme rabiar —y os aseguro que eso es todo un triunfo—. He sentido por primera vez respeto por su parte, y Patrick ha sabido cómo gestionar su todavía actitud adolescente. Ha sido la primera reunión familiar en mucho tiempo que no ha hecho que quiera asesinarlos a todos para perderlos de vista.

Lo sé, a veces soy muy agresiva, pero me sale del alma.

En cuanto a mi hermana Lidia, mientras Patrick entretenía a todos con la historia de su vida en una familia feliz y acogedora, la he llevado a un rincón para asesinarla con la mirada por contarle a nuestra madre lo de él. Me ha puesto en un verdadero aprieto y se ha disculpado a la vez que reñido por no darle la noticia de que finalmente hemos comenzado una relación. Y, por supuesto, yo le he dicho que solo llevábamos cuatro días y le he puesto el ejemplo de que ella tardó dos meses en decirle a nuestros padres que tenía pareja.

Con eso, la he hecho callar.

—Te los has ganado y no sé si eso me hace mucha gracia —digo, poniendo una mueca y morritos seductores—. Además, debemos terminar lo que hemos comenzado mientras subíamos las escaleras. No creas que se me ha olvidado que hemos tenido un *coitus interruptus*.

Se acerca a mí como un depredador y me coge de las caderas mientras me guía hasta la habitación, que, por suerte, está a tres pasos. Me tumba sobre la

cama, gatea hasta alcanzar mis labios y nos fundimos en un beso que siento que me desnuda por completo. Sus manos ágiles se entretienen con la cremallera del costado de mi vestido y me incorporo unos segundos para que pueda retirármelo por completo.

—Me encantaría romperte la ropa —dice con lujuria.

Claro, como si mis vestidos valieran dos duros.

—Ni de coña. No quiero ser una aguafiestas, pero me gustan todos mis vestidos. —Por algo están en el armario. Sonríe ladino y aprovecho para quitarle la camiseta para poder acariciar su musculoso torso que me hace babear como una colegiala.

—Pues es una pena, sería algo salvaje. A mí también me gustan tus vestidos, pero cuando te los quito —dice mientras lo desliza con sensualidad hasta mis pies y deja un reguero de besos por mi vientre—, me gusta más.

Gimo sin pretenderlo, y veo que sonrío complacido. Tumba mi cuerpo en la cama y se desliza de forma sensual para llegar a mis labios. Me enloquece con su lengua junto a la mía y su sabor es tan adictivo que lo retengo durante más segundos de los que pretendía.

—Tus besos son una droga —murmuro extasiada.

Él ni siquiera se ha quitado el resto de la ropa y yo ya me siento a punto de llegar al primer orgasmo.

—Tengo un encanto especial. Reconócelo, yo soy tu droga.

—Y un imbécil —añado con una sonrisa juguetona que me devuelve.

Desabrocho al fin el botón de sus tejanos. Mis manos ágiles se deshacen de las molestas prendas que impiden el contacto, hasta que solo quedan los *bóxers* en los que se adivina una protuberante erección que estoy dispuesta a liberar.

Me encanta tener el poder suficiente como para conseguir ese efecto en él, me hace sentir bien, aceptada y sensual. Le gusto como soy y es algo que

no puedo describir con palabras, porque aún, a veces, tengo la absurda idea de que nunca podré gustarle a nadie, que solo soy un pasatiempo, o un último recurso...

Terminamos de desnudarnos y cambiamos la posición. Tomo las riendas de la situación y me inclino hasta su cuello para mordisquearlo, descender con la lengua por su pecho, hasta que llego a su miembro con la punta brillante por la expectación. Lo beso con mis labios y termino por abarcarlo casi por completo. Patrick gruñe como un león y coge mi cabello con suavidad para intentar marcar el ritmo.

—¡Joder! —gime.

Alzo la vista mientras continúo el masaje con mi lengua, y su espalda está arqueada. Tiene los ojos cerrados y sé que está luchando por no quedar mal ante mi demostrable habilidad con la boca. Con la mano continúo con el movimiento, y al retirar la boca, siento su mirada puesta en mí.

—Ven aquí. Voy a hacer que toques las estrellas.

—*Mmm...* Me gusta la idea.

Me tumbo en la cama y abro las piernas para que se coloque en el centro. Su miembro roza mi entrada y estoy expectante por sentirlo en mi interior. Sin embargo, posa su mano en mi monte de Venus y con sus dedos comienza a jugar con mi clítoris de forma pausada.

Los gemidos no tardan en llegar. Su placentero toque hace que mi cabeza deje de poder pensar cosas coherentes. Introduce un dedo en mi interior y bombea mientras sigue con el juego. Acaricio mis pechos entre gemidos y gruño cuando noto que para.

—Mierda, los condones —dice de repente.

—No importa. Tomo la píldora —digo. No tengo intención de decirle que pare y baje a por mis maletas a su coche porque me cortaría todo el rollo.

Pero pensándolo bien, con Patrick, me excito más rápido que un conejo.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —pregunta sorprendido.

—Algún día —me burlo, y sin avisar, cojo su miembro entre mis manos y lo guío hasta mi entrada para que se clave en mi interior.

Ambos gemimos al unísono. Por primera vez, no hay una barrera de látex que nos separe. Estamos unidos como una sola persona. La sensación es similar, pero más intensa. Sus embestidas cada vez son más fuertes. Nuestros cuerpos se mecen al mismo compás. El sudor perla nuestras pieles y tenemos la mirada clavada en los ojos del otro. Los de Patrick brillan de una forma que no puedo descifrar, el gris parece ser más claro y se adivina una tierna sonrisa en sus labios, que hace que mi corazón salte de mi pecho. Me besa por sorpresa mientras continúa y lo abrazo para mantenerlo todavía más cerca de mí.

No quiero que esto termine, no quiero separarme.

Gimo presa del éxtasis de placer y Patrick aumenta todavía más el ritmo. Nuestras respiraciones son entrecortadas, nuestros corazones laten de forma irregular. Un nuevo orgasmo arrasa con mi cuerpo y me llevo a Patrick con él.

—Dios, sí —gime.

—Dios no, Beth —musito con voz ahogada al recordar sus palabras tiempo atrás.

—No, mi diosa. —Deja un beso en mis labios y se aparta para tumbarse a mi lado.

Deberíamos asearnos, pero preferimos estar unos minutos abrazados, en silencio. Son nuestras miradas las que se comunican y la sensación es maravillosa.

En algún punto de nuestra conexión de miradas, me quedo dormida.

Capítulo 34

Septiembre ha llegado tan rápido como un parpadeo. Las dos últimas semanas de vacaciones las he disfrutado junto a Patrick, Tanya y mis amigas. Hemos ido a la piscina, paseado, conversado y hasta discutido. Las relaciones de pareja, a veces, tienen esos inconvenientes, pero ¿qué tendría de entretenido si no hubieran esos momentos en los que ambos sacamos las garras y nos enfurruñamos como niños pequeños?

Patrick ha pasado más tiempo en mi casa que en la suya y eso nos ha llevado a pequeñas discusiones. Además de que tiene la manía de intentar hacerme enfadar desde que descubrió que eso nos llevaba a unas reconciliaciones donde el sexo es la bomba.

Hombres.

A veces, fingía mi enfado solo para eso. Mi gen recesivo con hormonas masculinas estaba dispuesto a la guerra en todo momento solo para acabar en la cama.

En estas dos semanas la palabra te quiero ha salido un par de veces de su boca y le he creído. Lo que todavía no me creo es que en esos instantes siempre me he quedado callada, con una sonrisa de idiota y sin nada que decir.

Hablándolo con Tanya, me ha dicho de todo menos bonita y, ahora que mis vacaciones han terminado y las suyas también, cuando termina las clases, vuelve a aparecer en mi piso cuando le sale del higo.

—Es que no lo entiendo, le quieres y no eres capaz de decírselo —repite una vez más. Es la cantaleta que tengo que soportar todos los días desde que mi relación con Patrick se ha convertido en el tema de todos.

Porque sí, las cotorras de Sheila y Clara también están al día de todo y cuando quedamos, me acribillan a preguntas. Quieren todos los detalles, hasta

los más obscenos. Luego dicen que yo soy la perversa, pero ellas me están robando el puesto.

—No estoy preparada, Tanya. Llevamos como pareja oficial menos de un mes. ¿No crees que es precipitado? —pregunto, porque eso es lo que me repito a diario.

—No, si lo sientes. ¿O es que acaso no le quieres?

Su pregunta es solo una forma de sonsacarme información.

¡Como si no la conociera!

—Sí, joder. Le quiero. Me enloquece, acapara todos mis pensamientos.

—¡Pues díselo! —exige—. Yo lo sé desde el primer momento que lo conocí, pero es él el que debe saberlo. Aunque sea un hombre, ellos también quieren sentirse correspondidos.

—No es tan sencillo. Tengo miedo. En estos días, ya he tenido que soportar miradas y comentarios. Cuando he ido a su casa, Christian ha sido un completo gilipollas, pero por lo menos Izan lo ha aceptado y es un buen tío. No quiero estar pendiente de si a Patrick le molestan las opiniones por estar con alguien con quien no pega ni con cola.

—Pero no tienes que pensar en nadie más que en ti. Esto es algo que te hace bien. Sigues siendo la Beth tocapelotas, pero en una versión mejorada, y he visto a Patrick contigo en la calle y su cabeza se alza alta cuando va a tu lado.

—¿Yo, tocapelotas? —dramatizo y pongo los ojos en blanco, haciendo sonreír a mi rubia amiga.

—Para nada —ironiza—. Pero lo que decía, te has abierto después de mucho tiempo, la amargura ha desaparecido y estás radiante. Él ha conseguido tumbar tu coraza y tú has hecho lo mismo con él. Os complementáis.

—Tu lado de maruja cada día me sorprende más —la corto y me gano un

gruñido—. Que sí, que tienes razón. Sin embargo, no se ha dado el momento —miento.

Momentos han habido muchos, solo que las palabras no han salido de mi boca por miedo a una huida precipitada por su parte, y más ahora que apenas tenemos tiempo de vernos.

Estoy en medio de un trabajo que me va a llevar unos meses. De nuevo es una sesión fotográfica de fantasía y cada día me desplazo a escenarios nuevos, con modelos caracterizadas de forma distinta y lo disfruto muchísimo.

Cada fotografía es mágica y atesoro cada momento en mi memoria.

Amo mi trabajo. Lo único que ha cambiado es que no tengo tanto tiempo libre para ver a Patrick, pero nos pasamos el día enviándonos mensajes, haciendo vídeollamadas e intercambiando palabras moñas que si no fuera porque las digo yo, vomitaría arco iris.

Cuando Tanya se va, ya es de noche. El calor aún pega bastante fuerte, y las ventanas están abiertas por completo para que entre algo de aire y el ruido de la Gran Vía. Me preparo una ensalada y unas tostadas para cenar, y tras la rutina de cuidado de la piel habitual, me pongo el pijama y me tumbo en la cama a la espera de recibir mi llamada de buenas noches.

—¿Ya en la cama? —pregunta Patrick nada más descolgar.

—Sí, pero está muy vacía. Me falta un Patricio —murmuro y pongo un puchero infantil a las paredes de mi habitación.

—Qué pena —dramatiza—. Te echo de menos.

—Y yo —reconozco. El inicio de una relación conlleva tener esa incesante necesidad de pegarse al culo de tu pareja, y por muy increíble que parezca, la tengo constantemente.

Parecemos dos tontos al hablar. Patrick cambia su tono de voz a uno muy dulce que hace que tenga una sonrisa permanente. El fin de semana está muy

cerca. Normalmente, los viernes es cuando aparece para quedarse hasta el domingo por la noche, pero tal y como quedamos en un principio, no tenemos por qué estar siempre pegados y ha quedado con Javi, Izan e incluso Víctor para salir de fiesta. Algo que yo misma voy a hacer junto a las chicas, ya que hace mucho que no vamos.

—No te pongas demasiado *sexy*, no quiero moscones a tu alrededor — dice con un tono más serio.

—Yo no soy el problema. Además, tú no eliges mi ropa, cariño. — Arqueo una ceja—. Mantén tú alejadas a las busconas.

—No creo que haya nadie que acapare mi atención, así que no te preocupes. Solo me acercaría a una chica de lengua viperina y ojos azules con el pelo de dos colores y un cuerpo donde perderse.

—Pues espero que esa chica esté preparada para tus encantos —bromeo, encantada con sus piropos.

Charlamos durante un rato más hasta que un bostezo involuntario que Patrick escucha nos da la señal de que es hora de dormir.

Al día siguiente, tengo mucho trabajo, debo desplazarme hasta El Retiro, donde se harán varias fotos entre sus rincones y después pasará la tarde editando antes de vestirme para ir a la discoteca. Volveremos al BarCo, con la diferencia que solo seremos las chicas en busca de pillar una buena cogorza y puede que Clara alguien con quien pasar un buen rato.



Al amanecer, me encuentro un centenar de mensajes en el grupo y muchas puyas hacia Clara que me sacan una carcajada.

No me ha dado tiempo ni a tomarme un café para despejarme, con solo leer las tonterías que dicen, una ya consigue despertarse.

—Sois muy pesadas, pero en el fondo tenéis razón. Necesito un buen

empotrador —dice por mensaje.

—Puedo darte el número de Javi. Ese nunca dice que no. Se acostó conmigo —le contesto, e inmediatamente recibo un mensaje lleno de emoticonos con el de la peineta incluido.

—No estoy tan desesperada como para tirarme a los mismos que tú.

—¿En serio? —Se mete Tanya y pone un icono de burla.

—¿No deberías estar dando clase? Cotilla, mala perra —añade Clara.

—Tú sabrás, cariño. Pero Javi es un buen *empotrador*, te lo aseguro. Si cambias de opinión, ya sabes dónde estoy.

Ojeo el resto de los mensajes y mi Thor particular me ha dejado varios. En breve entra a trabajar y ya está despierto. Hoy termina el turno antes y ojalá pudiéramos vernos, pero cada uno tiene sus planes y nos conformamos con no perder el contacto a lo largo del día. A veces, nuestras conversaciones se suben de tono y, más veces de las que me gusta reconocer, he tenido la tentación de coger el coche e ir a su apartamento.

Me doy una ducha rápida, me visto con unos tejanos estrechos, camiseta escotada con caída ancha y unos zapatos de medio tacón, y me tomo mi tan ansiado café antes de ir a por el coche con todo el equipo fotográfico para llegar al Retiro. Me espera una mañana movida que espero que no se alargue demasiado. Son las nueve y supongo que las maquilladoras ya habrán hecho parte de su trabajo y las de vestuario también. Eso agilizará la sesión y solo quedarán los pequeños retoques durante lo que nos depare el día.

Capítulo 35

El día está soleado. No hay demasiada gente por ahí que sea un obstáculo para nosotros y Silvia, mi ayudante, está para cumplir todos mis deseos.

Las modelos están preciosas. Estoy rodeada de hadas, brujas y seres fantásticos en un sitio donde el verde es el único protagonista. Puede que la grandeza del Retiro no sirva para recrear mundos de fantasía a la perfección, pero mi habilidad con el Photoshop y otras herramientas de edición de fotografía conseguirán transformarlas en algo mágico. A veces, me siento como un editor de montaje de películas.

¡Bendito 3D!

Nos metemos entre la maleza y con mi cámara saco fotos que ojalá pueda enseñar en otra exposición. Muchas de estas irán a parar a los bancos de imágenes y, por cada vez que alguien la compre, yo me llevaré un porcentaje en concepto de derechos de fotografía. Es una buena forma de mantener un sueldo, sin embargo, es un sector que también se ve afectado por la piratería. A pesar de las marcas de agua de las páginas webs donde se venden, siempre hay el típico listo que es capaz de quitarlas y utilizarlas en su beneficio de forma gratuita.

—Por hoy, hemos terminado —avisa Silvia a las chicas para seguidamente ayudarme a recoger todas las cosas—. ¿Cómo vas? —me pregunta.

—Muy bien, creo que van a quedar espectaculares —digo con una sonrisa.

—De eso no me cabe la menor duda. Nos vemos mañana, jefa. —Me da dos besos y desaparece en cuanto terminamos de recogerlo todo.

El resto del día lo paso pegada al ordenador. Definitivamente, los retoques están quedando de miedo y suelto gritos de emoción cada vez que

finalizo una fotografía. Son las ocho de la tarde y ha llegado el momento de comenzar con los retoques míos: la ducha, el maquillaje y el peinado para disfrutar de la noche del viernes.

Tanya aparece justo cuando estoy a punto de terminar y, como siempre, me mete prisa.

—Va, que Sheila está abajo —repite.

—Sheila es una tardona. Déjame a mí darme ese placer.

Salgo del baño ya vestida y me fijo en mi amiga. Lleva un vestido que se pega a su cuerpo, de color azul eléctrico y el pelo se lo ha recogido en un moño desenfadado. Su cuerpo se estiliza todavía más con los zapatos de tacón de vértigo y el maquillaje agresivo de sus ojos la hace parecer una *femme fatale*.

—Si Víctor te viera, no saldrías con ropa de su ataque.

—Lo sé —dice orgullosa y hace un contoneo de caderas que me hace sonreír.

—Vamos, créida el alcohol nos espera.

En otra época habría dicho que eran los tíos quienes nos esperaban, pero ahora solo el alcohol. Así podremos demostrar la panda de alcohólicas anónimas que somos.



Como cada sábado, el BarCo se llena de gente. Hace más calor que la última vez que fui y sin ni siquiera ponerme a bailar noto cómo el sudor comienza a aparecer.

—¡Me sudan las tetas! —chillo para que mis amigas me oigan con la música a tope.

Al instante, veo muchas miradas a mi alrededor y oigo alguna carcajada.

—No me miréis así —grito de nuevo—. Estos pechos están obstruidos por un sujetador y un vestido muy sexy. No me lo tengáis en cuenta.

Mis amigas no saben dónde meterse mientras yo río como una loca.

Tendría excusa si hubiera comenzado a beber, pero ni siquiera hemos llegado a la barra para pedir nuestras primeras copas. De camino, noto miradas puestas en mi trasero.

No es que se me marque demasiado, he elegido un vestido en tonos rojizo oscuro que queda prieto en la cintura y cae en falda ancha hasta por encima de las rodillas. Escote, como siempre, arrollador.

Sé que me pasaré la mitad de la noche mirando que no se me salga un pezón. Si Patrick me viera, a lo mejor me llevaba al baño para quitármelo.

Sonrío como una boba al pensar en él y me doy cuenta de que estoy más encaprichada de lo que quiero demostrar.

—¿Pensando en tu modelo informático? —dice Sheila con dos bebidas en la mano. Me tiende la mía con una sonrisa y espera a que le dé una respuesta.

—Para serte sincera, sí. Estoy pensando en las formas en que me quitaría este vestido —le saco la lengua y ella niega con la cabeza.

La fiesta comienza tan deprisa que pierdo la noción del tiempo. La gente baila, nosotras también. He perdido la cuenta de las copas que llevamos y nuestros movimientos son descoordinados y ridículos. No nos importa lo que la gente pueda pensar, nos divertimos como buenas amigas sin más pretensiones que ser solo nosotras. Sheila ha tenido que espantar a varios moscones y Clara se muere por encontrar uno que llame su atención.

—¿Quieres que llame a Javi? —le digo con voz pastosa. No sé si me habrá entendido. Mi mente sabe lo que ha dicho, pero dudo que el sonido de mi voz haya sonado igual.

—Te he dicho que no. Soy mayorcita para encontrar mis propios ligues.

—Pone un mohín y se cruza de brazos. No va mejor que yo.

Tanya está otra vez en la barra para pedir y por el camino se le cae medio cubata. Con esos tacones no sé cómo no se ha dejado los dientes contra el suelo. Yo, como siempre, he sido pragmática, llevo poco tacón y, a pesar de que soy torpe y me he tropezado un par de veces, los dientes siguen en su sitio.

Suena una canción que ya tiene algunos años, pero que es capaz de animar cualquier fiesta. *Lazy Song* de Bruno Mars tiene un ritmo único y nos ponemos juntas a cantarla a voz de grito. Me estoy dejando la garganta, suelto más gallos que el que tenían mis abuelos en el pueblo cuando era pequeña. Probablemente, a la gente van a comenzar a llorarle los ojos con sangre con mis berridos, pero no me importa porque bailo como loca y me divierto, que es a lo que he venido.

—¡Me duelen los pies! —grita Tanya.

—Normal, hija. Parece que vas a una alfombra roja —me burlo y me da un pequeño codazo.

La noción del tiempo desaparece cuando te lo pasas bien y solo se ve interrumpida en el incómodo instante en que la vejiga avisa de que te meas a más no poder. Llevo en el cuerpo más de un litro de bebida en las horas que llevamos dándolo todo. Les grito a mis amigas —y al resto de personas que nos rodea— que voy a mear y paso a empujones entre la gente.

Menudo agobio.

El baño ya comienza a estar bastante asqueroso. Hay una cosa que me inquieta, dicen que las mujeres somos muy limpias, pero, a la hora de la verdad, en los baños públicos hay mucha guarra suelta.

Me toca hacer equilibrio para no tocar nada y antes de salir me lavo las manos con jabón. Al mirarme en el espejo, me doy cuenta de que mi maquillaje comienza a estropearse y estoy en proceso de parecer un oso panda. El *eyeliner* no se ha movido, sin embargo, la línea de agua negra mancha la zona de la ojera y la retiro con manos temblorosas.

—Te has pasado bebiendo, bonita —me digo a mí misma, y una chica que hay a mi lado asiente conforme con mi afirmación.

Vuelvo junto a la muchedumbre y achino los ojos para encontrar a mis amigas, aunque lo que veo, hace que pare en seco.

Por un momento he sentido un ramalazo de alegría en mi pecho al ver quién hay ahí. Patrick está a tan solo unos metros y estoy dispuesta a tirarme a sus brazos, darle un buen morreo y pasar el resto de la noche con él. Sin embargo, al enfocar la vista, lo que veo cambia mi humor. Esta junto a Chris, Izan y Javi bailando con varias tías que parecen sacadas de la revista *Playboy* y ninguno hace nada por apartarlas. Víctor, en cambio, está a un lado, los observa divertido, pero no tontea con nadie y eso hace que gane puntos a su favor conmigo.

Fijo mi mirada de nuevo en Patrick y, al ritmo de *Get on the floor* de Jennifer López, se contonea junto a una despampanante rubia que no hace más que arrimar cebolleta.

—Le voy a cortar los cojones —grito más alto de lo que debería.

Víctor se ha percatado de mi presencia y me mira sorprendido. A los pocos segundos vuelvo a mirar a Patrick y, sin darme cuenta, me fijo en que la rubia lo ha cogido de las caderas y le ha plantado un beso en los morros.

Me acerco hasta el lugar furibunda y les meto un empujón, para, después, salir por patas de la discoteca hasta la puerta, no sin antes, escuchar por parte de la rubia un bonito: «Mira por dónde vas, gorda».

No he comprobado si me ha visto, ni si le ha importado. Necesito tomar el aire, respirar.

La noche es calurosa y no corre ni pizca de aire, pero me sirve no tener a nadie a mi alrededor. Respiro el aire con fuerza y noto una humedad que se desliza por mi mejilla.

¡Malditas lágrimas traicioneras!

Si continuáramos con nuestra relación abierta, sin compromiso ni ataduras, no me habría importado presenciar lo que he visto. Pero estamos en una relación, o eso creía yo.

Vale que en ningún momento haya soltado las palabras mágicas, pero, tras mis dudas con comenzar algo, debería tener claro que voy en serio. O al menos lo intento. Sé que soy difícil de llevar, mas tengo sentimientos, muchos, y por él, más. Y lo he pillado besando a otra.

¡Delante de mis putas narices!

Me siento en el bordillo de la carretera y gruño rabiosa.

No pienso volver a entrar, porque si lo hago, le arranco la cabeza en cuanto lo vea.

—Beth, cariño. —Su voz llega como una puñalada por mi espalda y me levanto furiosa para encararlo.

—¿Qué coño quieres? Vete con la rubia al baño a follártela, la gorda ya te esperará en casa para complacer tus deseos —digo con rabia y un intento de falsa reverencia.

—Yo no he hecho nada. Se me ha tirado encima —dice. Va un tanto bebido y no me lo puedo tomar en serio, a pesar de que su tono suena sincero.

—Me da igual. Ahora mismo no quiero ni verte.

—Beth. —Me agarra de la mano e intenta acercarme a él. Me retiro. El solo contacto hace que sienta ganas de llorar. Me siento traicionada.

Quizá me estoy portando como una paranoica y la bebida me afecta demasiado. Estoy dolida, mucho, y necesito estar a solas para aclarar la cabeza antes de hacer algo de lo que pueda arrepentirme.

Como mandarlo a paseo por algo que quizá ha sido un malentendido.

—Déjame a solas.

Me giro para no mirarle a los ojos y veo un taxi parado enfrente. Corro sin mirar atrás y me subo antes de que pueda seguirme.

Mientras me lleva a casa, les envío un mensaje a las chicas para que no se preocupen. Me he inventado una excusa que sé que mi amiga y vecina no se va a creer, pero me da igual.

Me quito los zapatos nada más llegar y voy al baño. Ahora sí que soy un oso panda. Las lágrimas involuntarias han estropeado todo el maquillaje, así que lo quito por completo, me quito el vestido y me pongo el pijama.

—Demasiado bonito para ser verdad —digo en voz alta al pensar en mi relación.

Cuando me pongo en plan dramática y negativa, soy lo peor.

Lo que debería hacer es tumbarme a dormir la mona y lo sé, sin embargo, voy a la cocina y cojo del mueble bar una botella de vodka. Se me ha aguada la fiesta, pero puedo continuarla en casa.

—Acabaré lamentándome mañana.

Me sirvo una primera copa y me tumbo en el sofá para ver una película en Netflix. Soy tan masoquista que acabo con una romántica que sé que me hará llorar.

Bueno, rectifico, ya estoy llorando y ni siquiera han salido los títulos con los nombres de los actores. Mi mente solo piensa en Patrick pegado a los labios de esa tía.

Tengo la imagen grabada. Una chica que pega más con él que yo. Alguien de su «talla».

Un nuevo bajón se avecina. Antes de salir de casa me he mirado al espejo y he dicho: «Olé por las chicas guapas», porque así me sentía. *Sexy*, poderosa. Es algo que puedo alcanzar a ser siempre que me lo propongo y Patrick ha ayudado a sentirme más segura. Pero esta noche ha conseguido todo lo contrario. He visto con mis propios ojos lo fácil que es reemplazarme

para él. Cómo, a la mínima de cambio, puede aparecer otra para arrebatármelo.

Lo siento como mío. No soy posesiva, ni siquiera me consideraba celosa, pero el amor es un sentimiento impredecible que consigue que saque las garras en el momento más inoportuno.

Mientras lloro con el inicio de una película a la que no estoy prestando atención, bebo como si esa fuera la única forma de ahogar las penas.

Una media hora después, oigo que alguien llama a la puerta y pienso en que seguro que es Tanya. Tras el mensaje que he dejado en el grupo al marcharme, me han acribillado hasta que he apagado el teléfono. Me levanto del sofá y al abrir la puerta estoy a punto de cerrarla.

—Vete —le digo a Patrick. Parece agotado. Cualquier rastro de su borrachera parece haber desaparecido; yo, sin embargo, estoy en peor estado que en la discoteca.

—¿Has bebido?

—Llevo toda la noche haciéndolo. Ahora largo —insisto e intento cerrarle la puerta en los morros. Me lo impide y entra sin permiso.

—Beth, tenemos que hablar.

—¿De qué? ¿De cómo vas al mismo sitio que yo y tontearas con una delante de mí? —pregunto con sarcasmo. Sabía a la perfección que iba al BarCo. Era yo quién no sabía dónde iban los chicos.

—Estás torciendo las cosas. No es eso lo que ha ocurrido. —Arqueo una ceja y lo miro fijamente—. Vale, estaba bailando y bebiendo, pero eso no es pecado.

—No. No lo es —afirmo—. Pero liarle con una cuando se supone que tienes una relación que tú insististe en tener, sí. Y si no lo es, al menos se convierte en una putada para la afectada. O sea, yo.

—No me he liado con nadie. Se ha lanzado a por mí —repite.

—Lo que sea. Pero duele igual.

Siento la humedad en mis ojos. La visión la tengo borrosa y no ayuda cuando miro el rostro lleno de arrepentimiento de Patrick. Sé que está siendo sincero y yo una obstinada cabezota incapaz de aceptar que él no ha hecho nada queriendo. Soy desconfiada por naturaleza, no confío ni en mí misma. Y abrir mi corazón comporta una confianza con alguien que no logro alcanzar.

Se acerca a mí titubeante y me coge el mentón para que lo mire. Sus ojos grisáceos brillan de forma intensa, me traspasan hasta el alma y no puedo evitar dejar escapar una lágrima que él recoge de inmediato.

—Que sea la última vez que te veo llorar por mí.

—No estoy llorando. Y si lo estuviera haciendo, es porque soy imbécil — respondo sin amilanarme.

—¿Por qué?

—Por estar enamorándome de alguien que desde un principio no pega conmigo.

Mantenemos la mirada y veo un rastro de sonrisa en su rostro. Admitir lo evidente le proporciona otro as con el que destrozarme. No sé si darle una bofetada o besarle. Me siento bipolar.

Patrick se decide a agarrarme por las caderas y me da un profundo beso que me deja sin aliento. Nos decimos palabras mudas, desvelamos sentimientos. Su lengua baila al compás de la mía y siento cómo las lágrimas continúan deslizándose por mis mejillas. No sé si de alegría o de temor. Estoy confusa y me daría un cabezazo contra la pared para centrarme de una puñetera vez. Patrick remueve todo en mi interior y soy incapaz de gestionar mis propios sentimientos.

—Tú dirás que no pego contigo, pero yo no lo creo. Nos complementamos, Beth. Ahora dime una cosa —musita y hace una pausa dramática mientras mantiene su mirada grisácea—. ¿Me quieres?

Suelto un suspiro y desvío la mirada. Me obliga a mirarlo de nuevo.

—Sabes que sí —digo al fin—. Acabo de decir que me estoy enamorando, ¿no es eso suficiente?

—Te quiero, Beth.

—Pues hace un rato parecía que yo no existía para ti —musito con amargura. Me separo de él y me siento de golpe en el sofá.

Me sigue, se pone justo a mi lado y agarra mi mano.

—Lo siento —se disculpa de nuevo.

—No quiero volver a sentirme indefensa, ni parecer una loca. Estoy dolida, así que es mejor que te marches.

—¿Me vas a echar? —dice sorprendido. No se esperaba el rumbo que acaba de tomar nuestra conversación.

Ni siquiera yo sabía que iba a pronunciar eso, cuando mi mente y mi corazón quieren que se quede a mi lado.

—Será lo mejor. Estoy borracha, he dicho algo de lo que no quiero arrepentirme y lo mejor es que me vaya a dormir. Sola —aclaro.

—Está bien —suelta un suspiro y se levanta—. Mañana hablamos.

Asiento, poco convencida, y me quedo embobada viéndolo marchar.

Capítulo 36

Después de una noche sin poder pegar ojo por culpa del mareo, una intrusa se cuela en mi casa y aparece por la habitación para interrumpir mi autocompasión.

—Por el amor de Loki, ¿cuánto bebiste ayer? —pregunta con cara de asco. No tengo ni idea del estado que debo tener, pero, por cómo me siento, lo imagino.

—Mucho —respondo.

No creo que sea para tanto. Puede que antes de irme a la cama consiguiera terminar de ver la película lacrimógena y la botella de vodka, no lo recuerdo muy bien. Todo se volvió borroso minutos después de que Patrick se marchara y, aun así, sé que apenas he dormido.

Me duele la cabeza horrores y ni la mejor pastilla para el dolor creo que sea capaz de quitarme la resaca.

—¿Qué pasó ayer?

—Ni idea —respondo y me giro en la cama como un intento de hacerle ver a Tanya que no me apetece escuchar uno de sus sermones.

Debería ir directamente a la ducha, quitarme el pestazo a alcohol, tomar café y un buen desayuno que me dé vitaminas para intentar hacer de mi día, uno un poco mejor.

—Y una mierda. Víctor me contó lo de la rubia y Patrick. Cuando recibí tu mensaje lo encontré y luego apareció Patrick con rostro compungido. Sé que vino aquí.

—Si ya lo sabes todo, ¿para qué preguntas? —murmuro con voz pastosa.

Tengo la boca más seca que un zapato de esparto. Tanya viene hacia a mí y me gira para que la mire. Casi hace que me caiga de la cama para dejar los dientes en el suelo, pero consigo sostenerme a tiempo.

—¿Qué pasó?

—Eres una cotilla.

—Sí, pero me lo vas a contar.

Suelto un suspiro y decido al fin sentarme al filo de la cama. Todo me da vueltas y necesito agua fría en el cuerpo para despejarme. No me apetece nada hablar, puesto que no quiero recordar el fatídico episodio. Sin embargo, insistirá sin parar.

—Le dije que me estaba enamorando de él —admito. No creo que sea necesario comenzar por lo ocurrido en el BarCo porque ya lo sabe.

Abre la boca sorprendida y veo una sonrisa en su rostro.

—¿Y por qué tienes esa cara? Por fin te has lanzado a decir lo que sientes.

—Porque ayer me di cuenta de lo reemplazable que soy. En una sola noche que ha salido sin mí, ha pasado esto y no quiero tener una relación con alguien que las atrae como moscas. Acabamos de comenzar y esto ya me hace sufrir.

—Beth... —su sonrisa desaparece y veo compasión en su mirada.

No quiero que nadie me compadezca. Solo quiero estar tranquila y lo cierto es que, hasta antes de toparme con Patrick, lo estaba.

Digan lo que digan, las relaciones son una complicación, a veces, innecesaria.

—Estás boicoteando tu propia relación —dice al fin y la miro fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que estés buscando cualquier excusa para terminar con Patrick, para librarte de las complicaciones.

—Yo no hago eso —niego.

Arquea una ceja y me mira fijamente.

En el fondo, creo que tiene un poco de razón. La inseguridad puede conmigo y actúa de forma impulsiva. Soy especialista en joderlo todo.

—No puedes condenar una relación por otra que salió fatal. Puede que al principio Patrick demostrara ser un mujeriego, alguien incapaz de tener una relación porque nunca se había metido de lleno en una, pero déjame que te diga una cosa: lo está haciendo mejor que tú.

Y otra cosa en la que tiene razón.

Para qué tener enemigos si mi mejor amiga es especialista en meter el dedo en la yaga.

Me quedo en silencio y dejo que suelte su sermón. Llegados a este punto, dudo que haya algo que la haga callar.

—Él se está esforzando. Ha reconocido lo que siente y está poniendo todos sus medios para estar contigo, entenderte y conseguir que apartes tus dudas.

—Yo no tengo dudas —miento.

—Las tienes. Y no tanto con él, sino contigo misma. Dudas de ti y lo que puedas conseguir en la vida. Eres una triunfadora en tu trabajo, pero cuando se trata de amor, lo boicoteas porque eres imbécil.

—Gracias, amiga, me estás animando mucho —contesto con sarcasmo y suelto un bufido.

Me levanto de la cama y voy hacia la cocina para hacerme un café. Lo necesito si la charla va a continuar. Tanya sigue sin hablarme, todavía. Al mirar el salón. Veo la botella de vodka sobre la mesa de centro vacía y un

montón de *kleenex* que supongo que usé mientras lloraba.

Definitivamente, tengo lagunas sobre la noche anterior. Lo último que recuerdo es decir que estaba enamorándome de Patrick.

Otra mentira.

Estoy completamente enamorada desde hace ya algún tiempo y justo me he dado cuenta cuando he sentido que podía perderlo.

—Escúchame, Beth. No la cagues. Afronta lo que sientes y lucha por mantenerlo. Hay oportunidades que solo ocurren una vez en la vida. Sufriste en el pasado, sí, y mucho. No lo merecías y, aun así, te ocurrió. Sin embargo, no se va a repetir de nuevo.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé. Ahora ve a la ducha, y haz algo con tu vida.

Suelto un gruñido, pero acabo obedeciendo.

Cuando Tanya pone ese tono de voz, las réplicas se vuelven imposibles.



A lo largo de los días, Patrick ha insistido en que nos veamos y todavía no encuentro nada razonable en mi cabeza que me explique por qué lo evito. Estoy centrada en el trabajo, quemo energía en el gimnasio cada día —por suerte no coincido con él— y al llegar a casa cierro con llave y pestillo para conseguir que Tanya no se inmiscuya en mis asuntos.

Sé que me estoy comportando como una completa idiota. Tanto, que creo que he fastidiado mi relación por completo. Patrick no va a esperar una explicación toda la vida. Entendería que no quisiera saber nada de mí.

—Eres la alegría de la huerta, chica —me digo en voz alta con ironía.

Paseo por casa en pijama, un moño mal hecho y cada vez que paso por un espejo, veo reflejada a alguien que se pasea vendiendo droga por las calles.

Así que ya podéis imaginar cuál es mi estado.

Si no fuera por mi trabajo, me pasaría el día autocompadeciéndome más de lo que ya lo hago. Hacer fotos es mi vía de escape. Suelo imaginar que de verdad estoy dentro de los mundos de fantasía que nos empeñamos en crear. Mi teléfono móvil suena a todas horas. Patrick insiste en venir a verme, lo evito una vez más, y luego es Tanya la que molesta. El tono de llamada que tengo puesto para mi hermana suena con fuerza y suspiro antes de cogerlo para intentar que no note mi desazón.

Ella no sabe nada de lo que está pasando.

—Hola, hermanita —contesto con fingida alegría.

—¿Hola, hermanita? —repito. Su tono es de enfado.

Me parece que la enana sí que sabe qué pasa.

—¿Qué coño haces? ¿Por qué no hablas con él? ¿O con alguien? Deja de esconderte y plántale cara a la vida. Tan fuerte para unas cosas y para otras eres peor que mamá y su poco carácter a la hora de enfrentarse a las zorras de sus hermanas.

—Lidia, no tengo ganas de hablar del tema. Te cuelgo.

Nada más dejarla con la palabra en la boca, suena el timbre de casa y con un suspiro me levanto, harta de tantas interrupciones inservibles.

Cómo no, es ella. Mi hermana me conoce más que mi propia madre. Quito los pestillos y le abro para que pase. No va a ser sencillo librarme de ella sin hablar.

—Por Dios, parece que hayas salido de un estercolero.

—¿Te has empeñado en hundirme? —ironizo—. Estoy bien, de estar por casa. No me pasa nada y ya puedes irte por donde has venido.

—Beth..., me preocupas —dice sin hacer caso a nada de lo que le he dicho.

Me coge de la mano y con rostro dulce me arrastra para que nos sentemos en el sofá. Sus ojos, azules como los míos, me traspasan de una forma que son capaces de leer en mi interior. Estoy segura de que lo que percibe es la cobardía de una chica que no sabe dejar al descubierto sus sentimientos.

Me había acostumbrado a mi coraza y no es sencillo apartarla para abrir mi corazón.

—Te estás haciendo daño y se lo estás haciendo a él —comienza, y sé que tiene razón. No soy capaz de contestarle nada coherente, porque cualquier cosa que diga será ridícula en comparación a sus suposiciones—. No puedes haceros esto. Todo iba bien. Sabes que él no se lio con esa. De lo único que tiene culpa es de haber bebido más de la cuenta y de haber bailado con una tía, y eso es algo que tú también harás alguna vez que salgas de fiesta. Del beso, solo tiene culpa ella, que se emocionó.

—Ya lo sé, Lidia. ¿Crees que no le doy vueltas? Llevo desde que ocurrió con esa imagen grabada en mi retina, con la mirada de Patrick, con mi reacción. ¡No desaparece!

—Tus pintas me indican que sí —afirma—. Debes decirle cómo te sientes, aclarar las cosas. Tú no eres celosa y mira cómo te has puesto por un beso tonto.

—Me estoy comportando como una imbécil, ¿verdad? —Asiente con una media sonrisa. Mi hermana, a sus veintidós años, a veces, es más madura que yo que tengo veintiséis. La edad es solo una cifra, no indica el grado de madurez.

Se nota que ella se centró antes. Quizá, cuando pasó lo de mi intento de suicidio, maduró más deprisa, ya que hay ciertos golpes en la vida que consiguen ese efecto. Por mi parte, también maduré tras el incidente, pero de una forma distinta. También me dejé llevar demasiado por mis impulsos y me volví más alocada. Y todo eso, lo juntamos con una inseguridad que nunca será erradicada, se convierte en mil formas para cagarla en la vida

cotidiana. Y ya he probado unas cuantas.

—Reconozco que la primera vez que vi a Patrick y me contaste vuestra relación abierta, no confié en él. Creí que te iba a hacer daño, pero, aun así, me cayó bien porque la noche que cenamos aquí vi cómo te trataba.

—¿Cómo?

—Con dulzura. Es un hombre que parece el típico machito que las abre de piernas a todas...

—Justo así era —la corto.

—Sin embargo —continúa tras mi interrupción—, contigo se comportaba diferente desde el principio. Sin conocer tu historia, te ha aceptado tal y como eres, una chica muy difícil. Y a pesar de que tú digas que estás gorda y que se cansará de tus lorzas, no eres capaz de ver lo que transmiten sus ojos.

—¿El qué? —pregunto, atenta a lo que pueda decir.

—Amor, Beth. Lo que él siente, y lo que tú sientes, es amor. —Alza un poco la voz y me quedo en silencio—. Ambos teníais miedo de dejar al vuelo los sentimientos y lo hicisteis. Ahora no pongas todo en juego por una tontería. No seas imbécil y pierdas al amor de tu vida.

Cuando se pone en modo filosófico como Tanya, mi hermana da miedo. A veces, pienso que en su interior tiene una mujer octogenaria que ha vivido mucho, porque tiene respuestas para todo, y siempre son de utilidad.

—No sé si es el amor de mi vida. No sé si soy capaz de conseguir un amor para toda la vida.

—Todos podemos. ¿Por que ibas a ser menos? ¿Acaso crees que no te lo mereces?

Su última pregunta da directamente en el quid de mi inseguridad.

Siempre he creído que no lo merecía y que mi destino era ser libre como el viento. Y sentirme rodeada de ataduras creo que me ha agobiado hasta el

punto de hacer lo posible por conseguir liberarme. Sin embargo, sé que no estaría mejor siendo una mujer libre, porque le quiero, porque ansío su compañía y lo único en que piensa mi mente es en tenerlo cerca. Sentir sus labios, sus abrazos y saber que estaremos juntos en las buenas y las malas.

—Sí —admito.

Lidia se acerca a mí y gira mi rostro para que la mire a los ojos.

—Soy tu hermana pequeña y deberías ser tú la consejera, pero en este caso me ha tocado a mí. Eres una mujer excepcional, divertida, algo alocada y un poco borde —sonríe—. Eres especial. Tu cuerpo es tan bonito como el de cualquier otra persona. Tú te aceptas, aunque a veces flaquees, pero sabes dónde radica la verdadera belleza.

—En el interior. El físico es solo un aderezo —musito emocionada.

—Exacto. Pero tú también eres bella por fuera. Utilizar una talla 46...

—O 48 o 44 —rectifico, porque cada fabricante es más cabrón que el anterior.

—Lo que sea. Tu talla es la que tienen cientos de miles de mujeres y no es lo que te define, pero nos han metido en la cabeza un estereotipo que hace que la gente se convierta en monstruos que solo se fijan en si cumplen o no esos cánones. Tú no los cumples para ellos, y al principio puede que ni siquiera para Patrick. —Asiento y la dejo continuar—. Por eso, debes entender que él ha dejado atrás sus prejuicios con el físico, se ha fijado en la persona. Lo has embrujado con tus curvas y lo tienes a tus pies. No le des la patada, porque no lo merece. Y tú no mereces castigarte. Eres perfecta, con tus virtudes y tus defectos. No dejes que esto te venza.

Finaliza su discurso y me fundo en un fuerte abrazo con mi hermana. Cómo no, rompo a llorar como una boba. Sabía que mi hermana me quería mucho, lo que no sabía era que pensaba todo eso de mí. Sus palabras me han emocionado. A pesar de haber crecido en la misma familia que yo, una con prejuicios, ella ha sabido elegir cómo ser y se ha convertido en una chica íntegra y respetuosa. Tiene incluso más madurez que yo.

Ella no ha pasado por lo mismo y ha sido un pilar fundamental para enseñarme a mí a respetarme. Me acepta, como Tanya y mis amigas, y siempre está ahí cuando la necesito.

—Te quiero, enana.

—Yo también. Ahora solo te queda ir en busca de tu chico. Estoy segura de que se muere por perderse en tus curvas.

Me río y no puedo evitar llorar de nuevo.

Estoy de un tonto que ni yo misma me aguanto.

Pero tiene razón.

No voy a perder a Patrick por culpa de mi afán por autodestruirme. Como ha dicho Lidia, él puede ser el hombre de mi vida y pienso arrastrarme si hace falta para enmendar el tremendo error que he cometido durante la última semana al ignorarlo.

Debo dejar atrás mis propios prejuicios y lanzarme a la aventura. Vivir la vida al límite y compartir los momentos especiales, junto a personas excepcionales.

Capítulo 37

El lunes se me ha echado encima. Nada más levantarme, me he dado una ducha refrescante, me he peinado y maquillado de forma sutil y luego me he puesto un vestido en tonos azulados con estampado floreado japonés en blanco por encima de las rodillas. Me espera una larga mañana de trabajo que me va a servir para dejar a un lado mis pensamientos. Cuando mi jornada termine, debo armarme de valor, hablarle a Patrick y citarlo en mi casa para o bien arreglar las cosas o acabar de fastidiarlas por completo.

He pensado en todo lo que me dijeron Lidia y Tanya, y ambas tenían tanta razón como las santas. He sido idiota y he complicado las cosas hasta el punto de estar al borde del abismo.

Recojo mis cosas y bajo hasta el garaje para reunirme con Silvia, que ha venido para que la lleve hasta el lugar en el que toca fotografiar hoy. Nos vamos a desplazar casi hasta la sierra. Son las siete de la mañana y tenemos un par de horas de camino —eso si el tráfico no nos retrasa todavía más—. Se supone que cuando lleguemos, las chicas ya estarán preparadas y todo irá fluido. Mi plan es terminar cuanto antes, volver y rezar a todos los dioses del averno para que me den poderes malignos que me armen para atajar el asunto que me atormenta.

—Hola, Beth. Parece que hoy tienes mejor cara —dice mi ayudante, y, a veces, consejera. Por supuesto, estos días atrás, ha visto que no estaba en las mejores condiciones y ha conseguido sacarme algo de información.

—Eso he intentado —sonrío con nerviosismo.

—¿Has hablado con él? —pregunta de camino.

—Todavía no. Hoy lo intentaré y sabré si mi relación se va a la mierda o continúa dónde se quedó. —Suspiro y noto la mirada de mi ayudante puesta en mí.

—Seguro que irá bien. Tienes mucho que ofrecer y eres una tía legal. Mereces un poco de felicidad en tu vida —dice y se lo agradezco.

Todavía queda un mes para terminar esta serie de sesiones de fotos y muchas de ellas ya han sido entregadas, verificadas y puestas a la venta en bancos de imagen. Muchas otras me las he quedado yo, por si vuelve a surgir la oportunidad de una exposición. Están quedando verdaderamente maravillosas y el dinero que he invertido en que todo salga bien creo que me va a reportar muchos beneficios.

Cuando llega la hora de comer, ya hemos terminado. Al estar en medio de la nada, a Silvia y a mí solo nos queda regresar al centro para poder llenar nuestros buches. Como se acerca la hora de hablar con Patrick tengo el estómago cerrado. En el bar al que hemos ido hay un menú que me encanta, pero cuando pido, soy incapaz de probar bocado.

—Irá bien, no te preocupes —me anima Silvia y le respondo con una mueca.

Mientras tanto, recibo varios mensajes de mis amigas y mi hermana. Por supuesto, las he puesto al día con mis intenciones y, tras decir que me tiemblan las piernas y me voy a derretir con el calor que me dan los nervios, abro una conversación con mi Thor particular y me fijo en que está en línea.

Antes de que me dé tiempo de decir nada, veo que en la barra de arriba indica que está escribiendo y espero.

Tenemos que hablar.

Oh...oh...

No me gustan nada esas tres palabras.

—¿Qué te pasa? Te ha cambiado la cara de golpe —dice Silvia mientras saborea su postre. Una tarta de chocolate que si fuera en otro instante, le habría robado sin ningún miramiento.

Le muestro el mensaje de mi móvil y deja la cuchara a un lado.

—No creo que sea nada. Si lleváis tiempo sin veros, es lo más lógico — dice, pero su mirada no me engaña.

Ella está pensando lo mismo que yo.

Por norma general, en nuestra sociedad, esas tres palabras indican una ruptura inminente. Simplemente, es una forma de suavizar el golpe. Pero cuando ya conoces el significado, el resultado que se consigue es que el impacto sea mayor.

Intento resistir las ganas de llorar. La sola idea de dejarlo con él me duele. Me la había planteado, pero ahora me parece más real y no quiero que ocurra.

—Venga, contéstale. Ya verás como no es eso —repite Silvia. Supongo que ha visto mi cara y pretende darme ánimos.

No funciona.

Está bien.

Quedamos en la Calle Celestino Mutis 12, de Alcalá de Henares a las 20:00.

Perfecto.

Bloqueo el móvil con el ceño fruncido y la duda de dónde me ha citado. Ni siquiera es un lugar que esté cerca de su casa. Es a una ciudad a las afueras de Madrid que está a una media hora en coche desde donde vivo.

Todo es demasiado extraño.

—¿Qué pasa? —vuelve a preguntarme Silvia. Le explico lo del mensaje y se queda con la misma mueca que yo, pensativa.

Cuando terminamos, cada una se va por su lado y al volver a casa me fijo en el reloj. Ya son casi las cinco de la tarde, tengo tres horas para pensar, arreglarme y volverme loca por culpa de la incertidumbre. Tanya ni siquiera aparece después de decirles a las chicas que he quedado con él. Eso me extraña, pero quizá no quiere angustiarme más de lo que ya estoy. Creo que

todas tenemos el mismo pensamiento con lo que va a ocurrir y es posible que no quieran dejarme peor de lo que ya me siento.

Decido darme una ducha para despejarme, aunque ya lo hice por la mañana. Al salir, me seco el pelo y lo dejo al aire bien peinado. Ya va siendo hora de ir a la peluquería, mis puntas ya no tienen un color definido y es una mezcla entre morado y rosa que no tiene sentido. Me maquillo de forma sutil, como siempre con *eyeliner* negro y los labios de rojo borgoña. Es un tono más invernal, pero por mi cuerpo pasa un frío invierno y siento que va más acorde con mi humor.

De ropa, tengo una duda existencial.

Si va a dejarme, ir demasiado arreglada puede que le ponga en un compromiso, sin embargo, puede ser una forma que diga «esto es lo que te pierdes», y nada me gusta más que darle un toque dramático a mi vida. Así que escojo uno de los vestidos escotados en un tono bastante oscuro y me calzo unas sandalias con algo de plataforma muy veraniegas.

Suerte que el otoño todavía no ha entrado.

Las siete y cuarto.

He tardado más de lo que esperaba. Con los nervios a flor de piel, cojo el bolso y salgo por la puerta directa al *parking*. Meto la dirección que me indicaba en el teléfono móvil y sigo las indicaciones de la robótica voz del GPS.

Si no estuviera tan nerviosa quizá me reiría de su forma de pronunciar ciertas palabras. Entre el toque robótico y palabras que parece que pronuncie en inglés, es un buen pasatiempo para echarse unas risas.

Llego antes de la hora. Quedan diez minutos para que den las ocho y he encontrado aparcamiento a la primera. Al menos, en ese aspecto tengo suerte, aunque tendría más mérito si no me encontrara en una zona residencial, llena de casas unifamiliares muy monas, y aparcamiento por un tubo.

Ya he llegado.

Estoy en una calle poco transitada. La luz del sol ya comienza a desaparecer y la luna se adivina en el cielo. Espero frente al número que Patrick me ha indicado y me fijo en la preciosa casa que tengo delante.

¿Para qué demonios me ha dicho de venir aquí? ¿Va a presentarme a su nueva novia?

La sola idea hace que quiera salir corriendo.

Sin recibir respuesta al mensaje, lo veo salir de la puerta de la casa y se acerca a mí con paso lento, tanto que ojalá tuviera un mando como en la película *Click* para acelerar los acontecimientos.

—Hola.

—Hola.

Nos saludamos como dos idiotas, pero ninguno da el paso de decir algo más.

Los segundos en silencio parecen convertirse en horas. Ambos estamos completamente quietos, a escasos centímetros y no encontramos el impulso que nos acerque de nuevo.

—¿Dónde estamos? —preguntó al fin. Tanto silencio me pone histérica.

Y, la verdad, no es momento para que salga la Beth psicótica.

—En casa de mis padres —contesta al fin.

Hubiera preferido lo de la amante, os lo aseguro.

Padres significa algo que me da miedo.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Quiero que los conozcas.

Me tiende la mano y acepto en cogérsela. Una corriente eléctrica me

recorre por entero y suspiro internamente. Es lo más cerca que he estado de él en la última semana, y solo con ese toque ya me siento reconfortada. Sin embargo, al mirarlo de reojo mientras caminamos hacia la puerta, siento la necesidad de darle un beso. Probar de nuevo esos labios que tan enganchada me tienen desde hace un tiempo.

No sé si conocer a sus padres es una buena idea en estos instantes. Estamos en medio de nuestra primera crisis, pelea o como se llamen estas cosas.

Además, tengo miedo.

¿Y si les caigo mal? ¿Y si su madre es de las que padece el síndrome del nido vacío y quiere hacerme la vida imposible? ¿Y si me miran mal por como soy?

El pánico atenaza mis músculos y me freno a tan solo dos pasos de la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunta Patrick con el ceño fruncido.

—Tengo miedo. Pensé que íbamos a hablar. No sé qué hago aquí —digo con nerviosismo.

—Tranquila.

Me deleita con esa sonrisa que hace que me derrita y consigue apaciguarme un poco.

Nada más abrir la puerta el olor a ambientador de lavanda llega a mis fosas nasales y de inmediato esa casa me resulta acogedora. Es bastante grande, no demasiado ostentosa a pesar de la zona en la que está y con muebles modernos que consiguen que el espacio sea mayor. Entramos directos a un gran salón pintado de blanco por completo. En el fondo, hay preparado en la mesa del comedor lo que parece un festín.

¿Estoy en una fiesta y no me he enterado?

—¡Así que tú eres Beth! —dice una mujer con sonrisa agradable y se

acerca a mí para darme un fuerte abrazo. La correspondo por puro compromiso, sigo cohibida. Es la madre de Patrick, no cabe duda. Tiene los mismos rasgos que él. Afinados y atractivos.

No parece tener más de cuarenta años, a pesar de sobrepasar los cincuenta, y su cabello castaño de media melena liso hace que su rostro se afine. Apenas lleva maquillaje, solo una enorme sonrisa que va dedicada a mí.

—Soy Marisa. Me alegro mucho de que hayas venido —me dice, y yo sigo sin saber qué hacer ni decir.

—Encantada de conocerla —digo al fin. No reconozco ni mi propia voz.

—Tutéame por favor. Eres mi nuera y no sabes cuánto me alegra que esta oveja descarriada por fin me presente a alguien —musita y le da una pequeña colleja a su hijo que consigue hacerme sonreír.

Se nota que se adoran.

—Mamá, no empieces, que ya no soy un niño.

—Lo sé, Patrick, lo sé —añade con una sonrisa—. Adelante, ven conmigo, voy a presentarte a mi marido.

Y ahora llega el turno de conocer a su padre.

Patrick se queda en el salón mientras Marisa me arrastra en dirección a lo que parece una amplia cocina. Me fijo en los detalles de la casa y por el pasillo que dirige a la estancia hay un montón de fotografías colgadas en la pared. En una de ellas hay un niño, y con un rápido vistazo, logro captar la sonrisa de un Patrick mucho más joven.

Era guapo hasta de niño, el jodido.

—Cariño, esta es Beth, la novia del niño —me presenta.

Un hombre robusto, con pelo entrecano, se gira para dejar lo que estaba haciendo y me deleita con la misma sonrisa que Marisa nada más verme. Se

acerca con paso decidido y me da un abrazo y un beso en la mejilla.

No estoy acostumbrada a tanto cariño por parte de los adultos, y menos de unos que acabo de conocer. Pero en este instante siento pertenecer al lugar.

—Soy Pedro. Ya era hora de conocerte. Patricio no ha dejado de hablar de ti —musita y creo que me he puesto roja.

Así que les ha hablado de mí... Otro punto a su favor. Porque yo, si no hubiera sido por Lidia, no les habría hablado de él hasta que la cosa estuviera más avanzada.

—Papá, no me llames Patricio —escucho que dice Patrick desde la puerta y no puedo evitar soltar una carcajada.

—Ese es tu nombre, por mucho que no te guste. Tu abuelo volvería a morir si supiera que lo has transformado en uno anglosajón —añade Pedro con gesto de reprobación.

—Patricio es muy bonito. Ya sabes que a mí me gusta —le sonrío y por un momento olvido que todavía tenemos una charla pendiente.

—Eso es porque eres especialista en tocarme los cojones.

—*Touché.*

—Vale, vale, dejad atrás las tonterías, y vosotros dos —señala a su marido e hijo— preparad la mesa que yo quiero tener una charla con mi nuera para conocerla.

¡Genial! Lo que me faltaba.

Patrick me mira de soslayo para darme ánimos y desaparece por la puerta de la cocina junto a su padre. Marisa me invita a sentarme en una silla que hay junto a la isla del centro de la sala y saca una bebida de la nevera. Agradezco que sea una cerveza, algo de alcohol activará mi cuerpo.

La verdad, no tengo ni idea de qué me dirá, ni si será para amenazarme

por estar con su amado hijo. A pesar de lo apacible que parece, quizás es de esas personas que guardan al demonio en su interior.

En el fondo tengo miedo.

—Quita esa cara de pánico que no como —se burla y no puedo evitar avergonzarme como una niña pequeña.

¿Qué me pasa? ¿Dónde se ha quedado mi carácter?

—No es por ofender, pero sigo sin saber qué hago aquí. Esto me ha pillado muy desprevenida —admito.

Marisa me mira sin quitar la sonrisa de su rostro y eso me pone todavía más nerviosa.

¿Qué tiene esta familia con las sonrisas? Parece que hayan tomado un elixir de la eterna felicidad y la sonrisa esté grabada a fuego.

—Sé que no estáis en el mejor momento, querida, por eso le dije que te invitara. Él no estaba seguro de si vendrías, pero lo has hecho —comienza.

Está claro que conoce los entresijos de nuestra pelea. Me asombra la confianza que tiene con ella. Es algo que yo nunca he conseguido alcanzar con mi madre. Es mi hermana la que carga con todos mis pensamientos, porque si mi progenitora tuviera que ser la encargada de darme consejos, estaría bajo tierra.

—Tengo que admitir que cuando Patrick me dijo que tenía una relación, no me lo creí. Siempre he pensado que, con lo cabra loca que es, no perdería el tiempo enamorándose de nadie. Pero el día que comenzó a hablarnos de ti, cuando te conoció y nos explicó cómo eras, yo comentaba con Pedro lo distinto que estaba.

—¿Distinto en qué sentido? —pregunto con curiosidad.

—En todo. Su sonrisa era más reluciente, sus palabras hacia ti ocultaban sentimiento. No sé cómo lo hiciste, querida, pero embrujaste a mi niño desde el primer instante en que te vio.

—Pues no fui agradable con él —reconozco con una media sonrisa—. Perdón por lo que voy a decir, pero fue un completo capullo.

Marisa suelta una carcajada. No parece sorprenderle que llame capullo a su adorado hijo.

—Es un capullo. En eso ha salido a su padre. —Ambas reímos—. Pero supo rectificar el error que cometió al juzgarte. Además, ahora que te veo en persona, ¿por qué demonios se burló de ti? Eres preciosa —musita con incredulidad.

—¿Gracias? —Suena como una pregunta porque no estoy acostumbrada.

Marisa vuelve a sonreír y me cuenta cosas que Patrick en ningún momento ha mencionado. Ni siquiera sabía que tenía tanto contacto con sus padres. Saben todo lo que ha ocurrido entre nosotros —a excepción de los revolcones que nos metemos—, y me confirma que se han encargado de aconsejarle. Lo que tampoco le ha dicho es lo que sufrí con mi anterior pareja, solo saben que fue traumático, pero no los detalles y me consuela que haya mantenido el secreto a buen recaudo.

—Y dime, Beth, ¿quieres a mi hijo?

Llega a la pregunta que tantas veces me han repetido en los últimos días y suelto un suspiro antes de contestar. Doy un trago a la cerveza, como si fuera a darme el valor suficiente y la suelto de nuevo para mirar a Marisa a los ojos. Son castaños. Tan diferentes y a la vez tan similares a los de su hijo.

Tienen la misma mirada, esa que consigue llegar hasta el alma de las personas cuando se lo propone.

—Sí, Marisa. Lo quiero, mucho. Tanto que me da miedo decirlo —reconozco, y es como si me hubiera quitado un gran peso de encima al soltarlo.

—¿Y qué te retiene?

—El miedo.

—¿A qué?

—A que me reemplace por alguien más acorde a él —explico y me encojo de hombros.

—Creo que mi hijo ha tenido una vida sexual con chicas de las que tú llamas acorde a él, sin embargo, se ha quedado contigo. ¿Crees que después de encontrarte va a remplazarte por un envoltorio? —Asiento—. Pues no lo creas. No lo hará. Te acepta como eres, porque eres especial. Sobre todo, para él.

Alarga su mano para coger la mía y la aprieta con fuerza. Sé que soy especial, sobre todo en el sentido malo de la palabra. Me defino como cojonera e insoportable, y es otra de las cosas que me preocupan al estar en una relación, que se canse por mis constantes cambios de humor.

—En el fondo siempre acabo siendo yo la que tiene prejuicios —suelto un suspiro—. Tengo muchos defectos, pero, sin duda, ese es el peor. Me juzgo mucho a mí misma, y cuando ocurrió lo de la discoteca, me enfadé con él, pero sobre todo conmigo por no escucharle, por boicotearme yo sola... Por sentir que no merezco una relación.

—¿Y por qué no ibas a merecerla? —exclama.

—Porque soy especialista en cagarla.

—Bueno, pues ya es otra cosa que tenéis los dos en común. —Su contestación me hace reír y vuelve a darme un apretón cariñoso en la mano.

Esta mujer me cae bien, muy bien.

Mi suegra.

—Y ahora, alza esa bonita cabeza, mira hacia adelante y vamos a darnos un festín. Luego, ya tendrás tiempo de hablar con él de verdad. Te quiero como nuera, así que haced lo que tengáis que hacer para arreglarlo. Y, sobre todo, Beth, deja a un lado esos miedos. Lo único que hacen es perjudicarte.

Capítulo 38

Salimos de la cocina y en el enorme salón nos esperan Pedro y Patrick. Han puesto la mesa como grandes caballeros para tener tiempo de sentarse un rato en el sofá a ver la televisión mientras beben unas cervezas.

—Mientras ellos se entretienen, ¿te apetece ver el resto de la casa? —Asiento sin quitar la vista de Patrick y acompaño a Marisa por las diferentes estancias.

Es una casa de dos plantas, con dos baños y cuatro habitaciones. En la planta baja solo hay una que utilizan como un pequeño gimnasio y esa habitación da a un enorme patio con una piscina comunitaria que me recuerda al *chalet* de Víctor en Alicante. En el piso de arriba están los dormitorios. Pasamos por el principal, el de ella y su marido, y está decorado con muy buen gusto. Los muebles son en tonos bastante oscuros y contrastan con el blanco de la pared. La lámpara de techo parece una araña y le da un toque renacentista al resto del estilo del siglo XXI. A continuación, entramos en otra un poco más pequeña y sonrío al ver en ella pósteres de coches, futbolistas y un escritorio un tanto infantil en el que ya no imagino sentado a su dueño.

—Patrick se fue pronto de casa, pero me gusta mantener su habitación tal y como la tenía con dieciocho años. Soy una nostálgica —dice Marisa con una espléndida sonrisa en su rostro.

Me acerco al típico cuadro hecho de corcho en el que todos alguna vez hemos puesto un millar de fotos y sonrío al verlo de jovencito. No ha cambiado demasiado. Su rostro tenía las facciones marcadas desde pequeño y la sonrisa torcida aparece en todas ellas. La cámara le quiere desde siempre. En muchas de ellas, veo a Izan e incluso a Javi, todos hechos unos pilluelos adolescentes con algún que otro síntoma del acné en sus rostros.

Se les ve felices, sonrientes todo el rato y esas imágenes consiguen que logre visualizar algunos de esos momentos en mi mente.

—Pues sí que hace tiempo que conoce a Javi —murmuro para mí misma al ver en tantas fotos a mi amigo. De Izan también me sorprende, pero por algo son compañeros de piso.

—Claro, es su primo.

Giro la cabeza como la niña del exorcista y miro a Marisa con la mandíbula desencajada.

¿Me he tirado a su primo?

Tierra trágame. ¿Qué pensará de mí Marisa?

Aunque bueno, tampoco tendría nada que opinar. No estaba con su hijo en esos instantes, ni siquiera sabía de su existencia. Pero si me guardo el detalle de que conozco a su sobrino de forma íntima, como que mejor.

—No te preocupes. Sé que estuviste con mi sobrino. Patrick nos lo contó —se ríe al ver mi cara.

—Bueno, no estuve con él, solo... Mejor dejémoslo. —Me freno antes de decir abiertamente que me tiré a su sobrino durante dos meses y al poco tiempo a su hijo.

Puede que sea una mujer abierta, pero tampoco quiero tentar a la suerte en este primer contacto con ella. Ahora que lo pienso, y miro a Javi junto al Patrick adolescente, tienen cierto parecido.

En este momento, entiendo por qué cada vez que lo mencionábamos su mirada se iluminaba. Probablemente, lo considera como el hermano que no ha tenido.

Pero, para mí, Patrick es más guapo.

Es lo que tiene estar pillada por alguien, te ciegas hasta el punto de ver la perfección en esa persona. Sin embargo, para otros ojos, quizá no es de su estilo.

Y eso es lo bonito de la vida, que cada uno encuentre belleza en cosas

distintas.

—No te preocupes, eres adulta y puedes hacer lo que quieras —ríe Marisa al verme azorada.

—Eres muy comprensiva.

—Me adapto a estos tiempos. Con un hijo como el mío acabas por acostumbrarte a ciertas cosas. No me escandalizo con facilidad. —Se encoge de hombros y me pregunto qué será a lo que se refiere.

En realidad, conozco poco de los ligues de Patrick, o las cosas que ha llegado a hacer, pero tampoco me importan mientras no me conciernan a mí.

Yo también he hecho cosas que mejor no os cuento.

Echo un último vistazo a la habitación y salimos para que me enseñe los baños, sin embargo, ya he dejado de prestar atención a la casa. Es muy bonita en general, pero mi mente no deja de pensar en que Javi es primo de Patrick y ninguno ha tenido los santos cojones de decirlo.

¿Habrá intercambiando experiencias? No me extrañaría. Si yo fuera ellos, reconozco que lo hubiera hecho de la misma forma que cuando hablo de mis relaciones con mi grupo de locas.

Pedro y Patrick ya están sentados en la mesa. El olor a canelones de carne inunda mis fosas nasales y el estómago se me abre de inmediato. Apenas he comido a mediodía y eso se nota. Los nervios han comenzado a desaparecer y, poco a poco, me siento más yo. Relajada y con las fuerzas necesarias para afrontar la situación.

Patrick vuelve a mirarme de reojo y hago lo mismo. Sonrío con ganas de lanzarme a por él, deseosa de sentirlo por completo y atajar de una vez por todas el problema que nos atañe. Ahora que está a mi lado, no quiero perderlo.

Tenemos que hablar, sí, esas han sido sus palabras, pero dudo que me haya invitado a conocer a sus padres para mandarme por donde amargan los

pepinos. Ese rayo de esperanza hace que pueda estar a gusto aquí sentada, decidida a conocer a la familia del que espero que siga siendo mi chico.

—¿Te gustan los canelones? —pregunta Marisa con una espátula en la mano, lista para servir.

—*Per favore*, la comida italiana es mi favorita —digo, poniendo acento italiano, haciendo sonreír a los presentes.

Y es verdad. Mi dieta suele basarse en platos típicos italianos. Me encantan y me da igual que sean hidratos de carbono en estado puro. Para algo tenemos boca, para deleitarnos con los alimentos que nos ofrecen las grandes superficies.

Reparte para todos y, con el sonido del televisor de fondo, comenzamos a comer.

—Y dime, Beth, Patrick dice que eres fotógrafa. ¿Qué tal te va? —pregunta Pedro con verdadera curiosidad. Es la forma que ha encontrado de romper el hielo.

Si hay algo de lo que me gusta hablar, es de mi trabajo. Así que preparo mi discurso profotografía y me pongo a charlas por los codos.

—La verdad es que no me quejo. Me fascina mi trabajo, me he ganado una buena reputación con mucho esfuerzo y he conseguido algo que pocos fotógrafos tienen: un sueldo fijo para sobrevivir mes a mes —sonrío.

—Eso es estupendo. Si ganas un buen dinero y encima te gusta, eso es calidad de vida —añade Marisa.

—Exacto. Siempre lo digo. Cuando algo te gusta, estás a gusto haciéndolo a diario. Y eso me pasa. Además, cojo las vacaciones cuando me place.

Todos ríen y continuamos con la comida mientras pasamos de un tema a otro.

Patrick está más callado de lo habitual. Apenas participa en la

conversación y creo que es porque quiere que entable relación con sus padres. Durante la cena, me preguntan por mi familia y no puedo evitar hablar con hastío de alguno de ellos. Marisa me hace ver que a veces los padres toman decisiones erróneas, que nos son perfectos, y estoy de acuerdo. Supongo que intenta ponerse de parte de mi madre porque ella también lo es. Me gustaría que la conociera para ver que tengo razón en lo que digo.

Pero conociendo a mi señora progenitora, fingiría como la mejor actriz y se la ganaría. Cuando quiere es una diva.

La cena termina bien entrada la noche. Hemos charlado de todo y me voy a ir de esa casa sabiendo que me aceptan. No ha habido ningún comentario ofensivo, nada que me incomodara. He sentido que podía ser yo misma delante de dos personas desconocidas y no me ha invadido la inseguridad.

—¿Nos vamos? —pregunta Patrick.

Asiento con rostro impertérrito. Sé que ha llegado el momento de hablar.

Los nervios vuelven a poseer todo mi cuerpo y siento cómo el corazón está a punto de salir de mi pecho. O autodestruirse... No tengo ni idea, solo necesito que termine esta agonía que solo consigue crear inseguridad en mi ser.

—¿Has venido en coche? —pregunto al ver que se acerca al mío. Al llegar, no me he fijado si estaba el suyo en la calle.

—No, he venido en metro. —Se encoge de hombros—. Pero si me dejas conducir tu coche, te llevo a un sitio. —Me muestra su sonrisa ladeada y soy incapaz de decir que no.

Le dejo las llaves de mi Mini Cooper y subo en el asiento del copiloto. Hacemos el camino hasta Madrid en silencio. Ninguno es capaz de abrir la boca y al final enciendo la radio con Rock FM para amenizar el momento. El silencio me pone tensa y, con *Thunderstruck* de Ac/Dc de fondo, mi cuerpo cobra vida. Estoy a punto de ponerme a cantar, pero ya hay suficiente tensión como para destrozarle los tímpanos antes de aclarar las cosas.

No me apetece tener que llevarlo al hospital porque le sangren los oídos con mi maravillosa voz, y menos si me empeño en imitar los tonos agudos de Brian Johnson.

Gracias a la música, la media hora de camino se hace más amena. Veo que no me lleva a mi casa y aparca en la zona del parque del Retiro. Bajo del coche y me tiende una mano que cojo con sumo gusto. Paseamos en silencio por las inmediaciones del precioso parque que tan buenas fotos me ha brindado estos días. Frente a la fuente y estatua de Ramón y Cajal, nos sentamos en un banco y con su mano gira mi rostro para que nuestras miradas entren en contacto. Echaba de menos la forma en que me miran esos ojos grisáceos, las palabras mudas que transmiten.

—Siento lo que ocurrió en la discoteca. —Ya me pidió perdón en su momento, pero parece tener la necesidad de volverlo a hacer, como si yo, todavía, no lo hubiera perdonado.

—No tengo nada que perdonar. Estaba borracha y vi lo que quería ver, a ti engañándome para ponerme una excusa a mí misma de que lo nuestro no iba a salir bien —reconozco.

Tuerce la cabeza hacia un lado y su ceño se frunce mientras me mira con atención.

—¿En serio crees eso? —pregunta.

—No lo sé. Lo creía. Yo misma me monté la película, me sentí insegura e incapaz de controlar mis sentimientos por ti, y vi más fácil la huida que la opción de darme la oportunidad de vivir una relación.

—Beth, esto solo saldrá bien si somos sinceros. Yo te pido perdón porque lo creo conveniente. Fui un capullo.

—Yo también —admito y me encojo de hombros, haciéndole sonreír—. Pero estos días sin ti me he dado cuenta de muchas cosas.

—¿Cuáles?

—De que no quiero tenerte lejos —comienzo y hago una pausa dramática para prepararme el discurso moñas que lleva días revoloteando en mi cabeza—. Todo esto comenzó como un juego para ambos, pero con el paso de los días me di cuenta de que me importabas. Acepté salir contigo a pesar del miedo que me daba volver a sufrir un rechazo como el de Jorge. Aunque tú no eres él.

—Por supuesto que no —añade—. Yo no voy a dejar que te hundas, te agarraré para que siempre salgas a flote.

—Lo sé. Me has demostrado mucho más que nadie en muy poco tiempo, pero he estado tan ciega por culpa de mis miedos que casi consigo alejarte para siempre. Y el solo hecho de pensarlo en estos días, me ha destrozado.

Siento como mis ojos se humedecen cada vez más. No quiero llorar. Solo soy de las que lloran con las películas porque me avergüenza parecer débil delante del resto de seres humanos. Y cuando se trata de alguien por el que siento cosas, todavía más.

—No sabes lo que me gusta escuchar eso —dice con una pequeña sonrisa y frunzo el ceño al no entender a qué se refiere—. Me he sentido igual. Creo que nunca había sentido que el mundo se caía encima de mí hasta que me di cuenta de que podía perderte por ser un completo imbécil.

—No creo que lo seas por completo, solo un poco, como yo —sonrío y me la devuelve.

—Te quiero, Beth. Me he lanzado a la piscina desde el principio contigo y no me arrepiento de haber dejado mi vida de mujeriego.

—Idiota —bromeo con una corta sonrisa.

—Pero a lo que voy —me corta—: Quiero estar a tu lado. Quiero seguir adelante con esto, descubrir tus facetas más ocultas, conocer todos los recovecos de tu cuerpo y levantarme cada mañana con una sonrisa al pensar que, en cualquier instante, estarás a mi lado para deleitarme con alguna de tus salidas.

Mi corazón late con fuerza mientras lo escucho con emoción. Ya no puedo resistirlo más y corto las distancias hasta que sus labios hacen contacto con los míos. Nuestras bocas se reconocen, nuestras lenguas se unen en un intenso baile y disfruto de cada instante en que nos besamos. Sus labios son dulces, adictivos. Podría pasarme toda una vida besándolos y jamás me cansaría. Echaba de menos su contacto, sus manos agarrar mi cabeza para impedir que nos separemos y la sensación de hormigueo que recorre mi estómago al sentirlo conmigo.

—Te quiero, Patrick —digo cuando nos separamos. Me deleita con una intensa sonrisa.

Es la primera vez que se lo digo y lo hago de corazón.

—Tenía miedo de decirlo, no quería perderte. Pero ahora estoy segura de que me aceptas, tal y como soy.

—Siempre. —Acaricia mi mejilla y cierro los ojos por el contacto, contenta por su promesa—. Te quiero, Elisabeth. Se acabó ocultarnos las cosas, quiero que siempre seamos sinceros. —Asiento con una sonrisa.

Estoy preparada para conseguir hacer lo que me pide, para encontrar la valentía de ser yo misma, una versión más fuerte y más segura que no dude de lo que él siente por mí.

No pensaba que, aquello que comenzó siendo un juego excitante en una sesión de fotos, se volvería tan intenso, una excusa para contarnos mi vida en este diario de una *fat girl*, que, tras un chasco que la hundió, pensó que nunca volvería a disfrutar de una relación. Por suerte, el destino me ha llevado frente a un hombre muy distinto a mí, guapo, atractivo y con una dulzura que me ha robado el corazón.

No voy a decir que tengo suerte, porque lo que ocurre en la vida nunca es por casualidad. Debemos mirar más allá para comprender que no debemos enraizarnos en los absurdos estereotipos que nos inculca la sociedad, porque todo es posible, solo debes creerlo, tener seguridad y, sobre todo, creer en uno mismo.

—Gracias por aparecer en mi vida para hacerme ver lo bellos que son los contrastes del mundo, Beth.

—Gracias por insistir en seducirme, Patricio. Yo tenía razón, al final te has vuelto adicto a mí. —Suelta una carcajada y nos besamos de nuevo, sellando así nuestra reconciliación por todo lo alto.

Fin

Epílogo

1 año después.

Patrick.

Nunca pensé que mi vida dentro de una relación se iba a convertir en algo que me hiciera inmensamente feliz. Llevo un año con Beth. Ha sido un año intenso, con sus altibajos, pero, sobre todo, con mucha felicidad de por medio, gracias a que tenerla a mi lado es algo que me enorgullece, porque cada día descubro algo que me gusta todavía más.

Cuando ella misma fue capaz de dejar a un lado lo que opinaran los demás, la cosa fue viento en popa.

Reconozco que cuando comenzó nuestra aventura, en ningún momento me imaginé que acabaría con ella, pero, ahora, un año después, es algo que agradezco porque es la mujer más maravillosa que he conocido jamás. Ha conseguido que deje de pensar en las mujeres como en meros espectáculos visuales. He visto lo que hay en el interior y comprendido que el envoltorio, en ocasiones, es una cáscara vacía que no consigue llenarte.

Sin embargo, Beth es todo un espectáculo. Sus pronunciadas curvas me maravillan, no me canso de recorrerlas a diario y su seguridad es algo que cada día admiro más. Se quiere, me quiere y me hace feliz. ¿Qué más puedo pedir?

—Ya podríais haberos estirado contratando a alguien —musita Víctor, el novio de Tanya, mientras carga con una pesada maleta de mi chica.

—No te quejes, Víctor, que esta vez el peso está más repartido. Tienes tres maletas. Encuentra la ligera —musita Beth con una sonrisa mientras observa junto a Tanya cómo bajamos las cosas de la furgoneta.

—No hay nada ligero en tus cosas. Eres la personificación de la

exageración —añade.

Sí. Estamos de mudanza.

—Yo voy a llorar —añade Tanya—. Echaré de menos interrumpir vuestros polvos —dice y nos hace reír a todos.

—Pues yo no, amiga mía. Te quiero mucho, pero por fin dejaré de tener a una gorróna las veinticuatro horas metida en mi casa.

—Idiota. En el fondo te gustaba tenerme metida.

Se dan un abrazo y sonrío.

Nos ha costado un tiempo, pero después de darnos cuenta de la necesidad que teníamos de pasar la mayor parte del tiempo juntos, ha llegado la hora de convivir en un mismo lugar. Beth está emocionada con la idea, sobre todo, porque nos mudamos a una casa con piscina que nos ha salido bastante bien de precio y es cuatro veces más grande que su pequeño apartamento. Y ahora que estamos descargando todas las cosas de su antigua morada me pregunto cómo podía almacenar tanto en un sitio tan pequeño.

—Podríamos montar un mercadillo en la puerta con tus vestidos —digo para cabrearla.

—Si quieres que te la corte y la sortee, entonces, hazlo —me amenaza. Le saco la lengua, burlón, y ella me guiña un ojo.

—Hijo, los muebles ya están —dice mi padre desde la puerta.

Llevamos una semana de viajes para traer las cosas y hemos esclavizado a nuestros amigos y familia. Mi primo Javi ayuda a mi padre a montar los muebles y mi madre y los padres de Beth, junto a su hermana, Sheila y Clara, han ayudado a que todo esté limpio.

Y todo ello sin que nosotros apenas moviéramos un dedo.

Somos lo peor.

El día en que Beth se enteró de que Javi era mi primo, yo no estaba presente y el tema no salió hasta pasado un tiempo de la reconciliación. En el fondo, cuando Javi hablaba de ella sobre sus encuentros, jamás me la habría imaginado así. Por eso creo que me sorprendió tanto su apariencia física al conocerla y me dejé llevar por los que creía que eran mis gustos sobre una mujer. Y, mira por dónde, he acabado con ella y es la mejor decisión que he tomado en mi vida.

Después de horas dejándolo todo listo, ha llegado el momento de poder disfrutar de nuestro primer día oficial en la casa nueva. Está un poco alejada de la muchedumbre del centro de Madrid, pero lo suficientemente cerca como para seguir con nuestros trabajos con normalidad. Y, lo mejor de todo, no hay vecinos a los que molestar con nuestra locura en la cama. Beth es escandalosa, una bomba de relojería de la que no me canso jamás.

Nuestros familiares y amigos están en el espacioso jardín. Como pago por sus servicios, les hemos dado permiso para hacer una barbacoa.

Somos buena gente.

Entro en la que será nuestra habitación y veo a Beth colocando las cosas en el armario. No se ha percatado de mi presencia, soy sigiloso. La agarro por las caderas y dejo un pequeño beso en su cuello. Noto cómo se estremece.

—Estoy deseando estrenar el colchón —musito.

Se gira para mirarme a los ojos y, una vez más, me embebo del azul intenso de su mirada cautivadora. Cuanto más la miro, más siento el hormigueo en mi estómago y la felicidad de estar compartiendo parte de mi vida con ella.

Jamás pensé que me volvería un romántico capaz de darlo todo por alguien. Si me hubieran preguntado hace un año si quería encontrar al amor de mi vida, habría contestado un rotundo no. Pero ha sido hallarlo y no querer perderlo jamás. Es una sensación imposible de describir a la perfección, es dejarse llevar por tus impulsos, tus sentimientos, sin mirar a los lados para ver quién es el primero en juzgarte.

—Sería un tanto descortés. Hay demasiados espectadores en nuestro jardín.

Qué bien suena eso de nuestro.

—Algunos de ellos ya están curados de espanto —rebato con una sonrisa socarrona.

—Pero otros son padres y pueden cometer crímenes si mancillas a su hija —se burla.

—Por ti, sería capaz de correr ese riesgo.

Alcanzo sus carnosos labios y nos fundimos en un apasionado beso. Desde que los probé, no he podido desengancharme. Me llenan de dicha, de dulzura y hacen que quiera ser mejor en todo para ella.

La quiero, estoy enamorado y ni siquiera me molestan las bromas de los amigos al respecto. Tras un año, ya ha pasado esa época en la que se burlaban del cambio que he dado, pero, a veces, ocurren cosas que nos hacen cambiar mentalmente, y Beth ha sido esa cosa.

Me ha hecho ver más allá de mis narices, me ha hecho comprender que el mundo es imperfecto y que lo que pueden ser defectos a ojos de los demás, para otros, son solo virtudes.

—Te quiero, Patricio —susurra contra mis labios. Desde el día en que me lo dijo, no ha dejado de repetirlo y siempre se repite mi sonrisa al escucharlo. Ni siquiera me importa que me llame por un nombre que odio, lo hace para enfadarme. Pero, en su boca, incluso resulta embaucador.

—Te quiero, Elisabeth. Por esta nueva vida juntos.

—Siempre.